
EVANS
12
EL CAMPEÓN
SERIE PRIMER AMOR - LIBRO 02
CAMILA COCENZA

EL CAMPEÓN



SERIE PRIMER AMOR - LIBRO 01

CAMILA COCENZA



Copyright 2024 Camila Cocenza
Todos los derechos reservados

Portada: Camila Cocenza
Ilustración de la contraportada: @ilustradoradesenharte
Ilustraciones dentro del libro y cabecera de capítulo: @Lobitchan_real
Revisión: Evelyn Fernandes, Raquel Moreno, Tan Wenjun, Kreativ Editorial
Lectura beta: Yasmin Lopes, Thalia Castro, Vanessa Morais, Fernanda Bueno.
Diagramación: Camila Cocenza

Esta es una obra de ficción y presenta contenido para mayores de 18 años, que contiene escenas de sexo y violencia. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

EL CAMPEÓN

CAMILA COCENZA
1ª Edición —2024

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte del contenido de este libro podrá ser utilizada o reproducida por ningún medio o forma, ya sea impreso, digital, de audio o visual, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, so pena de incurrir en las sanciones penales y acciones civiles que correspondan. La violación de los derechos de autor es un delito establecido en el Real Decreto Legislativo 1/1996, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, y está

castigado por los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

RESUMEN



Sumário

RESUMEN
ADVERTENCIAS
LISTA DE REPRODUÇÃO
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPILOGO
BONUS
Lee también

ADVERTENCIAS



NOTA 1

Aunque es una comedia romántica, si eres sensible a temas relacionados con la ausencia de un padre o una madre durante la infancia, este libro podría herir ciertas sensibilidades en lo que respecta al abandono parental.

NOTA 2

Él Campeón es un *spin-off* de *FRIKI: el cliché invertido entre el Friki y la Cheerleader*, pero no es necesario leerlos en orden. Por lo tanto, si sientes curiosidad por los personajes de Eric y Ashley, puedes leer su historia haciendo clic aquí o buscándola en Amazon.

NOTA 3

¿Tienes un dispositivo Alexa? Pregúntale si Papá Noel existe, sigue sus instrucciones y entenderás por qué Bruce confía ciegamente en que su padre va a volver.

LISTA DE REPRODUÇÃO



¿Qué os parece escuchar un poco de música mientras conocéis la historia de Bryan, Taylor y Bruce? La banda sonora está compuesta, en su mayoría, por canciones que inspiraron a la autora durante la producción del libro. ¡Espero que os guste!

ESCANEA AQUÍ



O

CLIQUE AQUI PARA IR DIRETO PARA O SPOTIFY

DEDICATORIA

A todas aquellas personas que, al igual que Bruce,
siempre han merecido tener un padre de verdad.

PRÓLOGO



Papá, ¿estás ahí?
Papá, ¿por qué huiste?
Papá, ¿estás bien?
Mira, papá, tenemos el mismo pelo
Y, papá, hoy es mi cumpleaños
DADDY - COLDPLAY

BRUCE JONES

Apreté la lengua entre los labios mientras me concentraba en el papel que tenía delante.

Generalmente, no me importaba si alguien entendía mi letra o no, y menos en el colegio; al fin y al cabo, si la profesora no sabía lo que estaba escrito, ¿cómo iba a decir que mi respuesta era incorrecta?

Sin embargo, hoy no era el caso.

Ese año había dos fechas importantes en las que iba a dar lo mejor de mí al escribir.

La primera había sido el Día de la Madre, cuando lo bordé escribiendo con letra bonita lo mucho que quería a mi supermamá.

La segunda era la que estaba haciendo ahora mismo, mientras repetía por segundo año consecutivo mi petición de regalo para Papá Noel.

Vale que todavía estábamos en octubre, pero tenía que avisarle con antelación de que estaba siendo, y pretendía seguir

siendo, un niño bueno hasta final de año.

Era una buena idea, ya que el año pasado no recibió mi carta para cumplir mi deseo.

Eso, o que el motivo fue el mordisco que le di a Joey en la mano.

Afortunadamente, nada de eso pasaría este año, porque me estaba portando muy bien.

No decía palabrotas desde el uno de enero.

No le contestaba mal a mamá.

No tenía rabietas, y mucho menos me peleaba en el cole ni ninguna mierda de esas.

Eso era. Dudaba que existiera algún niño en este mundo que mereciera ser más recompensado que yo.

Podía sentirlo en mi corazón: este año no pasaba.

Papá Noel por fin entendería que era digno y...

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor cuando se me ocurrió un pensamiento.

¿Cómo iba a saber Papá Noel si estaba siendo un niño bueno o no?

—Espero que no lea la mente, porque he pensado en la palabra que empieza por M y por J... —suspiré, seguro de que, si lo hacía, sería jodido conseguir que cumpliera mi deseo. Pero, por lo que me había dicho mamá, el buen hombre cumplía nuestros deseos basándose en nuestro comportamiento; nunca dijo que lo que yo pensara importara, ¿no? —. Debe de haber cámaras invisibles en las bolas de nieve...

Sonreí aliviado al darme cuenta de que aquello tenía mucho sentido y volví a centrarme en mi carta, releyéndola:

Bruce (como Batman) Jones

HOLA, PAPÁ NOEL:

SÉ QUE TODAVÍA ES OCTUBRE, PERO PARA QUE NO PASE LO MISMO QUE EL AÑO PASADO, HE DECIDIDO ESCRIBIRLE CON TIEMPO PARA QUE NO VUELVA A OLVIDARSE DE MÍ.

CREO QUE LO QUE QUIERO NO ES MUY DIFÍCIL, Y COMO ESTOY SIENDO UN NIÑO BUENO, SOLO QUIERO QUE ENCUENTRE Y TRAIGA A MI PAPÁ AQUÍ, A NUESTRA CASA.

ESTE SERÁ EL MEJOR REGALO DEL MUNDO MUNDIAL.

P.D.: Si cree que me lo merezco, de paso tráigame una PS5.

—¿Tesoro?

Aparté la hoja que estaba dibujando para ponerla encima de la carta en cuanto oí la voz de mamá.

—¿Yo? —Me giré, poniendo mi mejor sonrisa cuando la vi entrar en la habitación. Normalmente, me quejaría por que me llamara tesoro, pero como no sabía por qué había venido, me limité a sonreír.

Eso me sacaba de líos, así que, como no sabía si estaba en uno, decidí adelantarme, no vaya a ser que mamá fuera una de las responsables de pasarle mi informe a Papá Noel...

—¿Estás ocupado?

—No, estaba... —Apreté los labios, sabiendo que si mentía, el vejete me la jugaría—. Practicando mi letra.

Y no era mentira, al fin y al cabo, me estaba esforzando para que quedara bonita, solo que no lo estaba haciendo en el cuaderno de cali... calig... ¿Cómo era? Ah, caligrafía.

—¿Podemos hablar un momento? —Mamá sonrió y yo asentí, esperando a que se acercara para sacarme de la silla giratoria y llevarme hasta la cama, donde se sentó conmigo en su regazo.

Podría negarme a estar así en público porque ya era un hombrecito, pero estaba seguro de que cuando tuviera ochenta y seis años, ese seguiría siendo mi lugar favorito.

—¿He hecho algo? —pregunté, repasando todo lo que había hecho desde que me desperté, pero su risa me dejó aliviado.

—¿Lo has hecho? —bromeó, apretándome un costado y haciéndome reír con ella. Sentí un cosquilleo en la barriga al oír su risa. Me encantaba cuando se reía, por eso escondí la carta, ya que siempre que el tema era mi papá, ella se ponía triste y además me llevaba a hablar con la tía Mona, que solo me hacía un montón de preguntas mientras garabateaba en una libretita. Si no quisiera tanto

ser jugador de hockey, querría trabajar haciendo preguntas todo el día. Parecía fácil y guay.

—No, estoy siendo un niño bueno. —Tomé aire, acomodándome en su regazo.

—Tú siempre has sido un niño bueno —mintió, o se olvidó de las veces que he sido un trasto—. ¿Recuerdas que mamá te dijo que este nuevo trabajo estaba muy lejos de aquí? —Asentí con la cabeza, estirando la mano para enroscar mi dedo en un mechón de su pelo azul. Este superpoder suyo de cambiar el color del pelo era uno de mis favoritos—. ¡Pues las cosas están yendo muy bien! —Me abrazó con fuerza y aproveché para hacer una mueca mientras mamá no miraba. Joder, eso significaba que...—. Como voy a tener que grabar casi todos los días, vamos a tener que mudarnos.

Miré mi mesita, donde estaba la carta para Papá Noel, sabiendo que hasta que no tuviera nuestra nueva dirección, no podría enviársela, lo cual era un problema.

—Vale —suspiré, intentando no pensar solo en el lado negativo, porque a pesar de este pequeño retraso y de saber que ya no jugaría con los chicos de aquí del edificio, todavía los vería en el colegio, ya que mamá dijo que eso no cambiaría—. Cuando tengamos la dirección de la casa nueva, ¿me la puedes dar?

Y había un lado positivo.

Ahora mamá salía en la tele.

Si papá la veía, sabría que ya no vivíamos con el abuelo en Sacramento desde el mes pasado. Solo tenía que ver los programas de dibujos, pero ¿quién no veía los dibujos? ¡Eran los mejores!

—Si la necesitas... —Se rio, besándome la mejilla.

—Nunca se sabe cuándo puedo perderme. —Y de nuevo, no estaba mintiendo. Era un barrio nuevo.

—¡Siempre tan listo! —Sus brazos me rodearon en un abrazo —. Tú tranquilo, nunca dejaré que te pierdas.

No respondí, porque si hasta mi papá, que era adulto, se había perdido y no nos encontraba, ¿cómo no iba a perderme yo?

Cerré los ojos e inspiré el olor dulce de su pelo.

Pronto, seríamos una familia como las de los anuncios.

Me moría de ganas.

CAPÍTULO 01



Ahora tenemos problemas
Y no creo que podamos resolverlos
Hiciste un corte muy profundo
Y, amor, ahora tenemos un conflicto, eh (eh)
BAD BLOOD – TAYLOR SWIFT

BRYAN EVANS

ACTUALMENTE

No pude evitar poner los ojos en blanco cuando vi el nombre de Scott parpadeando en la tele de mi móvil, obligándome, por tercera vez en el día, a rechazar su llamada.
Hoy no tenía ganas de hablar con él.

—Alie, voy a recoger unos pedidos que han llegado y vuelvo enseguida —informé a mi hermana, que estaba sentada en el sofá y ni siquiera se molestó en pausar su llamada para responderme, simplemente levantó el pulgar en el aire, haciéndome reír y negar con la cabeza.
La hija de puta debía estar hablando con alguna de sus chicas.

Si fuéramos a crear una escala de cabronazos de la familia Evans, mi gemela, sin duda alguna, ocuparía el primer puesto que yo mismo intenté disputarle durante algunos años, pero en vano. Alicia Evans era un alma libre y decidida a vivir la vida a su manera. Por suerte, nuestros padres nunca la presionaron por ello; de hecho,

todos en la familia siempre respetamos las elecciones de los demás, y eso incluía las de Alie.

Ella no tenía intención de casarse, mucho menos de tener hijos, y estaba bien así. Sería la tía perfecta.

No es que eso hiciera que nuestra madre ocultara su deseo de tener nietos, pero todavía le quedaba el menos problemático y el primero en engancharse, Eric, para fastidiarla con sus peticiones.

Yo... bueno, en cierto momento, competí con mi hermana por ese puesto en el ranking, pero con el tiempo, las cosas se volvieron… aburridas.

Claro que no me convertí en un célibe ni nada por el estilo, pero después de lo que pasó en la universidad, en lugar de volverme aún más galán, entendí que era jodido ser tratado como un idiota por alguien que te gustaba. Así que, aunque todavía me involucraba casualmente con algunas chicas, siempre dejaba claro cuando no quería nada serio.

No quería ser más el hijo de puta que rompía corazones, no después de que el mío fuera destrozado. El joven Bry era un verdadero idiota.

Por eso, en los últimos tres años, mis relaciones fueron más duraderas, sobre todo con Paola, una modelo brasileña que me tenía encantado y por la que incluso llegué a pensar que estaba enamorado.

Pero no era amor.

Al menos, no como yo había llegado a sentir antes.

Era una mierda que esa comparación siempre saliera a la luz.

Recuerdo haber bromeado diciendo que la arruinaría para todos los demás chicos, pero, aparentemente, el único idiota arruinado fui yo.

Eso me hizo entender que Paola merecía a alguien capaz de corresponder todo lo que sentía, así que decidí que necesitábamos seguir separados, sobre todo después de que Scott, mi agente, descubriera que era rentable convertir algo tan íntimo y personal como una relación en publicidad.

Era una gran ironía que yo fuera el primer cliente de mi propia ex, ya que Paola estaba dejando sus actividades en el mundo

de la moda para trabajar como abogada.

Cuando Scott se enterara de que ella estaría a cargo del caso, no se iba a poner ni un poco contento, pero últimamente me estaba importando un carajo.

Miré a mi hermana una vez más, sintiendo una leve envidia de su corazón de hielo. Alicia había recibido un golpe monumental en la universidad, pero ahora estaba bien, a diferencia de mí, que nunca olvidé a aquella chica.

Salí del apartamento, notando una silueta entrar en la puerta al lado de la mía justo antes de cerrarla, sin permitirme conocer al vecino que había empezado a mudarse a principios de semana y que, al parecer, terminó hoy.

Aunque nuestro condominio no era de los más caros ni lujosos de la ciudad, todas las personas que vivían allí buscaban justamente la seguridad y tranquilidad que el entorno ofrecía. Me había mudado hacía menos de un año, así que, salvo por algunos niños que me paraban para sacarse fotos, jamás había tenido mi privacidad invadida ni ningún problema similar.

Aunque tenía curiosidad por saber quién sería mi nuevo vecino, cerré la puerta y me dirigí al ascensor, bajando hasta la planta baja para recoger las cinco cajas que habían llegado durante la semana.

—David, ¿podrías ayudarme a llevar…? —empecé, pero ni siquiera terminé la frase y el recepcionista ya negaba con la cabeza, acomodándose en su silla.

—Me encantaría, pero estoy ocupado, Sr. Evans —El hijo de puta fingió estar manipulando el ordenador mientras señalaba la pantalla con el fondo de los Arizona Cardinals, un equipo de la misma división que el mío y de gran rivalidad.

Sí, además de tener que lidiar con la prensa molestándome por haberme lesionado en mi primer partido con los San Francisco 49ers la temporada pasada, todavía estaban los aficionados fanáticos que me culpaban de que el equipo no estuviera yendo tan bien en la temporada regular, o los que disfrutaban burlándose de mí por toda la expectación que generó mi fichaje, antes de convertirse en una broma.

Que se jodan, estaba casi listo para volver, y cuando eso ocurriera, iba a cerrarles la boca a todos esos idiotas que me consideraban la peor negociación del siglo, aunque ni siquiera hubiera completado un partido.

Maldita lesión en el hombro.

—Vale, gracias —murmuré, de mal humor.

Esa mierda me afectaba.

—De nada.

Apiló todas las cajas, listo para cogerlas, pero antes de hacerlo, mi móvil empezó a sonar en el bolsillo otra vez. Lo cogí con la intención de mandar a Scott a la mierda, pero esta vez no era él quien llamaba.

—¿Adoptado? —pregunté, sujetando el móvil entre la oreja y el hombro mientras cogía las cinco cajas. Fue imposible contener la sonrisa ante su resoplido.

—Esto ya perdió la gracia —gruñó Eric al otro lado de la línea, fingiendo estar enfadado—. Tienes casi 30 años, ¿cuándo vas a madurar?

—Quizá cuando dejes tus consolas, mangas y animes —repliqué, escuchando su risa contenida mientras pulsaba el botón del ascensor y lo esperaba bajar.

—Entonces nunca… —suspiró mi hermano, y apostaría uno de mis tres anillos del Super Bowl a que se estaba subiendo las gafas por la nariz—. En fin, te llamé para hablar de un vídeo que encontré en internet.

—¿Qué? ¿Vídeo? —Me reí, frunciendo el ceño ante eso mientras escuchaba llegar el ascensor—. Tío, estoy cargando unas cajas, ¿podemos hablar en unos cinco minutos? —Comprobé con dificultad que la caja metálica estaba realmente allí y que estaba vacía antes de colocar el pie entre las puertas para que no se cerraran. Que esperaran los vecinos. —Sea cual sea el vídeo, puedes enviármelo y lo veré cuando llegue arriba.

No prometí cuándo, al fin y al cabo, el tipo de vídeo que era divertido para mi hermano podría no ser tan interesante para mí.

—Sr. Evans, no puede sostener el ascensor. Otro vecino podría querer usarlo.

Ni siquiera necesité girarme para saber que David estaba parado detrás de mí.

Para ayudarme, el hijo de puta estaba ocupado, ¿no?

—Está bien, ya entro —murmuré, dando dos pasos y escuchando la voz de Eric fallar y luego desaparecer cuando se cortó la señal.

—Bryan, si cuelgas, no te volveré a llamar y te quedarás sin sab…

Apoyé las cajas contra la pared mientras miraba la sonrisita del recepcionista y pulsaba el botón del segundo piso con el codo, esperando a que se cerraran las puertas. Con dificultad, volví a meter el móvil en el bolsillo, dando gracias a Dios de que no tardaría en llegar a mi planta, porque esas mierdas empezaban a pesar.

Normalmente vivía en áticos, pero cuando me mudé aquí, todos estaban ocupados; después se desocupara alguno, pero me dio pereza todo el trabajo de mudanza, además de que amaba mi suelo de Paviflex, que fue una batalla convencer a Mason Rilley de que ese era el acabado perfecto para mi apartamento.

Cuando el ascensor se abrió en mi piso, me alejé de la pared y salí de allí equilibrando los objetos, sin saber que ese sería el primer paso para que empezara mi purgatorio, porque, en cuanto hice el mismo camino de siempre, sentí que mi pie rompía algo en el mismo instante en que un grito resonó por el pasillo.

Esa mierda me asustó lo suficiente como para dejar caer todo lo que llevaba sobre mi pie.

—¡Pero qué coño! —gruñí, sintiendo mis dedos palpitar por el peso de las cajas.

—¡MALDITA SEA, MI BATMOVIL!

—¿Bryan?

Levanté la mirada y encontré, no solo a mi hermana, que probablemente había salido del apartamento con nuestros gritos, sino también a un niño de medio metro mirándome con la cara roja y los ojos vidriosos.

—¿Qué? —gemí, sin creer que casi me había aplastado el pie y que el niño estaba preocupado por la mierda de un juguete.

—¡HAS ROTO MI BATMOVIL Y ME HAS HECHO DECIR PALABRAS CON "P" Y "M" EN LA MISMA FRASE! —volvió a gritar, ahora levantando su pequeño brazo hacia mí. Sería cómico si no doliera tanto. —¡NO HABÍA DICHO UNA MALA PALABRA DESDE ENERO! ¡AHORA PAPÁ NOEL NO VA A VENIR Y ES CULPA TUYA, MALDITO…

—¡Eh, eh, eh! —Me tocó a mí levantar la mano para impedir que me insultara—. Primero, no es culpa mía si dijiste esas palabras —expliqué, viendo sus labios volverse blancos por la fuerza con que los apretaba—. Segundo, la culpa de que tu juguete esté roto es toda tuya —Sus ojos se abrieron como platos mientras su nariz y frente se fruncían de puro odio—. Si esa mierda no hubiera estado en el camino, no lo habría roto.

Escuché una risa baja de Alicia y desvié la mirada del enano para mirarla a ella.

—Perdón por interrumpir, pero, Bry, ¿me pasas la contraseña de tu Wi-Fi?

¿En serio no se había dado cuenta de que estaba resolviendo un asunto importante allí?

—123456789… —gruñí, enfureciéndome aún más cuando ella se rió a carcajadas.

—No sé por qué no probé esto antes… —se burló, mirando de mí al crío—. Bry, es solo un niño…

¿Y yo iba a aguantar el desplante de un niño maleducado en casa?

—Alie, tú ya tienes tu contraseña, este problema lo arreglo yo.

Observé al niño secarse las lágrimas con los puños antes de respirar hondo y mirar alrededor, murmurando algo tan bajito que no pude entender.

—Prometí que iba a portarme bien —Se acercó de nuevo, y ahora su voz era demasiado serena para alguien que me había estado gritando segundos antes. Y joder, el niño hablaba y articulaba las frases como si tuviera 29 años. ¿Cuál era el maldito problema de los niños hoy en día? Eran impresionantes, y si no hubiera sido él el culpable de que casi me rompiera los dedos del pie, hasta me habría

quedado impresionado por su desenvoltura. —Solo págame el juguete y te perdono.

—¿Pagarte para que me perdones? —Me reí, burlón, y me agaché para apilar las cajas que estaban en el suelo—. No vas a recibir ni un dólar mío, maleducado.

Él siseó, deshaciendo su carita de ángel y lanzándome otra mirada irritada.

—¡NO, NO, NO! —Aunque gritaba, sus ojos vidriosos indicaban que aquello le molestaba—. ¡DÉJALO!

Negué con la cabeza.

—No lo voy a hacer, porque sí, estás siendo un niño maleducado.

Se dio la vuelta, haciéndome sentir casi mal al verlo alejarse, cabizbajo, pero solo casi, porque antes de que me diera cuenta, el mocoso se encogió de hombros, murmurando algo sobre "Papá Noel", "ese idiota" y "el año que viene", mientras se giraba de nuevo hacia mí y corría en mi dirección, dándome una patada fuerte en la espinilla.

—¡Tú…!

Me tragué el insulto, intentando alcanzarlo con las manos, pero el niño fue más rápido y ya estaba corriendo lejos, deteniéndose a unos pasos de Alicia antes de girarse hacia mí, riéndose.

—Ups, perdón, pero igual que mi juguete, si no hubieras estado en mi camino, no te habría pateado.

El pequeño imbécil levantó una de sus manos, mostrando el dedo medio antes de volver a correr, solo parando para empujar la puerta del apartamento al lado del mío y desaparecer por ella.

—No puedo creer que acabes de discutir con un niño de, ¿qué? ¿Seis años?

Puse los ojos en blanco cuando Alicia se acercó para ayudarme.

—¿Yo? ¿Discutiendo? ¿No viste que él estaba gritándome?

Mi hermana chasqueó la lengua, recogiendo los pedazos del juguete roto.

—Y tú le respondiste —Sus cortos cabellos se movían mientras negaba con la cabeza—. Eso me recordó aquella vez que

conociste a aquella chica en el campus. ¿Cómo se llamaba?

—Taylor —murmuré, recogiendo mis cosas del suelo y entrando en casa.

Mierda, no bastaba con que ese niño me hubiera irritado, ¿qué quería Alicia? ¿Descubrir si podía joder aún más mi humor?

Tragué saliva, intentando no enfadarme con ella; al fin y al cabo, mi hermana creía que Taylor había sido solo una chica cualquiera que consiguió captar mi atención, cuando, en realidad, fue mucho más que eso, aunque nunca lo hubiera confesado a nadie.

Para ella y para Eric, la chica geek de pelo colorido fue solo un flechazo y un desafío, porque eso era lo que yo quería que pensaran en su momento.

Yo estaba demasiado herido para explicar que la chica que amaba me había roto el corazón.


CRECK
SE VOCÊ NÃO TIVESSE DEIXADO NO CAMINHO NÃO TERIA QUEBRADO
VOCÊ ME DEVE OUTRO!
SE VOCÊ NÃO TIVESSE NO CAMINHO NÃO TERIA TE CHUTADO!

CAPÍTULO 02



Me saca de quicio
Me vuelvo loco con cada detalle
Dices que eres virgen, ¿en serio?
Debe ser Leo con ascendente en Aries
Porque eres el caos
MAPA ASTRAL – JOÃO GUILHERME FT. ANA GABRIELA

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

—¿Alguno de vosotros puede lanzarme la pelota?

Mis mejores amigos, y también compañeros de equipo, se miraron confundidos.

—¿Quieres robarnos nuestras posiciones, Bry? —Mi receptor abierto, Josh Coleman, se rió, mirando a Mason Johnson con un aire de provocación, cosa que habían estado haciendo mucho últimamente, como si ahora fueran un dúo y yo no formara parte de él, solo porque no estaba ligado a nadie.

—El que lanza las pelotas aquí eres tú, tío —El running back se unió a la broma para molestarme, solo reforzando lo que ya sabía: la vida de soltero es una bendición, incluso sin mis compañeros.

Hoy, si había un tema sobre el que tenía autoridad para hablar, ese era el de las relaciones, porque desde que ellos dejaron

el equipo de solteros y empezaron a salir exclusivamente con sus respectivas chicas, he visto cómo, poco a poco, cambiaron hasta convertirse en dos mandados.

Primero, se obsesionaron con ellas. Luego, empezaron a perder interés cada vez que los invitaba a salir, ignorando a todas las otras chicas guapas, como si solo Mia y Hazel existieran en la Tierra.

Y, por último, pero tan sorprendente como todos los puntos anteriores, cuando menos lo noté, los dos estaban poniendo los ojos en blanco y diciendo que no querían seguir escuchando sobre mis aventuras.

Era como si mis dos amigos fiesteros y ligones hubieran pasado por un lavado de cerebro.

Todo esto me hizo concluir que las relaciones eran una mierda y que no quería eso para mí, porque mi vida era increíble así, como un lobo solitario.

No es que fuera buena idea que ellos engañaran a sus chicas, eso era de lo más asqueroso, pero, mierda, los dos eran demasiado jóvenes para ya hacer planes de pasar toda la vida con ellas.

Extrañaba los tiempos en que mi buen y viejo soldado Mason habría entendido mi propósito después de un simple intercambio de miradas antes de abrazar la misión, sin pestañear.

Ahora… bueno, ahora mis dos compañeros de equipo se habían convertido en completos idiotas.

Hasta mi hermano pequeño habría captado mis intenciones.

Quizá debería empezar a arrastrarlo conmigo por todo el campus porque, aunque él no se diera cuenta, había algo en ser un nerd virgen que volvía locas a todas las chicas.

Solo Dios sabe las ventajas que podría sacar de eso, lo cual también sería bueno para él, que apenas salía de su habitación o se relacionaba con otras personas. No es que mi hermanito no lo hubiera intentado, pero todo el progreso que había hecho desde que llegó a la universidad se perdió el día en que Katy Miller lo avergonzó delante de todos.

Lo peor fue que ni Alicia ni yo vimos esa cercanía entre ellos, si no, habríamos intervenido por conocer a la animadora.

Con un suspiro, volví a mirar a mis amigos.

—Necesito acercarme a ellas —expliqué, notando que las chicas de primer año ya se habían agrupado en un pequeño círculo a unos metros de nosotros y soltaban risitas mientras me miraban—. No dejan de mirarme. Quizá hoy sea el día de suerte de alguna de ellas.

Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que había tenido sexo. No es que recordara esa mierda, ya que me había emborrachado para celebrar nuestra victoria y desperté desorientado en un lugar desconocido junto a una desconocida que probablemente era emo, a juzgar por su ropa.

Por eso hoy las cosas serían diferentes: encontraría a una chica guapa para aliviar toda la tensión que se estaba acumulando en mi cuerpo con todas las clases, reuniones y entrenamientos. El último semestre siempre era complicado por los exámenes; súmale los playoffs y la entrega del Heisman llamando a nuestra puerta, y tendrás a atletas estresados corriendo por el campus.

No es que yo encajara en eso, al menos, no en lo que respecta al deporte. Yo nací para esto.

—Obvio que te están mirando. Solo estás tú aquí, ¿no? —preguntó Johnson, lanzando la pelota a Josh—. ¿Desde cuándo Bryan Evans necesita juegos para acercarse a las chicas?

—No los necesito. En realidad, es solo para generar algo de entretenimiento y diversión —Sí, era muy fácil, tan fácil que a veces ni siquiera tenía mucha gracia, lo que tampoco era un gran problema —. Sabemos que en cuanto sonría, se van a lanzarse a mí.

Le quité la pelota de la mano al comedor de hermanas. Sí, sí… ¿Qué tipo de amigo hace eso? Gracias a Dios, yo no corría ese riesgo, ya que mi hermana era Alicia Evans y el peligro en cuestión era que ella les robara a sus chicas.

Iba a ser jodidamente divertido.

—Sabes que ahora tenemos a nuestras chicas —Josh se encogió de hombros, intentando recuperar la pelota. ¡Dominado! ¿Cómo podía una vagina cambiar tanto a una persona? Peor que él, solo Mason.

—No quiero arriesgarme a meterme en problemas por tu culpa.

—Sí, Bryan, ya es hora de que te calmes y consigas una chica también. Sería genial salir de pareja.

Me estremecí de la risa, haciéndolos reír.

—Oye, no es porque vosotros hayáis arruinado vuestras vidas que tengáis que desear eso para mí —bromeé, esquivando sus golpes—. Además, tanto Hazel como Mia me aman. Ellas entenderían totalmente que es por un bien mayor.

Volví a mirar al grupo de chicas guapas, intentando decidir con cuál de ellas me quedaría.

—Pero como mis dos guerreros ya fueron azotados por vaginas, me las arreglo solo. Voy a mostrarle a Gisele Bündchen que sí es posible lanzar y atrapar la pelota.

Los dos no pudieron disimular la risa e incluso se atragantaron un poco, pero no les presté mucha atención, porque estaba concentrado en calcular qué tan alto debía lanzar la pelota para tener tiempo de correr y atraparla.

Sería fácil.

—Quizá tengamos que grabar esto…

—Con toda seguridad.

Como me encantaría verlo desde otro ángulo, me quité la camiseta antes para que tuvieran tiempo de sacar sus móviles y empezar a grabar.

—Observen y aprendan el arte de la seducción, idiotas.

Me humedecí los labios y lancé la pelota con fuerza hacia el sol, esperando unos segundos hasta que empezara a caer antes de iniciar mi carrera hacia las chicas, pero, cuando me acercaba a ellas y a la pelota, mi cuerpo chocó contra algo duro, llevándonos directamente al suelo, dándome solo tiempo de poner un brazo bajo la cabeza de la persona que amortiguó mi caída, que por suerte, fue sobre el césped.

Sentí la pelota golpear mi espalda y mis codos arder, pero ya estaba acostumbrado a eso; lo que no era parte de mi rutina era caer sobre chicas guapas.

Analicé a la persona que había amortiguado mi caída y sonreí. Definitivamente, aún no había tenido esa suerte.

Dentro del campo, eran los defensores quienes me cazaban y se lanzaban sobre mí; fuera, la mayoría de las veces, eran las chicas quienes lo hacían.

—Hola —saludé, bajando la mirada hasta encontrar un par de ojos marrones, pasando por la pequeña nariz respingona hasta llegar a sus labios llenos y seductores—. Creo que nunca te había visto por aquí antes.

Fue lo primero que me vino a la cabeza, porque si la hubiera visto antes, seguramente la habría recordado.

Ella me miró con una mezcla de confusión e incredulidad.

La entendía.

Era algo grande estar tan cerca de mí, así que era normal que algunas chicas se quedaran paralizadas.

Abrí la boca, listo para preguntar su nombre, pero antes de que pudiera hacerlo, la chica puso ambas manos sobre mi pecho intentando empujarme lejos. En vano, claro, ya que yo tenía, al menos, el doble de su tamaño y peso.

—Me estás aplastando.

Sí, lo estaba, pero moverme era una decisión difícil; al fin y al cabo, ¿de qué otro lugar tendría la oportunidad de mirar los ojos marrones más intensos que he visto en mi vida? Si pudiera usar algo para describirlos, lo primero que me vendría a la mente sería chocolate. Definitivamente, ella era un bombón.

—Lo siento, bombón, pero tienes que mirar por dónde caminas —mordí una sonrisa al ver su nariz fruncirse de disgusto con el apodo—. ¿Puedo saber tu nombre, guapa?

Me aparté y me levanté primero, estirando la mano con la intención de ayudarla, pero no pude evitar notar que llevaba unas Converse All Star y una camiseta negra grande con algún dibujo japonés que, si sus piernas no estuvieran ligeramente abiertas, habría dudado de si llevaba shorts o no. Lamentablemente, sí los llevaba.

—¿Cómo iba a imaginar que a las ocho de la mañana tendría que mirar a ambos lados solo porque un idiota sin camiseta decidió correr tras una pelota como un perrito? —respondió, ignorando mi pregunta.

Visto desde ese lado, parecía algo estúpido, pero primero, no era un perrito, y segundo, no le daría el gusto a esa nerd de creerse con la razón.

¿Quién se creía que era?

Encogí la mano, sin querer ayudar más a la monada a levantarse.

—Soy un atleta y necesito ejercitarme, pero al parecer, me conoces tanto como yo a ti —acaricié mi pecho, notando cómo los ojos de esa chica enfadada seguían mis dedos y disfrutaban del paisaje sin ningún pudor. Sonreí, flexionando los músculos del pecho, lo que hizo que mis pezones se movieran deliberadamente.

Sus bonitos ojos se abrieron de par en par de una manera graciosa, pero cuando la bocazas entendió que estaba siendo provocada, frunció el ceño.

Solo no pudo controlar el rubor que se esparció por sus mejillas blancas.

—Claramente no tienes problemas de visión. ¿Viste algo que te gustó, bombón?

—Como si hubiera algo digno de apreciar ahí —blasfemó, dejándome sin saber si impresionarme más por su mentira o por su flexibilidad, ya que la irritada apoyó una mano a cada lado de su cara antes de llevar las piernas al pecho y lanzarlas al aire mientras se levantaba en un Kip Up, más conocido como cama de gato.

Mierda, eso estaba jodidamente impresionante.

Me froté la barbilla, aprovechando que estaba de pie para echarle un buen vistazo.

—¿Qué tal si me das tu número, ya que te estás haciendo de rogar para decirme tu nombre? Puedo llamarte "cariño" sin problema alguno.

La chica debía medir como máximo un metro cincuenta, apenas llegando a mi pecho. Su cabello era azul, liso en la raíz y terminaba en bonitos rizos sobre sus hombros.

No todo el mundo lograba verse bien con ese color, pero ella… bueno, ella claramente no era cualquier persona.

—¡No me llames así! —La chica dio un paso hacia mí, intentando sonar amenazante, pero eso solo me hizo sonreír aún más. La imité, deteniéndome a pocos centímetros de ella y teniendo que inclinar la cabeza para seguir mirándola.

—¿Por qué? —pregunté, curioso—. Normalmente las chicas no se quejan cuando les presto atención.

¿De dónde había salido esta criatura?

—Creo que esto no inter… —empezó a responderme, probablemente lista para ser maleducada solo por la manera en que me miró, pero en ese instante, di un paso más hacia adelante para acercarme más a su boca por si necesitaba callarla con la mía, cuando algo crujió bajo mi pie derecho—. ¡Ah, mierda!

—¿Pero qué…? —Antes de que pudiera reaccionar, la mocosa me empujó desde arriba de la mochila negra y desgastada, haciendo que cayera de culo sobre el césped.

Las risas a mi alrededor me hicieron notar que, además de Josh y Mason, varios otros idiotas habían detenido sus vidas para ver nuestro pequeño espectáculo.

Apreté la mandíbula, dejando de encontrar la situación tan graciosa.

No era porque ella fuera increíblemente atractiva que iba a dejar que me faltaran al respeto.

—Chica, soy Bryan Evans, uno de los quarterbacks más grandes que esta universidad ha… —Intenté imponérmelo, pero su mirada irritada me hizo retroceder.

—¡Idiota! ¡Mira lo que has hecho!

¿Idiota?

Fruncí el ceño, listo para intentar responder, ya que aquella chica estaba empeñada en interrumpirme a cada frase, pero no fue necesario, porque levantó en el aire el motivo de su furia y juro que traté de controlarme, pero antes de lograrlo, dejé escapar una risa incluso por la nariz.

No había la mínima posibilidad de que no supiera que lo que sostenía era un sable de luz, no cuando mi hermanito tenía dos de esos y los trataba como si fueran algo divino.

—¿Yo? —Arqueé las cejas y crucé los brazos—. La única culpable aquí eres tú, por no mirar por dónde caminabas; de lo contrario, no habrías roto tu juguete.

Ella gruñó con mi última palabra.

—¡Me debes U$ 600 dólares!

—Joder, ¿me estás intentando robar, guapita? —Reí, esperando que me siguiera el juego, pero no fue así—. Debes estar bromeando. ¿U$ 600 dólares? ¿De qué mierda está hecho esto, de oro?

Mi pregunta, aunque sincera, solo la enfadó aún más, haciéndola golpear el suelo varias veces con fuerza mientras presionaba las dos partes del sable contra mi pecho y gritaba lo estúpido y sin corazón que era.

Y, debo confesar, así se veía aún más atractiva.

Lo cual era extraño, ya que, salvo por su boca sensual y sus muslos grandes, aquella chica no tenía ninguno de los atributos que yo siempre buscaba en las mujeres con las que me acostaba.

—…de todas formas, no lo entenderías —terminó su pequeño discurso, al que ni siquiera presté atención porque por un momento me perdí en la inmensidad de esos hermosos ojos marrones, volviendo a la realidad justo a tiempo para verla empujar las partes rotas del sable dentro de su bolso y acercarse otra vez—. Solo págame lo que me debes para poder seguir con mi vida como si nunca hubiera tenido el desagrado de cruzarme contigo.

Me froté la nuca, intrigado.

Las chicas siempre quieren mi atención, pero esta parecía sufrir solo por estar cerca de mí.

Por alguna razón, eso despertó mi curiosidad.

—Está bien —sonreí, observándola estirar la mano frente a mí, con la palma hacia arriba—. Si me debes 600 dólares, me debes una follada.

Toda su postura desafiante se vino abajo con mi indirecta mientras su rostro se ponía rojo y su boca se abría y cerraba buscando una respuesta.

—¿Qué? Puedes cobrarme por tu pérdida, pero yo no puedo cobrar la mía, ¿cariño?

Como ya esperaba, no tardó en recomponerse y levantar el mentón.

¡Joder, me estaba encantando esto! ¿Quién diría que ser despreciado podría ser tan divertido?

—Si fueras el último macho del mundo, jugaría eternamente con mis dedos.

Esta vez fui yo quien se quedó con la boca abierta y sin palabras, simplemente viendo cómo aquella diabla se alejaba después de haberse chocado conmigo, casi desequilibrándome otra vez.

—Amigo… —oí la voz de Mason, pero no pude apartar la mirada de la calentona que caminaba sin mirar atrás, como si no acabara de despedirme—. Mira, quizá he esperado demasiado por esto.

Volví mi atención a mis compañeros de equipo, que se habían acercado a donde estaba. Fruncí el ceño ante el running back, sin entender qué demonios quería decir, más aún con una sonrisa tan grande.

—¿Pero cómo fue que te dijiste a ti mismo? —fingió pensar, dándole un codazo a Josh antes de pasarme el brazo por el cuello—. Ah, sí… tío… creo que acabas de manchar tu historial.

Cuando entendí a qué se refería, me zafé de su brazo, haciendo que los dos se rieran aún más.

—¡Vete a la mierda, Mason!

—En realidad, voy a clase. Lo siento, Bry, realmente has sido despedido, cariño.

—No te pongas triste —Josh se agachó, recogiendo la pelota que estaba en el suelo y un llavero que probablemente se le había caído de la mochila—. Tarde o temprano, eso también te iba a pasar a ti, cariño.

El wide receiver lanzó el llavero al aire y lo cogí mientras se alejaban.

¿Quién necesitaba enemigos teniendo a Josh y Mason como amigos?

—No es como si quisiera quedarme con ella de todas formas —reí, abriendo la mano y mirando el llavero de Batman con tres letras grabadas: "TAY".—¿Tayla? ¿Tayana? No sé tu nombre, cariño, pero si nos volvemos a cruzar y quieres pagar lo que me debes, quizá Bryan aquí haga una excepción después de tanta falta de educación.

Sí, estaba hablando con un maldito llavero, ¡pero que se joda! Sea de donde haya salido, todo podía ser una señal de que debería frecuentar más esta zona inexplorada de la universidad.

Era la única explicación para no haberla visto antes.

¿Existirían más chicas furiosas en el submundo de los nerds?

Quizá debería empezar a relacionarme con los raritos.

Sería por una causa noble.

CAPÍTULO 03



Gran reputación, gran reputación
Ooh, tú y yo tenemos grandes reputaciones, ah
Y tú has oído hablar de mí, ooh
Tengo algunos grandes enemigos (sí)
Gran reputación, gran reputación
Ooh, tú y yo daríamos de qué hablar, ah (idiotas, idiotas)
Y yo he oído hablar de ti, ooh (sí)
END GAME – TAYLOR SWIFT

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

—¡Excelente partido hoy, Evans! —el entrenador Clopp me felicitó en cuanto salí del campo para que el equipo defensivo entrara y cerrara con broche de oro el gran encuentro que habíamos tenido. Después de todo, no era habitual que Ashton Daniels hubiera lanzado cuatro intercepciones en los últimos dos cuartos, y más aún estando con una ventaja de dos touchdowns fuera de casa.

Bueno, su fallo fue nuestra victoria.

Aprovechamos cada segundo de esos últimos 30 minutos de partido para darle la vuelta al marcador y volver loca a la afición.

Ahora, les quedaban menos de 15 segundos para reducir la vergonzosa diferencia en el marcador, algo que era imposible que sucediera.

Este año, el campeonato nacional era nuestro y no serían los Stanford Cardinals quienes lo impidieran.

—¿Sólo este año? A estas alturas, ya debería haberse acostumbrado a la victoria —bromeé, haciéndole reír. Solo en este año, llevábamos seis malditos partidos bajo mi mando y hasta ahora habíamos ganado todos. Al igual que en los dos anteriores, esperaba terminar campeón en todo lo que me propusiera en lo que probablemente sería mi último año en la UCLA.

Todos allí se acordarían de mí, igual que recordaban a mi padre, el único que consiguió tres Heisman, y su hijo estaba a punto de lograr lo mismo.

—Con vosotros en mi equipo, es muy difícil acostumbrarse a algo. Cada partido es una sorpresa. ¿Qué dificultad hay en entrar ahí y ganar desde el principio? —fingió estar enfadado, empujando a Josh, que fue el último en salir del campo, seguido por Mason.

—Todo estaba planeado para poner a prueba su corazón, entrenador —guiñó el wide receiver y se dirigió a las gradas para besar a Mia antes de volver junto a nosotros.

Eso me hizo fruncir la nariz.

Quiero decir, estaba bien que él la abrazara y lo demostrara, pero, desde mi punto de vista, dedicar todo el esfuerzo del equipo en el campo por una chica era un poco absurdo.

Algo que yo nunca haría y no entendía por qué esos blanditos lo hacían.

Ese ridículo, yo nunca lo pasaría.

—Coleman, quiero ver si tu corazón seguirá fuerte el lunes, cuando te haga dar cincuenta vueltas al campo.

Josh murmuró algo que no logré oír bien, porque los gritos de la afición se triplicaron en el instante en que el quarterback del equipo contrario se arriesgó con un Hail Mary desde su línea de veinte yardas, lo que fue totalmente en vano, porque ninguno de sus jugadores consiguió atrapar el balón en nuestra endzone, dando fin al partido con nuestra victoria por 35x14.

—Bien hecho hoy, docinho —Mason me masajeó los hombros cuando el árbitro pitó el final del partido, pero ni la gracieta del running back iba a quitarme la paz.

—¿No tenéis una fiesta a la que ir o algo así? —pregunté, fingiendo no prestarles demasiada atención mientras algunos compañeros se acercaban para saludarnos.

—Sí, tenemos —volvió a masajearme el hombro después de saludar a todos, trayendo cierto alivio a la zona tan tensa—. ¿Tú no vas, docinho? Las chicas se pondrán tristes si no vas.

Contuve la risa; eran dos hijos de puta insoportables.

—Creo que no. Mi brazo está jodido, no sé si puedo levantar un vaso de agua después de tantos touchdowns seguidos, y mucho menos una chica —fueron cinco en total. Suficientes para dar la vuelta al marcador y casi duplicar la diferencia que Daniels consiguió abrir hasta el primer tiempo. Además, hasta el segundo cuarto, cuando mis atacantes no conseguían desmarcarse y nuestros bloqueadores sufrían para contener a la defensa de los Cardinals, recibí varios

golpes de esos tipos que tenían el doble de mi peso—. Estoy muerto —apreté mi hombro, sintiéndolo protestar ahora que los músculos se enfriaban—. Me voy a casa a descansar en mi bañera.

La mano de Josh estaba en mi frente segundos después.

—¿Estás bien? ¿Quién eres y qué le habéis hecho a nuestro QB?

Aparté su mano sucia, intentando darle un puñetazo en el costado, pero fallé miserablemente al no responder mi brazo al comando.

—¡Dejad en paz a Evans, chicas! —Se acercó el entrenador, retirando las manos de Johnson de mis hombros y reemplazándolas por una bolsa de hielo. Sabía lo importante que era este brazo para mantener mi puesto y todo el dinero que llegaría a la universidad si ganábamos—. Buena decisión, hijo. Esto solo demuestra que vas a ser un gran jugador profesional el año que viene.

Sí, la proyección de todos era que me convirtiera en elegible para la NFL este mismo año, aunque eso significara renunciar a un año en la universidad.

—¿Lo echarás de menos, entrenador Clopp?

—¿Cómo no echarlo de menos después de dos campeonatos?

—Tres —lo corregí—. Este también va a ser nuestro.

—Me encanta tu confianza, hijo. Ahora ve a descansar. Voy a dejar al gracioso de Coleman atrapado aquí en el estadio conmigo un rato más para la rueda de prensa.

Josh resopló y eso hizo que el entrenador sonriera satisfecho.

—Por mí, perfecto.

Moví los labios en un "Jódete, cariño" hacia Coleman y volví a caminar hacia el túnel, pero antes de salir del campo, Scott, mi agente, apareció frente a mí.

—¡Partido increíble hoy, chico! —Agarró mis hombros, haciéndome gruñir —. Hay un reportero de ESPN esperándote al borde del campo. ¿Qué tal si anuncias tu elegibilidad para el draft hoy? Podemos…

—¡Porra, Scott, estoy hecho polvo, tío! —Me zafé de su agarre, escuchando su risa—. Todavía estamos en mitad de la temporada regular, pensé que habíamos hablado de anunciar nuestra decisión al final de la liga.

Se rascó la nuca, ya sin parecer tan satisfecho.

Scott Davis era uno de los mejores agentes actualmente, y por eso mi padre y yo habíamos llegado a la conclusión de que sería el hombre perfecto para impulsarme en el mercado, que no se limitaba solo a la elección de equipo. Scott tenía muchísimos contactos, tantos que desde el inicio del año, cuando firmamos nuestro contrato, ya había conseguido juntar una buena cantidad de dinero solo con marketing y publicidad.

El problema era que, la mayoría de las veces, no conseguía ocultar su insatisfacción cuando mi decisión iba en contra de la suya.

—Perdona, mi joven talento, solo creo que si estás nervioso o…

—Solo necesito, por ahora, centrarme en el resto del campeonato —lo interrumpí con un guiño para suavizar su frustración. No estaba bien que las cosas

se tensaran entre nosotros, pero tampoco era de mi estilo dejar que Davis tomara todas las decisiones por mí—. No estoy nervioso, ni mucho menos inseguro. Solo que no quiero que, de alguna manera, interfiera en lo que es importante ahora.

Declararme elegible haría que todos los focos se volvieran hacia mí. Estaba bien que hoy supiera cómo lidiar con eso, pero aún así, era complicado mantener la mente en calma con tantas comparaciones y exigencias de los medios. Cualquier fallo, decisión equivocada o derrota, sería cuestionado públicamente.

—Tienes razón —Scott carraspeó, señalando al reportero que seguía parado—. Tienen algunas preguntas. Me voy. Nos vemos pronto, chico.

Esperé a que se fuera para dirigirme al equipo de ESPN, donde respondí algunas preguntas sobre el partido y esquivé todas las demás que indagaban sobre mis planes para el próximo año, siguiendo el buen y viejo guion de decir lo que querían escuchar, pero sin revelar demasiado como para comprometerme.

Al llegar al vestuario, la mayoría de los chicos ya se había duchado y, gracias a Dios, llevaban toallas o calzoncillos mientras bailaban y cantaban *California Love* alrededor del director deportivo. En el último partido, el hijo de Mason había estado abrazando a todos completamente desnudo, y peor aún, solo nos dimos cuenta cuando el entrenador Smith pidió decir unas palabras para agradecer el desempeño del equipo, aunque fue interrumpido por alguien que gritaba que el wide receiver se vistiera.

Me duché y pasé un tiempo allí con ellos, pero cuando el entrenador Clopp y Josh se dirigieron a la rueda de prensa, me puse la camiseta y los pantalones cortos del calentamiento y recogí mis cosas, despidiéndome de mis compañeros.

Como habíamos jugado en casa, nos liberaron de la concentración que casi siempre ocurría, así que cada uno se fue en su coche o de copiloto.

Crucé el estacionamiento privado revisando el móvil, ignorando la mayoría de las notificaciones en mis redes sociales, sabiendo que mi Social Media se encargaría de eso; por eso me concentré en revisar los mensajes recibidos. La mayoría eran felicitaciones por la victoria; pocas, pero en volumen considerable, eran invitaciones a salir.

—Lamentablemente, el Bry aquí necesita descansar, princesas —respondí en voz alta, pensando que estaba solo, pero una risa ahogada me hizo levantar la vista y encontrar a una chica apoyada en mi BMW con su mochila en el suelo.

En otro momento, me habría irritado con la escena, pero como no tardé en reconocer a la dueña de esos cabellos azules, lo único que hice fue sonreír.

—Así que siempre supiste quién era —la provoqué, sin poder evitar morderme el labio inferior mientras admiraba el número 1 estampado en su jersey que terminaba a mitad de sus muslos y, a diferencia de la primera vez que nos vimos, se podía notar que llevaba unos shorts diminutos debajo, aunque solo se veía el dobladillo.

—No exactamente. —Levanté la vista a tiempo de verla encoger los hombros y girar la cabeza hacia un lado con una pequeña sonrisa de burla.

—Ah, ¿sí? Ahora estoy curioso. —Eliminé la distancia que aún nos separaba, y tal vez ella no lo esperaba, porque se quedó completamente incómoda y torpe ante mi aproximación. —¿Puedes explicarme cómo terminaste usando una camiseta con mi número?

Sin resistirse, tiré suavemente de la tela, disfrutando ver cómo sus ojos se abrían de par en par. Sí, cariño, realmente no me conoces.

—ESPN —carraspeó, inclinando el torso hacia atrás mientras apoyaba una mano a cada lado de su cuerpo.

—Suelo destacar ahí —fue mi turno de inclinar la cabeza hacia un lado cuando sus ojos rodaron. —¿Qué viste para convertirte en mi fan? Mis estadísticas son increíbles y…

—En realidad —me interrumpió, colocando la mano en mi pecho y empujándome ligeramente hacia atrás, lo cual acaté de inmediato, porque si yo la quería, ella sería quien imploraría por ello, no al revés —, hablaban de cómo eres uno de los que más gana con publicidad fuera del campo, por eso decidí venir apropiadamente.

Su respuesta me dejó confundido, pero antes de que pudiera pedirle que me aclarara lo que quería decir, ella levantó el mentón y enderezó su cuerpo, dejando sus pechos casi pegados a mi pecho.

Esto me pilló por sorpresa, pero antes de que pudiera asimilar nada, ella giró en el pequeño espacio que había entre yo y el coche, rozando su culo contra mi polla, que hasta entonces estaba adormecida detrás de la sudadera, pero que decidió hacerse notar en ese momento.

Suspiré profundamente y llevé mis manos rápidamente a sus caderas, apretándolas con fuerza mientras la veía inclinarse sobre el coche, lanzar su cabello hacia adelante y lanzarme una mirada llena de malas intenciones por encima de sus hombros.

Tragué saliva, sintiendo que la atmósfera a nuestro alrededor comenzaba a pesar mientras mi polla se ponía más dura contra su culo y, joder, yo no estaba preparado para nada de eso, tanto que decidí no ponerme calzoncillos después de la ducha, ya que iba a perder, como mínimo, una hora en mi bañera en cuanto llegara a casa.

—Confieso que no entendí una puta mierda de lo que dijiste. —Quizás mi voz era casi un susurro ahora. Y, bueno, yo no era el único afectado allí, pues la tía acababa de estremecerse en mis brazos. —Pero no me voy a quejar de nada, soy del tipo que prefiere

sentir que comprender. —Deslicé mi mano hacia su muslo, sintiéndolo ligeramente erizado, lo que no podía ser por el frío, no cuando hacía un calor de cojones esa noche. Sentí sus caderas contonearse una vez más contra las mías, solo que esta vez me arrancó un gemido.

Y, por algún motivo, eso la hizo reír.

—Estaba en lo cierto cuando dije que eras un perrito. —Aquello me hizo fruncir el ceño y desviar los ojos de donde mi polla estaba lindamente encajada para buscar los suyos. —¿Lo ves? En cuanto tuvo la oportunidad, salió restregándose en la primera cosa que se le puso por delante.

—¿Qué?

—Solo estaba dándome la vuelta para que pudieras ver mi camiseta personalizada.

No necesité más información para entender lo que quería decir, sin embargo, al contrario de lo que ella esperaba, ver "MOROSO" escrito en su espalda, bordado donde debería estar mi apellido, no me molestó.

—Ahora tiene sentido. Viste que era rico y viniste a cobrarme. —Chasqueé la lengua, viendo su sonrisa vacilar cuando quité mis manos de ella para apoyarlas en el coche mientras me inclinaba hacia delante y pegaba mi boca a su oreja. Cuando sus ojos se cerraron en el mismo instante en que un ruido escapó de su boca deliciosa, sentí mis huevos punzar y entendí que la mosquita muerta quería eso tanto como yo. —Creo que ya podemos parar con este jueguecito y los dos pagar lo que nos debemos.

Por muy triste que fuera, me aparté de su culo, dándole el espacio suficiente para que ella entendiera que su decisión era la que importaba.

Yo estaba lejos de ser un tipo oportunista, más que nada, porque nunca necesité eso para tener a la chica que quería, pero si ella no quisiera, aunque no lo entendiera, respetaría su decisión.

Me quité la mochila de la espalda y fui hasta la puerta del coche, lanzándola en el asiento de atrás antes de acomodar mi polla en la sudadera, sabiendo que sería incómodo de cojones conducir

hasta casa de esa forma; sería aún peor si ella no aceptaba mi invitación y yo tuviera que hacerlo solo.

Le lancé una última mirada, moviendo la cabeza en dirección a mi BMW en una invitación explícita, intentando no demostrar lo ansioso que estaba por su respuesta. Por eso, entré en el coche y fingí estar relajado en el asiento.

¡Joder! ¿Por qué coño estaba nervioso y moviendo la pierna como si estuviera ansioso?

La hija de puta se agachó para coger su mochila del suelo, para solo entonces empezar a moverse a pasos de tortuga, sin dejar claro si iba a seguir adelante o a venir a ocupar el asiento a mi lado.

Me lamí los labios, sintiéndolos secos.

Ella no perdería esta oportunidad, ¿verdad?

Por estas y otras razones es por las que normalmente no pasaba tantos días sin echar un polvo.

Ahora, aquí estaba yo, casi rogándole mentalmente a la chica que ni siquiera era de mi tipo que rodeara el BMW para ganarse una noche increíble.

Joder, todo ese cansancio que me estaba acompañando desde que salí del campo parecía haberse ido, porque la única cosa en la que podía pensar ahora era en estampar a esa maciza contra la pared y follármela hasta que los dos perdiéramos el sentido.

En cambio ella... bueno, ella no parecía tener los mismos planes que yo, pues aún estaba parada delante del coche, trasteando con el móvil mientras mordía la comisura de su labio, dividiendo miradas entre yo y el aparato.

¿En serio?

Bajé la ventanilla, sin poder creerlo.

—¡No tengo toda la noche! —Encendí el coche y me puse el cinturón, tamborileando los dedos en el volante.

Para mi felicidad, ella volvió a andar, solo que esta vez rodeando el automóvil y abriendo la puerta para unirse a mí.

—Vamos a tu casa —declaró, haciéndome fruncir la nariz.

—Había pensado en un motel aquí cerca.

—No te conozco y mi amiga sabe adónde voy, por si intentas algo raro.

¿Cómo que raro?

—No me conoces de verdad, bombón. No tienes que preocuparte, como mucho, solo te quejarás de no poder andar bien después, pero te garantizo que eso no es algo malo. —Le guiñé un ojo y aceleré el motor, haciéndolo rugir alto y ganándome un rodar de ojos de ella que me hizo reír. —Abróchate el cinturón, guapa, estás a punto de tener el mejor polvo de tu vida.

CAPÍTULO 04



No quiero entretenerte, solo mirarte.
Inclínate, sabes cómo es, pies en los hombros.
Trayendo calor a la noche fría, tan violento.
Y yo estoy en el punto, este juego es potente.
Porque en la cama me vuelvo profesional como Jordan.
Sudor corriendo, adoro la forma en que gimes.
Agarrando la sábana, mirándome, lamiendo.
MESMERIZE – JA RULE

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

Cuando paré el coche en mi plaza de aparcamiento y me quité el cinturón, no tuve tiempo de hacer nada de lo que había planeado durante el camino, porque la chica-sin-nombre no dudó en deshacerse del suyo antes de arrodillarse en el asiento para saltar la consola y venir a mi regazo.

Y, joder, si había algo que me ponía, eran las chicas con actitud.

—Para quien se puso irritada cuando sugerí que me debías una, estás bastante ansiosa —provoqué mientras inclinaba el asiento y liberaba un poco más de espacio para que ella se acomodara entre yo y el volante.

Llevé mis manos a su cintura, apretando mis dedos en su piel cuando ella se restregó contra mí, sin dejar de frotar sus pechos en mi pecho.

Levanté la cara, encontrando sus ojos fijos en mí.

Aunque sus labios carnosos no esbozaban ningún movimiento, sus ojos, de alguna manera, me sonreían. Eso me hizo actuar instintivamente e inclinarme para besar su boca, pero ella hizo su jueguito y se alejó, aprovechando para rozarse contra mí.

—Es por precaución. Nunca se sabe lo que puede salir de esa boquita y estropear la tal mejor noche de mi vida, cariño.

Fue imposible no sonreír con ella llamándome de esa manera.

Subí mi mano derecha por su espalda, agarrando un puñado de sus mechones azules a la altura de su nuca y tirando de ellos hacia atrás, dejando su barbilla libre para mi boca, que enseguida la mordisqueó, perdiendo un tiempo en el encantador corte que ella tenía allí y yo ni había notado antes.

—Las posibilidades son inmensas —susurré, esta vez haciéndola reír suavemente. Eso hizo que el sonido adorable se esparciera por nuestros cuerpos en un cosquilleo divertido.

Corrí mi mano libre por su muslo, empujando la tela de la camiseta para darme acceso a su culo, lo que la tía enseguida entendió, levantando un poco las caderas para ayudarme.

Cuando lo conseguí, dejé mis dedos deslizarse por su cóccix, sintiendo los dos hoyuelos que tenía por allí antes de seguir mi camino hacia sus nalgas, apoyando mi mano para llenarla con la mayor cantidad de carne que podía, antes de darle un apretón que hizo que su culo se levantara conforme su cuerpo se ablandaba sobre el mío, haciéndome lamentar que el espacio fuera pequeño, pero no lo suficiente para pararme.

Me mordí el labio, deleitándome con la expresión de expectativa estampada en su cara mientras continuaba explorando todo con una mano, ya que la otra todavía estaba enroscada en su pelo, manteniendo su rostro fijo en el mío al mismo tiempo que mis dedos ahora separaban su culo, rozando uno de ellos en su ano, pero no parando por allí y siguiendo directo a su entrada caliente y mojada.

Joder. Mojada de cojones.

—Estás empapada.

Fue más un gemido que una afirmación.

—Quizás me ha entrado un poco de curiosidad por saber si eres todo eso que dices ser de verdad, cariño.

Sentí sus uñas en mis hombros y no me importó si me quedaba con marcas.

Con facilidad, la penetré con dos dedos, casi corriéndome con su gemido ahogado. El calor dentro del coche era insoportable, pero yo nunca dejaría de tocarla para encender el aire acondicionado. No cuando estaba demasiado atrapado en la escena delante de mí.

Ella estaba aún más buena con la boca entreabierta, sus pestañas temblando con su respiración a medida que mis dedos comenzaban a follársela con el máximo de movimiento que el espacio me permitía.

—Lo siento, bombón, pero puedes decepcionarte... —Ella incluso intentó mantener los ojos abiertos, pero mis dedos mojados siendo aplastados por su coño dejaban claro que yo era bueno de cojones en eso. —No sé si existen palabras para expresar lo bueno que soy, así que, nada de lo que diga va a hacer justicia hasta que te corras en mi mano y saques tus propias conclusiones.

—Sí, sí, por favor…

Me mordí una risa porque la chica que se había propuesto volverme loco desde que entró en el coche, ahora estaba sin palabras, ya que de su boquita afilada solo salían gemidos y gruñidos.

¡Joder! ¿Quién diría que una empollona, además de maciza, sería tan atrevida?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando una de sus manos comenzó a acariciar mi nuca.

—Uno más… —ella pidió y enseguida la complací, soltando su pelo y enlazando su cintura para tirar de ella aún más hacia arriba, dándome la apertura para insertar un dedo más y follármela con ganas mientras aprovechaba que su pecho ahora estaba a la altura de mis ojos para mordisquearlo, aunque fuera por encima de la camiseta con mi número, descubriendo que ella tampoco llevaba sujetador. ¡Joder! Esa chica había hecho de todo para quitarme la paz desde que entró en el coche.

Yo dudaba que ella no estuviera ansiando esto desde hacía días, no tenía otra explicación. No cuando venía provocándome desde Pasadena hasta Los Ángeles.

Fue de esa forma que acabó sin bragas y sin pantalones cortos en el asiento de mi coche.

—Creo que voy a facilitar algunas cosas para ti.

Fue lo que ella dijo cuando cogimos la interestatal, solo dándome cuenta a qué se refería cuando quité los ojos de la pista y la vi levantando las caderas, tirando hacia abajo el pequeño trozo de vaquero que ni siquiera podía ser llamado de pantalón corto.

—Si la policía nos para… —Tragué saliva, sin poder decidirme si prestaba atención a la pista o al pequeño show de ella deshaciéndose de la prenda. Joder, yo nunca pensé en morir, pero morir por un vistazo de bragas era una buena manera de morir.

—Tranquilo, cariño. —Ella chasqueó la lengua justo después de enfatizar el "cariño", abriendo una pequeña sonrisa antes de balancear en el aire no solo los vaqueros, sino también sus bragas de encaje. —Mi camiseta es lo suficientemente grande para que piensen que voy vestida. Eres el único que sabe de mi verdadera condición.

Tragué saliva, mirando fijamente los muslos gruesos que apenas eran cubiertos por la camiseta. Joder, si la tela subiera solo un poquito…

—Vale. Ponlo aquí. —Presioné la guantera y en cuanto se abrió, ella empujó sus ropas allí dentro para esconder las pruebas del delito.

Curvé mis dedos dentro de ella, sintiendo que su respiración se aceleraba aún más y su cuerpo temblaba sobre el mío.

—Yo voy a…

—Sí, maciza. —Moví mis caderas contra las suyas en busca de un contacto que le avisara a mi amigote de abajo que no había sido olvidado. —Vas a correrte.

Por el contrario, mis ganas solo estaban aumentando más y más.

—Eres guapa y vas a estar aún más buena corriéndote para mí —suspiré, sin poder desviar los ojos de los suyos, que a estas

alturas parecían estar envueltos en su propio mundito, disfrutando cada segundo del orgasmo que se acercaba.

—Fóllame.

Sonreí, pensando en hacer alguna broma sobre ella pidiéndome aquello después de haber afirmado que jugaría con sus dedos si yo fuera su única opción, pero como yo era más humilde que ella, decidí guardarme el gusto de callar su boquita para mí.

—Lo voy a hacer, pero primero quiero que te corras aquí y luego en mi polla.

Mordí la punta de su pecho antes de acercar mi rostro al de ella, que trajo la mano hasta mi nuca, tirando de mí en su dirección para dejar que nuestras bocas se encontraran por primera vez desde que nos conocimos.

¡Y puta mierda!

Yo sabía que sería bueno porque, además de sus ojos castaños y de los cabellos azules, lo que más me había llamado la atención aquel día en que nos chocamos, fueron sus labios carnosos y rojos, pero, joder, nada de lo que pude imaginar se podría comparar a la sensación que yo estaba sintiendo ahora. Eran mojados, suaves y parecían haber sido diseñados para encajar en los míos.

Ansioso por probar su sabor, deslicé mi lengua entre sus labios para encontrarme con la suya en una disputa por espacio que no tendría solo un ganador.

Besar siempre me ponía cachondo, aún más cuando estaba tragándome las palabras inconexas que ella murmuraba.

Cuando fue necesario respirar, bajé mi boca hasta su barbilla a medida que retiraba mis dedos de ella y los subía a su clítoris hinchado, masajeándolo con cierta presión, aunque mi brazo estuviera protestando por todo el esfuerzo que ya había hecho y aún hacía solo por estar todo estirado en aquella posición, masturbándola.

Para su felicidad, aquello no sería lo que me haría parar. No después de presenciar a la tía entregarse totalmente al primero de muchos orgasmos que yo le regalaría esa noche.

Sentí que su cuerpo se ablandaba sobre el mío mientras su barbilla se posaba en mi hombro, antes de que su rostro encajara en mi cuello, haciéndome cosquillas con el contacto de su respiración entrecortada, lo que la hizo reír cuando un escalofrío fuerte me hizo tener un espasmo en el lugar.

Eso no me incomodó, al contrario, me uní a ella, riendo, sin dejar de acariciar sus muslos mientras la dejaba disfrutar la sensación post-orgasmo.

Cuando se recuperó, se apartó para lanzarme una mirada nada inocente, bajando sus manos entre nuestros cuerpos para acariciar mi polla sobre mi sudadera.

—¿Condón? —preguntó, tirando de la cintura y teniendo ya una visión clara de la cabeza hinchada. —Como imaginé.

—¿Grande y gorda? —repliqué, buscando mi cartera en el salpicadero.

—Yo estaba hablando del hecho de que no llevas calzoncillos. —Contuve el aire cuando su pulgar acarició mi glande. Respiré hondo, tanteando hasta encontrar lo que estaba buscando, y cuando lo encontré, enseguida la abrí medio desesperado en busca del condón, sin siquiera sostenerla porque no quería quitar mi otra mano de ella. —Pero ya que has sacado el tema…

Detuve todo lo que estaba haciendo para mirarla fijamente, confundido. ¿Qué mierda de tono era ese?

—¿Cuál es el problema?

Miré a mi amigote, intentando entender lo que ella estaba viendo que yo no veía.

Nadie nunca se quejó de mi polla.

—Bueno…

Levanté mis ojos a tiempo de verla escondiendo una sonrisa.

¡Hija de puta!

—¡No tiene gracia! —Tiré de su pelo suavemente, haciéndola soltar la risa que intentó reprimir.

—Para mí tuvo mucha gracia, cariño.

—Veremos quién se ríe el último entonces. —Esta vez tuve vergüenza, dejé de tantear la cartera con una mano y la traje entre

nosotros dos, sin poder creer lo que veía. —Mierda, no tengo protección.

—No pasa nada, estuvo muy bien y hasta me siento satisfecha…

Ella hizo el ademán de salirse de mi regazo, pero enseguida la rodeé con un brazo.

¿Hasta que estaba satisfecha?

—¿De verdad te crees que es inteligente reírte de mí, bombón? No te quejes si no puedes sentarte mañana sin sentir que ese coñito arde de lo despellejado que lo voy a dejar. —Ella gimió cuando le di una palmada en su culo, notando que sus mejillas se ponían aún más coloradas.

Aparentemente, a pesar de que a ella le gustaba vacilarme, tenía un lado tímido. Cómo era eso posible, no lo sabía, pero confieso que me estaba gustando, y mucho.

—Vamos a subir.

Abrí la puerta a mi lado, acomodando la camiseta en sus caderas antes de sacar mis piernas y salir de allí con ella todavía en mi cintura.

—¡Mis cosas!

—No necesitas nada por ahora.

—¡Estoy descalza!

—¿Quién dijo que vas a necesitar poner los pies en el suelo?

Cerré la puerta con el pie, cerrando con llave el BMW antes de cargarla unos pocos pasos hasta el estacionamiento. Por la hora, las posibilidades de que alguien se cruzara con nosotros eran mínimas, pero como ella no lo sabía, se quedó claramente tensa.

Bueno, eso era lo de menos, ya que, por un segundo, ella me hizo dudar de mi instrumento de placer.

—Dios mío, hay cámaras, si esto se filtra...

Miré hacia donde ella señaló en cuanto entramos en la caja metálica y presioné el botón de mi piso.

—Créeme, si se fuera a filtrar, ya se habría filtrado algo peor —confesé, viendo una de sus cejas arquearse por la curiosidad. Era guapa y divertida de cojones. —Písame los pies.

Sus piernas enseguida se soltaron de mi cintura y sostuve su cuerpo mientras ella se ajustaba sobre mis zapatillas, intentando esconder el rostro en mi pecho.

Eso me hizo sonreír y acariciar su culo macizo por encima de la camiseta.

—¿Pretendes hacer alguna barbaridad después de abusar de mí? —bromeé, girándonos de una forma que ahora su cuerpo estaba entre el ascensor y yo, lejos de las cámaras.

La comisura de sus labios se estiró en una sonrisa adorable.

—¿Estoy abusando de ti? Por lo que recuerdo, fuiste tú quien dijo que me ibas a dejar despellejada y sin andar.

Quizás ella tenía un punto y eso hizo que mi polla volviera a ponerse dura contra su barriga.

Bajé un poco mi rostro y usé una de mis manos para alzar su barbilla.

—Dudo que te quejes después.

—Bueno, hablando de quejarse…

Gruñí, empujándola contra la caja de metal y callando su boca con la mía en el mismo instante en que las puertas se abrieron, haciéndome levantarla para que saliéramos de allí.

La chica que estaba preocupada por ser pillada había desaparecido, dando lugar a la que devoraba mi boca y se frotaba el coño en mí desesperadamente.

Como yo ya vivía allí desde hacía tres años y había recorrido ese pasillo bien fumado, no necesité apartarla para ver el camino, ni mucho menos para teclear la contraseña de la puerta, entrando y estampándola contra la madera.

Sus dedos tiraron de mi pelo suavemente y un suspiro escapó de ella cuando mi boca dejó la suya, bajando a su cuello, donde distribuí besos, mordiscos y lametazos, perdiéndome en su olor delicioso.

—Eres deliciosa —susurré, apartándola de la puerta y empezando a andar en dirección a mi cuarto, dándole un golpe al interruptor en cuanto entré, antes de ponerla en el suelo para deshacerme de la camiseta sin poder desviar mis ojos de ella.

—Tú tampoco estás mal.

Me reí, usando mis propios talones para deshacerme de mis zapatillas.

—Cuanto más intentas vacilarme, más quiero follarte, bombón.

—Hablas demasiado, quiero verlo en la práctica.

—Vale, pero dime: ¿esa lengua afilada sirve solo para provocarme o es buena para chupar también?

Ella levantó el mentón, haciendo el ademán de quitarse la propia camiseta, pero toqué sus manos, empujándolas suavemente para que yo mismo pudiera enroscar mis dedos en la tela y levantarla, acompañando cada maldito trocito de piel apareciendo por primera vez para mí.

Y no, ella no tenía nada de lo que los medios y las películas porno intentaban convertir en un "estándar" y aceptable. Ella era real. Real de cojones.

Gasté unos segundos admirándola, y como sentí dentro del coche, sus muslos eran gruesos y torneados. Su cintura no era delgada y eso combinaba perfectamente con el conjunto de la obra de arte que era su cuerpo.

Estiré mi mano para rozar los dedos en la punta de su pecho, sintiéndola ponerse aún más rígida a medida que la acariciaba.

Yo no era de esos hijos de puta que se esforzaban tanto para que les gustara una mujer que acababan creando defectos y buscando motivos para ser un gilipollas.

Lo principal y más importante es que la chica delante de mí parecía muy cómoda consigo misma, así que, ¿por qué cojones alguien se sentiría con derecho a estar incómodo con ella?

Toqué mi polla sobre el pantalón antes de volver a mi atención a su coño depilado, que estaba listo para ser chupado por mí, y eso fue lo que decidí hacer al acercar mi rostro al suyo, besando su boca hinchada mientras acariciaba su pecho y forzaba su cuerpo a andar.

Cuando llegamos a mi cama, la ayudé a sentarse y una pequeña sonrisa brotó en sus labios en el momento en que me arrodillé delante de ella y la cretina entendió lo que iba a pasar, pues levantó sus piernas del colchón antes de abrirse toda para mí.

Sentí que mis rodillas protestaban con la posición, pero no desistí, me incliné para morder y distribuir besos por sus muslos, adorando tener mi pelo tirado mientras ella no escondía sus gemidos de frustración cada vez que mi boca se acercaba a su ingle y no chupaba su coño como los dos queríamos.

—Quiero probar tu sabor —avisé al sacar mi lengua y darle un lametazo desde su entrada hasta su clítoris sin desviar los ojos de ella, que dejó el cuerpo caer en la cama para enseguida empezar a acariciar sus propios pechos mientras disfrutaba del oral. Gran error. Ella no se iba a correr de nuevo. No sin mí.

—Así, por favor… —ella pidió, dejando de jugar con sus pezones para enroscar los dedos en mi pelo.

Le chupé el clítoris con un poco más de fuerza, sin poder dejar de notar que mi nombre aún no había salido de esa boquita maravillosa.

Cuando sentí que ella estaba muy mojada, aparté sus manos de mi pelo y me levanté, sintiendo mis piernas ligeramente entumecidas. Joder, el entrenador me mataría si supiera la cantidad de ejercicio que todavía haría esta noche.

—¿Qué? —bromeé cuando la vi sentarse en la cama y mirarme sin entender nada. —Creo que es justo ganar un poco de atención también.

—Tienes razón, quizás estoy siendo muy egoísta.

—Eso es, guapa, necesitamos equilibrar las cosas. —Sonreí y acerqué mi cadera a su rostro, notando sus ojos fijos en el volumen detrás de mi sudadera. —Sabes lo que hacer, ¿verdad?

Ella solo sonrió de vuelta, enganchando sus dedos en la goma de mi pantalón antes de tirar de él hacia abajo y tener mi polla finalmente siendo presentada a ella. Grande. Dura. Gorda.

—Espero que no tengas dificultad para chupar —provoqué, tirando de su pelo hacia atrás y tirando de él suavemente para obligarla a levantar el rostro y mirarme fijamente con esa cara de zorra que casi me hizo desistir de mi gusto y pasar a la parte donde la follaba con fuerza en esa cama. Pero esa boca era demasiado bonita para que no me chupara.

Bajé mi cuerpo hasta que mis labios estuvieran en los suyos, dándole un beso mojado en su boca que, a estas alturas, estaba un poco seca.

Sentí sus pequeños dedos rodear mi polla y eso solo hizo que nuestro beso se intensificara.

Joder, no veía la hora de correrne con ella.

—Sé una buena chica, bombón. —Mordisqueé su labio antes de inclinar mis caderas en su dirección.

La zorra me masturbó por unos segundos más, antes de sacar la lengua y llevar buena parte de mi longitud hasta el fondo de su garganta, haciéndome luchar contra las ganas de cerrar los ojos porque no había la mínima posibilidad de perderme su boquita empezando a chuparme sin ningún pudor.

—Así, guapa… —gemí, aprovechando que sujetaba su pelo para aumentar un poco el ritmo. —Chúpame los huevos, ¿los chupas?

Esta vez, ella fue una buena chica y quitó mi polla de su boca, bajando con su lengua por toda la extensión hasta alcanzarlos y hacer lo que le pedí.

Respiré hondo, sintiendo que mi cuerpo se erizaba. Yo amaba una buena mamada.

—No te vayas a atragantar —bromeé, sujetando a mi chico y acercándolo a su boca una vez más, que enseguida chupó la cabeza de mi polla antes de comenzar de nuevo el vaivén delicioso, aumentando la presión de sus labios a mi alrededor cada vez que alcanzaba la glande.

—Si no tuviera tantas ganas de comerte ahora, llenaría tu boca con mi leche. —Usé mi mano en sus mechones para apartarla de mi polla. —Déjame ese culo respingón.

Me aparté para coger dos condones de mi cajón, rompiendo uno allí mismo y deslizándolo por mi polla antes de volver mi atención a ella, que ya se encontraba a cuatro patas en el borde de la cama, de la forma que le pedí.

Sin resistirme, me acerqué y besé su culo, aprovechando la oportunidad para darle una palmada en el lado derecho sin dejar de

oír un gritito delicioso de ella mientras apreciaba su piel poniéndose rojita.

Apoyé mi rodilla al lado de su pierna y llevé mi polla hasta su entrada mojada, empujándola despacio dentro de su coñito, que se contraía a su alrededor.

—Qué coñito tan rico —gemí, inclinándome sobre su cuerpo para alcanzar su boca y dejar que nuestros gemidos se mezclaran conforme mis caderas comenzaban a moverse contra su culo macizo, mi polla hinchada siendo aplastada cada vez que entraba y salía de ella.

—Eso, está tan bien…

Lo estaba. Estaba bien de cojones y eso solo me hizo estar más cerca de perder el control y follármela con fuerza hasta correrne, pero me controlé, volviendo a ponerme erecto y a agarrar sus caderas, que ya estaban tan sudadas como su espalda.

Observé, con concentración, la maravilla que era su culo chocando contra mi polla, aprovechando, de vez en cuando, para darle una palmada allí, haciendo que la zorra se retorciera en mis sábanas y hundiera el rostro en una de las almohadas.

—Sube un poco más y date la vuelta para mirarme —pedí, sintiendo el músculo posterior de mi muslo derecho, rogar por un descanso que solo tendría después de que terminara con ella.

—¿Así?

—Eso, cariño.

Sujeté su pierna derecha, encajándola en mi hombro para conseguir un ángulo mejor. Gracias a Dios ella era muy flexible y ni siquiera protestó cuando demostré mi intención.

—Puedes gemir mi nombre —le recordé, volviendo a empujar mi polla dentro de su coñito empapado, deleitándome con el ardor de sus uñas arañando mi espalda y aprovechando que ahora tenía acceso a sus pechos para divertirme con ellos mientras la follaba.

La hija de puta no me respondió y eso solo me dejó más determinado a tenerla murmurando mi nombre mientras yo la comía, obligándome a invertir con más fuerza en su coño hasta que la única cosa que se podía oír en el cuarto era el sonido de mi

cadera chocando con la suya y nuestros gemidos, pero la chica murmuraba de todo, menos mi maldito nombre.

Sentí que mi cuerpo comenzaba a ponerse más pesado a medida que el cansancio por una noche tan intensa me alcanzaba, pero no había la mínima posibilidad de parar ahora.

Yo la quería a ella corriéndose y gritando mi nombre.

Sin éxito, me aparté lo suficiente para colocar sus dos piernas alrededor de mi cintura, volviendo a follármela, pero esta vez usando mis manos para sujetar las suyas sobre su cabeza, lo que la pilló por sorpresa, pero ni eso la hizo darme lo que yo quería.

—Me estás matando —confesé, sintiendo mis brazos temblorosos por el esfuerzo. Estaba difícil de cojones. Si hubiera sabido que iba a tener un polvo increíble, habría intentado ahorrarme un poco en el campo. —Vamos, guapa, di mi nombre.

Ella ignoró lo que le dije y eso solo consiguió dejarme más frustrado, llegando incluso a perder un poco el ritmo de mis caderas cuando me incliné para besar su boca con fuerza.

No tardaron mis brazos en ceder, soltando sus manos y haciéndome parar por unos segundos en busca de aire.

—¿Está todo bien?

Negué con la cabeza, irritado por tener a ese mujeral en mi cama para satisfacer, pero que en ese momento era demasiada tela para mi traje.

—Lo siento, mis brazos están agotados.

Encañé mi rostro en su cuello, besando el lugar mientras movía mis caderas como un maldito calientapollas.

—Está bien, ponte encima.

Alcé el rostro y entrecerré los ojos.

—¿Vas a ir diciendo por ahí que fui un blando?

Ella negó con la cabeza, empujándome a un lado y montándose en mis caderas.

—Vi tu juego y estoy siendo solícita. —Su ojo derecho se cerró en un guiño adorable. —En realidad, no sé cómo aguantaste tanto tiempo.

Sonreí, acariciando su cintura.

—Lo partí hoy.

—Bueno, el primero y el segundo cuarto no fuiste nada útil —ella murmuró, guiando mi polla hacia dentro de ella. Claro que la hija de puta encontraría alguna forma de lanzar mi ego por el precipicio.

—Quizás deberías ir a mi próximo partido y ver todo desde una de mis sillas cerca del campo, porque no es posible que hayas visto claramente el partido de hoy.

Mierda, ¿de verdad había dicho eso? Yo nunca quedaba con las chicas con las que follo, y mucho menos las invitaba a verme en el campo.

Sentí que mi respiración se aceleraba con una ligera ansiedad. Joder, joder, joder, ¿y si aceptaba?

Yo odiaba tener que esconderme de ellas después de un polvo, por eso nunca prometía nada, ni hacía comentarios estúpidos así.

—No, gracias. —Gracias a Dio... Espera. ¿De verdad había rechazado? —Forzaste algunos pases que hasta un novato sabría que era una elección estúpida.

—Creo que podemos olvidar este tema por ahora —gemí, empujando su cadera hacia atrás y tirándola hacia mí.

Me importa una mierda que ella no supiera aprovechar la oportunidad increíble que era verme en toda mi gloria en el campo.

—Quizás tengas razón.

Sí, la tenía. Ella era la que no tenía ninguna razón para no querer ir a verme.

Empujé esa mierda de pensamiento a un lado y la vi echar su pelo por encima de uno de sus hombros, ajustándose en mi polla antes de apoyar las manos en mi pectoral y empezar a cabalgar.

Si tenerla corriéndose en mis dedos había sido sexo de cojones, yo no estaba preparado para la escena que era ella montándome, con sus pechos balanceándose al ritmo de sus sentadas.

Sin resistirme, me apoyé en los codos y golpeé mi lengua contra las areolas de sus pechos, intercalando besos y lametazos entre los dos, siendo recompensado con sus gemidos deliciosos, pero aún nada de mi nombre.

Eso me hizo darme cuenta de que hasta ahora yo no sabía el suyo, o al menos no entero.

Sentí que su coño me apretaba como hizo en mis dedos momentos antes de que ella se corriera.

—Córrete conmigo, Tay —susurré en su oído, notando que su cuerpo entero se estremecía y sus ojos se fijaban en los míos de una forma intensa. Sí, como pensé, Tay era parte de su nombre y eso pareció haberla tocado. Lo que no era justo, porque me encantaría ver mi nombre siendo gritado por ella. —Joder, guapa, gime mi nombre…

Sus uñas bajaron por mi espalda y su cadera comenzó a moverse con más ansia contra la mía. Ella estaba cerca. Muy cerca.

—Prefiero cariño.

Como yo sabía que no le ganaría en esto, abracé su cuerpo y besé su boca, sintiendo esa tensión deliciosa formarse un poco debajo de mi ombligo mientras mi polla se contraía, lista para explotar dentro de ella, que no se quedó atrás y me apretó toda, perdiendo el ritmo de las sentadas con su propio orgasmo, toda temblorosa y jadeante.

Ayudé a mover sus caderas para dos embestidas más y eso fue suficiente para que mi corrida viniera con fuerza.

Sentí sus dientes hundirse en mi hombro, intensificando aún más mi placer, pero privándome de lo que podría ser mi nombre siendo ahogado allí.

Al igual que en el coche, acaricié su espalda, esperando hasta que su respiración se normalizara un poco para entonces besar su boca despacio, antes de dejar que mi cuerpo cayera hacia un lado, trayéndola conmigo para tumbarse en la cama.

Yo estaba muy agotado.

—Quizás necesito unos minutos… —susurré, luchando contra las ganas de cerrar los ojos.

—Todo bien, cariño. —Ella se rió, pasando la mano por mi pelo pegado en la frente.

—Vale, Tay. —Intenté sonreír cuando un insulto suave escapó de sus labios, pero no pude, por eso, solo pasé mis brazos a su alrededor y me acurruqué en sus pechos. —Solo… unos… minutitos.

—Descansa, campeón, tuviste una noche de la hostia.

Asentí con la cabeza una vez más, antes de ser arrastrado a una siesta, consiguiendo oír, cada vez más distante, su risa suave y adorable.



Me desperté agotado, sintiendo todo mi cuerpo dolorido por el partido y…

Palpé el colchón en busca de la chica de pelo azul, pero todo lo que encontré fueron algunas almohadas.

Desenterré mi rostro de la cama y miré alrededor, no encontrando ningún vestigio de su paso por allí que no fuera su perfume impregnado en mi cuerpo y por todo el cuarto.

—Mierda. —Me froté los ojos y salí de la cama, vistiéndome la misma sudadera de la noche pasada antes de comprobar el baño y el salón, encontrando a mi hermana en la cocina, tomando café sola. —Buenos días.

—Para algunos, sí, pero para ti… ¿Qué cara es esa? —Ali se rió, empujando su pelo corto hacia arriba, pareciendo ansiosa.

—Estoy cansado de cojones. —Encogí mis hombros doloridos, notando que sus dedos golpeaban la mesa. Me senté a su lado, cogiendo un poco de zumo.

—Vale.

—¿Pasa algo?

Ella suspiró, mirando por el pasillo.

—Sabes que no soy de meterme en vuestra vida, pero siento que voy a explotar con lo que acabo de ver.

Fruncí el ceño, intentando entender de lo que ella estaba hablando. Mierda, yo era demasiado lento por las mañanas.

—Ali, sé más específica, me acabo de despertar.

Mi gemela rodó los ojos antes de frotarse la frente.

—¿Sabes lo de Ash?

—¿Tu amiga? ¿La King?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, después de la ruptura con Cooper, ella está inclinada a ir detrás de Eric.

Detuve el vaso a mitad de camino y la miré fijamente.

—¿En serio? Espero que Brandon no cause problemas con Eric.

—Sí.

Sonreí, moviendo la cabeza.

—Me encantará ver eso. Me gusta King.

Volví a beber mi zumo, feliz de que una chica guay estuviera viendo potencial en él. Él era mi hermano, no había la más mínima posibilidad de que fuera tan malo como para que nadie lo quisiera.

—Con que ella no lo hiera, vale, pero… —Mi hermana aspiró aire entre los dientes. —Quiero decir, eso si Ash tiene alguna oportunidad, ya que me desperté con una chica escabulléndose de su cuarto.

Escupí el zumo, sintiendo que mi nariz y mi garganta ardían.

—¿Qué? —Tosí, girando todo mi cuerpo hacia Alicia. —¿Cuándo? ¿Dónde?

—Esta mañana. Oí un ruido en la puerta de entrada, pero cuando me levanté, la encontré saliendo de su cuarto con una camiseta, una mochila y…

—Unas All Star —complementé, levantándome de un salto. —¡Hija de puta!

Joder, hasta en el coche se había metido.

—Bryan, ¿qué…?

Dejé a Ali hablando sola y fui hasta el cuarto vacío de Eric. No había la más mínima posibilidad de que él estuviera allí con una chica porque iba a pasar la noche en lo de Tyler.

Miré alrededor, intentando pensar qué había allí de su interés, pero antes de que llegara a alguna conclusión, Alicia estaba a mi lado.

—¿Eso en la cama es el sable de Eric?

Seguí a donde ella señalaba, encontrando las dos partes del sable al lado de una nota.

Ahora estamos en paz. Yo te di tu polvo y tú me diste un sable nuevo. Gracias, cariño.

—Ella… —Tragué saliva, sin poder creer que la hija de puta había sido capaz de venir aquí con otro objetivo aparte del sexo.

—Bry, no sé en qué te has metido, pero si esa chica rompió el sable de Eric, espero que tengas una buena excusa.

No, ella no lo había roto, sino que, con su mano ligera, se había llevado el de mi hermano y dejado el suyo roto.

Yo estaba muy, muy, jodido.

Pero ella… bueno, ella también lo estaba.

CAPÍTULO 05



No cuentes conmigo, para decirte cuándo
No cuentes conmigo, lo haré de nuevo
No cuentes conmigo, es el punto que estás perdiendo
No cuentes conmigo, porque no estoy escuchando
FAT LIP – SUM 41

BRUCE JONES

ACTUALMENTE

Cerré la puerta y me apoyé en ella, sintiendo que mi tripa se revolvía.

Quería llorar.

Primero, rompió el Batmóvil que la abuela me dio antes de irse a vivir al cielo, luego, me llamó, bien alto, malcriado y cuando le pedí que se retractara porque Papá Noel necesitaba oír que yo era un niño bueno, el culón se negó, haciendo que todo el esfuerzo que hice en los últimos meses para no decir palabrotas, hacer rabietas o pelear, se fuera por el desagüe.

El viejo no vendría más y la culpa era toda del feo.

Entonces, después de haber intentado hablar para resolver nuestro problema, solo me quedaron dos buenas opciones: insultarlo o pegarle una patada.

Decidí hacer los dos.

¿Eso me traería mi juguete de vuelta?

Probablemente no, pero yo ya había oído a alguien decir que el parné no trae la felicidad. Y es verdad, porque cuando él se negó a pagarme y le pateé por eso, me puse muy feliz.

En ese momento, como nada más cambiaría el hecho de que fui un niño malo, solo pude recordar a mamá diciendo que la violencia no era una opción, al menos, hasta que fuera la única. Ella incluso dio algunos ejemplos y uno de ellos era sobre los abusones que intentarían acosarme en la escuela, y que si yo demostraba miedo o debilidad, sería solo un motivo más para que me hicieran bullying.

Mamá solo no me avisó que ellos también podrían surgir en el pasillo, ni mucho menos que podrían tener más del doble de mi edad.

Fue en ese mismo día que ella me explicó que mi nombre era de uno de los superhéroes más fuertes del mundo y que él no solía tragarse la mierda de nadie. Después, mamá me enseñó cómo cerrar la mano para darle un puñetazo a alguien sin romperme el pulgar, finalizando con un secreto: si quería derribar a cualquier chico, solo tenía que pegarle una patada en los huevos.

En el caso del culón, sus huevos eran demasiado altos, y como hasta hoy no tuve motivos para usar ninguno de esos golpes, tuve que adaptar una patada en la espinilla.

Y fue bien merecido.

—¿Bruce? ¿Estás bien?

Alcé el rostro para ver a Jessie, mi niñera, mirándome desde el pasillo.

Ella me gustaba y ni siquiera era porque me dejaba hacer todo lo que yo quería o porque me enseñó a cantar 'el clavel peleó con la rosa'. Lo más guay es que, además del pelo rojo, su nombre es igual al de la villana del Equipo Rocket, del dibujo Pokémon.

Me gustaba conocer a personas que, al igual que yo, tenían nombre de personajes. El mío era Bruce, igual que Batman.

—Estoy bien. —Encogí los hombros. Ella me cuidaba desde que la antigua niñera dejó de venir sin motivo alguno, creo.

—¿Algún niño idiota se metió contigo? Sabes que puedes decírmelo, ¿verdad?

Ella vino hasta donde yo estaba y se agachó delante de mí.

Sí, un idiota se había metido conmigo, pero yo ya perdí mi regalo de Navidad por su culpa, no sería justo decírselo a Jessie y joder sus posibilidades de que Papá Noel llegara a su casa, porque conociéndola como la conocía, ella me defendería en un abrir y cerrar de ojos.

—No, solo echo de menos a mamá.

Lo que no era exactamente una mentira, más que nada, porque si lo fuera, de nada serviría ser un buen chico ahora que Papá Noel no vendría más.

—Ella dijo que se retrasó algunos minutos, pero creo que en...

Antes de que ella terminara, el timbre sonó y volví a abrir la puerta, encontrándome con el cabeza hueca parado allí.

—Hola —suspiró, rascándose la oreja. —Quería discul...

—¡No hay nadie en casa para atender, feo! —Lo corté, intentando cerrar la puerta y no notando que su mano estaba donde no debía, casi aplastando sus dedos.

—Joder... Qué dolor... —Abrí la puerta de nuevo, viendo al vecino balancear la mano y lloriquear por el pasillo, casi sintiéndome mal por haberlo lastimado. Casi. —¿Tus padres están en casa? Quiero hablar con uno de ellos ahora.

—¡Mi mamá está trabajando!

Él gruñó, abriendo y cerrando los dedos.

—¿Dónde está tu papá? ¡Ve a llamarlo!

No. Mi papá no estaba y tardaría aún más en volver a mí, y era todo culpa de él.

—¿Por qué no te vas a la mierda...?

—¿B-bryan Evans?

Gruñí cuando Jess me empujó a un lado y casi se tiró delante del apestoso.

—Hola. —Él sonrió de una forma extraña y dio un paso hacia atrás mientras se frotaba la mano que se quedó atrapada en la puerta.

Bryan Evans… ese nombre no me era extraño.

—¡Soy una gran fan! —Moví la cabeza, sin entender por qué Jess estaba dando saltitos y acercándose cada vez más al bicho raro, que ahora estaba casi pegado a la pared del otro lado del pasillo. —Me puse muy triste cuando te lesionaste. Espero que te estés recuperando y vuelvas pronto. ¿Te importaría darme un autógrafo?

—Eh... Claro. ¿Qué eres de este chavalote?

—Su niñera.

Torcí mi nariz cuando Jess corrió hacia dentro de casa, una vez más empujándome como si fuera un montón de basura.

Me retracto de lo que dije, ella no me defendería en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuándo vuelve tu papá?

Puse mala cara, alzando el rostro para no demostrar ningún tipo de miedo del grandullón del otro lado del pasillo. Probablemente la mamá de él también le enseñó a no mostrar debilidad, pues él cruzó los brazos delante del pecho y entrecerró los ojos para mí.

—Aún no lo sé. —También crucé mis brazos. —Se fue a comprar tabaco y todavía no ha vuelto.

—Vale. Cuando esté en casa, quiero hablar con él sobre ti.

Abrí la boca en shock. ¿Qué quería el malo hablar con mi papá?

—¿Hablar de qué? —pregunté, dejando que mis brazos cayeran a los lados de mi cuerpo y di un paso hacia adelante.

—Sobre que eres un malcriado y sales dando patadas a los vecinos en el pasillo.

Apreté mis labios con fuerza.

Joder. ¿Cuáles eran las posibilidades de que papá volviera y quisiera irse porque yo era un niño malo? Joey dijo que los padres se iban cuando sus hijos daban problemas.

Abrí la boca para responder que nunca lo dejaría acercarse a mi papá, pero Jess eligió ese momento para volver llena de risitas. Las chicas.

Aproveché que él garabateaba con dificultad los papeles y mentía sobre haber llamado a la puerta para conocer a los nuevos vecinos y todo el blablablá que hacía a Jessie suspirar con cada palabra.

El teléfono sonó dentro de casa, obligándola a pedir permiso y pasar a mi lado una vez más, y ahora que el Señor Noel no vendría más, puede que haya pensado en ponerle el pie delante, pero solo lo pensé, porque el tontorrón era quien se merecía besar el suelo.

—Bueno, me voy. —¡Ya te vas tarde, parguela! No respondí, solo me encogí de hombros y entré de nuevo en casa, sin embargo, cuando fui a cerrar la puerta, él volvió a llamarme. —Ah, casi se me olvidaba... —El apestoso metió la mano en el bolsillo y la estiró hacia mí. —Inicialmente, vine aquí para disculparme y pagarte otro juguete, pero me trataste mal desde que me atendiste, creo que es mejor hablar con uno de tus padres antes, solo para que no tengamos ningún malentendido. —Sentí que mis ojos y mi nariz ardían con ganas de llorar de nuevo. —Lo dejaste en el pasillo. Aunque esté roto, no sé si es correcto que yo lo tire sin tu autorización.

Miré su mano, viendo mi Batmóvil todo roto.

Esta vez, no pude contener el sollozo.

—Mi abuela me lo dio antes de irse a vivir al cielo. —Me froté los ojos y cogí el cochecito al que le faltaban dos ruedas y estaba partido por la mitad.

—Yo… eh… Lo siento. No tenía ni la más mínima idea de que...

Di un portazo y corrí hasta la Alexa que estaba encima de la mesita en la esquina del salón, pero cuando intenté seguir por el pasillo hasta mi cuarto, me choqué con Jess, que me salvó de una caída.

—Bruce, ¿qué habíamos acordado sobre correr por la casa? —preguntó, aprovechando para despeinar mi pelo, pero no tardó mucho en mirar a la puerta y volver a pensar en el feo. —Oh, ¿Bryan ya se fue?

—Ya. —Me encogí de hombros. —Dolor de tripa.

Ella frunció la nariz y eso me hizo casi sonreír. Casi, al fin y al cabo, yo aún estaba muy enfadado.

—Vale. Era tu madre al teléfono, ya está saliendo del estudio. —Sus ojos bajaron a mis manos y yo le di mi mejor sonrisa. —¿Qué estás haciendo con la Alexa?

—Tengo tarea.

Miré el aparato en mi mano y luego a ella, que parecía sorprendida.

—¿Tu madre sabe que haces eso?

—No, pero ella tampoco sabe que te pasas todo el día en el móvil con Jake —repliqué, viendo que sus ojos se abrían de par en par. —Ni que te vas a casa todos los días antes de tiempo.

—¡Eh, son solo unos minutitos! —Jess se alejó, enfurruñada. —No está aquí el que preguntó.

—Vale. Me voy a la Batcueva.

—Vale, yo ya me voy, cierra la puerta y...

—Y si mi mamá pregunta, tuviste que ir a socorrer a tu perro —completé, extendiendo mi mano libre para recibir la propina.

Sí, fue esa la palabra que ella usó cuando, al principio, rechacé su oferta porque tendría que mentirle a mamá, pero Jessie me explicó que, técnicamente, no era yo el que mentía, sino ella, entonces Papá Noel no castigaría a ninguno de los dos, porque no era ella la que mentía directamente, y era yo el que hablaba, no era el dueño de la mentira, solo un mensajero, como ella me explicó.

—He criado a un pequeño maleante. —Jess se rió, sacando un billete arrugado del bolsillo.

Yo no sabía qué era un maleante, pero si ganaba dinero tan fácil así, era guay ser uno.

Esperé a que Jessie saliera, viéndola quedarse un rato parada delante de la puerta del vecino destructor de sueños, antes de seguir hasta el ascensor y marcharse.

Cerré la puerta con llave y sin nadie que me lo impidiera esta vez, o que se quejara, corrí a mi cuarto, enchufando la Alexa, esperando impaciente mientras ella se iniciaba.

—Hola, Alexa.

—Hola, Bruce.

Me reí. Mi mamá era tan guay que consiguió enseñarle a Alexa a decir mi nombre. ¿Era o no era la mejor mamá del mundo?

—Alexa, ¿qué es un ma-le-an-te? —pregunté, escuchándola atentamente decir un montón de cosas y entre ellas, algunas

palabras como: “Pillo”, “Persona carismática que usa eso para sacar ventajas” y “No trabaja”.

A veces, mi mamá me llamaba pillín. Yo no trabajo. Y sí, hago amigos fácilmente por ser caris… caris… eso mismo que dijo Alexa.

—Yo sería más feliz siendo un maleante con Batmóvil… —murmuré, sentándome en la cama y mirando fijamente la pared que era de él también. —Si no fuera por ti, feo, todo saldría bien.

Apreté mis labios con fuerza, intentando entender lo que yo haría, ya que ahora necesitaría ser un buen chico por el próximo año entero sin ningún resbalón, sino sería un año más sin mi papá.

Con un suspiro, bajé al suelo y me arrastré hasta donde estaba mi mochila, sacando mi cuaderno y lápiz para terminar de hacer la secuencia numérica del 0 al 100, una tarea que comencé aún al final de la clase para llegar a casa y tener más tiempo para jugar en mi videojuego, lo que ni siquiera llegó a pasar, ya que ni yo, ni Jessie, encontramos la Playstation 4 en las cajas que mi mamá no había abierto todavía.

Fue por eso que acabé jugando en el pasillo mientras la señora de la limpieza arreglaba algunas cosas y Jessie hablaba con su novio por el móvil.

—Alexa, ¿qué número viene después del 54?

—…después del 54 viene el 55.

—Gracias, Alexa.

—De nada, Bruce.

Intenté sonreír, pero ya no estaba tan feliz. No después de recordar que me fui a jugar en el pasillo.

Quizás debería contarle eso a mi mamá, pero eso con certeza la pondría triste, ya que recordar a la abuela siempre la hacía llorar, entonces preferí guardármelo para mí.

—Me gustaba tanto ese batmóvil… —Soplé mis labios, mirando de nuevo la pared del apestoso.

—¿Cómo serían los próximos días? Hoy ya había sido un plasta conmigo.

¿Y si cada vez que nos encontráramos en el pasillo, pisara uno de mis juguetes? ¿Cómo iba a fingir que todo estaba bien?

Peor, ¿y si consiguiera hablar con mi padre antes que yo, y eso solo lo alejara más?

Aún estábamos en octubre, hasta el último día del año, yo necesitaba encontrar una forma de que él estuviera bien lejos de aquí.

—Alexa, ¿cuántos días faltan para que termine el año?

—Bruce, faltan 65 días.

Yo no necesitaba todo eso.

—Gracias, Alexa.

—De nada, Bruce.

Pasé las hojas de mi cuaderno, parando en las últimas antes de inclinarme hacia la Alexa mientras garabateaba en la parte superior de la página: PLAN – Echando al culón del vecino en 60 días.

Era en momentos como este que yo aprovechaba el origen de mi nombre para resolver cualquier situación, por eso me puse a pensar…

¿Qué haría Batman en mi lugar?

—Alexa, ¿puedes, por favor, decirme todo lo que sabes sobre Bryan Evans?

Escuché todo lo que ella decía, anotando algunas cosas y teniendo aún más la certeza de que era una pésima idea hablar de él con mamá, principalmente cuando ella veía varios partidos y Alexa dijo que Bryan Evans era uno de los jugadores con los que todas las mujeres soñaban con salir.

Yo podría tolerar las sonrisitas de Jessie para él, pero a mi mamá, no, más que nada, porque solo aceptaría dividirla con mi papá.

CAPÍTULO 06



No voy a decir que te amo
Después de tanto tiempo que intento esconderlo
Y ni siquiera sé por qué lo estoy diciendo
Siempre que me abro, abres un espacio para que me jodas
NÃO VOU FALAR DE AMOR NÃO – LAGUM

BRYAN EVANS

ACTUALMENTE

—Oye, manos perfectas, vamos al ClubParty esta noche, ¿vienes?

Quité los ojos de mi móvil, encontrando a Jason Hunter, nuestro wide receiver, mirándome con una de esas sonrisas pícaras que fácilmente lo metería en problemas esta noche.

—Tú y esas mierdas de motes. —Intenté parecer enfadado, pero no lo conseguí. —Gracias por la invitación, tío, pero creo que me voy a casa a descansar, el entrenamiento de hoy me mató —expliqué, estremeciéndome solo con recordar cómo mi fisioterapeuta se había desquitado toda su rabia en mí, sin embargo yo no podía quejarme, ya que, gracias a él, la semana que viene comenzaría a entrenar con el resto del equipo. —Además, lo último que necesito ahora es a la prensa relacionando que estoy bien para fiestas, pero no lo suficiente para jugar. —Encogí los hombros doloridos por el entrenamiento pesado. —Dale un abrazo a Riley de mi parte.

—Cuenta con ello. —Él guiñó, frotándose una mano en la otra. —Si Violet está por allí, ¿puedo darle un beso de tu parte?

—Si quieres quedarte sin polla... —Sonreí, viendo una expresión de horror atravesar el rostro que, según él, era el más guapo del equipo.

—¿Quién es Violet? —Él se hizo el despistado antes de inclinarse y despeinar mi pelo. Claro que el listillo no se metería con la chica de Mason Riley. Nadie que fuera mínimamente listo haría eso. —Sobre la prensa, que se jodan, el soltero más codiciado del año.

Mi amigo no escondió su desprecio por esos gilipollas que venían dándome por culo desde que dejé los Giants con la intención de estar más cerca de mi familia y me transferí a los San Francisco 49ers.

Y no bastaba con que yo me sintiera una mierda por eso, ellos se encargaban de meterse conmigo, principalmente cuando el equipo perdía.

Los hijos de puta incluso hablaban sobre una supuesta jubilación mía.

Que se jodan, yo les haría tragar cada maldita palabra cuando volviera a pisar el césped. Eso no estaba muy lejos de pasar, así que, callar la boca a esos mierdas era uno de mis mayores objetivos para este año. El otro, era despedir a Scott, mi agente, del que tenía la absoluta certeza de que estaba en medio de esta mierda, pero solo lo conseguiría comprobar la próxima semana.

Moví mi cabeza para apartar esos pensamientos y volví a mirar a Jason.

—¿El soltero más codiciado del año? —me burlé. —¿Sigues leyendo esas revistas de chicas?

Así es como People se refirió a mí en el reportaje de la semana pasada y Hunter no lo dejaría pasar.

—Necesito mantenerme actualizado sobre mi hombre, al fin y al cabo, vas a ganar el Comeback player of the year y, de propina, te pondrás el MVP en esas manos perfectas. —Él agitó los dedos en el aire antes de estirarme la mano.

Infelizmente, nuestro quarterback suplente no lo estaba haciendo tan bien como necesitábamos y ni se le podía culpar, al fin y al cabo, Purdy llegó al equipo a través del último draft y la NFL es muy diferente del College.

Le llevaría un tiempo al chico adaptarse y cuando ese momento llegara, volaría.

Aparte de eso, estaba la cuestión de que no sería fácil para nadie sustituir a James Fitzgerald, el tipo responsable de llevar al equipo al Super Bowl y conquistarlo, y eso también me incluía.

—Puedo incluso saborearlo, Hunter. —Me lamí los labios, aceptando su mano y levantándome del banco en el que estaba sentado. —Nos vemos mañana.

Agarré mis cosas, despidiéndome de los otros chicos del equipo que estaban por allí, pero claro que en cuanto pasé por la puerta, Jason volvió a gritar desde dentro.

—¡Hasta mañana, señor de 70 años!

Alcé el dedo de en medio, riéndome con ellos.

—¡Vete a la mierda, idiota!

—Claro, voy a follar por mí y por ti.

El hijo de puta era muy buena gente, al igual que los demás.

—Solo ve porque no estaré allí —repliqué, haciendo que el vestuario explotara en risas, y eso incluía a Jason, que se apoyaba en Joey Fox, nuestro Tight End.

—Joder, Hunter, tiene razón en eso —gritó alguien desde el fondo y no pude identificar quién fue.

—¡Mierda, tienes razón, Liam! —El idiota apuntó al Center, que estaba en algún rincón, volviendo a mirarme a continuación, sonriendo. —Evans, estás desinvitado a todas las juergas del equipo.

—Me parece justo. —Me encogí de hombros, riéndome. En este momento, estoy tranquilo con el tema de las fiestas, así que la única cosa que no represento es una amenaza para sus polvos. —Y tómenlo con calma esta noche, si no cuando vuelva al campo, voy a sentaros en el banquillo —bromeé, haciéndoles reír. —¡Ganad el partido del domingo, cabrones!

Normalmente viajaba con ellos, pero como estaba centrado en la recuperación y en el plan de descubrir quién estaba filtrando

mierdas sobre mí, preferí quedarme en la ciudad con el equipo médico.

—Oye, Bryan, espera un minuto. —El entrenador Wilson apareció al final del pasillo, haciéndome parar de andar para esperar a que se acercara. —El lunes por la mañana tendremos una visita escolar, sé que te estás enfocando estos últimos días en la musculación, pero creo que muchos de estos niños están ansiosos por jugar contigo.

—Sin problema, voy a avisar al personal de fisioterapia.

—Gracias, me alegro de que estés a punto de unirte a nosotros de nuevo.

—Una semana. —Sonreí. No aguantaba más estar fuera del campo.

—¿Ya has resuelto tu problema con tu agente?

—Aún no, pero estoy a punto.

—Vale, vete a casa y deja descansar ese precioso hombro.

—Ya me voy.

Ya que el Levi's Stadium, sede de nuestro equipo, se encuentra en Santa Clara, tardé unos 30 minutos en llegar a San Francisco. Como el equipo jugaría dentro de dos días, era lo habitual que el equipo fuera liberado unos días antes para descansar después de haber pasado toda la semana planeando y estudiando el próximo partido, volviendo para presentarse el domingo por la mañana, cuando saldrán en autobús hacia Los Ángeles.

Si no hubiera tenido la oportunidad de desenmascarar a Scott, me habría tomado un descanso y aprovechado el viaje para visitar a mi familia.

Cuando llegué a la calle del condominio, noté un cierto movimiento atípico en la acera.

De primeras, pensé que eran reporteros, lo que podría ser plausible, pues varias personas conocidas vivían allí en los edificios del condominio y, de vez en cuando, se filtraba esa información. Sin embargo, cuando me acerqué, me di cuenta de que algunas personas estaban sentadas y otras de pie, pero todas estaban con el móvil en la mano.

A pesar de que los cristales de mi coche estuvieran tintados, me puse mis gafas de sol y la gorra solo por precaución.

Paré el coche en la portería, esperando a David para que me diera la entrada, sin embargo, como nadie salió de la garita, di un leve bocinazo.

Para mi sorpresa, en medio de esa gente apoyada en la sombra, estaba el portero. Fruncí el ceño, notando que le murmuró algo a la gente que estaba allí, haciéndolos reír.

Por algún motivo, sentí que lo que sea que fuera, se refería a mí.

Me saludó con una sonrisa burlona después de tardar casi dos minutos en abrir el portón y como yo estaba sin paciencia, solo moví mi cabeza en respuesta, maniobrando hacia el garaje subterráneo que estaba al lado de la portería.

A medida que me acercaba a mi plaza, vi el Mercedes rojo parado en mi plaza extra, lo que indicaba que Alicia ya se había ido, pero que Scott había entrado una vez más sin mi permiso.

Yo ya esperaba que eso pasara tarde o temprano, más aún cuando las migajas de información le llegaban de mí.

Mi agente siempre fue un poco controlador e incluso pensaba que eso era porque él quería lo mejor para mí, solo que después de que decidí salir de los Giants y volver a California en contra de su voluntad, todo se fue al traste, no solo entre nosotros dos, sino en toda mi carrera.

Solo tardé en asociar los acontecimientos y darme cuenta de que entre las varias informaciones falsas que salían en los medios, algunas eran, sí, verdaderas, pero que yo podría contar con los dedos de una mano cuántas personas tenían acceso a ellas.

La gota que colmó el vaso fue hace dos meses, cuando una mención a una posible jubilación que solo le comenté a él se extendió por los medios. Yo estaba mal, no soportaba el dolor de la fisioterapia y cansado de toda la presión psicológica que venía creciendo. Sin embargo, fue solo un arrebato, así como en mi primer año en los Giants, cuando consideré rendirme tras perder los primeros partidos.

¿Y qué hizo él? Probablemente vendió esa información a una o más revistas del corazón. Nadie publicaría eso si no fuera de una fuente segura, ya que los boletines que los 49ers estaban emitiendo nunca dijeron nada sobre ser una lesión irreversible.

Al ser confrontado por mí, Scott dijo que ya ni se acordaba de nuestra conversación y que no tenía nada que ver con eso, aconsejándome que no le hiciera caso a los periódicos, llegando incluso a burlarse diciendo que yo llevaba tanto tiempo lejos de los campos que ya me había olvidado de lo sensacionalistas que eran, finalizando con: "Al final, lo importante es ser recordado, usa eso a tu favor o vas a acabar siendo vendido y olvidado".

Yo me había sentido tan mal con mi lesión, sintiéndome culpable por apenas haber llegado al equipo y haberlos dejado en la estacada, que ni siquiera consideré que sería propio de él usar este tipo de métodos para mantener mi nombre presente en los medios, o peor, destruirme solo por ir en contra de sus decisiones.

Salí del coche sin paciencia y caminé hasta el ascensor, presioné el botón en la pared y mientras lo esperaba, saqué el móvil para revisar mi agenda de la semana.

Cuando oí el sonido de las puertas abriéndose, alcé el rostro y me encontré con el chavalito del pasillo y su niñera parados en el interior. La chica pestañeó sin molestarse en esconder su suspiro, en cambio el niño, bueno, él desvió la mirada hacia un trozo de papel que estaba en el suelo mientras se ajustaba la mochila en la espalda.

A pesar de que casi salí con los dedos de los pies y de las manos rotos después de nuestro encuentro en el pasillo, verlo tan enfadado solo me hizo sentir aún peor por saber que había roto el juguete que su abuela le había dado antes de irse al cielo.

Aunque él fuera irritante, peleón y bocazas, eso dolió más que la patada en mi espinilla, entonces yo sabía que necesitaría una forma de reparar lo que hice. Eso si él aceptaba. Por lo que me di cuenta, el niño era rencoroso y todo me llevaba a creer que la cáscara de plátano que encontré en mi puerta hoy temprano tenía dueño.

—¿Qué tal? —saludé, uniéndome a ellos y yendo a la esquina vacía, no queriendo invadir su espacio. —¿Volviendo de la escuela?

El niño alzó los ojos, visiblemente sorprendido por el hecho de que yo estuviera sacando conversación, pero luego enfocó su atención en su ropa antes de volver a mirarme.

—No, me gusta ponerme la mochila pesada en la espalda y salir a caminar por ahí.

—¡Bruce! —Jessie le apretó los hombros, incómoda.

—No pasa nada, fue una pregunta tonta. —Tranquilicé a la niñera antes de volverme hacia el niño. —¿Bruce? Qué guay el nombre.

Él no respondió, pero movió la cabeza, asintiendo.

—Bruce está un poco de mal humor hoy —Jessie justificó, pasando la mano por su pelo. —En otro momento, estaría presumiendo de cómo su nombre es el mismo que el de un superhéroe.

Intenté tirar de mi memoria para ver si recordaba a un superhéroe con ese nombre, porque eso podría abrir alguna brecha en el muro que él estaba construyendo entre nosotros.

En general, los niños me amaban, no quería que se quedara con una mala impresión de mí.

—A mí también me parecería la leche si me llamara el Increíble Hulk.

Inmediatamente me di cuenta de que dije una chorrada cuando el mocoso jadeó y me miró ofendido, pero antes de que él pudiera decir cualquier cosa, su boca fue tapada por la mano de Jessie, que aprovechó que las puertas del ascensor se abrieron para arrastrarlo hacia fuera.

—Asunto delicado —susurró ella antes de desaparecer de mi campo de visión.

Salí del ascensor rascándome la nuca, sin dejar de notar la gran mochila de Batman en su espalda mientras el chico caminaba al lado de la niñera, mirándome con un semblante serio por encima del hombro.

Joder, era irónico de cojones olvidarme de ese Bruce en específico, pero no conseguir olvidarme de ella.

—¡Evans, por fin! —La voz de Scott, que estaba apoyado en la puerta de mi apartamento, me hizo apartar los pensamientos que de vez en cuando volvían. —¿Cambiaste la contraseña? Intenté entrar y no pude.

A pesar de su sonrisa, no parecía muy satisfecho con mi decisión. Antes él tenía todos mis accesos, porque siempre es bueno tener a alguien en quien confiar, solo que después de todo, Scott claramente ya no era esa persona.

—Scott —murmuré un saludo cuando llegué a él, sin molestarse en aceptar su mano extendida. —¿Quedamos para alguna reunión que no me acuerdo?

Él dejó de sonreír y se rascó la barba.

—Bueno, como no me respondes bien desde hace unos días, pensé en pasar para ver si mi chico de oro estaba bien. —Él hizo el amago de darme un golpe en mi hombro malo, pero me zafé, soltando una risa forzada. —Vaya, casi me olvido de tu lesión. Hablando de eso, ¿cómo va la recuperación? ¿Aún sin fecha de regreso?

Sí, él no sabía de la evolución que tuve en las últimas semanas, más que nada, porque si lo supiera, ya estaría en la prensa. Por eso hablé con nuestro entrenador y director y pedí autorización para mentirle a Scott y decirle que probablemente no me recuperaría hasta el final de esta temporada.

—Sobre eso… —suspiré, bajando la cabeza para fingir que estaba desanimado. —Me hice una prueba de imagen a principios de semana después de que volví a sentir el hombro y parece que voy a tener que pasar por otra cirugía.

—¿Cómo que cirugía? ¿Hace tres semanas el departamento médico estaba hablando de tu evolución y ahora, cirugía? ¿Cuánto tiempo para recuperarte esta vez?

Moví la cabeza, afirmando.

—Es una lesión llamada SLAP, pero como en mi caso es del tipo más grave, son de cuatro a cinco meses.

—Vale, y ¿cuándo van a emitir un comunicado sobre eso?

Este era el punto al que yo quería que llegáramos.

—Pedí que lo aguantaran al máximo, pero ya sabes cómo es, de alguna forma siempre se filtra una información u otra del departamento, así que no sé por cuánto tiempo vamos a poder mantenerlo.

—Fue una buena decisión, pero no tienes por qué guardarte esas situaciones, sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa, más aún para las que te dejan afectado. Somos amigos, ¿no? —Scott se apartó de la puerta de mi apartamento y me abrazó, dándome leves palmaditas en mi espalda.

—Sí, lo somos. —Incluso en contra de mi voluntad, le correspondí el abrazo.

—Bueno, te voy a dejar descansar, pero cualquier cosa avísame, mi vuelo a Nueva York es solo la próxima semana. ¿Vas a estar bien?

—Siempre estoy bien.

—Vale. Cualquier cosa me llamas.

—Te llamaré.

Esperé a que él se alejara y desapareciera dentro del ascensor para destrabar la puerta, sin embargo, la puerta del apartamento de al lado se abrió y vi a Bruce salir por ella uniformado, con un palo de hockey en la mano e incluso usando un casco.

Le hice un gesto con la mano, pero fui ignorado, entonces solo entré en casa, yendo hasta la nevera y cogiendo una bolsa de hielo antes de tirarme en el sofá y encender la TV, sin embargo, cuando intenté acceder a la DAZN, tardó de cojones y cuando pensé que iba a entrar, me avisaron que estaba sin conexión.

—Vaya… —Saqué el móvil del bolsillo, sin poder ignorar el ruido de él en el pasillo, indicando que Bruce no había bajado al parque. Suspiré. Yo había sido horrible, podría lidiar con él divirtiéndose por allí hoy. Le daría dos o tres días antes de intentar un acercamiento de nuevo.

Volví a centrar mi atención en mi móvil, abriendo el Instagram e intentando acceder a algunas publicaciones que no se cargaban por completo.

—Mierda de internet —resoplé, dejándome caer en el sofá mientras ajustaba la bolsa de hielo en mi hombro y cerraba los ojos.

Estaba agotado, así que nada mejor que una siesta…

—¡GOOOOL!

Di un salto en el sofá, derribando el hielo y casi cayéndome al suelo con el estruendo que llenó mi apartamento. Puta mierda, ¿de verdad estaba usando mi puerta como portería?

Cerré los ojos y respiré hondo.

Tres días. Tres dí...

—¡GOOOOOOOL DEL BRUCE DE DC, EL DE MARVEL ES MALO!

Fue imposible no reír, porque por muy gamberro que fuera este diablillo rebatiendo todo lo que yo decía, no había forma de negar que era valiente.

Para mantener mi promesa, solo cogí la bolsa de hielo y me fui al cuarto, tirándome en mi cama.

Bruce.

Hacía un buen tiempo que no oía ese nombre, ni mucho menos el personaje del que el chico era fan.

Suspiré, mirando a mi armario empotrado, preguntándome si el llavero del que no conseguí deshacerme todavía estaba donde lo dejé.

—Olvídate de eso, Bry… —murmuré para mí mismo, mirando fijamente el techo mientras me preguntaba si algún día conseguiría olvidarla de verdad, porque cada vez que pensaba que estaba cerca de hacerlo, algún recuerdo estúpido revivía algo de nuestra historia.

Volví a mirar al armario empotrado.

Quizás si me deshiciera de algunas cosas, la olvidaría más rápido.

Me levanté de la cama, caminando hasta la habitación, sin tardar mucho en encontrar la caja donde guardé algunas cosas de ella que se quedaron conmigo, encontrando el llavero de Batman, la entrada del partido en el que le dediqué un touchdown, la nota que ella dejó después de nuestra primera vez junto a una foto que me hice mientras ella dormía en mis brazos, sin parecer la chica que me rompería el corazón.

Giré la foto, encontrando mi caligrafía detrás de ella. Se suponía que fuera una nota diferente que le entregaría cuando nos encontráramos para ir a cenar con mi familia, pero que desafortunadamente nunca conseguí entregársela.

Miré los recuerdos por un tiempo que podría haber sido segundos, minutos o incluso horas. Era fácil perderme en el tiempo cuando empezaba a revivir el pasado.

Y al igual que otras veces, eché todo de vuelta a la caja, empujándola hacia el fondo del estante, sin valor para sacarla totalmente de mi vida. ¡Qué infierno!

CAPÍTULO 07



Cuando las noches no te dejen dormir
Solo mira y verás
Que seré tu remedio
Cuando el mundo parezca demasiado cruel
Y tu corazón te engañe
Prometo que verás
Que seré, seré tu remedio
REMEDY - ADELE

TAYLOR JONES

ACTUALMENTE

—Gracias por quedarte hasta más tarde, Jessie —le agradecí a la chica después de acompañarla hasta el taxi que la llevaría a casa. Yo no solía exceder el horario comercial, pero como la mayoría de los programas que se emitían eran grabados, el trato era adelantar el máximo de material posible para empezar a intercalar con transmisiones en directo.

Por mucho que supiera que esta era una buena oportunidad para ahorrar dinero para la universidad de Bruce, me sentía fatal por estar tanto tiempo fuera de casa.

—No pasa nada, Sra. Jones. Bruce es un ángel, estuvimos jugando hockey toda la tarde en el pasillo, después se duchó, cenó y acabó quedándose dormido mientras hacía los deberes.

Sonreí, sabiendo que aquello probablemente no era verdad, porque la palabra ángel y Bruce en la misma frase no combinaban, sin embargo, como yo sabía que era solo su segundo mes, lo dejé pasar que estuviera escondiendo las travesuras de mi chavalín.

—Hasta el lunes, Jess.

—Hasta el lunes, Sra. Jones.

Esperé a que ella entrara en el taxi y volví a mi apartamento.

Yo estaba agotada, pero con la conciencia más tranquila por, después de semanas, haber conseguido recoger a Bruce de la escuela a las 13:30 y haberme quedado con él hasta las 15:00, cuando Jessie lo recogió. Mientras tanto, aproveché para almorzar mientras él devoraba una gran copa de helado y parloteaba sin parar sobre cómo había sido su día.

Eso siempre me hacía reír, porque cuando era solo un bebé, mi ansiedad era que llegara el día en que él pudiera hablar conmigo y llamarme mamá, y bueno, después de que ese día llegó, mi niño nunca más paró, eran al menos unos trescientos "mamás" al día.

Y a pesar de ser agotador, no cambiaría nuestra vida por nada.

Fui hasta su cuarto, comprobando que Bruce dormía tranquilamente debajo del edredón elegido de la noche, de un equipo de Hockey, los Boston Bruins, del que se había vuelto fan después de que mi padre lo sobornara con 10,00 USD.

Mi chavalín llegó a sentirse culpable por estar gustando más de ese que del desgastado de Batman, pero yo lo animé a que cambiar era bueno y él por sí mismo decidió que podría alternar entre ellos.

Dejé la puerta entreabierta y me paré en la cocina para coger una copa y la botella de vino que estaba casi vacía, antes de seguir a mi cuarto, aprovechando para revisar mis correos electrónicos mientras la bañera se llenaba. Cuando eso pasó, cogí mi albornoz, la copa de vino y el walkie-talkie que Bruce y yo compartíamos para emergencias y del que me encantaba burlarme diciendo que era un vigilabebés solo porque él estaba en esa fase de sentirse ofendido cuando lo resumía a un niño. Me quité la ropa, me recogí el pelo y

me metí en el agua tibia, sintiendo que mi cuerpo agradecía el alivio después de horas de pie.

Me quedé unos buenos minutos allí, solo disfrutando de mi playlist favorita y bebiendo mi vino, hasta que entre una canción y otra, conseguí oír el chasquido viniendo del walkie-talkie, sabiendo que Bruce estaba presionando el botón, aunque no estuviera diciendo nada.

Bajé el volumen y cogí el comunicador.

—Tesorito, ¿a la escucha? —susurré.

—A la escucha, mamá.

Como siempre, sentí que mi corazón se llenaba de amor cuando oí su voz adorable.

—Mamá está en el baño, ¿tenemos alguna emergencia?

—Es mayday, mayday, mamá —me corrigió en un susurro. Sí, mi hijo se había memorizado todas las palabras usadas para comunicarse en esos equipos y, de propina, yo fui obligada a memorizarlas también. —Puede que un monstruo de la energía se haya comido la luz y ahora esté debajo de mi cama, listo para tirar de mi pie cuando vaya a hacer pipí, mamá. Y, en serio, necesito mucho, mucho hacer pipí.

Su voz estaba un poco llorosa ahora y eso me hizo salir de la bañera más rápido.

—Estoy usando mis poderes desde aquí y no consigo sentir la presencia de ningún monstruo por ahí cerca. —Lo tranquilicé, empezando a envolverme en el albornoz. —Ya estoy llegando, ¿vale?

—Vale, mamá. Pero cuidado.

—Deja conmigo.

—Cambio y corto.

Salí del baño y paré en el cuarto para coger mis sables, porque desde que él empezó a tener pesadillas o a tener miedo a la oscuridad, intenté de alguna forma mostrarle que él estaba seguro.

—¿Bebé? —Empujé su puerta, dejando que la claridad entrara en la habitación para aliviar su tensión.

—¡Mamá! ¿Qué va a pensar el monstruo de mí si oye que soy un bebé?!

Oí su voz ahogada por el edredón que cubría su cabeza ahora. Contuve la risa. Tenía razón.

—Me perdonas, pequeño adulto. Estoy encendiendo la luz, ¿puedes quitarte la manta de la cabeza y cubrirme las espaldas mientras miro debajo de la cama?

Esperé a que él se quitara el edredón de la cabeza para presionar el botón de los dos sables, tirándole uno a él, que enseguida lo agarró con una pequeña sonrisa brotando en la comisura de sus labios.

Hice señal para que hiciera silencio y él asintió, arrodillándose en el colchón con el sable en la mano. Me tumbé en el suelo para evaluar el lugar donde el supuesto monstruo estaba, no encontrando nada aparte de calcetines sucios.

—Aquí está casi todo limpio —afirmé, rodando hacia un lado y levantando los calcetines en el aire, haciéndole comprimir los labios. Sí, Bruce sabía que una de nuestras reglas era no dejar ropa sucia debajo de la cama.

—Quizás haya sido el monstruo. Debe haberlos sacado del armario y tirado debajo de la cama cuando se escondió allí.

Negué con la cabeza, entrecerrando los ojos para él, que, de un tiempo a esta parte, había aprendido a salir de todas las situaciones.

—Espero que sea eso, porque son solo calcetines, no hay necesidad de mentirle a mamá sobre eso, ¿verdad?

Mi chavalín se frotó la nuca y suspiró.

—Vale, quizás los pateé ahí ayer, lo siento, mamá.

—No pasa nada, ve al baño y llévalos contigo mientras reviso el armario. Y, por favor, comprueba el grifo.

Él asintió, saltando de la cama y agarrando los calcetines sucios de mi mano antes de correr a su baño.

Abrí la puerta del armario y la dejé abierta hasta que él regresara, para que comprobara por sí mismo que todo estaba bien.

—¿Ves? Nada de monstruos.

—Sí, creo que todo está bien, mamá. —Mi chavalín desvió la mirada hacia su cama antes de coger impulso y saltar de una forma que dejó claro que aún tenía miedo de que algo le tirara de los pies.

—También creo que todo está bien —le aseguré, viendo sus ojos ir del armario hacia mí. —Pero ya que te has despertado, sé que eres un chico adulto ahora y no te gusta mucho eso, pero si quieres, podemos dormir juntos en mi cuarto, para recordar los viejos tiempos.

Mi niñito fingió pensar, pero asintió.

—Es bueno que yo duerma contigo, mamá, no vaya a ser que a ti te dé miedo también.

—Pensé en eso. —Me acerqué a la cama, extendiendo los brazos hacia él, que agarró la almohada de Batman y saltó a mi regazo. —Dios, estás creciendo cada día más.

—Eso es bueno, ¿verdad? Los jugadores de hockey tienen que ser grandes.

—Sí, tesorito, eso es bueno.

Pasé por el baño para confirmar si había cerrado el grifo, porque ya había pasado algunas veces que él se distrajera y se lo olvidara abierto.

Salí del cuarto con él agarrado a mi cintura. Ni siquiera parecía aquel bebecito que nació hace casi 7 años y al que yo estaba insegura de sostener, con miedo de hacer cualquier movimiento equivocado y hacerle daño de tan frágil y pequeño.

—¿Te puedes quedar aquí mientras termino mi ducha?

Lo dejé en medio de mi cama, ayudándolo a cubrirse con mi edredón antes de apartar los mechones de pelo que caían sobre su frente.

—¿Puedes dejar la puerta un poco abierta? —Era evidente el recelo en su voz.

—Puedo, pero solo si no entras ahí. —Él asintió, acomodándose entre las almohadas. —Voy a ser rápida, cualquier cosa me gritas, ¿vale?

—Vale, mamá.

Puse la TV en una película infantil antes de volver al baño, sabiendo que sería rápida porque no tenía que lavarme el pelo hoy, entonces solo me eché un poco de agua tibia en el cuerpo, puse la bañera a vaciarse, me puse mi pijama que a él le encantaba y me bebí el resto de mi vino antes de volver con mi niñito.

—Volví. ¿Fui rápida?

—Me encanta que tengas superpoderes incluso para ducharte, mamá.

—Shhh, ese es nuestro secreto.

Sonreí, guardando los sables que estaban a su lado, teniendo el cuidado de encender la lámpara antes de apagar la luz del cuarto y unirme a Bruce, que en cuanto me acosté, se enroscó en mí casi de inmediato.

—No tienes por qué tener miedo, ¿está bien? —Acaricié su pelo. —Yo no me voy a ir de aquí.

—Vale, mamá, pero no es justo que te tengas que quedar despierta. Si mi papá vuelve algún día, él se puede quedar despierto mientras tú duermes.

Me mordí el labio, sin saber qué responder. Yo nunca le mentía, porque su psicóloga siempre me instruyó a ser lo más sincera posible, solo que Bruce todavía no tenía la edad suficiente para lidiar con todo lo que implicaba mi relación con su padre, principalmente el rechazo.

Era siempre complicado tocar este tema cuando surgía, pero al mismo tiempo que yo odiaba omitirle cosas, quería protegerlo de todo lo que pudiera hacerle daño.

—¡Sería bueno tener a alguien más también para lavar tus calcetines apestosos! —bromeé, haciéndole cosquillas en su barriga para desviar el tema. —Ahora, es tarde, ¿qué te parece si dormimos? Mañana es sábado y necesitamos hacer nuestros muffins tempranito.

—Me encantan los muffins, mamá.

—Y a mí me encantas tú, tesorito.

Él sonrió antes de enterrar su carita entre mi rostro y mi hombro, susurrando que me amaba también mientras yo acariciaba su espalda, sabiendo que eso le ayudaría a dormirse más rápido.

Era gracioso cómo hoy yo sabía que Bruce era la cosa más preciosa que tenía en la vida, pero que hace unos años él también fue la más aterradora, al fin y al cabo, yo era solo una universitaria cuyas únicas preocupaciones eran estudiar y vivir al máximo, sin ninguna perspectiva para el futuro o grandes responsabilidades.

Bueno, eso hasta que él llegara y se convirtiera en el propósito de mi vida. Y por mucho que doliera, yo nunca permitiría que nadie le hiciera daño. Nunca.

—¿Mamá?

—Sí, Bruce? —Abrí los ojos y me aparté para mirar fijamente sus ojos verdes.

—Se me olvidó decirte. Hoy nuestro vecino pensó que mi nombre era Bruce por el Hulk de Marvel, ¿te lo crees?

Abrí la boca, fingiendo estar en shock.

—Menos mal que me lo contaste, pequeño. ¿Quién va a pensar en Hulk antes que en Batman? —cuestioné, haciéndole asentir, aún incrédulo. Yo amaba a mi cría. —Estaba pensando en conocer a la vecindad, pero después de esto, es mejor que nos mantengamos lejos de alguien que tiene mal gusto.

—También lo creo, mamá —él asintió, tocando mi rostro. —¿Crees que mañana podemos comprar mi Ring Neck?

Gemí, recordando al bendito pajarito que Bruce había visto en una tienda de animales.

—Creo que mañana va a estar cerrado, cariño.

—Vale, pero lo vas a comprar, ¿verdad?

Besé su frente, pensando en cómo evadir el tema. La última vez, acabé dándole largas hasta que se hizo tarde y no pudimos llegar a la tienda a tiempo.

Fue por esas y otras razones que nunca más acepté comprarle cosas sin antes investigar qué era. ¿Cómo iba a saber yo que el Ring Neck era un pájaro que habla?

—En cuanto nuestra rutina vuelva a la normalidad, ¿vale?

Bruce volvió a mover la cabeza y yo aproveché para abrazarlo, sabiendo que hasta que se durmiera otra vez, me lo preguntaría unas tres veces más y me contaría otras cinco cosas de su día que yo escucharía con el mayor de los placeres.

CAPÍTULO 08



Y es de verdad, sin neurosis
quítate la ropa, quiero conocerte
sin compromiso, que soy un peligro
y aún tenemos mucho por vivir
VONTADE DE VOCÊ – OLIVIA, CARLA SOL

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

—¡Tierra llamando a Bryan! ¡Tierra llamando a Bryan!

Parpadeé y me giré para mirar a Mason, que me estaba dando un toque.

—¿Qué pasa?

—Tío, ¿qué te pasa? Estás raro estos días.

Cerré mi taquilla, apoyándome en ella antes de frotarme la cara y mirarlos a él y a Josh.

—No estoy raro, estoy bien. Estoy muy bien.

Ambos se miraron entre sí y eso me hizo gruñir.

—Mira, si estás todo irritado y ni siquiera hemos dicho nada.

—Estás gruñendo como si fueras un perrito.

¿Un perrito?

Apreté los dientes con la mención de esa palabra. Joder, ¿por qué todo parecía remitir a esa cretina? Joder.

De nuevo yo me preguntaba por qué ella volvía a surgir en mi cabeza.

Ya había pasado una semana desde que la hija de puta se aprovechó de mi momento de fragilidad para robar el sable de Eric.

Fue de cojones el día que él lo descubrió, y como yo sabía que lo único que detenía a mi hermano era hablar de sexo, mentí, diciendo que rompí el maldito sable con una empollona que me ligué. Esto lo cabreó, pero, al menos, ahora él estaba demasiado ocupado con King para preocuparse por esa mierda. Es decir, ayer los vi casi follando en el baño de una fiesta, así que dudaba que él todavía se acordara de su sable roto.

Me froté la cara con fuerza.

Quizás yo estaba realmente enfadado.

—Ya he dicho que estoy bien —mentí, no queriendo entrar en ese tema con ellos. —Yo solo...

Dejé de hablar cuando la voz de Cooper empezó a sonar por el vestuario.

—Debe estar haciendo esto solo para molestarme. No es posible que mi chica haya bajado tanto el listón para meterse con ese punheterio asqueroso.

Joder, yo ya le había dicho que se callara su boca grande para hablar de mi hermano, pero, aparentemente, solo porque él no me estaba viendo, pensó que era una buena decisión ofender a los dos.

Yo no quería problemas en el equipo, sin embargo, cuando me desperté y vi el vídeo de la nueva pareja dando vueltas por internet, supe que Brandon sería un problema.

—Este hijo de puta…

Empujé a Josh y a Mason, acercándome a donde él estaba, ladrando cosas asquerosas solo porque estaba con el ego herido.

—Cooper —llamé, viendo que su rostro se retorcía cuando me notó allí. —¿Cuál es tu problema, idiota? —Intenté alcanzarlo, pero antes de conseguirlo, alguien me tiró hacia atrás. —Por eso King te dejó, porque no eres más que un mierda que no supo aprovechar a la chica guay que tenía y ahora estás ahí, jodiéndote porque mi hermano está con ella.

—No querrás meterte en esto, Evans.

Sí, quería.

Necesitaba darle un puñetazo a alguien aún esta semana para aliviar esa frustración extraña que me estaba persiguiendo, y Brandon, en este momento, parecía una gran opción.

Yo tenía todo lo que necesitaba como excusa, al fin y al cabo, él estaba hablando de mi hermanito y de nuestra cheerleader.

—En aquel día, en mi apartamento, te advertí que te mantuvieras lejos de ellos porque no quería problemas en el equipo. ¡Suéltame, Johnson!

Me zafé de los brazos de mi amigo. Yo no iba a pegar primero, no sabiendo que saldríamos en pocos minutos para un partido fuera de casa y que el entrenador me comería el culo por eso, ahora, si Brandon pegaba primero, yo solo estaría defendiéndome.

—¡Vete a la mierda, Bryan! ¿Crees que solo porque eres el capitán, todo el mundo tiene que obedecerte? —él replicó, acercando su rostro al mío, quizás intentando amenazarme. —¿Aún no has encontrado a esa tal chica del pelo azul para ocuparte de follártela y dejarme en paz?

Antes de que yo pensara, lo agarré por el cuello de la camiseta, empujándolo contra las taquillas y esta vez, nadie intentó impedírmelo.

—No vas a abrir la boca para hablar de lo que no sabes —amenacé. Joder, yo y mi maldita boca. Claro que había sido una pésima elección preguntar en el vestuario si alguien conocía a alguna chica con las descripciones de mi ladrona.

—¿Pero qué mierda es esta que está pasando en mi vestuario?

Solté el cuello de la camiseta del running back cuando la voz de nuestro entrenador sonó detrás de mí.

—Nada, entrenador Clopp. Solo enseñándole a Cooper a no abrir la boca sobre lo que no debe. —Alisé el tejido arrugado, dándole dos palmaditas en el lugar.

—Los dos en mi despacho. Ahora.



Después de que el entrenador me diera un rapapolvo, me di una ducha allí mismo en el vestuario y cogí la mochila que traje para llevar a Fresno, donde jugaríamos esa noche.

Claro que él hizo el papel de líder y nos llamó la atención, pero no castigó a ninguno de los dos.

Atravesé el campus sin dejar de mirar a los lados, buscando algún vislumbre de ella.

Desde el día en que nos acostamos, no conseguí encontrarla de nuevo.

Y esto me estaba jodiendo.

¿Por qué? Yo no tenía ni la más mínima idea, pero pensaba en ella todos los días, eso incluía desde nuestros momentos dentro del coche hasta el polvo maravilloso.

Las mujeres nunca me habían tratado así, entonces era difícil intentar entender lo que le pasaba a la única que parecía no querer más de mí.

Y pensar que la invité a ver un partido mío…

Cuando llegué al estacionamiento, entré en el primer autobús, viendo a algunos chicos cuchichear, probablemente comentando sobre lo ocurrido más temprano. Elegí un sitio y me senté, poniéndome mis cascos para intentar concentrarme. Era un partido importante. Yo no podía dejar que una chica me estorbara.

Me quedé a lo mío por un tiempo hasta que noté a Ashley de pie en el pasillo, intentando encontrar un sitio para sentarse.

Fue imposible no pensar si ella conocía a la ladrona de sables. King era popular, pero tenía varias amistades con los de perfil bajo de la universidad.

Suspiré, no queriendo ser un aprovechado, sin embargo si ella supiera cualquier cosa sobre mi pequeño dolor en el culo, yo podría intentar entender cuál era el problema de ella conmigo.

Me quité mis cascos, notando que varias personas la miraban.

Era una mierda que el gilipollas de Brandon estuviera soltando comentarios maliciosos sobre ella.

No había la más mínima posibilidad de dejar que la chica de mi hermano pasara por eso.

—¿Cuál es vuestro problema, idiotas? —Me levanté, haciéndole un gesto con la mano. —¿Vais a quedaros mirando a King como si fuera una aberración hasta cuándo?

Ella esbozó una pequeña sonrisa y yo me encogí de hombros.

—No pasa nada, Bry. —Ashley se acercó y la abracé, recibiendo un agradecimiento susurrado. —Gracias por esto.

—No tienes por qué darme las gracias —le susurré de vuelta. —¿Por qué no te sientas aquí conmigo? Estoy seguro de que Ali ya hizo de hermana protectora, pero necesito cumplir mi papel y saber cuáles son tus intenciones con mi hermanito.

—Te adelanto que si bien son las mejores, también son las peores.

No pude evitar reírme con eso, Eric estaba muy jodido.

—No esperaba menos de ti, guapa. —Le indiqué el asiento de la ventanilla, esperando que lo ocupara para sentarme a su lado. —El pobre se metió en un problemón —bromeé, sin poder dejar de recordar lo ocurrido con Cooper, sintiendo que la diversión se esfumaba. —Si alguno de estos idiotas dice cualquier cosa…

—Estoy acostumbrada a esta atención y sabía que las reacciones serían así. —Ella se encogió de hombros, abrochándose el cinturón alrededor de su cintura. —Solo no quiero que Eric se sienta mal.

Moví la cabeza. Yo sabía que mi hermano podía defenderse, pero no había forma de prever la forma en que él lidiaría con tanta exposición.

—Te entiendo, también odio que la gente, aparte de Ali y yo, se meta con él, pero tranquila, mi hermano sabe defenderse. —Guiñé un ojo, poniendo un brazo alrededor de su hombro. El hijo de puta era más pequeño que yo, pero podía tirarme con facilidad, entonces Brandon no sería un problema para él. —Ahora, cuéntame, ¿cómo reaccionó Alicia? Porque ella siempre se ha encargado de amenazarme cuando yo miraba en tu dirección.

La rubia se rió, golpeándome con el hombro. Sí, quizás yo ya intenté acercarme a King, lo que gracias a Dios no cuajó. Sería jodido mirar a Eric habiéndome acostado con su chica.

—En realidad, no le di mucha oportunidad para que me lo impidiera. A pesar de que respeto mucho la opinión de mi amiga.

—Ali te conoce y sabe que, a pesar de que parezca un arrebato de tu parte, eres una persona guay. —Moví mis cejas, haciendo que se riera de nuevo. —¡Eh, no te rías, es en serio! Si mi hermana quisiera ser un dolor en el culo en lo que respecta a vosotros dos juntos, ya lo habría sido, créeme.

Cuando ella empezó a responder, noté que sus ojos estaban fijos en el pasillo, donde Brandon estaba parado, mirándonos fijamente.

No conseguí entender si su rabia era para ella o para mí, pero bueno, me importa una mierda, hoy estoy sin paciencia.

—¿Algún problema? —pregunté, manteniendo su mirada.

—Ninguno.

Lo observé volver a caminar, buscando algún sitio en el fondo para sentarse.

—Espero que no nos dé dolor de cabeza —ella suspiró a mi lado, cruzándose de brazos.

—No lo va a hacer, solo que en caso de que eso pase, tranquila, aún no conoces muy bien a mi hermano, pero créeme cuando digo que Eric puede tumbar a Cooper con los ojos cerrados.

Exactamente como quise hacer hoy. ¡El adoptado tenía suerte de cojones!

—Todo lo que no necesito es que tu hermano se meta en problemas por mi culpa. ¿Qué van a pensar tus padres?

Me reí, moviendo mi mano en el aire.

—Ambos lo entenderían. Nadie jode con quien nos gusta —afirmé, usando mi brazo alrededor de su hombro para tirar de ella más cerca. —Ahora, hablando sobre quién nos gusta... —Joder, ¿qué cojones había sido eso? Quiero decir, me gustaba la chica del pelo azul, pero me gustaba en el sentido de follar con ella. Quien oyera la mierda que dije podría pensar cosas sin sentido. Miré a King, que me miraba curiosa. Mierda, necesitaba encontrar una forma de que

aquello no pareciera ser sobre mí. —Hay un amigo mío que me está dando la tabarra para preguntarte si por casualidad conoces a alguna chica un poco "Eric" por ahí.

—¿Una chica un poco "Eric"? —ella repitió, confusa.

—Sí, ya sabes, no popular, usa esas camisetas de dibujos animados raros y…

—Anime —me corrigió con una pequeña sonrisa.

¿Y no es que ella era perfecta para el adoptado?

—Lo que sea —refunfuñé, desviando la mirada. —¿Conoces a alguna?

—¿Estudiamos en el mismo lugar? —preguntó, riéndose. —Hay muchas chicas así por aquí. ¿Sabes alguna característica llamativa de ella? Puede que así sea más fácil de identificar a esa chica tuya.

Me rasqué la barbilla, intentando pensar. Ella tiene un culo macizo y unos pechos maravillosos, pero creo que Ashley no se refería a eso. Entonces intenté pensar en qué más me gustó ver de ella.

—Tiene unos bonitos ojos marrones —suspiré, recordando lo expresivos que eran. —La última vez que yo... Digo, que mi amigo la vio, tenía el pelo pintado de azul y llevaba una sudadera de los Foo Fighters, entonces él cree que debe de gustarle el rock.

Sí, nosotros no llegamos a hablar después de que ella huyera de mi apartamento, pero la vi de lejos, o sea, estaba casi seguro de que era ella. ¿Quién diría que habría tantas chicas con el pelo azul en el campus? Me llegué a acercar a cuatro de ellas, pero ninguna era con la que me había acostado, y la única a la que no pude abordar porque desapareció entre la gente, estaba exactamente como le describí a King.

Se suponía que fuera solo un polvo y ahora no podía parar de pensar en ella. Entonces, quizás, si folláramos una última vez, mi vida volvería a la normalidad y ella podría seguir robando a otros tíos por ahí.

El entrenador Clopp gritó una advertencia de que el autobús estaba empezando a andar, pero yo lo ignoré, sintiendo que se me revolvía el estómago mientras Ashley parecía pensar.

—Lo siento, no consigo acordarme de nadie así. —Se disculpó, tocando mi hombro cuando torcí mis labios. —Pero si es importante para tu amigo, estoy segura de que él va a encontrar una forma de encontrarla.

Asentí con la cabeza. Sí, lo haría, y cuando la encontrara…

Bueno. Yo no me había parado a pensar en lo que haría, ya que encontrar a esa chica se había convertido casi en una misión imposible y aún no tuve tiempo para eso, pero, joder, quizás la obligaría a devolver el sable de Eric después de unos cuantos besos.

—Sí, estoy seguro de que lo hará.



Me quité el casco y el protector bucal, queriendo tirar esa mierda contra algo.

—¡Evans, ¿cuál es tu problema?! —gritó el entrenador en cuanto me acerqué.

Pensé en qué responder, pero ni yo lo sabía y eso me dejaba aún más irritado.

—No lo sé, entrenador, yo… —Apreté mis labios, aceptando una botella de agua que alguien me ofreció y bebiendo.

—Venga, quiero a todo el mundo en el vestuario, ahora.

Seguí a mis compañeros, esquivando a los perdedores de la banda que se presentarían durante el descanso, bajando las escaleras y yendo directo al vestuario.

Hacía mucho tiempo que no jugaba tan mal y, bueno, el entrenador Clopp se encargó de gritar eso cuando todos nos reunimos a su alrededor.

—¿Cuál es vuestro problema? Si el ataque de los Bulldogs no estuviera tan mal como el nuestro, ¡estaríamos pasando la mayor vergüenza de la temporada!

Nadie dijo nada, al fin y al cabo, no era solo yo el que estaba mal, Brandon parecía tener miedo de coger la pelota mientras Josh y

Mason seguían siendo marcados por la defensa del peor equipo del campeonato.

—Tenéis que salir ahí y hacer lo que sabéis. No ganamos todos los partidos hasta aquí para perder contra el último de la tabla. ¿Me habéis oído?

—Sí, entrenador.

Él movió la cabeza, negando.

—Con este ánimo, ya veo que vamos a salir derrotados de aquí hoy.

Me levanté de donde estaba sentado, dejando el casco en el banquillo.

—Entrenador, quizás Noah deba entrar en mi lugar. —Todas las miradas se volvieron hacia mí, tan sorprendidas como yo. —Estoy fatal, mi cabeza…

—Evans, sienta ese culo ahí porque un quarterback no gana el partido solo —me reprendió, acercándose. —¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo pides salir del campo? Estás entre los mejores de la conferencia, hijo, no es un mal día lo que va a cambiar eso, pero tienes que poner la cabeza en su sitio y centrarte en lo que eres bueno haciendo.

Me froté la nuca, aún más enfadado, solo que esta vez, por saber que él tenía razón.

Yo podría hacer eso, ya hemos tenido una desventaja peor en otros partidos. Solo necesitábamos aguantar el mal ataque de ellos y intentar explorar más las habilidades de Ben, nuestro Tight End, ya que dos de mis corredores estaban marcados y el tercero no parecía tener ganas de jugar.

—El problema de él es el coño, se pasó la semana entera detrás de una chica de la que ni siquiera sabe el nombre.

Volví mi rostro hacia Brandon, esbozando una sonrisa. ¿De verdad estaba intentando sacarme de mis casillas?

—Entonces tu problema es el mismo, porque no conseguiste completar la ruta de ninguna de las pelotas que lancé. ¿Estás cansado de estar corriendo detrás de King, Cooper?

Él también dio un paso en mi dirección, pero el entrenador se giró hacia él, estirando el dedo.

—Más te vale quedarte aquí, Brandon.

—Pero…

—Las cosas no están bien y en vez de unir al equipo, lo estás separando.

—¡Joder! —Cooper tiró el casco contra la taquilla a mi lado y si no fuera por la situación actual del equipo, no me habría importado quedarme con la mano dolorida o rota de tanto darle puñetazos.

—Tu…

—Quiero a todo el mundo ahí fuera, dando el máximo, porque no acepto nada menos que la victoria hoy. —El entrenador me interrumpió y volvió a mirarme. —Evans, sube con Noah y repasad las rutas con él. —Él esbozó una sonrisa, quitando un poco la tensión que se respiraba en el vestuario. —Si ganáis, puede que os libere para disfrutar la noche en Fresno. —Los chicos se miraron entre sí, con excepción de los dominados, Josh y Mason. —Subid ahí y conquistad vuestra juerga. Ya tú, Brandon, vamos a hablar, de nuevo.

—Déjelo en nuestras manos, entrenador, vamos a dar el máximo —garantí.

—Lo sé, pero en caso de que perdáis, no tendréis descanso esta semana y estaréis en concentración en los próximos partidos.

Eso pareció motivar a mis dos amigos. Entrar en concentración significaba que nos quedaríamos todos confinados juntos, y eso quería decir que ellos no dormirían con sus chicas.

—¡Vamos! —Toqué el hombro de Noah, viendo al chico inseguro. —Mantén la calma, es lo mismo que siempre entrenamos en el campo, corres bien, va a ser una gran sorpresa para ellos.

Salí del vestuario con mis compañeros, consiguiendo oír que nuestra banda aún tocaba en el campo y los acordes de Crazy Train, de Ozzy Osbourne, me animaron un poco.

Cuando subí las escaleras, le pedí a Noah que me siguiera para que calentáramos juntos en el espacio que teníamos libre en la línea de 50 yardas. Estiramos los brazos y las piernas antes de que yo empezara a lanzar los balones cada vez más lejos para él, que solo no cogió uno de tantos que le lancé para sus rutas.

—¡Pásamela!, voy a lanzar una última —grité cuando me di cuenta de que la banda estaba empezando a salir del campo.

Y a pesar de que el chaval es bueno cogiendo, era pésimo lanzando, ya que la pelota vino demasiado alta, obligándome a dar una pequeña carrera para capturarla. O mejor dicho, intentarlo, porque mi cuerpo se chocó contra el de algún idiota que no estaba prestando atención por donde andaba, llevándonos al suelo.

—Joder, ¿cuál es la dificultad de mirar por dónde an... —Mi voz se apagó cuando me encontré con los ojos marrones una vez más debajo de mí.

No. Aquello solo podía ser una broma.

¿Qué probabilidad había de que esa mierda ocurriera dos veces?

—¡Me estás aplastando!

Entrecerré los ojos, dándole un rápido vistazo a su ropa.

—Tu pelo ya no es azul… —Joder, eso explicaba por qué no la había encontrado por ahí. —Y, mierda, ¿desde cuándo estás en la banda?

CAPÍTULO 09



Chica, esa mirada tuya, esos ojos tuyos, yo
(me encanta cuando me miras, cariño)
Tus labios, tu sonrisa, yo
(me encanta cuando me besas, cariño)
Tus caderas, tus muslos, yo
(me encanta hacer el amor contigo, cariño)
(Y no lo puedo negar
me encanta estar contigo, cariño)
MESMERIZE – JA RULE, ASHANTI

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

Ella solo podía pensar que yo tenía cara de payaso.

Sí, no había otra explicación.

—Vale, Evans, ya habéis conseguido empatar, en cuanto la defensa frene a los Bulldogs, tienes que completar los downs y conseguir al menos llegar a la línea de 20 yardas de ellos para un field goal.

—Sí, entrenador.

Moví la cabeza. Yo sabía lo que hacer. Lo que no sabía era desde cuándo la chica que ya no tenía el pelo azul estaba en la banda, y no fue por falta de preguntarle, porque lo hice en cuanto me di cuenta de quién se trataba, pero el cabrón del entrenador

apareció al segundo siguiente, gritando mi nombre porque empezaríamos atacando.

Y ella huyó. De nuevo.

Claro que me humillé una vez más intentando seguirla, pero Clopp me lo impidió. Y desde que entré en el campo y empaté el partido, no conseguí parar de mirar en su dirección, siempre encontrándola de cháchara con uno de esos flacos de la banda que se la comían con los ojos.

De la banda… Ella era de la maldita banda. Por eso la mano ligera no necesitaba una entrada para verme, ella estaba en una ubicación aún más privilegiada.

Aparte de ladrona, era una gran mentirosa.

Mientras nuestra defensa cercaba el ataque de la California State University de Fresno, fingí estirar mi espalda y roté la cadera en dirección a la grada, donde ella estaba con dos bastones en las manos, haciendo malabarismo, cosa que yo ni siquiera sabía que se hacía en la banda, pues, para mí, nunca pasaron de ser empollones que hacían ruido.

Sus ojos se encontraron con los míos y alcé dos dedos hacia mis ojos antes de apuntarlos en su dirección, indicando que la estaba vigilando.

Saber que ella siempre estuvo allí también me molestó. ¿Cómo nunca me di cuenta? Más aún con esa ropa que dejaba las piernas que se encajaron tan bien en mi cintura a la vista.

—¿...Has oído, Bryan?

—Ajá. Dame un minuto, entrenador, voy a cambiar el protector bucal.

No esperé que me respondiera, aprovechando para correr hasta donde King estaba parada, hidratándose.

—Cuñadita… —Puse mi brazo alrededor de su hombro, girándola suavemente en la dirección que yo quería. —Esa chica de pelo castaño y mallas azules, ¿la conoces? ¿Sabes su nombre?

Ashley miró a la ladrona por unos segundos antes de decepcionarme, negando con la cabeza.

—Esa es Taytay.

Giré mi cuello en la dirección de la voz con un ligero acento, encontrando a otra cheerleader parada a mi lado derecho.

—¿Taytay? —repetí. ¿Quién cojones le pone a su hija Taytay? Había tantos nombres más guays. Yo mismo elegiría algo como… Bryanna, porque mi niñita sería la hostia como su padre.

¡Pero qué coño! ¿Desde cuándo pienso en nombres de niños? Por ahora, solo quiero la parte de la práctica, no traerlos al mundo.

Yo soy demasiado joven para tener un mocoso al que llamar mío.

—Vick, este es Bry. Bry, esta es Victoria Thompson.

—Hola, ¿qué tal?

—¿De dónde conoces a esa chica? —Acepté su mano, agitándola. —Lo siento, estoy bien, ¿y tú?

—Nosotros somos amigas y dividimos el dormitorio. —Victoria sonrió, haciendo hoyuelos aparecer en sus mejillas antes de saludar a su amiga, que me alzó el dedo de en medio a mí, o a nosotros, a causa de la risa de la chica a nuestro lado. —Bien, su nombre es Taylor Jones, tiene 19 años, estudia Ciencias Políticas y está en la banda desde hace casi un año.

Taylor. Era un nombre bonito, pero…

—¿Un año en la banda? —Me ahogué, sin poder creerlo. Eso significaba que…

—Pues eso. Estuvimos en todos vuestros partidos del año pasado y en los de esta temporada también.

Miré hacia la grada, por fin teniendo un nombre para ese rostro que no escondía su descontento al verme.

Alcé la mano, saludándola, pero ella desvió la mirada y volvió a hablar con el flaco.

Apreté mi mano en un puño y, sin pensar, caminé en dirección a ellos, parando lo más cerca que la divisoria de la grada con el campo permitía.

—Parece que no te pierdes un partido mío, Taylor —provoqué, viendo sus ojos entrecerrarse en dirección a la cheerleader.

—Esa traidora… —Oí su gruñido, incluso con el ruido en el estadio. —Bueno, aparentemente, era mejor no ver este. Estás aún peor que en el último.

Abrí la boca para quejarme, pero antes de que lo consiguiera, mi nombre fue gritado por el entrenador, trayéndome de vuelta a la realidad, solo que esta vez con sangre en los ojos.

—Voy a hacer un touchdown para calar esa boquita tuya. Míralo y disfrútalo.

Corrí hasta los márgenes del campo, ignorando la bronca por quedarme hablando con las cheerleaders en lugar de mantener mi brazo caliente.

Miré el marcador, notando que los Bulls estaban en el cuarto y último down cuando nuestra defensa rompió la barrera que ellos crearon, consiguiendo taclear al quarterback adversario.

—¡ESO ES! —el entrenador vibró, girándose hacia mí. —No hagas lances arriesgados. Si te interceptan, perdemos. Intenta tres jugadas terrestres para conseguir yardas suficientes para un field goal, es todo lo que necesitamos para salir con una victoria.

Asentí, poniéndome el protector bucal y el casco, esperando que mis especialistas recuperaran el balón después del chute. Como éramos de la hostia y el kicker del equipo adversario decidió chutar como un niño, Mason lo agarró y cogió el balón en el aire en nuestra línea de 20 yardas, corriendo casi hasta el medio del campo antes de ser tacleado, marcando de dónde empezaríamos el partido.

—¡Buen trabajo, tío! —Toqué su mano cuando entré en el campo.

—Te dejé más cerca de traernos la victoria, ahora vamos a acabar con ellos.

Me posicioné detrás de mi línea de defensa, escaneando la estrategia de ellos para contenerme antes de gritar las palabras sueltas y ensayadas, pero que indicaban la jugada que haríamos. Y así, por tres downs, llegamos lo bastante cerca para usar el cuarto y último down para un field goal, solo que eso nos garantizaría solo tres puntos… Si alguna mierda ocurriera en los próximos tres minutos de posesión de ellos, sería imposible revertir el marcador.

—¡Posicionaos para la jugada 42! —grité cuando me di cuenta de que ellos estaban esperando un chute, recibiendo miradas de incredulidad de mis compañeros y gritos del entrenador.

Joder. Era un riesgo que yo quería correr.

—¿Estás queriendo entregarnos el partido, Evans? —uno de los Linebackers de los Bulldogs se burló, haciéndome sonreír.

—¡Noah y Josh, preparaos para correr!

Fue lo último que dije antes de que el center lanzara el balón en mi dirección y yo fingiera pasárselo a Noah, que corrió hacia la izquierda, llevando buena parte de la defensa detrás de él y dejando el hueco que yo necesitaba para correr y llegar hasta la endzone libremente.

El árbitro pitó, marcando el touchdown y corrí hasta nuestra afición con el balón debajo del brazo, parando más específicamente delante de la banda y fingiendo que era su director de orquesta, que tocaban nuestra música.

Señalé el balón y le guiñé un ojo a Taylor, antes de ser aplastado por mis compañeros de equipo en la celebración.

Esta no sería mi última victoria de la noche. Encontraría a Taylor aún hoy, la llevaría a mi cama y me la follaría hasta sacármela de la cabeza.



Fue prácticamente imposible encontrarla después del partido, pero ahora, como yo sabía que ella estaba con el equipo, tenía la certeza de que la encontraría en el hotel en el que estaba.

Como ganamos, el entrenador cumplió su promesa y nos dio la noche libre a todos, sin embargo, rechacé la invitación de Josh y Mason para ir a disfrutar en un pub famosillo al final de la calle donde todos estaban quedando, alegando que estaba agotado y que necesitaba descansar.

Lo que era una gran mentira, porque como casi siempre pasaba, hoy estaba hiperactivo y necesitaba desahogarme.

En otro momento, habría aceptado ir con ellos, ligaría con alguna chica y solucionaría este problema, pero tenía planes diferentes esta vez, que si salieran bien, terminaría en el mismo

propósito, solo que la elegida sería la ladrona mentirosa que no salía de mi cabeza.

Esperé unos diez minutos después de la última vez que mis amigos intentaron convencerme de nuevo, cogiendo una gorra, calzándome mis zapatillas y saliendo del cuarto con pantalones de chándal y camiseta.

Bajé hasta la recepción, aprovechando que una chica un poco más mayor que yo estaba detrás del mostrador, echando toda mi labia para saber si me podía dar el número del cuarto de mi amiga Taylor Jones, porque necesitaba socorrerla con compresas, ya que yo era un amigo increíble.

Claro que después de aceptar su número, la recepcionista me dio el número del cuarto de la aprovechadora de jugadores, sin embargo, mientras me alejaba en dirección a los ascensores, vi a Taylor y a Victoria salir de allí y, puta mierda, estaban guapísimas y listas para cometer atrocidades.

Me di la vuelta, sintiendo que se me revolvía el estómago cuando las dos pasaron por mi lado, riéndose de alguna cosa que no entendí bien, pero que fácilmente podría ser de mi cara de idiota.

Yo pensando en encontrar su cuarto. Y ella pensando en salir.

¡Qué jodido!

Volví a mirarlas, más específicamente al culo de Taylor casi a la vista en esa falda, pero negué con la cabeza.

—Idiota… —murmuré para mí mismo antes de presionar el botón del ascensor, sin dejar de pensar que ella ni siquiera consideró quedarse conmigo de nuevo.

Cuando el ascensor llegó, miré una vez más hacia atrás, viendo a las dos bajar las escaleras de la entrada y desaparecer en la calle oscura, lo que me hizo pensar en el peligro que podrían estar corriendo por estar solas.

¿Y si se encontraran con algún gilipollas que les faltara el respeto? Quiero decir, yo no era ese tipo de hombre, pero la sociedad estaba llena de enfermos que se sentían con derecho a acercarse sin permiso.

Me ajusté la gorra en la cabeza, girando sobre mis talones, decidido a, por lo menos, acompañarlas hasta donde imaginaba que

iban.

Las seguí por el mismo camino, solo que me mantuve lo suficientemente lejos para que no me vieran.

No es que fuera un problema que me notaran, al fin y al cabo, solo estaba pensando en su bienestar mientras lanzaba miradas irritadas a los idiotas que ni siquiera tenían vergüenza de comerlas con los ojos en medio de la calle.

Las acompañé hasta el pub y decidí esperar al otro lado de la acera hasta que entraran, lo que yo no esperaba era que el flaco de la banda apareciera en la puerta, hablara con el seguridad y las llamara delante de la pequeña cola.

Torcí mi nariz, levemente irritado.

¿Ese tipo era su novio o alguna mierda del estilo?

Curioso, crucé la calle, tirando de la gorra para sonreírle al seguridad, que me saludó y me dejó entrar sin ninguna dificultad.

El local estaba lleno, pero gran parte del público era del equipo, la banda y las cheerleaders.

Pensar en estas últimas me hizo buscar con los ojos a Ashley por el local, pero no la encontré en ningún sitio. Bueno, eso era reconfortante, porque nosotros éramos jóvenes y ella tenía derecho a divertirse como todo el mundo, solo que si la viera con otro tipo por allí mientras mi hermano suspiraba de amor en Los Ángeles, la delataría sin pensarlo dos veces.

Me acerqué a la barra, me senté en uno de los taburetes libres y pedí una cerveza mientras buscaba a Taylor y a Vick, encontrándolas a las dos bailando a pocos metros de donde yo estaba, quedándose mi atención en el balanceo de su cadera.

Ella ya era guapa con la sudadera, pero verla con falda, top y tacones me tocó y a otros tres pringados, esto incluía al flacucho que tendría los dedos rotos si continuaba apartándole el pelo a cada rato.

—Tu cerveza, colega —el barman me llamó, riéndose cuando me giré asustado. —Tío, límpiate la comisura de la boca que hasta estás babando.

Él se inclinó sobre la barra para mirar a la rubia y a la mano ligera, pero me moví hasta estorbarle la visión.

—Gracias. —Bebí un trago de la cerveza y levanté la botella, esperando que se alejara para volver a girarme en el taburete, teniendo que esforzarme para no escupirle todo en la cara a Taylor, que estaba parada delante de mí y de brazos cruzados. —H-hola. —Tosí, alisando mi garganta dolorida.

—Pensé que habías dejado de seguirnos cuando entramos, Evans.

Mierda, me habían notado.

Soplé mis labios, intentando dar mi mejor imagen de desdén, pero no consiguiendo desviar los ojos de su boca, que se había puesto aún más perfecta después de decir mi apellido, solo dejándome aún más incitado a follármela una vez más.

Intenté apartar el escalofrío que recorrió mi cuerpo, volviendo a centrarme en ella.

—Para una empollona de la banda, te crees demasiado, ¡Taylor Jones! ¿Por qué te estaría siguiendo si todo el mundo ha quedado para venir aquí?

No pude contener el suspiro, ni mucho menos desviar mis ojos de los suyos cuando su ceja derecha se arqueó y ella se acercó lo suficiente como para que yo pudiera sentir sus dedos acariciando mi rodilla.

Apreté mis labios y tragué un gemido.

—¿Por el mismo motivo por el que has estado preguntando por mí?

Negué con la cabeza, soltando una risa seca.

—Si me hubieras esperado a que me despertara para irte, yo podría haber resuelto mis dudas y no habría necesitado a nadie para que me dijera tu nombre.

Ella se rió, echando el pelo sobre su hombro derecho antes de acercar su rostro al mío.

—Cuando dije que parecías un perrito, no tuve en cuenta que fueras del tipo que le gusta despertarse por la mañana con mimos en la barriga. —Apreté mis labios, irritado. Era un coñazo que ella nunca actuara como yo esperaba. ¿Cuál era su problema? La mayoría de las chicas lo darían todo para tener mi atención, pero

ella… Bueno, ella seguía pasando de mí. —Pero dime, ¿siempre vienes a los pubs con sudadera?

Bajé la mirada a donde ella acariciaba, solo entonces notando que había salido del hotel con la sudadera.

—Yo voy a muchos sitios con la sudadera —mentí, tomando otro trago de mi cerveza. —Además, hace un poco de frío y…

—¡¿Bryan?!—Apreté mis ojos con fuerza cuando sentí a Mason abrazarme por detrás. —Mi hermano, ¿no estabas cansado? ¿Decidiste venir a disfrutar y ni siquiera nos avisaste?

La risa burlona de Taylor me hizo gruñir suavemente.

Puta mierda, ¿quién necesita un enemigo?

—Cambié de idea, Mason.

—¿Y por qué cojones llevas una sudadera?

Esto solo hizo que la chica delante de mí comprimiera los labios para contener la risa.

Genial. Todavía sigo siendo un chiste para ella.

—Yo siempre salgo con sudadera, Mason. ¿Estás fumado?

—No sales, no. ¿Qué te pasa, Bry?

Intenté darle un codazo al gilipollas, pero antes de que lo consiguiera, él se apartó, diciendo que iba a llamar a Josh para que me viera vestido de esa forma.

—Vale, entonces tú siempre sales con sudadera, pero tu amigo nunca te ha visto así… —ella volvió a burlarse, solo que ahora cogiendo la botella de mi mano y poniendo sus labios en el mismo sitio en el que los míos habían estado segundos antes. Aquello era sexy que te cagas. —Tuviste suerte de que te reconocí, porque Vick estaba lista para tirarte al suelo cuando pensó que alguien nos estaba siguiendo.

Fue mi turno de reír.

—Sería muy divertido verla intentarlo. —Intenté coger mi cerveza de vuelta, pero la mano ligera se apartó, tomando otro trago.

—Espero que nunca tengas que demostrarlo. Ahora, bueno, voy a dejarte que continúes haciendo lo que viniste a hacer.

Y con eso, ella me dio la espalda, volviendo a donde estaba con su amiga y el tío feo. Es decir, quizás yo le tenía un poco de

envidia y eso estaba influyendo directamente en mi percepción sobre el tío. Era rubio, un poco más bajo que yo y con unos 20 kg menos de músculo.

Pedí otra cerveza y cuando noté a Mason y a Josh viniendo desde el fondo, me aparté de la barra, yendo a la esquina aún más cercana a ellas y escondiéndome de mis amigos.

Contuve la risa, viendo a Mason gesticular hacia el taburete donde yo estaba sentado y tocando sus propios pantalones mientras Josh negaba con la cabeza como si no se lo creyera. Que te jodas ahí, tonto, cotilla.

Me apoyé en la pared, volviendo mi atención a lo que realmente me interesaba, aunque fuera en contra de mi voluntad, porque no había motivos para querer tanto algo que ya probé.

Si no me hubiera dormido aquella noche y no me la hubiera follao un par de veces más, no estaríamos aquí hoy.

Me froté la nuca, irritado.

La rubia no tardó en verme y murmurarle algo a Taylor, que me miró con cierto desdén.

Pensé en acercarme, pero antes de que lo hiciera, su amigo regresó, haciéndome apretar los dientes de frustración cuando lo vi parar casi pegado a la espalda de Taylor y entregar una cerveza a cada una, tocando las caderas de la ladrona de sable para mantenerla en el sitio cuando hizo el ademán de dar un paso hacia delante.

Me bebí todo el líquido que tenía en mi botellita antes de dejarla en el suelo, sabiendo que yo tenía dos opciones.

La primera de ellas era largarme de allí.

La segunda era desapegarme y encontrar a alguna chica dispuesta a valorar mi interés.

Y, bueno, yo obviamente opté por la tercera opción, que fue acercarme a donde ellos estaban.

Eso la pilló por sorpresa, pues cuando me paré a su lado, fue el turno de ella de atragantarse con la cerveza.

—Creo que tenemos que hablar.

—Tío, no sé si te has dado cuenta, pero estamos bailando…

No me molesté en mirar al idiota que pensaba que bailar era quedarse parado detrás de mi chica para aprovecharse del balanceo de sus caderas.

—Vale, ahora vuelvo, Jake.

Antes de que ella cambiara de idea, cogí su mano y la llevé hasta donde estaba apoyado, empujándola suavemente contra la pared antes de hacer lo que más quería desde que la vi en el campo: besarla.

Demostrando que yo no era el único allí desesperado por eso, Taylor no protestó ni ofreció resistencia, solo gimió contra mi boca mientras enroscaba sus dedos en mi pelo y chupaba mi lengua con ganas.

Apreté sus caderas, sin importarme en absoluto deslizar mi mano a su culo y dejar las marcas de mis dedos allí. Me importa una mierda si sus amigos nos estaban mirando o si algún imbécil desocupado del equipo lo contaría por ahí. Ella era demasiado maciza para mantener las manos lejos y… Joder, ¿estaba sin bragas?

Despegué nuestras bocas, apartándome lo suficiente para mirarla. Ella no parecía enfadada por que la hubiera besado, al contrario, sus ojos marrones estaban con la misma intensidad de aquel día en el coche.

—¿De verdad llamas a esto hablar? —Las dos manos todavía estaban en mi nuca.

—Estás sin bragas —fue lo primero que dije cuando abrí mi maldita boca, esto la hizo reír suavemente, aumentando dentro de mí las ganas de besarla de nuevo.

—Tú, más que nadie, deberías saber que cuando mi plan es divertirme, me gusta anticiparme. —Sus dedos bajaron a mi hombro, donde ella se apoyó para equilibrarse en la punta de los pies y mirar a sus amigos. —Y, bueno, mi rollo no parece nada contento con lo que hiciste. Quizás ahora necesite encontrar a otra persona y…

—No hace falta, para tu suerte, estoy disponible.

Ella se rió mientras su mano acariciaba suavemente mi brazo, casi haciéndome perder el foco.

—¿Y desde cuándo Bryan Evans se acuesta más de una vez con la misma chica?

—Generalmente son todas en la misma noche y llegan a ser hasta tres veces… —Toqué un mechón de su flequillo que caía por su frente, echándolo a un lado. Esto la hizo desequilibrarse, pero fui más rápido, tirando de su cuerpo contra el mío. —Y si no me equivoco, solo tuvimos sexo una vez antes de que me robaras.

—Yo lo llamo recuperar lo que es mío, cariño.

—Pero no era tuyo, tesorito.

—Considera que transferí tu deuda conmigo a tu hermano. —Sus hombros se encogieron en respuesta. —Yo era la parte perjudicada que no iba a conseguir grabar mis vídeos. Además, él tenía dos, no es como si se fuera a quedar sin nada hasta que tú le pagues.

¿Grabar vídeos? Yo necesitaba buscar eso después.

—Vale, entonces solo nos queda una última deuda por saldar, ¿verdad? —Ella frunció la nariz de una forma adorable. —Si estropeé tu polvo, te debo uno.

Bajé mi rostro, inspirando el olor maravilloso que venía de allí. Era una mezcla de cereza con vainilla que yo nunca había olido antes. Y, joder, me hacía la boca agua. —Puedo abrir una excepción en mi álbum de cromos si eres tú la repetida.

Al igual que en el estacionamiento, Taylor se mordió el labio inferior entre los dientes, pensativa. Y joder. Ahí estaba mi barriga revolviéndose de ansiedad por su respuesta de nuevo.

—Está bien, a pesar de que no me faltan opciones, voy a tener en cuenta todo tu esfuerzo solo para buscar una excusa para acostarte conmigo de nuevo. —Ella chasqueó la lengua antes de bajar su mano hasta la cintura de mi pantalón.

—Va a valer la pena, bombón.

—Lo sé que sí, cariño.

Cogí su mano y entrelacé nuestros dedos mientras sentía un leve cosquilleo donde nuestra piel se tocaba.

Era eso. Esa era mi oportunidad de follármela toda la noche y saciar todos mis deseos. A partir de mañana, Taylor Jones estaría fuera de mi cabeza.

CAPÍTULO 10



Pero, ¿qué harías si te toco ahora?
¿Qué harías si nunca nos descubren?
¿Qué harías si nunca hiciéramos
Rui-i-do?
I CAN SEE YOU – TAYLOR SWIFT

BRYAN EVANS

AÑOS ANTES...

—¿Está todo bien?

Alcé los ojos de mis cereales, encontrando a Alicia mirándome un poco preocupada.

—Sí, solo que no conseguí dormir bien esta noche.

—Si fuera solo esta, no tendrías tantas ojeras. —Ella esbozó una pequeña sonrisa antes de hacer una mueca. —Odio esto de ser gemelos, debe ser por eso que estoy durmiendo mal también.

—Lo siento. —Me reí, nunca sabiendo si era broma o de verdad porque, desde pequeños, Ali decía que sentía una sensación extraña cuando algo me pasaba, es decir, yo me ponía triste cuando ella estaba triste, pero nunca vi eso como una conexión, era más porque la quiero y me fastidiaba con lo que fuera que la estuviera molestando, diferente de ella, que era mucho más sensible y ni siquiera necesitaba que yo le dijera algo para ella saber que había algo quitándome la paz.

—¿Quieres hablar de eso?

Pensé en qué responder. Sería bueno hablar de lo caótica que era mi vida en las últimas tres semanas, pero yo no sabía a ciencia cierta cómo hablar de eso si ni siquiera sabía qué era lo que me estaba molestando.

En realidad, saber, lo sabía, solo que no conseguía comprenderlo.

—Clases, exámenes, partidos… —suspiré, esto no era mentira, pues aparte de tener que lidiar con mi cabeza loca, todavía tenía todas estas mierdas de las que preocuparme.

—Vale, sabes que estoy aquí si necesitas hablar.

Asentí, inclinándome para besar su mejilla.

—Gracias, Ali.

—De nada. —Ella mordió su manzana antes de mirarme por el rabillo del ojo. —Estoy pensando en ir a la fiesta de Johnson hoy, ¿puedes llevarme?

—Claro. Dime la hora a la que estés lista para irte.

—Puede ser a la misma hora que tú.

Masticé los cereales que acababa de meterme en la boca antes de responder.

—Eh, creo que me voy a quedar en casa, pero te llevo y te recojo.

Alicia me miró de una forma extraña y soltó su manzana en la encimera para ponerme la mano en la frente.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? ¿Fiebre?

Me reí, apartando su mano de mí.

—No, aparte de que tengo entrenamiento mañana temprano, ya fui a una fiesta ayer. —Y fui, claro, pero Ali no necesitaba saber que me fui de allí una hora después de que llegué, porque estaba sin paciencia para el sonido alto y las chicas lanzándose encima de mí.

—Vale, pero voy a ver si consigo que me lleven en coche entonces.

—Nada de eso, seré tu chofer privado sin problema alguno.

—De todas formas, te mantendré al tanto.

Terminé de comer después de mi hermana, lavé nuestros platos y salí de la cocina, encontrando a Eric y a su novia saliendo

de su cuarto abrazados y riéndose.

Fue imposible no sonreír.

¿Y no es que los opuestos realmente encajaban?

—Buenos días, pareja ruidosa —los saludé, abriendo una gran sonrisa cuando los ojos de Eric encontraron los míos.

Mi hermano estaba así desde que lo pillé robando algunos de mis condones días atrás, como si en cualquier momento yo fuera a burlarme sobre su pérdida reciente de virginidad o peor, hacer eso delante de King.

El sexo era bueno y saludable. Lejos de mí burlarme de que por fin se hubiera unido al lado oscuro de la juerga, más aún con una chica como Ashley, que lo miraba con cariño.

—¡Bryan!

Eric se puso rojo y eso nos hizo reír.

—Buenos días, Bry, siento lo del ruido —Ash me saludó con una pequeña sonrisa.

—No pasa nada, él solo está devolviendo el favor, estoy seguro.

Guiñé un ojo, dejando a mi hermano quejarse de cómo me encantaba avergonzarlo mientras su chica lo consolaba.

Cambié de ropa, cogí mi mochila y antes de salir del cuarto, encontré el llavero de Batman que estaba conmigo desde que nos topamos.

Conduje hasta el campus, aparcando mi BMW en el sitio de siempre y uniéndome a los chavales del equipo que estaban por allí.

Sin entender por qué, me sentí ansioso mientras miraba mi reloj para comprobar si no había perdido la hora, pero aún eran las 8h.

No tardó más de cinco minutos en ver el coche de Victoria pasar por nosotros y ellas aparcar en una plaza muy cerca de donde yo estaba.

Tragué saliva cuando la vi bajar del automóvil con su amiga y caminar juntas en dirección al campus, al igual que ayer, sin molestarse en hablarme o mirarme cuando pasaron por donde yo estaba.

Como si yo no existiera. Como si no estuviera allí, pero, principalmente, como si no hubiéramos tenido una de las noches más increíbles de nuestras vidas, el día en que la llevé al hotel después del pub, donde yo la mantuve despierta durante casi toda la madrugada gimiendo mi maldito nombre hasta quedar ronca, solo saliendo de su cama cuando me di cuenta de que el día estaba amaneciendo y alguien del equipo pasaría revisando los cuartos.

Y si llegué a pensar que eso sería suficiente para parar de pensar en ella, estaba completamente equivocado, porque ahora, en todos los sitios a los que iba, ella estaba.

En el campo, en una clase extra, en la cafetería, en el patio y lo peor, incluso en mis pensamientos, exactamente como ahora.

Esto, cuando yo mismo no cambiaba mi rutina solo para toparme con ella o cruzarme en su camino.

Quizás un poco más, ya que encontré su perfil en Instagram y lo activé para recibir cada maldita notificación de ella, lo que acabó mostrándome su rutina en la universidad, que se resumía a las clases, ensayos, gimnasio y algunas horas de estudio en algún lugar de la enorme biblioteca del campus.

Era difícil entender la confusión de sentimientos que solo crecía dentro de mí, porque, al mismo tiempo que yo estaba irritado con todo lo que la implicaba, no conseguía quitar la mierda de mis ojos de encima de ella mientras pasaba a mi lado.

Hoy, por ejemplo, mi ladrona estaba usando pantalones skinny negros, All Star blancos y una sudadera negra con el símbolo idéntico a su llavero dibujado en la parte de delante.

En otro momento, nunca una chica así llamaría mi atención, pero ahora, bueno, me parecía guapa de cojones y la notaría sin pestañear.

Bajé el rostro y sentí que se me revolvía el estómago mientras oía a mis amigos murmurando sobre algún tema al que no me molesté en prestar atención.

Mierda, necesitaba llenar mi cabeza con otras cosas antes de ir otra vez detrás de ella.

—Chicos, me voy a mi edificio a revisar algunas anotaciones, nos vemos en el campo.

Era imposible que solo yo estuviera pensando en ella y quisiera eso de nuevo.

No, no había la más mínima posibilidad de humillarme otra vez por una chica y después del sexo tan guay que tuvimos, tarde o temprano, Taylor vendría corriendo e implorándome por más.

Todas siempre volvían.



—Hola —murmuré, sentándome delante de ella en la mesa de la cafetería.

Taylor alzó los ojos de su bandeja y me miró sorprendida antes de mirar a los lados y encogerse.

Presioné las palmas de las manos contra mis muslos, irritado por que mi saludo hubiera salido más como un susurro que cualquier otra cosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —chilló, volviendo a mirar a los lados, pareciendo asustada. —Joder, cuando la gente se dé cuenta, van a empezar a mirarnos.

Fruncí el ceño, no entendiendo el porqué de todo ese desconcierto.

—Déjalos que miren, ¿cuál es el problema de que me siente en la misma mesa que tú?

Ella torció la nariz de una forma adorable. Joder, tuve que controlarme para no inclinarme y besarla allí mismo. ¿Qué mierda me estaba pasando?

—El problema es que pueden pensar que me acosté contigo y yo tengo una reputación que cuidar por aquí.

—No puede ser que estés bromeando, por cierto, te acostaste, dos veces, a propósito. —Me metí una patata en la boca y me reí, esperando que ella perdiera esa postura y se uniera a mí, pero cuando me di cuenta de que eso no iba a pasar, negué con la cabeza. —No puedes estar hablando en serio.

¿Cómo que yo arruinaba reputaciones? Yo era uno de los tíos más populares de por aquí.

—La chica que se acostó con Bryan es un título muy disputado en el campus.

—Yo prefiero el título de la que no se acostó con él.

Ella se puso la maldita capucha y se cubrió la cabeza, mirando a los dos lados una vez más antes de inclinarse para susurrar:

—Mira, yo…

Alcé mi mano y la interrumpí al levantarme y coger mi bandeja.

—¿Sabes qué, Jones? La única que está perdiendo algo aquí eres tú. Espero que encuentres a otro gilipollas al que hacer el tonto, porque conmigo fue la última vez.



Alcé el libro que fingía estar leyendo cuando la vi entrar y cruzar la biblioteca para subir las escaleras e ir a esconderse en las secciones más vacías.

Taylor hacía eso casi todos los días, y después de lo que pasó en la cafetería ayer, pensé que este sería el lugar perfecto para hablar lejos de otras miradas, al fin y al cabo, como ella misma dijo, no quería ser vista conmigo.

Salté de la silla en la que estaba sentado y seguí el mismo camino, aprovechando para dejar el libro en el lugar exacto de donde lo cogí.

Cuando llegué a la segunda planta, fui directo a la sección en la que ella estaría probablemente sentada en el suelo con algún cómic o con uno de esos mangas que se leían de atrás hacia adelante en la mano.

Dicho y hecho, Taylor estaba sentada en el suelo, apoyada en la estantería, inmersa en lo que leía y oía por uno de sus cascos.

Me di la vuelta, sentándome en el mismo punto que ella, solo que al otro lado de la estantería.

Pensé en cómo sacar tema de conversación porque, de verdad, ni yo mismo sabía a ciencia cierta lo que estaba haciendo allí. Es decir, lo sabía, pero no lo sabía. En fin, estaba muy confundido y eso nunca me había pasado antes.

—No es por nada, pero esto está empezando a ser extraño, acosador.

Dejé mi mochila en el suelo y gemí suavemente, frotándome la cara. Yo quería, sí, hablar con ella, pero antes quería pensar en las mejores palabras.

—Lo siento. —Me pasé la mano por el pelo antes de coger tres libros de la estantería para que ella pudiera oírme mejor, ya que yo mismo la oí con dificultad. —Solo quería hablar contigo, y como me dijiste que no querías que me vieran contigo, pensé que aquí estaríamos a salvo.

Como la biblioteca era bastante silenciosa, oí su risa al otro lado, junto al ruido de libros siendo retirados de la estantería. Probablemente, ella había entendido lo que hice y estaba haciendo lo mismo.

Dejé mi cuerpo deslizarse un poco para mirar por el hueco que había hecho y encontrar parte de su rostro.

—Hola —la saludé, sintiéndome un poco nervioso, pero ella solo sonrió, riéndose suavemente.

Esto me hizo suspirar. Era mono y bonito, y aunque yo creía que era más por el hecho de que nos estuviéramos comunicando de una forma cliché, no pude no corresponderle.

Bueno, por muy idiota que fuera, parecía estar funcionando.

—Hola. ¿Qué tal?

Me encogí de hombros, intentando no perder el foco mientras sus ojos marrones me miraban curiosos.

—Más o menos —confesé. Porque era eso. Yo no estaba bien, al menos, no como solía estar antes. Algo había cambiado y era todo culpa de ella. —No puedo parar de pensar en lo que me dijiste ayer. —Me ajusté contra la estantería, mirando hacia el final del pasillo

solo para no tener que ver su reacción. —¿Hice algo que te molestara?

Oí su suspiro, pero no tuve valor para mirarla.

—No estoy enfadada. Solo no quería que nos vieran juntos.

No pude contener mi mueca.

—¿Te avergüenzas de mí o algo así? —Volví a mirar por el hueco, encontrando sus ojos fijos en mí.

—Es solo… complicado. —Ella hizo una pausa antes de apartar algunos mechones de su pelo de la cara. —Pero, ¿por qué esto ahora? Nunca dejaste claro que querías verme de nuevo y, de repente, te sientas en la mesa conmigo? —Su voz estaba un poco más firme, yo arriesgaría a decir que incluso enfadada. —En la noche del pub, confirmaste que no pegabas cromos repetidos en tu álbum.

—Fuiste tú quien dijo eso.

—Y tú no lo negaste.

Me aparté del hueco y encogí mis piernas, pensando en qué responder.

Sí, yo no lo había negado porque era verdad. Yo no estaba acostumbrado a estar con la misma chica varias veces, solo que Taylor… Yo simplemente no podía parar de pensar en ella.

—Pensé que habías entendido que contigo era diferente cuando dije que abriría una excepción.

Ella se rió, pero no fue una risa alegre.

—Y yo pensé que había sido solo eso, ya que cuando me desperté a la mañana siguiente, tú no estabas allí.

Gemí, tirando de mi pelo.

—El entrenador nos iba a castigar si nos pillaban juntos.

—Bueno, podrías habérmelo dicho cuando me viste en el autobús, pero preferiste sentarte al fondo cuando te saludé con la cabeza.

Cerré mis ojos, frotando mi sien. Quizás yo había dejado esa parte fuera de mis recuerdos, pero yo nunca sabía cómo actuar a su alrededor. Me ponía nervioso, desubicado, inseguro. Esta chica me estaba jodiendo la cabeza.

—Lo siento, ¿vale? Yo estaba… En realidad, no sé explicar lo que me ha estado pasando. —Cubrí mi rostro con la mano, intentando encontrar las palabras correctas. —Nunca me he sentido así antes, es todo muy extraño y pensé que la mejor alternativa para que esto se acabara, sería evitándote.

—Quizás lo sea.

Negué con la cabeza, sintiendo que se me revolvía el estómago.

—No. Créeme, ya lo intenté. —Respiré hondo, apoyando mi cabeza contra los libros mientras miraba fijamente el techo. —Yo creí que si estuviéramos juntos una vez más, todo volvería a la normalidad, pero no volvió, aunque me esforcé para ello, no consigo parar de pensar en ti. —Tragué saliva, sintiendo que mi corazón empezaba a acelerarse. —Lo peor es que esto ha estado pasando desde el día en que nos vimos por primera vez. O mejor dicho, desde que me di cuenta de ti por primera vez. —Eché mi pelo lejos de la frente mientras me acordaba de ella debajo de mi cuerpo, toda irritadita. —Literalmente me derribaste ese día, porque desde entonces hasta soñar contigo, sueño.

Esperé a que ella respondiera algo, pero como no oí nada al otro lado, volví a mirar por el hueco, encontrando los libros al otro lado colocados en su sitio.

—Ya debería haber entendido que me odias —resoplé, empezando a coger los libros que quité y devolviéndolos a la estantería.

Cuando estaba cogiendo valor para levantarme, giré el rostro a un lado, encontrando a mi verdugo acercándose, dejando caer su mochila al suelo para sentarse contra la estantería delante de mí.

Ella estaba guapísima y eso me desconcertó.

—¿Está todo bien si me siento aquí?

Miré a los dos lados del pasillo antes de encogerme de hombros.

—Si no te importa que alguien nos vea.

Tragué saliva, desviando la mirada a cualquier sitio que no fuera ella. Era complicado estar tan cerca cuando llevaba días con ganas de besarla.

—Lo siento por lo de ayer. No quise ser grosera cuando dije que no quería que me vieran contigo, es solo que… —Oí a Taylor soltar el aire con fuerza. —No sé si estoy lista para oír a la gente hablar de mí de nuevo.

Esto me hizo alzar el rostro para encontrarla encogida, no pareciendo ni un poco la chica que solía pisotearme por ahí.

—¿Hablar de ti de nuevo?

Ella encogió sus piernas, abrazándolas.

—¿Oísteis hablar de la destructora de hogares del apartamento 12?

No necesité más que aquello para acordarme de los comentarios que se extendieron por el campus hace unas semanas.

—Y tanto. Dijeron que esa chica intentó arruinar el matrimonio de un tío que estaba esperando un bebé. —Negué con la cabeza, aún en shock con el tema. —¿Quién hace esas mierdas? Es decir, hay tantos tíos por ahí y…

—¡No fue exactamente así! —Ella me interrumpió, su rostro ahora estaba rojo y enojado. ¡Joder!, ¿Taylor era la chica? Intenté rescatar un nombre de mi memoria, pero como no me importaba mucho estar incluido en los chismes, no me paré a profundizar en eso. —Julian nunca me dijo que tenía una novia, y mucho menos que estaba embarazada.

Me rasqué la barbilla, cogiendo mi mochila antes de arrastrarme para sentarme a su lado, sin preocuparme de que mi hombro estuviera casi tocando el suyo.

—Lo siento, no quise…

—No pasa nada, salieron inventando varias cosas y en la mayoría de ellas, la culpa era mía. Es solo para que entiendas por qué te he estado evitando. Tú eres tú y, bueno, fue hasta una sorpresa para mí cuando noté que me estabas siguiendo por ahí.

Ella se rió y me uní a ella, aprovechando para chocar mi hombro con el suyo.

—Yo puedo ser muchas cosas, pero nunca engañé a nadie que se quedó conmigo.

—Eso es lo que tú dices. —Su lengua chasqueó antes de que contuviera la risa. —Me acuerdo de que prometiste algo sobre ser la

mejor noche de mi vida.

—Maltratarme debe ser de verdad tu pasatiempo favorito —gemí, empujándola con un poco más de fuerza esta vez, lo que nos hizo caer de lado y no dudé en ponerme sobre su cuerpo. —Retira lo que dijiste.

—¿Qué fue lo que dije?

Ella se rió y sus mechones de pelo castaño esparcidos por el suelo daban un bonito contraste contra su rostro ligeramente pálido.

—Sabes que fue muy bueno, cariño.

Sus labios se comprimieron el uno contra el otro, haciendo que el hoyuelo en su barbilla saltara y que mi boca salivara de deseo para besar el lugar.

—Yo nunca dije que no lo fue, solo señalé la propaganda falsa en cuanto a la mejor noche de mi vida.

—Quizás esto sea un incentivo para que nos encontremos más veces —susurré, acercando mi boca a la suya mientras inspiraba su rico olor. —Si tu preocupación es que la gente lo sepa, este puede ser un secreto solo nuestro.

Sentí que sus manos se infiltraban por el dobladillo de mi camiseta, presionando sus dedos contra mi piel.

—No sé si me agrada la idea de estar contigo mientras follas con otras.

Fue mi turno de reír.

—No tienes por qué preocuparte por eso, yo soy un ligón con principios. —Rozé mi nariz contra la suya, loco por pegar nuestras bocas. —Además, desde que estuvimos juntos, no me he acostado con nadie más.

Su ceja se arqueó, como si no se lo creyera.

—No hace falta que mientas, los dos somos libres para divertirnos con quien queramos.

—No estoy mintiendo. —Sin resistirme, rozé mis labios con los suyos. —Y solo te corrijo, éramos libres hasta hace unos minutos. Hasta que deshagamos este trato, tú eres solo mía.

—Viéndolo por ese lado, parece una propuesta interesante. —Taylor trajo una de sus manos a mi rostro, tocando mi barbilla.

—Yo diría que incluso irrefutable.

Esto la hizo reír.

—Vale, pero si fallas o percibo algo que vaya a exponerme...

—Le ponemos fin a esto —concluí por ella, ansioso. —¿Podemos empezar hoy? Puedo ir a tu dormitorio y...

Taylor negó con la cabeza, interrumpiéndome.

—Ahí hay mucho movimiento, definitivamente no es el lugar ideal.

Tenía razón.

—Tienes razón. —Presioné mi cadera contra la suya, oyendo un suspiro escapar de sus labios. Quizás yo estaba un poco desesperado. —Mándame tu dirección y yo me encargo del resto.

Ella pensó por unos segundos antes de estar de acuerdo.

—Creo que esto puede funcionar.

Si ella pensaba aquello, vale, porque yo no tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

Yo aprovecharía cada segundo que pudiera para saciar toda esa necesidad que sentía de tocarla, besarla y estar cerca de ella, y cuando eso se pasara, porque sabía que en algún momento nos aburriríamos el uno del otro, todo sería solo un recuerdo divertido en el futuro.

Al fin y al cabo, no todos los días un popular y la chica empollona de la banda tienen una amistad con derecho a roce escondida.

Sería el tipo de historia que yo sin duda nunca olvidaría.

—Ahora puedes salir de encima de mí —bromeó, intentando empujarme.

—Me gusta aquí. —Sonreí, chupando su labio inferior. —¿Y sabes lo que acabo de darme cuenta? No debe haber un lugar en el mundo más inhabitable que esta sección.

—No voy a acostarme contigo aquí —me reprendió mientras sus mejillas se ponían rojas solo con la sugerencia. —Cualquiera puede vernos.

—Sería un espectáculo —suspiré, acariciando su mejilla caliente. —¿Los morreos están permitidos?

—Creo que los morreos están permitidos.

Sonreí como un niño recibiendo un regalo de Navidad.

Por fin tendría a esta chica para mí.

CAPÍTULO 11



Yo ya sabía que te amaba en esa época, pero tú nunca lo sabrías
Porque lo escondí cuando tenía miedo de perderte
Sé que te necesitaba, pero nunca lo demostré
Quiero quedarme contigo hasta que seamos muy viejitos
SAY YOU WON'T LET GO - JAMES ARTHUR

BRYAN EVANS

ACTUALMENTE

Yo ya sabía que te amaba en aquella época, pero tú nunca lo sabrías Porque me escondí cuando tenía miedo de perderte Sé que te necesitaba, pero nunca lo demostré Quiero quedarme contigo hasta que seamos muy viejitos SAY YOU WON'T LET GO - JAMES ARTHUR

BRYAN EVANS ACTUALMENTE

Salí de la academia un poco tarde, ya que mi fisioterapia acabó tardando más de lo esperado, aprovechando también para contactar con el proveedor de mi internet, que llevaba días fatal, apenas cargando mis redes sociales.

Cuando llegué al campo, había cerca de cincuenta niños entre los chicos del equipo, todos hablando alto, corriendo, saltando o gesticulando.

Me rasqué la cabeza, sin saber a ciencia cierta qué hacer, pero en cuanto el entrenador gritó mi apellido, algunos de ellos se giraron y corrieron en mi dirección.

—Hola, Bry.

—¿Tu hombro está mejor?

—¿Puedo ver tu anillo del Super Bowl?

—Mi mamá tiene una foto tuya en calzoncillos.

—¿Me das un autógrafo?

Parpadeé, un poco aturdido con tantos gritos y tirones, esto hizo que los chicos que estaban allí se rieran.

—Vale, vale, vale, uno a la vez. —Intenté poner orden, pero los niños y las niñas solo se calmaron después de que les firmara las agendas, folios y camisetas que trajeron.

Cuando terminamos, el entrenador gritó para que siguieran a Hunter para calentar, haciendo que los gamberros corrieran hacia el césped.

—Los niños están animados. —Me reí, viendo a una niñita intentar sujetar uno de los balones oficiales en su minúscula mano, lo que no salió muy bien.

—Casi todos. —Wilson se rió, cruzando los brazos contra el pecho mientras señalaba con la cabeza en la dirección de los bancos, donde rápidamente reconocí al pequeño chico con cara de aburrimiento.

—Mi vecino —gemí, sin poder creer que fuera él mismo.

—Esto es bueno, quizás conociendo a alguien, acepte unirse a los demás.

Yo dudaba mucho.

—Déjame a este a mí. —Toqué su hombro antes de acercarme a donde el buscapleitos estaba sentado, balanceando los pies en el aire como si fuera el niño más tranquilo del mundo, nada comparado con el chico que se quedó hasta las 19h el viernes gritando en el pasillo.

—Hola, Bruce.

Él giró el rostro en mi dirección, pero frunció la nariz antes de volver a mirar a nada en específico.

—Hola, Sr. Evans.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, viendo que sus hombros se encogían en un me da igual. —Vale.

Me senté a su lado, cogiendo uno de los balones que estaba en el suelo para girarlo en mi mano.

—¿Echas de menos jugar?

Lo miré, sorprendido por su pregunta.

—Mucho. —Sonreí, pero no me correspondió. —Entonces, si sabes de mi lesión, ya me conocías.

—En realidad, no. —Sus ojos verdes se abrieron un poco más. —¿Sabías que los Giants tienen uno de los mejores centros de recuperación para jugadores?

—Lo sé, sí, jugué allí durante casi 7 años.

—Quizás deberías irte allí —él soltó, mirándome con recelo a continuación. —Es decir, ir para tratarte el hombro.

—Es muy guay por tu parte preocuparte por mí. —Llevé mi mano a su pelo, despeinándolo y ganándome una mueca. —Pero te voy a contar un secreto… —Me incliné, acercando mi rostro al suyo. —Estoy a pocos días de volver al campo. —Me levanté del banco, cogiendo un balón infantil. —Hablando de eso, ¿qué tal si me ayudas a calentar un poco el brazo?

—No me gusta el fútbol americano —respondió, levantando su muñeca para enseñarme una pulsera de silicona con el símbolo de los Boston Bruins. —Cuando yo sea mayor, voy a jugar con ellos.

—Hockey también es guay.

—¿Guay? Hockey es mucho más que guay. Ahí está permitido golpear al adversario.

—Bueno, a pesar de que a mí me gusta el hockey, no creo que la violencia sea algo guay. Nunca es la solución.

Él frunció la nariz y se encogió de hombros, claramente en desacuerdo con mi opinión.

—No es lo que dice mi mamá. A veces, la violencia es necesaria. Más aún con idiotas.

—¿Y qué opina tu padre de eso? —pregunté, viendo que sus ojos se entrecerraban, pero no tuve tiempo de entender lo que pasaba, porque dos chicos estaban corriendo delante de mí cuando uno de ellos se desequilibró, dándome solo tiempo de agarrarlo por la camiseta, impidiendo que fuera de cara al suelo.

—Oye, chavalín, vamos despacio —le advertí, ayudando al chico a mantenerse en pie de nuevo. —No queremos problemas con la mamá de nadie, y mucho menos con la prensa, que es capaz de decir que le pateé a unos niños.

Esa última parte yo casi la susurré, sin poder dejar de mirar a donde algunos reporteros estaban entrevistando al profesor de educación física y al entrenador.

Los chicos corrieron hacia el otro lado y cuando busqué a Bruce, él estaba parado a mi lado, mirando el mismo sitio que yo.

—¿Por qué dirían eso?

Mierda, claro que lo había oído. Pensé en cómo explicarle aquello de una forma fácil.

—Bueno, digamos que no les caigo muy bien y se pasan el rato intentando que yo lo deje todo. Cuando estés jugando en la liga de hockey, lo entenderás.

Bruce asintió, mirando una vez más a los reporteros antes de coger el balón de mi mano.

—Creo que puedo ayudarte con el brazo, Sr. Evans.

Me reí, despeinando su pelo de nuevo.

—Puedes llamarme Bryan, amigote. —Él me miró de una forma extraña, y yo no entendí el motivo de su confusión. —Vale, vamos a empezar contigo lanzando, quiero ver si estamos perdiendo a un talento para la NHL.

El niño asintió, dando algunos pasos hacia atrás antes de lanzar el balón todo torcido para mí, que hice malabares para que no se cayera al suelo.

—¿Has jugado antes? ¿Con algún amigo? ¿Tu padre?

Él bajó la mirada al césped, negando con la cabeza.

—No. —Su voz se le quebró y me arrodillé a su lado, sin entender el motivo.

—Oye, no pasa nada, no tienes por qué ponerte triste por no saber lanzar bien, yo te enseño. Aquí, mira, pon tu mano en una forma de U. —Él hizo lo que le pedí y encajé el balón en su mano, dejando su índice cerca de la punta y el dedo tres y cuatro sobre el cordón de la costura.

—¿Así? —preguntó Bruce, atrapando la lengua entre los labios mientras ajustaba sus pequeños dedos en el cuero.

—Eso, recuerda siempre dejar el pie apuntando hacia la dirección a la que vas a lanzar. —Moví su cadera y las piernas, dejándolo listo para lanzar. —Ahora llevas el balón por encima de tu hombro derecho y lo sueltas. ¿Vamos a intentarlo, quarterback?

—Vamos.

—Genial, después puedes enseñarles a los demás. —Anduve hasta quedarme a unos dos metros de distancia, sin embargo, cuando me preparé para recibir el balón, Bruce lo dejó caer al suelo, pateándolo en mi dirección. —Oye, ¿qué pasó?

—Cambié de idea. El fútbol es muy aburrido, más aún en esta posición.

—Vale, entonces vamos a probar lo contrario, yo lanzo, y tú recibes, ¿te parece? —Cogí el balón que estaba en el césped, lanzándolo para él, que lo recibió, negándose a lanzarlo y pateándolo hacia mí una vez más.

—Muy bien.

—¿De verdad estabas lastimado?

—Sí, ¿por qué?

Él se encogió de hombros, flexionando la rodilla mientras se preparaba para capturar el próximo balón.

—Iba a decir que a veces te pusieron en el banquillo porque no eres muy bueno. ¿Siempre juegas tan flojo así?

—No. —Me reí y negué con la cabeza. La lengua de este niño debe meterlo en tantos problemas que, incluso sin conocer a sus padres, me da pena de ellos. —Estoy dosificando la fuerza para no correr ningún riesgo de hacerte daño.

Él hizo un gesto con la mano, corriendo hacia el otro lado, donde aún quedaban algunos reporteros.

—Puedes lanzar, yo soy bueno cogiendo.

—No sé si es una buena idea.

—¡Lanza ya, estoy listo!

—Ven más cerca.

—Venga, creo que no eres muy bueno de verdad.

Chavalín fastidioso.

—Mira, después no digas que no te lo advertí. ¿De verdad estás seguro?

—¡Lanza ya, debilucho!

Rodé los ojos y roté mi hombro para calentarlo antes de calcular la distancia a la que estábamos y lanzar el balón solo con la fuerza suficiente para llegar a él, sin embargo, para mi total sorpresa, en vez de que él la cogiera en el aire, abrió los brazos y saltó con la cabeza hacia ella como un jugador de fútbol, soltando un grito agudo al caer en el césped.

—¡MI CABEZA!



—Puta mierda.

Corrí hasta donde él estaba caído e inmediatamente me agaché, ignorando los gritos de los otros niños que se acercaban para ver lo que estaba pasando.

—¿Estás bien? —pregunté, apartando sus manos para ver el chichón formarse en la esquina de su frente. Sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas que corrían por su mejilla mientras él apretaba los labios con fuerza, tragándose el llanto. —Mantén la calma, no está sangrando. —Intenté tranquilizarlo, apartando su pelo hacia un lado.

—¿Bruce?

—¿Estás bien?

—Evans, ¿necesitas ayuda con el niño?

Joder, aparte de niños, habíamos atraído a los reporteros.

—Él está bien —le aseguré, intentando buscar en su rostro algo que indicara lo contrario.

—Yo… estoy viendo… todo… dar vueltas… —Bruce murmuró y no ofreció ninguna resistencia cuando lo ayudé a sentarse, pasando mi mano en la parte de atrás de su cabeza en busca de alguna lesión que justificara su malestar. —Creo que… que voy a morir.

Eso fue lo que bastó para que la histeria se desatara entre algunos niños, que incluso estaban llorando. Cogí al mocoso en brazos y corrí con él hasta el borde del campo.

—Bruce, ¿está todo bien?

El profesor de educación física se acercó cuando puse al niño sentado en el banquillo, donde uno de nuestros preparadores físicos ya nos estaba esperando con una bolsita de hielo en la mano.

—Dijo que está un poco mareado.

—Aquí, jovencito. —Alexander examinó el lugar donde el balón golpeó antes de presionar la bolsa en su frente ligeramente roja, haciéndole gemir con el contacto frío. —Vale, ¿puedes seguir mis dedos, campeón?

El niño hizo lo que le pidió, siguiendo el movimiento de los dedos de mi fisioterapeuta.

—¿Y bien? —pregunté, preocupado.

—Debe de haber sido solo un susto. Aparentemente, está bien.

—¡Gracias a Dios! —El profesor se tocó el pecho, acariciándolo suavemente. —Voy a llamar a la escuela y ahora vuelvo.

—Mientras tanto, ¿por qué no bajamos a una de las salas mágicas? —Alex sugirió, levantándose y ayudando al chico a bajar del banco. —Tenemos una máquina que hace fotos del cerebro.

Bruce lo miró y frunció la nariz, haciéndome estar seguro de que esa era una reacción común siempre que no estaba de acuerdo con algo o iba a rebatir.

—¿Te refieres a rayos X, tomografía o resonancia magnética?

Alex se rascó la nuca y me miró sorprendido. Solo me encogí de hombros, haciéndole reír.

—Tenemos los tres, listillo, pero por ahora solo vamos a esperar abajo mientras nuestro quarterback de aquí consigue la autorización con su responsable y ve si su culo no está en apuros por culpa de los buitres.

—¿Buitres? —repitió, confundido. —Yo no vi buitres ahí fuera.

—Se refería a los reporteros —expliqué, notando que el chico intentaba asociar una cosa con la otra. —No todos son malos, pero algunos son buitres listos para devorar a algún animal que está muerto, que en este caso, soy yo.

—Tiene sentido —Bruce suspiró, tocando su propia frente. —¿Quizás debería dar una declaración?

Negé con la cabeza, riéndome.

—Creo que ya nos hemos metido en demasiados problemas por hoy. ¿Por qué no vas con Alex mientras hablo con tu profesor?

—Vale.



—Bryan, ¿tienes antecedentes policiales?

Quité los ojos de mi móvil para mirar a Bruce, que aparte de no parar de hablar, hacía preguntas demasiado aterradoras para un

niño.

—Yo no, ¿y tú?

—¿Por qué iba a tener? Solo tengo siete años.

—¿Solo siete? —No conseguí esconder mi sorpresa.

—En realidad, casi siete. Cumplo años en mayo.

¿Seis años? Con esa edad yo comía tierra. ¿Qué les daban sus padres de comer? ¿Enciclopedia a la milanesa?

—Entiendo, pero ¿a qué viene la pregunta?

—No lo sé, solo curiosidad.

Volvimos a quedarnos en silencio por unos segundos.

—¿Qué te parecen las ropas de color naranja?

Lo miré, sin entender su pregunta.

—Bueno, creo que no tengo ninguna camiseta de ese color, pero normalmente me queda bien todo.

Por algún motivo, Bruce llevó una de sus manos a la boca para ahogar la risa, sin embargo, antes de que yo intentara cuestionar dónde estaba el chiste, mi móvil vibró y el nombre de Scott apareciendo en la tele hizo que se me revolviera el estómago. No debería ser coincidencia, principalmente por el hecho de que el chico se había caído hacía casi 40 minutos.

—¿Te puedes quedar sentadito ahí mientras atiendo esta llamada? —le pedí, solo me alejé después de que él asintiera.

Entré en el auditorio de medios, donde solíamos pasar algunas horas a la semana viendo nuestras jugadas y estudiando a nuestros adversarios, pero que ahora estaba vacío porque el resto del equipo debería de estar en la cafetería con los compañeros de Bruce.

—¿Scott? —murmuré, abriendo la cortina para no perder de vista al gamberro de las preguntas raras, como él estaba quieto, me apoyé en la pared.

—Evans, chico, vine a saber sobre tus condiciones médicas y me comentaron sobre un incidente en el campo.

Gemí, frotándome la cara.

—Fue solo un chico que no consiguió coger el balón, estoy esperando a su madre.

—¿Tenemos que prepararnos para alguna polémica? Necesito que me avises cuando cosas así pasen, nunca sabemos cuándo tendremos que intervenir.

—Fue solo un incidente común —gruñí, volviendo a empujar la cortina para ver que el niño ahora estaba acompañado de una mujer a la que no conseguí ver el rostro, ya que estaba de espaldas a mí, agachada a su altura y evaluando su frente. —Su madre ha llegado, si esto se vuelve un dolor de cabeza, te aviso, de lo contrario, yo me encargo de esto, Scott.

—Pero…

No me preocupé en escuchar lo que él iba a decir. Si todo ocurriera como yo estaba esperando, en breve él sería apartado de mi vida.

Empujé el móvil en mi bolsillo y abrí la puerta despacio para no interrumpir la conversación de los dos.

—… como siempre, dándome grandes sustos, tesorito.

La voz era familiar, pero como yo aún no conseguía ver su rostro desde donde estaba, fue difícil identificarla.

Dios, ¿imaginas si ella fuera una reportera? Ahí, sí, estaría jodido.

—Lo siento mucho, mamá, la culpa no fue mía. Dije que no quería jugar, pero él insistió. ¿Podemos demandarlo?

Me preparé para entrar en la conversación, solo que antes de que hiciera eso, contra todas las posibilidades, su risa adorable llenó el pasillo, llegando a mis oídos.

Yo reconocería ese sonido en cualquier sitio.

Tragué saliva, sintiendo que mi corazón se aceleraba de esa forma desacompasada como hacía años no pasaba.

Casi siete malditos años.

—Mira, por lo que yo sé de él, creo que nunca lanzaría un balón para hacerte daño.

El chico suspiró, contrariado.

Yo no necesitaba ver su rostro para saber quién era, no cuando conseguiría reconocer ese maldito sonido en cualquier sitio.

—Las apariencias engañan, mamá. No se puede ver la índole de una persona por la tele.

Mamá.

¡Puta que parió!

—Índole —lo corrigió, inclinándose para besar su frente con el pequeño chichón que le había salido allí.

—Eso es, índole.

—No es exactamente así, pequeño. —Continué parado, no dejando pasar desapercibido cuando ella se pasó la mano por su propio pelo, visiblemente nerviosa. —Yo lo conocí en la universidad y te puedo garantizar que él es un tío guay.

Bruce alzó el rostro, sus ojos verdes poniéndose cada vez más grandes.

—¿Entonces él conoce a papá también?

Papá… Si ella tenía un hijo, también estaba casada.

Aparentemente, yo era el único tonto que no había podido seguir adelante.

Pensar en eso hizo que una risa seca se escapara de mis labios, atrayendo la atención de los dos.

Intenté no dejar que todo lo que aún sentía saliera a flote, pero, al final, yo no era más que un pringado, porque en cuanto nuestras miradas se cruzaron, fue como si hubiera vuelto al pasado, y reviviendo ese lío de sentimientos que siempre me envolvía cuando estaba con ella. La sensación extraña en el pecho, el corazón acelerado en una mezcla de ansiedad y miedo por lo que nunca había sentido antes. Las ganas absurdas de estirar mi mano para tocarla, besarla…

—Hola.

¿Hola? ¿Después de todo este tiempo, la primera cosa que ella tenía para decir era un suave hola?

—Yo… —empecé, pero paré cuando noté que no sabía a ciencia cierta qué decir.

Una parte dentro de mí gritaba para salir de allí e ir lo más lejos posible de ella. La otra parte me mandaba ser un hijo de puta y actuar como si no la conociera, con la esperanza de que la idea de

que no me acordara de ella, le hiciera tanto daño como ella me hizo a mí.

Era justo, más aún teniendo en cuenta la forma en que me dejó plantado en el puto restaurante, donde yo la presentaría a mis padres como mi novia.

—Lo siento por lo que pasó —ella volvió a hablar, obligándome a apartar esos pensamientos para volver a la realidad, confundido con sus palabras, al fin y al cabo, había muchas cosas por las que debería sentirlo. —Bruce nunca jugó fútbol antes.

Claro que ella no estaba disculpándose por haberme dejado. Eso no parecía ser lo suficientemente importante como para disculparse.

—Espero que se ponga bien. —Moví el peso de mi cuerpo sobre mis piernas, frotando mis manos contra el tejido de mis bermudas de entrenamiento para secar el sudor que se había acumulado allí. —No fue mi intención lastimarlo.

—Yo creo que sí lo fue —el niño me acusó, bajándose de la silla para abrazar las piernas de su madre. —Quizás deberíamos llamar a la policía.

Mamá…

Ella era la mamá de Bruce.

Joder.

Taylor Jones era mi vecina desde hacía días.

—¿Policía? ¿De dónde has sacado eso, tesorito? —Taylor le masajeó los hombros, soltando una risa nerviosa, pero ni la mención a la policía consiguió hacerme desviar la mirada de ella.

Confieso que, en diversas ocasiones, me encontré pensando en cómo estaría Taylor después de tantos años, pero nada de lo que imaginé podría ser igual a la mujer parada delante de mí, porque a pesar de tener los mismos rasgos, ella ya no era la misma chica que conocí en la universidad.

Su rostro estaba más definido, sus ojos marrones ahora estaban aún más valorizados por las largas pestañas y eso los hacía más intensos y fascinantes.

—¿Podemos hablar? —pregunté, abriendo la puerta de la sala de la que acababa de salir.

Mi estómago se revolvió cuando ella asintió, agachándose para hablar con el chico, que fue a sentarse en la silla.

Entré en la sala, intentando controlar mi respiración mientras esperaba que apareciera en mi campo de visión.

Esperé a que Taylor pasara por el marco de la puerta. Aguardé lo que pareció una eternidad para que cerrara la maldita puerta.

Y cuando se giró para mirarme, hice la cosa más estúpida de mi vida.

La besé.

CAPÍTULO 12



Estos días no he dormido
Me quedo despierta recordando cómo me fui
Cuando pasó tu cumpleaños no te llamé
Así que pienso en el verano, en todas las bellas veces
Que te vi riendo, en el asiento del pasajero
Y me di cuenta de que te amaba en otoño
BACK TO DECEMBER – TAYLOR SWIFT

TAYLOR JONES
ACTUALMENTE

Fue el domingo, cuando yo estaba poniendo a Bruce a dormir, que mi chico se dio cuenta de que nos habíamos olvidado de revisar su cuaderno de avisos, algo que yo hacía todas las noches, pero como llegué tarde el viernes y acabé dedicándome al cien por cien a él para aprovechar nuestro fin de semana, me negué a pensar en cualquier otra cosa que no fuera golosinas, películas, juegos y diversión.

Bruce saltó de la cama, abrió la mochila y volvió con el cuaderno rojo en la mano.

Para mi sorpresa, debajo de la confirmación del test que Bruce haría para el programa Gifted Youth de MENSA, de la que yo ya estaba al tanto, había un aviso de excursión con una autorización doblada, sujeta con un clip, que debía ser firmada en caso de que yo estuviera de acuerdo con que él fuera al Levi's Stadium.

Aquello hizo que mi corazón casi se me saliera por la boca.

A pesar de haber perdido el contacto con el quarterback lesionado de los San Francisco 49ers, era humanamente imposible existir y no saber todo sobre él, ya que, no solo aquí en San Francisco, sino en todo el estado, e incluso en el país, había vallas publicitarias esparcidas con su imagen, aparte de aparecer siempre en los periódicos y programas de televisión.

—¿Y de verdad quieres ir? —Me sentí fatal por hacer esa pregunta, solo que, incluso sabiendo de la posibilidad de que Evans ni siquiera estuviera allí a causa de la lesión, no pude evitarlo. —Quiero decir, no te gusta el fútbol, prefieres el hockey.

Mi chico se encogió de hombros, desviando la mirada hacia sus pequeños dedos.

—No me gusta de verdad, pero, eh… sería guay, ¿verdad? Tú siempre dices que tengo que abrirme a cosas nuevas y tal…

Asentí, acariciando su pelo, intentando no llorar, ni mucho menos reír.

Estaba creciendo tan rápido que ya ni siquiera me sorprendía cuando sus frases sonaban como las de un joven de 17 años.

—Sí, va a ser muy guay —suspiré, sintiendo que se me revolvía el estómago. Lo peor es que no había motivo para estar así. Era Bruce quien podría encontrarse con él, no yo. —Quiero saber hasta el más mínimo detalle mañana cuando llegues, ¿me lo prometes?

Él se rió, asintiendo.

—Siempre te lo cuento todo, mamá.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

En el fondo, era injusto privarle de vivir cosas por cuestiones mías sin resolver del pasado. Bryan siempre estaría marcado en mí, no era de extrañar que de vez en cuando me encontrara pensando en cómo sería si un día nos reencontráramos.

¿Aún se acordaría de mí?

¿Me perdonaría?

Desde que firmé la autorización, por muy ansiosa que estuviera con toda la situación, intenté convencerme de que era mi hijo quien se cruzaría en el camino de Evans, no yo. Entonces

intenté seguir la mañana como si fuera un día más en nuestra vida, convencida de que él visitaría el estadio de los Niners y, al final del día, me contaría cómo odió estar allí. Bueno, eso sería lo mejor de los mundos, pero todo se vino abajo cuando la escuela me llamó y convirtió aquello que siempre había sido solo una hipótesis, en mi peor pesadilla.

Aparentemente, me olvidé de que mi hijo era Bruce y, a pesar de que su apellido fuera Jones, podría muy bien ser "problemas" con mucha facilidad porque, de alguna forma, incluso sin gustarle el fútbol americano, acabó siendo golpeado por un balón.

Claro que en los casi cuarenta minutos que el taxi tardó en el trayecto de San Francisco a Santa Clara, mi única preocupación era saber si mi hijo estaba bien, aunque la directora me lo garantizara, al igual que el fisioterapeuta designado para llevarme hasta donde él estaba. El hombre intentaba tranquilizarme mientras murmuraba que sus análisis eran excelentes y que mi chavalín era inteligente.

Yo incluso me habría entusiasmado y habría hablado con él sobre cómo mi chico estaba por encima de la media, porque eso me llenaba de orgullo, pero solo conseguí tranquilizarme cuando llegué al pasillo donde Bruce estaba sentado, sujetando una bolsa de hielo contra la frente.

—¿Pequeño? —llamé, sin preocuparme en despedirme del tipo simpático y aceleré mis pasos para arrodillarme delante de mi chico. —¿Estás bien?

—Estoy bien, solo que me duele —se quejó, bajando su mano para enseñarme el pequeño chichón en la frente. —Sería más guay si hubiera un corte con forma de rayo, ¿verdad?

Negé con la cabeza, acariciando la zona.

—No sería nada guay.

—Yo creo que Harry Potter es guay.

—Él seguiría siendo guay sin el corte.

—Eso es. —Sus labios se proyectaron hacia adelante. —Así, él tendría un papá y una mamá también.

Tiré de su pequeño cuerpo para abrazarlo, aliviada de que estuviera bien.

—¿Estabas solo aquí?

—No, el cul… —Bruce apretó los labios con fuerza cuando notó lo que estaba diciendo. Yo solo alcé una ceja. —Es decir, el Sr. Evans está al teléfono en la sala de ahí atrás.

Eso ya no era una sorpresa tan grande para mí, pues Alexander también me había explicado cómo Bruce fue golpeado por un balón lanzado por Bryan Evans.

A pesar de ser trágico, era cómico que el motivo por el que yo me rendí con nosotros, también fuera el causante de nuestro reencuentro.

Miré por encima de mi hombro con la esperanza de tener un atisbo de él, pero la cortina cerrada no me permitía ver nada allí dentro.

Ahora que sabía que Bruce estaba bien, fue difícil no sentirme dominada por una mezcla de vergüenza, ansiedad y, principalmente, miedo, al fin y al cabo, no sabía cómo él había reaccionado después de que yo tomara mi decisión de no poner punto final a nuestra historia.

Podría ser prepotente por mi parte, pero algo dentro de mí me decía que él no me había olvidado.

No cuando él aún dominaba mis sueños, incluso después de tantos años.

—Yo estaba preocupada por ti, mi amor. —Acaricié el pelo de Bruce, dividida entre agarrarlo y desaparecer de allí, o enfrentarme de una vez por todas al pasado. —Como siempre, dándome grandes sustos, tesorito.

—Lo siento mucho, mamá, la culpa no fue mía —argumentó, intentando engañarme. A pesar de saber que a él no le gustaba el fútbol americano, yo sabía muy bien que era capaz de coger un balón en el aire. —Dije que no quería jugar, pero él insistió. ¿Podemos demandarlo?

Contuve la risa. ¿Demandarlo?

Me sentí inclinada a preguntar qué había hecho Bryan para dejarlo tan irritado hasta el punto de querer demandarlo, pero conociendo a mi niño, sabía que en su cabecita había sido algo muy serio, al fin y al cabo, yo no me creía eso de que el quarterback

insistió en que él jugara, más aún sabiendo que mi hijo no cedía fácilmente.

—Mira, por lo que yo sé de él, creo que nunca lanzaría un balón para hacerte daño.

Mi chavalín suspiró, contrariado.

—Las apariencias engañan, mamá. No se puede ver la índole de una persona por la tele.

—Índole —lo corregí, inclinándome para besar el chichón en su frente.

—Eso es, índole.

—No es exactamente así, pequeño. —Me pasé la mano por el pelo, intentando pensar en una forma de quitarle esa idea de la cabeza, porque sabía que llegaría a casa y aún estaría hablando de los motivos por los que necesitábamos demandar a Bryan. —Yo lo conocí en la universidad y te puedo garantizar que es un tío guay.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par en reconocimiento.

—¿Entonces él conoce a papá también?

Quizás no haya sido el mejor argumento para defender al jugador, porque su pregunta solo me hizo recordar que, hace unos meses, después de que las preguntas sobre su padre empezaran, acabé cediendo y contando algunas cosas, una de ellas fue que lo conocí en la universidad.

Antes de que yo supiera qué responder, una risa débil y seca sonó detrás de mí, obligándome a mirar por encima del hombro para encontrarlo parado en la puerta, mirándome con una mezcla de sorpresa y rabia.

A pesar de que siempre lo había acompañado por las noticias, ninguna foto o vídeo habrían conseguido prepararme para la sensación de estar cara a cara con él.

Y, Dios mío, Bryan tenía unos 30 kilos más de músculo desde la última vez que lo vi.

Mis ojos vagaron por sus brazos fuertes, perdiéndose en las venas marcadas y en los tatuajes que él no tenía en la época de la universidad.

Me obligué a apartar los recuerdos de cómo me encantaba lamer la extensión de cada una de ellas y busqué sus ojos verdes,

intentando pensar en qué decir. Yo podría empezar disculpándome, pero como Bruce estaba allí, cualquier cosa que dijéramos, podría ser suficiente para que mi chico complicara aún más las cosas.

—Hola.

¿Hola? ¿Después de 7 años sin verlo, la primera cosa que digo es… hola?

Fue tan ridículo que sentí que me ardían las mejillas, pero como iba maquillada, probablemente él no se daría cuenta, aunque, por la expresión en su rostro, Bryan también estaba de acuerdo conmigo.

Me mordí el labio inferior, luchando contra las ganas de desviar la mirada de la suya cuando percibí su mandíbula tensa.

—Yo… —él empezó, pero se paró, solo mirándome fijamente por unos segundos, moviendo sus ojos verdes entre yo y Bruce, quizás asimilando todo.

Y de todo lo que llegué a suponer que pasaría cuando nos reencontráramos, nada se comparaba a él parado, mirándome de esa misma forma intensa de cuando aún estábamos juntos.

Esto dolió más que si me hubiera insultado.

—Lo siento por lo que pasó. —Y lo sentía, de verdad. No hubo una maldita vez en la que pensé en él, que no sintiera mucho que todo hubiera tomado un rumbo tan diferente de lo que, tanto él como yo, parecíamos querer en esa época. Abracé mi propio cuerpo, esperando que Bryan entendiera que mi primera frase no tenía ninguna relación con la que yo diría a continuación. —Bruce nunca jugó fútbol antes.

—Espero que se ponga bien. —El quarterback asintió, volviendo a centrar su atención en mi chico. —No fue mi intención hacerle daño.

—Yo creo que sí lo fue —Bruce acusó, bajándose de la silla para abrazar mis piernas, reforzando aún más la teoría de que Bryan no quiso ser malvado. Yo conocía a mi cría y sabía de lo que era capaz cuando se metía con alguien. Pasó lo mismo en nuestro antiguo condominio, cuando él imprimió un aviso de reunión urgente con los vecinos y firmó como administrador de la comunidad. Yo aún sentía que me ardían las mejillas solo de recordar lo avergonzada

que me sentí cuando todos llegaron, con excepción del propio administrador, que no fue avisado de la reunión, y mi chico se subió a la silla, pidiendo unas elecciones porque estaba cansado de quejarse del hinchable clausurado y de que su opinión como vecino no fuera tenida en cuenta. —Quizás deberíamos llamar a la policía.

—¿Policía? ¿De dónde has sacado eso? —gemí, apretando sus hombros en una advertencia para que parara y él entendió, pues bajó la cabeza y resopló, como venía haciendo en las últimas semanas cuando algo no le agradaba. Aunque no lo viera, yo estaba segura de que estaba frunciendo su naricita ahora mismo.

Le eché una mirada de disculpa a Bryan, pero su falta de reacción me estaba dejando aún más nerviosa. Y en el momento en que pensé en despedirme e irme, él puso la mano en la manilla y abrió la puerta.

—¿Podemos hablar?

Al igual que su rostro, su voz era imposible de descifrar.

Sabiendo que le debía eso, me agaché a la altura de Bruce, pidiéndole que me esperara sentado en la silla.

—No me gusta él, mamá. Si necesitas ayuda, grita, ¿vale?

Besé su frente, ahogando mi risa. Yo amaba tanto a ese chico que, si fuera necesario, tomaría las mismas decisiones de nuevo.

—Déjalo en mis manos, tesorito. Vuelvo enseguida.

Cuando volví a ponerme de pie, Bryan ya había desaparecido dentro de la sala.

Respiré hondo, echándome el pelo hacia atrás e intentando repasar un pequeño discurso en mi cabeza, sin embargo, en cuanto pasé por la puerta y la cerré, fui sorprendida por su mano agarrando mi nuca y empujándome contra la madera en el instante en que aplastaba sus labios contra los míos, haciendo que se evaporara cualquier línea de pensamiento que creé, porque la única cosa en la que podía pensar era en sus dedos tirando de algunos mechones de mi pelo mientras su pierna se encajaba entre las mías y su lengua pedía paso para dentro de mi boca.

Dejé que mi cuerpo se ablandara a medida que su boca, tan sedienta, devoraba la mía con tanta fuerza que la dejaba dolorida,

pero nada que fuera lo suficientemente insoportable como para apartarlo.

Me puse de puntillas para envolver sus hombros anchos, tirando de él aún más hacia mí.

—Joder… —él gruñó, abandonando mi boca para mordisquear la marca que tenía en mi barbilla, exactamente como hacía en la universidad. —Sigues maciza de cojones.

Gemí, presionando mis pechos contra su camiseta de entrenamiento, sintiendo que todo mi cuerpo temblaba.

—Dios… —suspiré, echando mi cabeza hacia atrás, dándole libre acceso para que su boca se deslizara por mi cuello, haciéndome olvidar incluso mi propio nombre. Aún era tan bueno como hacía 7 años.

En realidad, no me acordaba si alguna otra persona había conseguido despertar todas esas sensaciones como él lo hizo y, por lo visto, aún lo conseguía.

—¿Mamá? ¿Está todo bien ahí?

Intenté pensar en qué responder, pero mi cuerpo estaba tan envuelto con la boca en mi cuello, que tuve que sujetar sus hombros y apartarlo para poder razonar.

—Sí… sí, cariño.

Sentí que sus dedos fríos apartaban la tela de mi camiseta para acariciar la piel expuesta en círculos. Y, por Dios, puede que haya gemido suavemente.

Apreté mis ojos, maldiciéndome por casi olvidar, una vez más, que Bruce estaba allí.

—Tengo hambre, ¿crees que podemos irnos, mamá?

Si no fuera tan insistente, claro.

—Claro, solo un minuto más —respondí, no pudiendo desviar mis ojos de la boca de Bryan, lo que no pasó desapercibido para él, que volvió a acercar su rostro al mío mientras intentaba controlar su respiración entrecortada. —Dijiste que querías hablar.

—Sé lo que dije —susurró en mi oído, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera. —Pero, ¿desde cuándo cumplimos lo que prometemos?

Sentí que mis ojos se aguaban, sabiendo que esa era una indirecta muy clara para mí, que en aquella época le había prometido ser siempre sincera con él y nunca lo fui.

Bryan no lo habría entendido en el pasado y, tal vez, cuando le contase todo, seguiría sin entenderlo, pero todo lo que hice fue, exactamente, para no dejar en sus manos decisiones que no le concernían en ese momento.

De vez en cuando, cuando me encontraba con alguna publicidad del jugador, especialmente si involucraba a niños, me descubría pensando en cómo sería si Bruce hubiera crecido al lado de una persona tan increíble como él, pero al segundo siguiente, me culpaba por tener un deseo tan egoísta, ya que Bryan tenía un futuro prometedor sin nosotras.

Volví a concentrarme en el hombre que tenía delante, aprovechando que lo estaba tocando para sentir un poco más de esos músculos, disfrutando de cómo se contraían por donde pasaban mis dedos.

Un gruñido escapó de sus labios cuando deslicé mi mano hacia su pecho y eso fue suficiente para volver a mirar su boca, sin poder contener el impulso de volver a juntar nuestros labios.

Y esta vez no fue rápido, ni mucho menos urgente, fue… intenso.

Sus brazos me envolvieron, atrayéndome hacia su cuerpo duro mientras nuestras bocas encajaban sin prisa, explorándose la una a la otra y trayendo de nuevo esa sensación nostálgica de ya haber sido besada de esa forma antes, cuando nos escondíamos de las miradas ajenas y nos encontrábamos en una de las secciones vacías de la biblioteca a cada oportunidad que surgía, solo porque yo tenía miedo de que él me decepcionara con toda esa fama que tenía y que, al final, mi nombre terminara siendo objeto de burla de nuevo por los pasillos de la universidad.

—57, 58, 59… Mamá, ya ha pasado un minuto.

Me reí sobre los labios de Bryan, que terminó uniéndose a mí antes de alejarse y ajustarse la camiseta.

—Ya vamos, tesorito, ya vamos —respondí, recuperando el aliento y tocando la mano del jugador cuando hizo el amago de

alejarse. —Lo siento, él es…

—Insistente —complementó Bryan, bajando la mirada hacia nuestras manos.

—Sí. —Tragué saliva. Era mucho más fácil seguir adelante cuando me imaginaba que la única reacción que tendría si algún día me reencontrara, sería tratarme mal, no besarme. —¿Todavía podemos hablar? —pregunté, sintiendo que mi corazón volvía a acelerarse, al fin y al cabo, él tenía todo el derecho a negarse.

—Mamá, ¿qué dijimos sobre llamarme así en la calle?

Bryan asintió, dando dos pasos hacia atrás, dándome espacio para abrir la puerta y encontrar a Bruce parado allí con sus ojos verdes desconfiados y la naricita fruncida que dejaba clara su insatisfacción por mi tardanza.

—Lo siento, es la fuerza de la costumbre —justifiqué, tocando su cabello. —¿Puedes aguantar unos minutos más? Necesito pedir un taxi. —Esperé a que asintiera antes de girarme para despedirme de Bryan, pero el jugador aprovechó que desocupé la mitad del paso en la puerta para salir y pararse al lado de mi niño.

—También me voy a casa, puedo llevaros.

—No, gracias, no aceptamos que extraños nos lleven —fue Bruce quien respondió, enroscando su mano en la mía e intentando tirar de mí en la dirección opuesta, cosa que no consiguió, ya que me mantuve en el lugar, lanzándole una mirada de disculpa a Bryan.

—Gracias, pero no hace falta que te molestes, vivimos en San Francisco y…

—No será ninguna molestia. Podemos parar, coger algo para comer en el camino y seguir a nuestro edificio, donde podemos terminar nuestra conversación. —El jugador me interrumpió, mirando a mi hijo, mientras yo intentaba asimilar todo lo que decía. —Si Bruce acepta, claro.

¿Nuestro edificio?

Por alguna razón, sentía como si me hubiera perdido alguna información durante la conversación.

—Está bien, pero solo porque me muero de hambre y yendo en un solo coche, vamos a reducir la contaminación del medio

ambiente, ya que eres nuestro vecino. —Bruce me miró, tapándose la boca como si Bryan no pudiera oírlo. —Ese vecino que debemos mantener a distancia, mamá.

Levanté los ojos para mirar a Bryan, que solo se encogió de hombros.

Mierda. ¿Quién iba a decir que, además de reencontrarme con el motivo de mis mayores arrepentimientos, dormiría justo en la puerta de al lado?

Estaba tan, tan jodida.

CAPÍTULO 13



Pero yo podría ser tu crush, tipo, dejarte con ganas, tipo
Esperando que me mandes un mensaje
Para poder decirte que he estado pensando en tu toque, tipo
Toque, toque, toque, toque, toque
Yo podría ser tu crush, crush, crush, crush, crush
CRUSH – TESSA VIOLET

TAYLOR JONES

AÑOS ANTES...

—Pensé que ibas a pasar la noche fuera de nuevo.

Fue lo primero que dijo Victória Thompson, la brasileña con la que compartía piso, cuando abrí la puerta del dormitorio y la encontré sorbiéndose la nariz, vestida solo con un top y un pantalón de chándal, en el único y viejo sofá que teníamos en la zona común de nuestro tugurio, como ella misma lo apodó cariñosamente.

—No soy tan mala amiga como para dejar a mi pozo de gérmenes favorito sola —bromeé, viendo una pequeña sonrisa nacer en sus labios mientras dejaba nuestra cena sobre la mesa.

—Aunque esté hecha polvo con esta gripe, entendería que tus motivos serían justos.

Sonreí, sin poder evitar estar de acuerdo con ella.

—Lo serían, pero este fin de semana, la Taytay de aquí es toda tuya. —Cerré la puerta con llave, acercándome a donde estaba y dejé mi mochila en el suelo.

—No me digas que a Evans se le rompió la polla de tanto sentarte —la rubia provocó, recogiendo sus piernas y liberando espacio para que yo pudiera acomodarme a su lado, lo que hice rápidamente, rozando su brazo en forma de provocación, sin dejar de notar cómo sus ojeras eran cada vez más grandes.

Se habían convertido en sus fieles compañeras desde que su padre se puso enfermo, pero ni eso fue capaz de quitarle la sonrisa y su forma de ser bromista. Vick era la mejor persona del mundo.

—¡Oye, hablas como si estuviéramos juntos todos los días! —La empujé ligeramente, lo que no fue una buena idea, porque sus dedos acababan de enroscarse en mi pelo.

—Amiga, ¿y no lo estáis?

—Claro que no.

—Entonces dime, desde que empezasteis a estar juntos, ¿cuándo tú y Bryan habéis estado sin veros?

Abrí la boca para responder, pero la cerré cuando no encontré una respuesta de inmediato.

—¿Hoy? —musité, notando que realmente nos veíamos todos los días. —Se quedó atrapado en el entrenamiento.

Vick se rió, lanzándome un guiño.

—Confieso que no sé cómo nadie se ha enterado de lo vuestro todavía, ya han pasado semanas.

Yo también me hacía la misma pregunta, y más aún cuando Bryan no era nada discreto, pues siempre que nos veíamos en el mismo ambiente y rodeados de otras personas, él se las ingeniaba para acercarse a la primera oportunidad que tenía.

Y al mismo tiempo que eso generaba una tensión por el miedo a que los otros nos notaran, era excitante y estimulante, pues tanto él como yo, nos provocábamos con roces e intercambio de miradas.

—Tal vez tengas razón, pero su polla está muy bien, gracias. —Parpadeé, aprovechando para quitarme las zapatillas y darle un respiro a mis doloridos pies. —Sobre el fin de semana, creo que tu virus se me ha pegado. Estuve mal todo el día y ni siquiera pude ir al ensayo de la banda —expliqué, recogiéndome el pelo. —El

departamento médico prefirió dejarme fuera del partido en Tucson después de que se enteraron de que compartimos el mismo piso.

—Qué mierda, amiga, lo siento. —Vick se movió por el sofá, riendo y subiéndose en mi regazo mientras fingía una crisis de tos. —No puedo ni imaginar cómo pudiste haber cogido mis gérmenes.

Me subí el cuello de mi camisa, fingiendo usarla de mascarilla y con eso, sacándole más risas a mi amiga.

Al principio, fue muy complicado acostumbrarme a su manera de ser tan invasiva, pero después de casi un año compartiendo el mismo techo, ella me venció por agotamiento y hoy ya no podía vivir sin sus locuras.

—Pensándolo bien, creo que todo fue una estrategia tuya para no quedarte sola este fin de semana.

—Claro, me han dejado de lado —Sus labios se proyectaron hacia adelante en un lindo puchero y aproveché la oportunidad para empujarla hacia la alfombra, pero la muy cabrona se aferró a mí, haciendo que las dos termináramos en el suelo, conmigo encima de ella.

—Ya me imaginaba, intenta quererme menos, Thompson.

Oí su risa antes de que me tirara del pelo.

—No eres la única por aquí capaz de crear un plan. Resolví usar tu propio veneno para tenerte durante dos días.

Dejé que mi cuerpo cayera hacia un lado y miré al techo.

Hace una semana, me estaría riendo de lo que dijo, pero, por alguna razón, aunque me repitiera a mí misma que no era nada, eso me estaba quitando el sueño últimamente.

—Estás rara. —Cerré los ojos cuando su rostro apareció frente a mí, tapando mi visión del techo y casi cegándome con sus cabellos en mis ojos. —¿Estás segura de que no fue un gilipollas? Porque si lo fue, haré que se arrepienta.

Negué con la cabeza, rodando hacia un lado antes de sentarme y apoyarme en el sofá.

—No, Bryan ha sido... romántico. —Me mordí el labio inferior, sintiendo una ligera necesidad de llorar. He sido un desastre emocional estos últimos días.

—¿Romántico?

A pesar de su tono divertido, yo podía ver un poco de curiosidad y preocupación en sus ojos.

—Sí, coge mi mochila que está detrás de ti, por favor.

Ella hizo lo que le pedí, entregándome el objeto para coger las polaroids que habían comenzado a aparecer en mi taquilla todas las mañanas.

Vick se arrastró para sentarse a mi lado.

—¿Son fotos?

Asentí, entregándole todas en sus manos. Al igual que yo, mi amiga sonrió a cada una de ellas, soltando algunos suspiros y risitas, hasta que su sonrisa dio paso a una mueca cuando vio lo que yo apostaba que era la polaroid de hoy.

—Sabes que el fin justifica los medios, ¿no?

Me encogí de hombros, señalando la foto donde él estaba sin camiseta y sonriendo a la cámara de fotos instantáneas.

—Esta fue la primera —indiqué, viendo a Vick intentar contener la risa con lo que estaba escrito en el reverso.

Como no quieres que nadie se entere de lo nuestro,
tuve la brillante idea de regalarte una foto para que me admires durante los descansos.
Te veo en la biblioteca a las 15h, bombón. Besos, de tu chico.

—No hiciste nada malo, amiga.

—¿Será?

Suspiré, cogiendo la nota de hoy, que era de él levantando las dos partes del sable y poniendo una mueca.

Llegué a casa ayer y Eric estaba tirando a la basura
el sable roto que él cree que es suyo.
Tal vez me puse nostálgico y rescaté ambas partes.
Y tal vez me las quede.
Es una buena manera de recordar cómo el destino hizo que cayera sin querer encima
de la chica más linda de la universidad.

—No sé si se pondrá muy contento al descubrir que todo es mentira.

—Taytay, no es mentira. Seguirá siendo la forma en que él te conoció.

Apreté los ojos con fuerza y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás hasta encontrar la tapicería del sofá.

—En realidad, es la forma en que él cree que me conoció.

—¿Y cuál es el problema? ¿Cuál es el problema en que una chica quiera a un chico? —Vick resopló, dejando las polaroids a un lado antes de rodear mis hombros. —Tay, hiciste lo que pensaste que tenías que hacer. Estas notas solo muestran que teníamos razón sobre cómo hacer que te notara. Además, si lo que Bryan siente es lo que te mereces, no le importará cómo, o por qué, o dónde empezó todo.

—Me gustaría ser así de segura. —Me froté la frente, sintiendo que mi cabeza volvía a palpitar.

Al final, nada importaría. Teníamos una fecha de caducidad y yo sabía que, desde el principio, todo sería así.

—No puedes culparte. Todo lo que sabíamos sobre él es que Bryan Evans no era más que un gran mujeriego, Taytay. Sabemos que, además de cañón, eres increíble de cojones, pero las garantías de que él notara eso eran pocas, ya que era un idiota salido que se follaba a todo el mundo del campus. Sabíamos que podrías ser solo un número más en su lista y nos esforzamos para que eso no ocurriera —la rubia suspiró, quitando el brazo de mi alrededor para girarse y ponerse frente a mí. —Solo fuiste a por lo que querías y lo conquistaste. Debo decir que estoy muy orgullosa de que no te cerraras después del gilipollas de Julian. Me encantaría restregárselo en la cara cómo tú, extrañamente, encontraste a un chico mejor.

Por increíble que parezca, Julian, el chico que a toda madre le gustaría tener como yerno, nunca le llegaría a la suela de los zapatos a Bryan, sobre todo porque una cosa que el jugador no hacía era mentir.

La mentirosa de la historia era yo.

Tal vez por eso no conseguía alejar esa sensación de estar traicionando su confianza cuando él mencionaba todas las veces que

nos encontramos, sin saber que la única cosa que no fue planeada fue que mi sable se rompiera, pero después, hasta ese artificio, lo usamos para llamar la atención del chico por el que siempre tuve un flechazo.

Toda la planificación de esto comenzó al día siguiente de la vergonzosa ruptura de mi noviazgo, cuando Vick y yo salimos a comer algo después de haber vomitado todo el alcohol ingerido. En esa ocasión, nos arrastramos a una cafetería que estaba alrededor del campus. ¿Y quién estaba allí? Sí, el jugador y sus amigos.

Claro que mi amiga me arrastró al baño, rescatando en su sucia mente una conversación que tuvimos algunos meses atrás, cuando teníamos la pésima costumbre de llegar más temprano al campo de entrenamiento para jugar a "Siéntate o Corre" mientras evaluábamos a los jugadores de fútbol americano de la UCLA entrenando y ejercitándose, donde, a continuación, ella ensayaría con las animadoras, y yo, con la gente de la banda.

En una de esas ocasiones, Evans pasó por nosotras sin camiseta, con el pelo ligeramente despeinado y una pequeña sonrisa que ni siquiera fue dirigida a nosotras, pero que me hizo suspirar.

Vick pronto dijo que ella corría y descartó cualquier posibilidad de acostarse con él algún día, alegando que, además de que el QB era un canalla como ella, aún tenía el añadido de que era rico, ya que, para mi amiga que no tenía paciencia con los "playboys", era un motivo plausible para rechazar a alguien.

Y, bueno, yo tenía una opinión muy diferente a la suya y no lo oculté, al fin y al cabo, el capitán de los Bruins era uno de los tíos más cañones de la universidad, así que, si tuviera la oportunidad de acostarme con él, no lo pensaría dos veces, aunque eso significara salir herida al final.

Todas sabíamos de su fama, pero ni eso era suficiente para impedir que el 90% de las chicas de aquí crearan expectativas de ser aquella que le robaría el corazón por unos meses, al fin y al cabo, dudaba que el jugador quisiera mantener algún compromiso cuando llegase el *draft*.

¿Era esto estúpido? Mucho, sobre todo porque yo misma formaba parte de esa idiota estadística que haría que cualquier

mujer con amor propio pusiera los ojos en blanco.

Era una gran locura, y más aún cuando me detenía a pensar que estaba alimentando sentimientos por un chico con el que nunca hablé o que ni siquiera me miró.

Y ni siquiera fue por falta de oportunidad, ya que, además de compartir la misma clase por una asignatura extra que Bryan cogió, todas las semanas yo salía al campo, haciendo acrobacias con los bastones entre los miembros de la banda mientras ellos tocaban y el jugador se calentaba para jugar.

Esto sin contar cuando lo encontraba en alguna fiesta a la que yo ya iba con la intención de verlo y acercarme, solo que no era nada fácil, pues Bryan rara vez estaba solo. Siempre tenía a una o más chicas rodeándolo, esperando su oportunidad.

Negué con la cabeza, apartando los pensamientos.

—Con toda seguridad me odiará.

—Taytay, te metiste en esto sin expectativas. Ambas creíamos que matarías tu curiosidad al sentarte sobre una buena polla, él sería un gilipollas, tú te pondrías mal porque tenías un flechazo muy fuerte con él, y después de unos años, cuando ese idiota estuviera en algún equipo de la NFL, estaríamos en un bar, siendo exitosas, riéndonos de todo esto y presumiendo de que te lo habías follado. —Ella me besó la mejilla. —No es que no creyera en ti, pero, joder, ¿quién iba a decir que tú y tu gatita lo derribarían? —bromeó, moviendo las cejas de una forma graciosa.

—Deja de decir tonterías, Vick.

—¿Tonterías? El chico está haciendo fotos de cosas aleatorias cuando se acuerda de ti y dejándolas en tu taquilla con notas bonitas. Si no está enamorado, está muy cerca de ello —Vick finalizó, cogiendo una de las polaroids en la que estaba la foto de mi llavero de Batman, que pensé haber perdido, enroscado en la llave de su BMW.

He estado pensando si debo ofrecer algún rescate a cambio de este llavero tuyo que está conmigo desde el día en que nos conocimos. Si aceptas, tengo algunas ideas maravillosas.

—Incluso siendo idiota, es bonito —concluyó mi rubia, riéndose conmigo. —¿Ya te ha ofrecido el rescate?

—Tal vez. —Me mordí los labios, sintiendo que mi cuerpo se erizaba por completo mientras recordaba las opciones que Bryan me había susurrado al oído hace unos tres días durante uno de nuestros encuentros en la biblioteca. Y entre las opciones, estaba el sexo en el campo de fútbol, en el vestuario e incluso conmigo usando alguna de mis ropas sexys, ya que él había descubierto mi perfil e hizo un punto de darle me gusta a todo el contenido que publicaba sin hacer ninguna broma al respecto, al contrario, a pesar de quejarse de lo irrespetuosos que eran algunos chicos en los comentarios, él siempre elogiaba las transiciones, aunque no entendiera nada de animes.

—Créeme, Taytay, todo saldrá bien.

—Eso espero, porque si no reacciona bien a esto, dejarán de llamarme "la rompehogares del apartamento 12" para llamarme "la mentirosa del apartamento 12".

—¡Le voy a dar un puñetazo en la nariz a Katy Miller por difundir ese apodo ridículo por ahí! —Vick gruñó, cogiendo mis manos entre las suyas. —Quien perdió fue Julian, tía. Eres fantástica, no tienes la culpa de que él sea un mentiroso, un infiel, que no puede mantener la polla dentro de los pantalones y quiere vivir una vida diferente en cada estado del país.

Fue inevitable no sentir un sabor amargo en la boca al recordarlo, porque el hecho de que llevara tiempo alimentando un amor platónico por Bryan no significaba que hubiera dejado de vivir o de salir con otras personas.

Y una de ellas fue Julian.

Nos conocimos a principios de año, cuando empezamos el mismo curso, y él me sacó conversación. No empezamos a salir enseguida, pero entre mi falta de valor para hablar con el *quarterback* y esquivar las investidas de Julian, decidí que lo mejor era centrarme en lo que estaba a mi alcance.

Fue entonces cuando, unos días antes de entrar en el primer receso, acabé cediendo y me acosté con Julian en una fiesta cualquiera.

Días después, él se fue a Nevada y yo me fui a casa de mis padres en Sacramento durante tres semanas, lo que no fue un

impedimento para que las cosas entre nosotros siguieran evolucionando, pues Julian me enviaba mensajes casi todos los días.

El mes pasado, cuando volvimos a clase, continuamos saliendo.

Éramos buenos juntos. Al menos, yo creía que lo éramos, ya que en poco tiempo, él me pidió que fuera su novia en medio del campus y no pude pensar en motivos para no aceptar, pues él siempre se esmeraba en ser cariñoso, romántico y atento conmigo. Eso me hacía sentir la chica más afortunada del mundo.

El problema es que esta nueva fase de nuestra relación solo duró una semana, cuando me desperté en sus brazos con una notificación brillando en la tele de su móvil que descansaba en la mesilla de noche.

Al parecer, Julian se había olvidado de contarme, y a todos nuestros amigos, que al entrar en la universidad, había dejado a una novia esperándole en la ciudad donde vivía.

Y eso ni siquiera era la peor parte.

La peor parte es que después de que nuestra ruptura relámpago ocurriera, Katy Miller, en pocas horas, escarbó en toda su vida y descubrió que la chica que Julian dejó en Nevada estaba embarazada y, en realidad, era su prometida desde el receso, cuando empezamos a salir.

Sí, el hijo de puta iba a ser padre.

¿Cómo alguien puede esconder durante tanto tiempo a una futura esposa y un bebé que nacería en cualquier momento?

Por último, el cobarde no lo pensó dos veces y ese mismo día cogió sus cosas para volver a casa porque su padre, el alcalde de la ciudad, no quería que aquella polémica se extendiera en plena carrera política en la que estábamos a punto de entrar, quedándome yo para tener que aguantar todas esas bromas y miradas.

El machismo estaba tan arraigado en nuestra cultura, que siempre existía un motivo para la traición. En mi caso, si Julian solo me hubiera sido infiel por ahí, la culpa sería mía porque no estaba supliendo todo lo que él necesitaba en una relación, por eso, buscaba en otras chicas lo que no encontraba en mí. Solo que como la situación era diferente, la culpa aún seguía siendo mía, después

de que presumieran que yo lo sabía todo y aun así me estaba acostando con Julian sin preocuparme por su prometida o por su bebé.

Aquel no fue un día fácil, pero para mi suerte, tenía a Vick y su solución para todos los problemas de la vida: alcohol.

Y a pesar de que rara vez bebo, esa, sin duda alguna, fue la mejor locura que hice, ya que gracias a eso, disfruté de la fiesta durante toda la noche y me emborraché tanto que hasta me olvidé de mi propio nombre.

No recuerdo exactamente cómo llegué a casa, pero el olor a sexo y el condón desechado al lado de mi inodoro, indicaba que alguien me acompañó.

¿Quién era? Creo que jamás lo sabría, porque me desperté sola al final de la tarde, desnuda, enredada entre las sábanas.

No es que esperara despertar con un desayuno, para nada, pero no era de mi personalidad acostarme con tíos aleatorios que se convertían en el Maestro del Calabozo y desaparecían sin siquiera despedirse.

Además de la resaca moral, me levanté con un dolor de cabeza horrible, pero que acepté de buen grado, al fin y al cabo, fue gracias a él que ni siquiera tuve tiempo para pensar en el "follar y huir", en el traidor de Julian, o sobre cómo mi vida se convirtió en un tema de conversación por los pasillos.

Gracias a Dios, todo ese cotilleo solo duró uno o dos días, porque fue rápidamente reemplazado después de que uno de los chicos del equipo de fútbol fuera plantado por la capitana de las animadoras, lo que hizo que la mayoría me dejara en paz y se ocupara de la vida de otras personas.

—¿Qué cara de amargada es esa? No me vas a decir que estás pensando en ese idiota de Julian, ¿verdad?

—¡Ay! —gemí cuando me tiró del pelo. —Estaba, pero, en realidad, pensando en el pedo que nos pillamos esa noche.

—Me acuerdo de ese día —se rió, chasqueando la lengua. —Y debo decir que es un honor ser amiga de una chica que planta a su novio gilipollas, se acuesta con un tío al azar y al día siguiente ya está planeando acostarse con el *quarterback*.

Agarré sus mechones rubios, devolviéndole el tirón que la hizo gemir de dolor y reírse a continuación.

—Oyéndolo así, me sentí como una puta.

—Genial, me encantan las putas. —Vick sonrió, parpadeando. —Ahora, si no te has dado cuenta, tu móvil está sonando y algo me dice que es el último romántico, el salido, recordando que existen otros medios de comunicación y queriendo mantener el récord de días consecutivos viendo a su chica.

Su chica.

—No debe ser él —negué, aunque solo la idea de que fuera Bryan había hecho que mi corazón se acelerara. Empujé a la muy puta de encima de mí y me incliné para coger el aparato dentro del bolso, sin poder ver de inmediato el nombre en la tele porque Victória puso la cabeza delante antes de soltar una carcajada, que me decía que ni siquiera necesitaba mirar para saber quién estaba llamando.

—Vaca.

—Vaca, sí, y con razón también. Me voy a duchar mientras los tortolitos conversan y vuelvo enseguida para comer.

Esperé hasta que la rubia desapareció por la puerta de su cuarto para contestar.

—¿Bry? —suspiré, doblando mis piernas en la alfombra.

—Hola, bombón. —Se rió bajito del otro lado de la línea y eso me arrancó una sonrisa. —Estaba pasando por delante del edificio de tu dormitorio y pensé que tal vez tu día no había sido tan genial por no poder verme hoy, por eso resolví parar aquí para no dejar que durmieras triste.

Fue imposible no reír.

—No sé si es una buena idea, Vick puede haberme contagiado un virus. Dios no quiera que sea la culpable de que el *quarterback* del equipo se ponga enfermo.

Él chasqueó la lengua en un tono burlón.

—Mis anticuerpos son tan increíbles y fuertes como yo, ahora, ¿por qué no bajas y me dejas comprobar lo que dije dándote algunos besos?

Me reí, sin poder evitar que otro suspiro escapara de mis labios.

Pidiéndolo de esa manera, ¿cómo podría negarme?

—Estaré ahí en un minuto.

—Ok. Estoy con el coche de Alicia, parado cerca de las plazas de tu edificio.

Corrí a mi cuarto, sustituyendo la ropa que llevaba por uno de mis vestidos holgados para estar por casa y me puse unas chanclas antes de gritarle a Vick que volvería en unos minutos.

Por vivir en el segundo piso, no tardé en salir del edificio y encontrar el Porsche amarillo lo suficientemente lejos para que nadie nos viera, o si nos veían, no sospecharan.

Cuando me acerqué, la puerta del pasajero se abrió y él estaba dentro, usando una gorra y gafas de sol.

Entré en el coche y cerré la puerta, apenas teniendo tiempo de saludarlo, pues sus manos ya estaban en mi cara, tirando de mí para juntar nuestras bocas en un beso desesperado y ligeramente divertido.

—Hola… —susurré contra sus labios, riendo.

—Hola —respondió él, bajando una de sus manos hasta mi muslo y acariciándolo. —Siento haberte fallado, el entrenador está siendo muy duro.

—No pasa nada, pensé que sería incluso mejor, considerando mi estado y el de Vick.

—Lo siento, ni siquiera pregunté si te sentías bien.

Era adorable cómo ahora me estaba mirando con una expresión de preocupación.

—Solo me duele la cabeza y el abdomen. Vick está mucho peor. Espero que esto no te afecte a ti.

—¿Vamos a comprobarlo?

Él sonrió mientras desbloqueaba el asiento y lo empujaba hacia atrás, haciéndome negar con la cabeza, pero hacer lo que me pidió.

—No vamos a follar aquí.

—Nadie ha hablado de follar aquí. —Sus manos tocaron mi espalda, alisándola despacio, sin desviar los ojos de los míos. —Tal

vez solo me acostumbré mal a verte todos los días. Y cuando me enviaste un mensaje diciendo que no viajarías con nosotras mañana, bueno, serían dos días más.

Intenté buscar en su rostro algún esbozo de sonrisa, pero él estaba serio y eso hizo que tanto mi respiración como mis latidos se aceleraran.

—Tal vez me acueste contigo... —suspiré, sintiendo que mi cuerpo se derretía contra el suyo a medida que mi boca encajaba en la suya a un ritmo lento y sexy.

—Solo si te sientes bien. —Su pulgar delineó mi barbilla, acariciando la pequeña marca que tenía allí. —Yo puedo cuidarte y darte leche calentita.

Intenté apartarme para pegarle, pero sus brazos me rodearon, tirando de mí contra su pecho mientras él se reía de su propia broma.

—No tienes remedio, Evans.

—Oye, yo estaba hablando de leche de vaca, bombón. No tengo la culpa de que seas una gran salida que no para de pensar en mi polla. —Los hoyuelos que le salían en las mejillas dejaban claro que estaba intentando no reírse. —Y, sí, tal vez no tenga remedio, pero en mi defensa, nunca lo he escondido, y a ti te encanta, preciosa.

Sonreí, tocando el lateral de su rostro antes de inclinarme para besarlo.

De hecho, la única persona que escondía algo aquí era yo, sin embargo, a pesar de haber sido la responsable de que todo entre nosotros comenzara de una forma equivocada, me esforzaría para que funcionara hasta que él tuviera que irse.

Sea como sea, yo aún no estaba lista para que esto terminara.

CAPÍTULO 14



Ah, me acuerdo de ti
Tú conduciendo hasta mi casa
En mitad de la noche
Soy la única que te hace reír
Cuando estás a punto de llorar
Me sé tus canciones favoritas
Y me cuentas sobre tus sueños
Creo que sé a dónde perteneces
Creo que sé que es conmigo
YOU BELONG WITH ME – TAYLOR SWIFT

TAYLOR JONES

AÑOS ANTES...

Salí del baño, sintiéndome un poco más aliviada por haber vomitado, y me encontré a Vick esperándome sentada en mi cama.

—¿No crees que es una buena idea buscar un médico? —preguntó ella tan pronto como me senté a su lado, dejando que mi cuerpo cayera hacia atrás.

—No tengo dinero para eso —suspiré, pasando la mano por mi frente para secar las frías gotas de sudor que se habían acumulado allí. —Fui al ambulatorio de la universidad, me dieron suero y me pidieron reposo.

Cuando sospeché que había cogido su virus, no estaba equivocada, sin embargo, Vick se puso bien en unos días mientras yo ya llevaba así casi una semana.

—No pasa nada, pero me siento horrible por estar viajando cuando estás tan apagada, anémica y cojeando por culpa del virus que te pasé. —Vick soltó una risa baja antes de acostarse a mi lado y girarse para mirarme. —Estás horrible, amiga.

—Gracias. —Me reí, sintiendo que mi cabeza se quejaba por ello, pero la ignoré, porque quería pasar los últimos minutos con mi amiga, ya que su vuelo saldría alrededor de las 19h y un taxi ya la estaba viniendo a buscar. Lamentablemente, su padre había empeorado y ella decidió que necesitaba estar cerca de él en caso de que lo peor sucediera. —Te echaré de menos. Siento no estar bien para llevarte al aeropuerto.

—Amiga, estás enferma por mi culpa, además, no es una buena idea conducir estando mal —afirmó, intentando que su voz no se quebrara. —Si todo sale bien, solo serán unas semanas.

—Saldrá, sí, tu padre se va a recuperar. —Puse una pequeña sonrisa, viendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. —Luego nos reiremos de esto juntas, porque tendrás que estudiar como una desgraciada para recuperar tanta materia perdida.

—Juro que ni me quejaré. —Vick se levantó de la cama y me tendió la mano para ayudarme a hacer lo mismo antes de abrazarme. —Creo que mi taxi debe estar llegando.

—Vamos, te ayudo con las maletas.

Como nuestro edificio no tenía ascensor, luchamos para bajar sus cosas por dos tramos de escaleras. Cuando salimos, el taxista ya esperaba en la acera y rápidamente nos ayudó a meterlas en el maletero.

—No te olvides de llamarme cuando aterrices —le exigí, pasando mis brazos alrededor de ella, esforzándome para no llorar.

—Te llamaré, y no solo cuando aterrice, también quiero que me mantengas actualizada de las noticias del campus.

—Me gusta así. —Besé su mejilla antes de alejarme.

—Recuerda, sin lloros y sin despedida. Todavía voy a volver.

Asentí, abrazándola con fuerza una última vez.

—Señorita, ¿podemos irnos?

Mi amiga frunció los labios, mirando el reloj en su muñeca antes de mirar alrededor, abriendo una gran sonrisa a algo a nuestra

derecha.

—¿Llego tarde? —Giré la cara cuando la voz de Bryan llegó a mis oídos.

Fruncí el ceño, sin entender qué estaba haciendo aquí.

—No mucho, Evans. —Vick se rió, aceptando el abrazo que el jugador ofreció. —Acuérdate de lo que me prometiste.

—La cuidaré —garantizó, viniendo a mi lado y pasando el brazo alrededor de mi cintura, haciendo que mi corazón se acelerara con su actitud. Instintivamente, miré a mi alrededor e intenté dar un paso hacia un lado, sin embargo, él se movió conmigo, haciendo que Vick se riera. —Además de que está oscureciendo, tengo mi gorra mágica, preciosa. No necesitas huir.

—Te va a dar un poco de guerra, pero no te rindas. —Mi amiga sonrió antes de volver a abrazarme, pellizcándome ligeramente el brazo mientras susurraba: —A ver si no lo estropeas todo, Taytay. Es un buen chico y te quiere de verdad.

—Taylor sabe lo testarudo y persistente que soy. —Bryan parpadeó, ajustándose la gorra negra en la cabeza hasta que la visera le cubrió parte de los ojos, haciendo que mi amiga me mirara una vez más, como si pudiera leer mi mente y supiera que yo me estaba lamentando una vez más porque él fuera testarudo y persistente, porque yo necesitaba que lo fuera.

—Me voy, os llamo más tarde.

Intenté contenerme al máximo para no llorar, pero a medida que ella entraba en el coche, saludaba y se distanciaba de nosotros, también intentando no llorar, fue imposible aguantar por mucho tiempo.

—Oye, todo va a salir bien. —Sentí sus brazos alrededor de mis hombros, apretándome contra su pecho y eso solo aumentó aún más la tristeza dentro de mí.

Sin importarme que alguien nos viera, acepté el abrazo mientras escondía mi cara en su camiseta que, poco a poco, se empapaba.

—Lo siento —murmuré cuando conseguí parar de llorar.

—No pasa nada, preciosa. Sabíamos que no ibas a estar bien, por eso tu amiga aceptó cuando sugerí venir a quedarme contigo.

—No sé si es una buena idea… —suspiré, mirando una vez más a mi alrededor, notando que ahora algunas personas nos estaban mirando fijamente. —Si te ven entrando en mi cuarto, van a empezar a hablar.

—Tal vez sea hora de que hablen. —Bryan se encogió de hombros, limpiando algunas lágrimas de mi mejilla mientras me miraba con expectativas que, lamentablemente, no conseguí corresponder. Era una mierda sentirme culpable solo por quererlo. Como no respondí, él apretó los labios. —Si tú quieres, claro.

Bryan forzó una sonrisa, no muy contento con mi silencio.

Solo yo sabía cuánto lo quería, pero si nos hiciéramos públicos antes de saber su reacción a todo mi plan para conseguir su atención, además de tener que lidiar con mi corazón roto, tendría que lidiar con la gente comentando sobre cómo lo engañé.

—Bry… —Negué con la cabeza, sintiéndola cada vez más pesada.

—Lo siento, no quiero presionarte, ni nada. —Sus manos bajaron a mi cadera, acariciándola suavemente antes de inclinarse hasta estar lo suficientemente cerca de mi cuello y dejar un beso allí. —Solo quiero que sepas que quiero esto. Que te quiero a ti. Pero si aún no te sientes segura, no pasa nada, bombón. —Levanté mi cara a tiempo de verlo sonreír. —Que sepas que seguiré intentándolo, y más aún, soy muy insistente.

—Y testarudo. —Nos reímos en complicidad. —Gracias por esto. —Enroscé mis dedos en su camiseta, tirando de él hacia mí. El jugador se rió bajito, inclinándose para besarme. —Gracias por existir, gorra mágica.

Él se rió contra mis labios, abrazándome con fuerza antes de alejarse.

—Nada de esto cambia el hecho de que no te vas a quedar sola hoy. Sería el tío más idiota del mundo si lo permitiera.

—No pasa nada, no sé si quiero quedarme sola. —Me acurruqué contra su pecho.

—Entonces hagamos esto, subes, coges tus cosas y aprovechamos que mis hermanos no están en casa y tenemos todo el espacio para nosotros.

—Puede ser. Vuelvo enseguida, ¿vale?

—Sin ti, no voy a ninguna parte, preciosa.

Suspiré, no resistiéndome al impulso de ponerme de puntillas para besar su boca, con mi frente golpeada por la gorra, que casi se cae al suelo, haciéndonos reír.

—¡Ay!

—¿Te hiciste daño? —Él acarició la zona, riendo. —¿Ves?, tal vez sea una señal para deshacernos de ella.

—Pronto, Evans.

Comencé a alejarme, mirando algunas veces por encima de mi hombro para verlo parado en el mismo lugar, siguiéndome con sus ojos.

Cuando llegué al último escalón, volví a girarme y él aún seguía allí.

—De verdad que pareces un perrito —provoqué, viendo su rostro contorsionarse antes de reírse. —¿Quieres entrar conmigo?

—¿De verdad? —Su sonrisa aumentó cuando asentí con la cabeza. —Ya que insistes.

Esperé a que él llegara a donde yo estaba para entrelazar mis dedos en los suyos, ignorando su sonrisa de suficiencia.

Como era miércoles, aunque todavía eran alrededor de las 18h, la mayoría de los estudiantes que vivían allí ya estaban encerrados en sus respectivas habitaciones, por eso nos cruzamos con pocas personas en el camino hasta mi habitación y yo dudaba que alguien lo hubiera reconocido, pero si lo hubieran hecho, pocas personas creerían ese rumor.

Cuando nos detuvimos frente a la puerta de mi dormitorio, noté que sus ojos estaban fijos en el número 12.

—Ni una broma sobre eso —advertí, viendo que su boca se contraía. —Idiota.

—El idiota es tu ex, bombón. —Me guiñó un ojo mientras abría la puerta y le daba espacio para entrar. —Para mí, tú eres la afortunada del apartamento 12.

—¿Afortunada? No sé si puedo estar de acuerdo con eso.

—Bueno, eres la primera chica con la que estoy tanto tiempo, si eso no es suerte, ¿qué es?

—Eso es lo que tú piensas... —Solté una risa burlona y eso hizo que su sonrisa desapareciera.

—Retira lo que dijiste, bombón.

Levanté la barbilla, rozando su hombro mientras me dirigía hacia mi habitación, solo que antes de que me alejara, él me tiró de la muñeca, lo que no habría sido un problema si no hubiera estado con un ligero vértigo en los últimos días y eso casi me hizo caer.

—Lo siento, ¿estás bien? —preguntó preocupado, envolviéndome con sus brazos.

—Es solo un molesto mareo —expliqué, respirando con fuerza. —Solo estoy un poco débil, ya que nada se queda en mi estómago.

—Ven, te ayudaré. Cogemos tus cosas y vamos a mi casa a relajarnos en la bañera antes de encontrar algo que quieras comer.

—Eso es tentador, tal vez esté empezando a tener un poco de hambre. Una sopa sería increíble.

—Entonces tendrás la mejor sopa de la ciudad.

Me fui a mi habitación con él detrás de mí, abrí la puerta, entré y ya me dirigí al armario empotrado para separar algunas prendas para mañana, pues en caso de que estuviera mejor, iría a por lo menos algunas clases.

—¿Tú… —Me giré, encontrando a Bryan parado en la entrada, mirando mi cuarto de una manera extraña. —¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Desde el año pasado —respondí, metiendo la ropa que separé en mi bolso, pero sin dejar de notar cómo él parecía un poco incómodo mientras miraba alrededor. Eso hizo que me sintiera un poco insegura. Yo sabía que el jugador probablemente esperaba algo más femenino, y no pósteres y papeles de pared con personajes de animes y superhéroes. —¿Arrepentido?

—¿Q-qué? —Sus ojos verdes se abrieron de par en par. —¿Por qué lo estaría?

—Pareces incómodo con mi decoración.

Su risa sonó un poco nerviosa.

—No es eso en absoluto. Es increíble, en realidad. Básicamente, te gusta todo de lo que siempre me he burlado de mi

hermano. Es una buena manera de que yo pague mi lengua.

—Me alegro de que pienses así, porque estoy cansada de tíos gilipollas que tratan a las mujeres como un objeto de placer —gruñí, recordando a los últimos idiotas con los que estuve. —Estoy casi segura de que ese fue el motivo para espantar a un tío al azar con el que me acosté al día siguiente de mi ruptura con Julian, y que no tuvo ni una pizca de consideración para esperarme a que me despertara antes de irse.

Bryan se rió, negando con la cabeza y poniendo una mueca.

—No puedo decir que lo lamento, porque si se hubiera quedado, tal vez no estaríamos juntos hoy.

—Tienes un buen punto. —Me incliné para besar su boca. —Pero, aun así, me parece muy asqueroso, ¿sabes? Yo estaba borracha y muy probablemente él también, ya que apenas pudo mear dentro del váter. Si vino a mi apartamento, estoy segura de que consentí, pero ¿entiendes la problemática de eso? No le costaba nada esperar o despertarme antes de irse. Creo que ni tú, el Rey de los Gilipollas, harías algo así.

—Tienes toda la razón. —Bryan frunció la nariz, reflejando mi expresión de asco antes de apartar mis manos y comenzar a ayudarme con mi bolso, alternando miradas entre yo y la cremallera atascada. —Eso estuvo muy mal.

—Sí, pero no es alguien por quien valga la pena preocuparse, además, si descubriera quién es, lo mantendría lejos de mí —confesé, viéndolo poner una pequeña sonrisa. Miré a mi alrededor, dándole un ligero toque en la espalda. —Me alegra que no te incomode mi cuarto, porque no es algo que pretenda cambiar.

El jugador siguió concentrado en lo que hacía y eso me dejó momentáneamente insegura. ¿Lo había odiado? Suspiré, intentando no creer que él fuera un gilipollas en esos aspectos.

—¿No tienes fobia a los murciélagos o algo así, no? —bromeé, intentando relajar el ambiente y obtener mi respuesta. Yo no cambiaría nada de mí por ningún chico, pero aun así, la posibilidad de que a Bryan no le hubiera gustado me molestaba.

—¿Q-qué? ¡No! Yo solo… Es bastante impresionante, el tamaño y todo. —Finalmente consiguió cerrar mi bolso antes de

sonreír. —Aunque prefiero a Spiderman.

—Pésima elección. —Besé su mejilla caliente.

—Oye, Spiderman es el amigo y vecino. Batman es solo un tío rico, traumatizado y de mal humor.

—Antes él que Tony Stark. —Fingí estremecerme y eso lo hizo reír. —Tiene un ego insoportable.

Bryan se sentó en mi cama antes de agarrar mi trasero y tirar de mí para que me quedara entre sus piernas.

—Yo tengo un ego insoportable —replicó, levantando mi blusita para besar la piel al lado de mi ombligo. —Y parece que te gusto, y quitando los trajes, soy bastante parecido a él. Rico, graciosillo, guapo… Podemos conseguir algunas fotos mías para que las esparzas por tu cuarto también.

Abrí la boca, gimiendo bajito cuando sentí su lengua deslizarse por allí, obligándome a buscar apoyo en sus hombros para no caerme. Joder. Era muy bueno.

—Tú eres una excepción, porque tu boca compensa todos tus defectos cuando está entre mis piernas.

Eso lo hizo reírse a carcajadas.

—Si no estuvieras enferma, te tiraría en esta cama y te follaría hasta que cambiaras de opinión, preciosa. —Él miró por encima del hombro antes de mirarme a mí. —Lo siento, yo…

Bryan se detuvo, negando con la cabeza.

—No pasa nada, solo te sorprendiste, no fue nada. No tenías forma de imaginar que mi cuarto fuera tan masculino —bromeé, apretándole las mejillas. —Ahora voy a coger el resto de las cosas para que nos vayamos.

Me alejé, dándole espacio para que se levantara.

—De acuerdo, yo… Vale, voy a beber un poco de agua.

Contuve la risa cuando él prácticamente corrió de mi cuarto.

Fui hasta el baño, cogí mi neceser y algunas compresas. Mi menstruación era toda desregulada, pero yo, más que nadie, sabía que le encantaba llegar en los momentos más inoportunos.

Cuando salí del cuarto, él estaba devolviendo el vaso al armario y se apresuró a ayudarme con mi bolso.

—¿Lista?

—Lista.



Como Bryan dijo, su apartamento estaba vacío cuando llegamos.

Me dejó usar su bañera, pero como el viaje en coche volvió a marearme, no pude quedarme mucho tiempo dentro, lo que ni siquiera tenía mucho sentido, ya que él se negó a entrar conmigo.

—Esta bañera es muy buena, ¿verdad? —murmuró mientras me ayudaba a levantarme del agua y a quitarme el exceso con una toalla, tomándose muy en serio la promesa que le hizo a Vick cuando le garantizó que me cuidaría.

—Solo sería mejor si hubieras entrado conmigo.

Bryan se rió, esperando a que yo me secara y me envolviera el pelo en la toalla para echar un albornoz suave sobre mis hombros y abrazarme por la cintura mientras me llevaba de la bañera hasta el mostrador de su lavabo, dejándome sentada allí.

—Las cosas se habrían puesto demasiado agitadas, preciosa. —Se rió, sus ojos se perdieron en mis pechos por unos segundos antes de tirar del albornoz para cubrirme. —Te dio vergüenza correr y vomitar en el baño tan pronto como llegamos, imagínate si algo así pasara ahí dentro.

Torcí mis labios mientras empezaba a secarme el pelo.

—Tienes razón, me moriría de vergüenza.

—No es que me importara. —Se encogió de hombros. —Solo para que quede claro.

Bry se inclinó para besarme, pero yo retrocedí tan pronto como entendí lo que iba a hacer.

—Creo que es mejor que me cepille los dientes una vez más antes.

Él suspiró, acariciando mis muslos.

—No pasa nada. Tengo un secador en el armario por si quieres secarte el pelo más rápido. Te esperaré en el cuarto.

—Gracias.

Sus brazos me envolvieron una vez más, ayudándome a bajar de la encimera.

—De nada. Grita si necesitas algo.

Tan pronto como él salió, me cepillé los dientes una vez más, aún sin poder creer cómo casi ensucio toda su casa si no hubiera conseguido llegar al baño a tiempo.

Encontré el secador debajo del fregadero como él había indicado, sin poder evitar reírme al concluir que era muy propio de él levantarse todas las mañanas, darse una larga ducha y pasar algunos minutos frente al espejo, secándose el pelo y haciendo su rutina de cuidado de la piel, ya que había algunos productos muy buenos en su encimera.

Era eso o simplemente le gustaba complacer a las mujeres que pasaban por allí.

La última opción alejó todo mi buen humor.

Yo sabía que él estaba cumpliendo nuestro acuerdo y que no estaba saliendo con otras chicas, pero siendo quien era, debía de ser una lucha rechazarlas a diario.

Negué con la cabeza en un intento de alejar esos pensamientos idiotas y me concentré en secarme el pelo.

No había motivos para estar celosa. No cuando él se había asegurado de invitarme a todas las fiestas a las que había ido desde que empezamos a salir. No íbamos como una pareja, pero la idea de acostarnos a escondidas era demasiado divertida como para no escaparnos de nuestros amigos y encontrarnos en el baño.

—¿Todo bien por ahí? —La puerta del baño se abrió y él apareció, revisándome.

—Sí, ya terminé por aquí.

—Aproveché que te estabas secando el pelo y llamé a Boudin.

Sentí que mi boca se hacía agua.

—¿Hacen entregas a domicilio?

Bryan se rió, poniendo su mejor cara de idiota arrogante.

—Para el ganador de los Heisman, sí las hacen.

Me reí, caminando hacia donde él estaba, esta vez aceptando el beso cuando su boca se acercó a la mía. Deslicé mis dedos por

sus mechones, sintiéndolos ligeramente húmedos.

—Gracias. ¿Ya te duchaste?

—Sí, usé el baño de invitados.

—La vida es tan injusta —bromeé, acompañándolo a su cuarto. —Vick y yo nos matamos para compartir un baño y vosotros tenéis cuatro.

Él se rió, tirando del edredón gris en una invitación para que yo me subiera a la cama, lo que hice rápidamente.

—Bueno, si quieres pasar más tiempo por aquí...

Me acomodé entre sus almohadas, mordiéndome el labio inferior. ¿De verdad me estaba invitando?

Y ahí estaba mi corazón una vez más a punto de salírseme por la boca, sin embargo, antes de que me entusiasmara y aceptara, me acordé de que teníamos fecha de caducidad.

—Mejor no —suspiré, tirando del edredón sobre mí, evitando mirar su nariz fruncida con mi respuesta. —Con toda seguridad te elegirán en el *draft* en abril, no quiero acostumbrarme a un privilegio que va a terminar.

—Entonces, ¿ahora predices el futuro? —intentó bromear mientras se acostaba a mi lado, pero era notoria la insatisfacción en su voz.

—Solo estoy siendo realista.

Sentí sus dedos en mi barbilla, tirando de mí para que lo mirara.

—Bueno, si estás pensando que existe la posibilidad de que, en el *draft*, yo termine al otro lado del país, también tienes que saber que mi agente me preguntó si tenía algún equipo en mente. No es seguro, pero pueden haber algunas negociaciones antes —explicó, apoyando la cabeza en la mano para mirarme animado. Abrí la boca, en *shock*. Él estaba... —La probabilidad de que los Chargers, los Ravens o incluso los Rams elijan a un *quarterback* es grande. Y en cualquiera de ellos, yo podría pasar mucho tiempo aquí todavía. Y en el peor de los casos, siempre podríamos visitarnos el uno al otro.

Me quedé mirándolo fijamente para asimilar todo lo que salía de su boca. Esto pudo haber durado segundos, minutos o incluso

horas que yo ya no sabría distinguir. No cuando él básicamente...

—¿Tú… tú estás haciendo planes y me estás incluyendo en ellos?

—Sí, y espero no ser el único, porque soy nuevo en todo esto y nunca me han rechazado. —Su sonrisa vaciló, insegura. ¿Rechazarlo? Solo si yo fuera una estúpida idiota. Al fin y al cabo, él estaba haciendo planes conmigo. —Hoy, cuando te dije que quería que lo nuestro se hiciera público, no estaba pensando solo en lo fácil que sería poder besarte siempre que quisiera. —Delineó mi labio, estirando sus piernas y enredándolas con las mías. —Claro que estoy deseando pasearme contigo como mi novia, tal vez esos vírgenes de tu Instagram se lo piensen dos veces antes de comentar lo buena que estás y lo bien que sales en tus vídeos. —Sus labios se fruncieron con disgusto, casi haciéndome reír. Casi. Estaba demasiado *en shock* como para tener cualquier reacción. —En el fondo, lo que de verdad quiero saber es si te gusto tanto como tú a mí o si al menos estás abierta a darnos una oportunidad, preciosa.

—¿Te gusto? —Mi voz sonó fina, pero ¿quién podría juzgarme? El chico por el que yo sentía un amor platónico mucho antes de que él supiera de mi existencia, estaba haciendo planes para nosotros dos después de que saliera de la universidad. Y yo le gustaba. Al menos, eso fue lo que entendí. —Lo siento, solo quiero asegurarme de que no estoy delirando.

Bryan se rió, asintiendo.

—Me gustas tanto que puede que haya ido a pedirle algunos consejos a Mason y a Josh.

Eso me tomó por sorpresa.

—¿Tus amigos saben lo nuestro?

Fue imposible no sentir que se me revolvía el estómago.

No.

No es momento de vomitar. Contrólalo, Taylor.

—Sí, pero son de confianza, a pesar de que me dan la brasa.

Negué con la cabeza, absorbiendo todo eso mientras sus ojos verdes intentaban descifrarme, ansiosos.

—Entiendo tu recelo, porque de verdad soy un gran gilipollas…

—No lo eres —lo interrumpí, levantando mi mano para devolverle la caricia que él me hacía en la mejilla, eso lo hizo mover las cejas de una forma graciosa antes de cogerla para besar mi palma.

—Pero lo era.

—Sí, mucho.

Me reí, intentando quitar mi mano cuando él bromeó mordiendo uno de mis dedos. Yo lo empujé, devolviéndole el mordisco en su bíceps, que estaba apoyado al lado de mi cabeza.

Bryan se tiró sobre mí, apretándome entre sus brazos y girándonos por la cama hasta parar sobre mi cuerpo otra vez, escondiendo el rostro en mi cuello y besando la zona hasta que paramos de reír.

—No suelo tener miedo o ser inseguro. —Él levantó el rostro ligeramente rojo por nuestra rápida guerra de mordiscos. —Solo que nunca me he involucrado con nadie y siento que siempre estoy a punto de hacer alguna mierda. —Sus dedos apartaron algunos mechones de mi pelo. —Pero tampoco quiero rendirme con nosotros.

Toqué sus hombros, sintiendo que mis ojos se aguaban mientras luchaba contra la absurda necesidad de llorar, pues al mismo tiempo que yo sonreía, suspiraba y temblaba a cada palabra que salía de su boca, mi cabeza se empeñaba en traer a colación que todo eso, que parecía un sueño, se volvería una pesadilla cuando yo fuera sincera con él.

—¿Desde cuándo vienes pensando en esto? —pregunté en un susurro, deslizando mis dedos hacia sus mechones suaves.

—Desde el sábado —confesó, ligeramente avergonzado. Lo que era algo inédito viniendo de Bryan Evans. —Me quedaba mirando a la banda a cada rato con la esperanza de que brotaras por allí. Después de que salí del campo, Scott, mi agente, estaba allí y lo siguiente que me vi diciéndole fue que no quería ir a jugar muy lejos de casa.

Aproveché que mi mano estaba en su nuca para tirar de él más cerca y juntar nuestras bocas, esta vez, empujándolo hacia un lado y subiéndome a sus caderas.

Le gustaba.

Le gustaba de verdad.

—Antes de todo, hay una cosa que tengo que contarte — suspiré, sintiendo que mis ojos se aguaban mientras los de él me miraban confundidos.

Yo esperaba que después de contarle todo, Bryan aún me quisiera.

CAPÍTULO 15



Estoy realmente acorralado esta vez
He estado luchando toda mi vida por ti
Nunca debería haber dicho adiós
Pero tal vez eso es lo que la gente estúpida hace
HAPPIEST YEAR – JAMES YOUNG

TAYLOR JONES

AÑOS ANTES...

—¿QUÉ ÉL QUÉ?

Alejé el móvil cuando el grito de Victoria casi me rompe los tímpanos. Miré a mi alrededor, notando que la gente que estaba a mi lado también la había oído.

Sonreí avergonzada y me levanté, dejando mi mochila en la silla antes de salir fuera del ambulatorio.

—¡No grites, zorra! *—chillé, oyendo sus risas exageradas del otro lado de la línea*.

—No puedes contarme esto y esperar que reaccione con normalidad. —Su voz estaba tan animada que me fue imposible no animarme también. —Quién lo iba a decir…

—Ya lo sé. —Me reí, alisándome la frente.

—En el fondo, era obvio que a Evans no le iba a importar todo esto, pero nunca imaginé que se animaría tanto por haber quedado como un tonto.

—Yo no lo tomé por tonto —protesté, oyendo su lengua chasquear. Esto me hizo reír, porque desde que se lo conté todo a Bryan, anteayer, me sentía mucho más ligera y feliz. —Él mismo admitió que si no lo hubiera despreciado, probablemente no habría despertado tanto interés en él.

—Sería un puto gilipollas de mierda.

—Así se refirió a sí mismo.

La rubia se rió, soltando algunos gritos más.

—Al final, te preocupaste en vano.

—¿Cómo iba a imaginar que se sentiría tan orgulloso y se volvería aún más insoportable? —Puse los ojos en blanco, recordando su mirada con una mezcla de sorpresa y soberbia cuando yo, toda nerviosa, tartamudeé para contarle cómo lo había planeado todo para llamar su atención. —Bry no perdió el tiempo en hacer otra polaroid ayer, dejando claro que le encantaba que fuera su acosadora.

—Él no sería él si no convirtiera todo eso en algo para su ego.

—Pues sí, soy yo la que tiene que lidiar con tanto ego. —Sonreí, viendo que una enfermera se acercaba para hacerme una señal. —Amiga, voy a hacerme las pruebas y cuando salga, voy a almorzar con Bryan. Te llamo después.

—Vale, Taytay, yo también voy al hospital, cuando tengas los resultados, ¿me los mandas?

Me había llamado en los últimos tres días, a diario, para comprobar si ya estaba mejor. Yo sabía que su actitud se debía un poco a que su padre no había tenido ninguna mejoría. Y fue solo por eso que ella me venció y me convenció de gastar casi 100 dólares para hacerme la larga lista de exámenes que una de las médicas del equipo fue tan solícita y accedió a prescribirme.

—Puedes estar tranquila, pero estoy segura de que no es nada grave, probablemente son algunas vitaminas que me faltan.

—Aun así, llámame.

—De acuerdo. Te quiero, Vick.

—Yo también te quiero, Taytay.

Colgué la llamada y volví al laboratorio, cogiendo mi bolso y acompañando a la enfermera a una de las salas donde hizo todo el

procedimiento y retiró dos grandes ampollas de sangre de mi brazo. Como estaba en ayunas, porque tuve que ir a dos clases antes de venir a hacerme la prueba, inmediatamente me sentí un poco mareada.

—Todos tus exámenes estarán disponibles en un plazo de tres horas —me informó después de limpiar mi brazo y pegar una tirita. —Puedes consultar los resultados en línea usando este protocolo y contraseña.

—Gracias —agradecí, cogiendo mis cosas y saliendo del laboratorio mientras le enviaba un mensaje a Bryan, avisándole de que ya iba para el restaurante en el que habíamos quedado para encontrarnos.

—¿Taylor Jones?

Aparté la mirada del móvil, encontrando a su agente estacionado a pocos metros. Yo nunca había hablado con él, pero cualquiera que viviera en el estado de California, lo conocía, y más aún después de que saliera en varios periódicos que Scott agenciaría la carrera de Evans.

La cuestión era… ¿Cómo sabía quién era yo?

—¿Hola? —mi saludo sonó más como una pregunta que como cualquier otra cosa cuando me acerqué al coche, viéndolo bajar el resto de la ventanilla.

—Sabía que te conocía de algún sitio. Bryan habla mucho de ti. —Scott sonrió, mirándome a mí y al laboratorio. —Es bueno por fin conocerte más allá de las fotos. ¿Todo bien? Bryan comentó que no te sentías muy bien y que ibas a hacerte unas pruebas hoy.

—Estoy mucho mejor. —Me encogí de hombros, sin poder devolver la sonrisa. ¿En serio Bryan andaba hablando de mí e incluso mostrándole mis fotos?

—¿Necesitas que te acerque? Bryan comentó que ibas a encontrarte con él para almorzar después de tu examen, pero no creí en la coincidencia de estar pasando por aquí delante cuando saliste. —Él se rió, pasando la mano por su pelo ralo. —Si quieres, puedo llevarte.

—Es muy amable, pero no quiero molestar.

Él se frotó la barbilla, no pareciendo muy feliz con mi rechazo.

—Sin problemas. Entonces, me voy.

Le hice una señal con la mano en agradecimiento, esperando a que se alejara para coger el primer taxi que apareciera, no sintiéndome muy cómoda con la situación.

Tal vez era por el hecho de ser una persona que no conocía o no era cercana, pero de cualquier manera, jamás aceptaría que me llevara un desconocido.

Como el restaurante no estaba muy lejos de donde yo estaba, llegué antes que Bryan y busqué una mesa más apartada para nosotros.

A pesar de que habíamos hablado sobre hacernos públicos, aún manteníamos esta nueva fase solo para nosotros.

Aproveché para responder a algunos correos de contacto para publicidad. Como mi perfil no era muy grande, todavía no valía la pena buscar una agencia, porque se quedaban con cerca del 20% de los valores pagados por cada trabajo. Si a eso le sumamos el hecho de que mi nicho es bastante específico, yo prefería encargarme sola de las acciones que hacía, siendo la mayoría de productos *nerds* y *geeks*.

Era algo que yo nunca pensé en convertir en trabajo cuando empecé a publicar vídeos con mi sable, pero antes de darme cuenta, estaba ganando muchos seguidores.

—Hola, bombón.

Me relamí con la mención de un bombón y levanté la vista del móvil para encontrar a un Bryan ligeramente despeinado sentándose a mi lado antes de inclinarse para darme un beso y hacerme corregir mi pensamiento anterior.

Fue imposible no reírme contra sus labios, y aproveché que estaba a mi alcance para pasar mis dedos por su pelo.

—Hola, despeinado.

Suspiré, sin importarme apartar la vista de sus hoyuelos tan atractivos. Tal vez podríamos saltarnos la próxima clase e ir a uno de nuestros cuartos solo para poder lamerlos.

—Puede que se me haya olvidado peinarme. —Él se rió, haciendo una mueca. —Hoy, al parecer, fue el día de intentar atrasar a Bry, así que cuando me libré de todo el mundo, solo me di una

ducha rápida y... —Su voz se desvaneció cuando me incliné, besando su cuello e inhalando el olor a jabón de allí. Estaba delicioso. —Estás muy salida, Jones. —Su mano apretó mi muslo debajo de la mesa. —No es que me esté quejando, me encanta que estés mejor y sin todo este asunto de fiebre y náuseas.

—Te dije que era solo un virus. —Parpadeé, atrapando mi labio inferior entre mis dientes cuando él sonrió. —Si te interesa, tal vez podríamos pedir la comida para llevar. Estoy casi segura de que mi debilidad es la falta de nutrientes y vitaminas.

Como el jugador era tan salido como yo, sonrió.

—Probablemente. Te alimentaste muy mal en los últimos días. —Se levantó, tendiéndome la mano. —Vamos a pedir para llevar y nos vamos a mi casa. Tengo una cosa u otra para ti, rica en todo eso.

Acepté su mano, riéndome.

—Voy a ser capaz de comerme todo lo que me des ahora que se me han pasado las náuseas.

—¡Viva tu salud, bombón!



Tragué otra cucharada de mi ensalada de pollo, levantando la vista a tiempo para verlo sonriendo.

—Pareces hambrienta.

—Te culpo por eso. —Estiré mis piernas, poniéndolas sobre tu regazo. —Estoy acostumbrada a almorzar temprano y ya son casi las 14h.

Bryan se rió, aprovechando que ya había terminado de comer para masajearme los pies. Y, joder, esto era demasiado bueno.

—Tuve que saciar tu otra hambre antes. —Parpadeó antes de levantar mi pierna para besar y morder mi pantorrilla.

—Dios me libre de no ser el chico que te mereces después de tanto esfuerzo para tenerme, acosadora.

—Oye, prefiero que te refieras a mí como la chica valiente que fue a por lo que quería.

—Bueno, a mí me gusta la nerd acosadora que no se resistió a lo cañón que soy.

En parte tenía razón, pero yo no necesitaba contribuir al aumento de su ego si él mismo ya lo hacía todos los días.

—La nerd que dominó al *quarterback*. Me gusta cómo suena eso.

Bryan sonrió mientras yo volvía a disfrutar de mi comida, sin sentirme avergonzada por ser la única en repetir. Afortunadamente, al jugador no parecía importarle, pero, si le importara, ni el rubio me haría dejar de comer más por él.

—Aprovechando que estamos vestidos y lejos el uno del otro. —Él chasqueó la lengua, apretando uno de mis deditos para llamar mi atención. —Mi prima se casa la semana que viene.

—¿Eso fue una invitación? —pregunté, arqueando una ceja.

—Bueno, Ashley va con Eric, así que pensé que tal vez podrías ir conmigo y ya conocer a mis padres.

Me mordí el labio inferior.

—¿Vive aquí en Los Ángeles?

Él se rascó la nuca, negando.

—Miami.

Me acabé riendo, haciendo que sus labios se proyectaran en un puchero.

—Lo siento, pero parte del dinero extra que tenía guardado, lo gasté en mis exámenes de hoy.

—Si quieres ir, eso no es un problema, yo puedo comprar tu billete y…

Levanté mi mano, interrumpiéndolo.

—¿Imaginas lo que van a pensar de mí tus padres? —gemí, negando con la cabeza una vez más, y él no ocultó su disgusto, casi haciéndome aceptar su propuesta, pero no, era un viaje demasiado caro con gente que probablemente ni siquiera sabía de mi existencia. —Podemos quedar aquí para conocernos.

Él levantó la cara, sonriendo esta vez.

—¿En serio?

—En serio.

—Van a estar aquí para mi partido del sábado. ¿Qué tal quedar el domingo?

—¿Por qué no quedamos después del partido? Es el último partido de la división, ¿no vas a salir a celebrarlo con ellos?

Bryan negó, agachándose para tocar mi barbilla y besarme.

—Pensé en celebrarlo, pero solo nosotros dos. ¿Te has dado cuenta de que todavía no hemos tenido ninguna cita?

—Bryan Evans, ¿me estás pidiendo una cita para este sábado?

Los hoyuelos aparecieron en su mejilla.

—Dije que eras afortunada, ¿no? Además de tener una cita conmigo, vas a ser la primera en tener ese privilegio.

—Tal vez debería preocuparme. —Terminé de comer, levantándome para empezar a organizar las cosas sobre la mesa. —Si te crees el último romántico del mundo por mandarme una foto de tu mano en una polaroid porque me gusta cómo la usas y encima sugieres cuidar de tu novia enferma con leche calentita, imagínate lo que pasa por tu cabeza para una primera cita.

Sentí sus brazos envolviendo mi cintura cuando empecé a alejarme. Él no me hizo parar, sino que caminó pegado a mi espalda hasta el fregadero.

—Oye, te voy a sorprender, Jones. —Sus labios fueron presionados contra mi hombro. —Primero, voy a marcar varios *touchdowns* para ti, luego tendré que dar varias entrevistas por ser muy bueno en lo que hago, así que tendremos que vernos solo en el restaurante, pero te paso la dirección el viernes. —Su mano subió a mis pechos sensibles. —Tal vez elija un lugar que tenga música, así que prepárate para bailar pegaditos. —Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás, riendo. —Comeremos poco para que nadie tenga indigestión para la última parte de la noche.

—Es evidente que te preocuparías por el sexo.

—Bueno, en realidad, estaba pensando en la noria del muelle de Santa Mónica, pero me gusta más lo que pensaste, voy a actualizar mi lista en Notion más tarde.

—Finges que me engañas y yo finjo que te creo, Evans.

Él se soltó de mí, yendo a coger el resto de las cosas sobre la mesa para tirarlas a la basura cuando oímos la puerta abriéndose y risas que venían del salón.

Lo miré asustada, señalando mi cuerpo para indicar que la única prenda que llevaba puesta era su camiseta.

Bryan se acercó al pasillo, cerrando los ojos y volviendo a mí con una expresión de asco.

—Tranquila porque eran Eric y Ash, pero ya se fueron a su cuarto. —Él negó con la cabeza como si aquello fuera a ayudarle a deshacerse de las imágenes.

—Me alegro de saber que se arreglaron.

Bry asintió, suspirando.

—Yo también. —Él me empujó ligeramente, empezando a lavar los platos que ensuciamos. —No es porque sea mi hermano que voy a pasarle la mano por la cabeza, pero lo entiendo, ¿sabes? A veces, tomamos algunas decisiones que ni nos damos cuenta de que podemos arrepentirnos en el futuro. —Se encogió de hombros antes de alejarse en dirección a la basura, tirando algunas cosas a la papelera.

—De acuerdo. Yo misma esperé el momento en que creí que era mejor para contarte lo que hice, es justo que cada uno encuentre su momento.

Bryan esbozó una pequeña sonrisa antes de inclinarse y besar mi cabeza.

—Recuerda esto, nunca sabemos cuándo puedo hacer alguna cagada solo intentando acertar.

—Me acordaré y prometo que seré comprensiva dependiendo del nivel de cagada.

—Te lo cobraré, preciosa. Ahora, ¿por qué no coges los dulces y te vas a tumbar un rato en mi cama mientras termino todo por aquí?

Asentí, demasiado emocionada para explicar que la única cosa que me alejaría de él sería si me traicionara, pero algo me decía que eso no pasaría nunca.

CAPÍTULO 16



Espero que no sea tarde para decir
Ni demasiado pronto para no arrepentirme
Espero que aceptes mis más sinceras disculpas
Si no volvemos a vernos
OLHA BELA - LAGUM

TAYLOR JONES

AÑOS ANTES...

Era extraño cómo, de la nada, la vida te llega con sus giros inesperados y te ves obligado a recalcular la ruta.

Fue exactamente lo que me vi que me sucedió en menos de cuatro días.

En el primero de ellos, nosotros dos estábamos riendo, haciendo planes para lo que sería mi primera cita con el chico más increíble que conocí y que apenas podía contener el entusiasmo, porque finalmente haríamos pública nuestra relación, algo que se salía completamente de la realidad en lo que se refería a Bryan Evans.

Sin embargo, como no todo es de color de rosa, dos días después, ahí estaba yo, sentada frente a la misma médica que solicitó los exámenes, esperando que ella solo les diera un vistazo a los papeles y garabateara una receta llena de vitaminas que yo ignoraría por no tener dinero para ese tipo de gastos.

Con lo que no contaba es que, de la nada, ella comenzara a hacer preguntas sobre mi menstruación, la fecha de la última vez que tuve relaciones y si usaba algún método anticonceptivo.

Sabes cuando dicen que nunca sabrás cómo reaccionar hasta que te pase a ti?

Así es exactamente como me sentí cuando la doctora empezó a repasar todos los síntomas que yo misma había mencionado.

Las náuseas, los mareos, los cólicos acompañados de fiebre…

No era tonta. Incluso antes de que ella diera mi sentencia, yo ya había entendido que estaba embarazada.

Embarazada.

Estaba embarazada. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Cuando esas palabras salieron de su boca, lo único que pude hacer fue reírme.

Ella inmediatamente entendió que yo no me esperaba aquello, porque no pudo esconder su mirada de lástima hacia la alumna que se estaba convirtiendo en una más de la estadística. La irresponsable que confió en el condón y que ahora necesitaría pausar todos sus sueños para la única cosa para la que sabía que no estaba lista: ser madre.

¿Y sabes cuando dicen que nada está tan mal que no pueda empeorar?

Así me sentí cuando la médica me orientó a agendar una ecografía para descubrir la edad gestacional, porque la puta prueba de sangre indicaba entre 8 y 10 semanas.

Y eso, sí, fue mi mayor desesperación, ya que lo siguiente que estaba haciendo era contar y recontar las semanas para llegar a la conclusión de que la primera vez que me acosté con Bryan había sido hace 8 semanas y la última vez que me acosté con Julian fue hace casi 10 semanas.

Salí de mis pensamientos cuando la afición gritó y la banda detrás de mí empezó a tocar la música de los Bruins.

Miré a la pantalla, confirmando que aún faltaban al menos unos seis minutos de partido hasta que pudiera encontrarme con Bryan. Todo porque necesitaba evitarlo al máximo hasta tener los resultados en mano, ya que no tenía el más mínimo valor de mirarlo

a sus ojos verdes y mentirle sobre por qué había rechazado sus llamadas, optando solo por dejarle un mensaje diciéndole que no me sentía muy bien y que lo encontraría en el Rose Bowl.

Incluso intenté huir de él el día anterior, saliendo de la facultad más temprano y yéndome a casa después de avisarle de que necesitaba estudiar, pero él ignoró completamente mi indirecta y apareció en mi dormitorio alrededor de las 20h, poco después de que tuve el valor de llamar a Vick, pero sus sollozos me hicieron ponerme el traje de mejor amiga y compartir todo el dolor que ella parecía sentir al contarme que su padre había fallecido minutos antes.

Intenté al máximo darle mi apoyo, pero me derrumbé cuando llegamos a la conclusión de que ella no podría volver hasta que las cosas en su casa se estabilizaran.

Aunque era un pensamiento egoísta, no sabía si conseguiría quedarme allí sin su apoyo. Las cosas siempre eran más ligeras y fáciles con Victoria Thompson a mi lado.

Solo terminamos la llamada cuando unos golpes en mi puerta nos interrumpieron, y por la hora, yo sabía exactamente quién era cuando me despedí de ella, prometiendo llamarla al día siguiente.

—¿Qué pasó?

Fue lo único que me preguntó cuando me vio con los ojos hinchados esa noche. Débil como era, solo susurré entre sollozos que el padre de Vick había fallecido, lo que él interpretó que era todo el motivo de mi llanto antes de llevarme a mi cuarto y quedarse acariciándome el pelo mientras yo ya ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

Hoy se despertó mucho antes porque necesitaba pasar por su casa y ducharse antes de ir al centro de entrenamiento, haciéndome prometer que lo llamaría y le enviaría un mensaje tan pronto como me despertara de nuevo.

Y no lo llamé, ni mucho menos le envié un mensaje, porque no conseguiría mentir diciendo que estaba mejor, pues no lo estaba.

Conseguí levantarme de la cama alrededor de las 12h, parando solo para almorzar antes de ir a la consulta que me había costado todos mis ahorros, saliendo de allí media hora después

llevando en una mano la puta mierda de un folleto que decía que California permitía el aborto hasta la 22ª semana de gestación, y en la otra, un folleto sobre el cuidado prenatal y todos los cuidados que necesitaría tener con mi bebé, lo que no era una decisión muy fácil, principalmente después de oír el pequeño corazón acelerado del bebé y a continuación ser informada, con precisión, de cuántas semanas tenía.

Con toda esa información, incluso intenté contactar a Bryan, pero su móvil no tenía cobertura, lo que indicaba que el aparato estaba apagado, algo común cuando el entrenador quería que todos ellos estuvieran concentrados.

—¡Mira! ¡Está señalando hacia aquí de nuevo!

Los gritos de la afición me trajeron de vuelta al presente y cuando miré al campo, Bryan estaba en la línea de *endzone* bailando con sus amigos mientras señalaba en nuestra dirección.

En mi dirección.

—Ya vuelvo —murmuré para nadie en específico, dejando los dos bastones que yo usaba para las acrobacias en el banco duro en el que estaba sentada por casi dos horas, antes de bajar el último escalón para acercarme a la entrada del túnel donde el equipo dejaba la nevera portátil con las aguas y las bebidas energéticas, cogiendo la primera que alcancé.

—Nuestro chico lo está haciendo tan bien.

Tragué el agua antes de mirar a Scott.

—Siempre lo hace —respondí, sintiendo que sus ojos me evaluaban.

—Así es, una pena que esté barajando uno de los equipos flojos de la región mientras nombres como los New England Patriots, los New York Giants e incluso los Eagles y los Saints ya me han contactado.

—Creo que si Bryan tiene la oportunidad de elegir a dónde va, eso solo le incumbe a él —rebatí, viéndolo reír y negar con la cabeza. —Podéis tener esta conversación cuando él salga del campo.

En lugar de volver a mi sitio, dejé caer la botella en el suelo y empecé a caminar deprisa por el túnel para buscar un baño.

Estaba mareada y sentía que en cualquier momento iba a vomitar.

Sin embargo, ni siquiera conseguí llegar al vestuario que la banda usaba cuando sentí una mano sujetarme del brazo.

Miré a donde Scott me apretaba, irritada.

—Suéltame.

—Solo después de que hablemos. —Él empujó una de las puertas y me dio espacio para entrar, lo que no hice. —Tengo años de experiencia en este ambiente, así que cuando el chico comentó que necesitaría cancelar otro compromiso porque la chica que se estaba acostando con él se encontraba mal, entendí tu jugada al instante, tía, solo que, créeme, no voy a dejar que Bryan caiga en el timo de una cualquiera.

Miré a mi alrededor, asegurándome de si había alguien lo suficientemente cerca para oír sus palabras, pero como ya estábamos dentro del túnel de acceso al campo, no había testigos.

Las únicas personas cercanas eran dos guardias de seguridad que estaban parados en la entrada, mirando hacia nosotros, pareciendo más entretenidos con nuestra discusión.

Fue imposible no sentir que mi cara se enrojecía al notar la sonrisa de ellos y lo que Scott había dicho.

Y, bueno, ni siquiera necesitaba culpar a las hormonas cuando le golpeé la mejilla con mi mano.

—¡No porque seas un puto agente de mierda vas a hablar así de mí! —avisé, tragándome las ganas insanas de llorar mientras estiraba mi dedo en su dirección, sin importarme su cara de odio y solo consiguiendo disfrutar del tono rosado que aparecía donde le pegué. Que se joda. Estaba cansada y ningún gilipollas me hablaría así. —Créeme, no pretendo timar a Bryan.

—Puta… —Scott se detuvo cuando intenté golpearlo otra vez, sujetando mi muñeca en el aire y alisándose la mejilla antes de mirarme y reír. —¿No lo pretendes o no lo pretendías? Porque, por la información a la que tuve acceso, tienes 10 semanas, y por lo que pude sacarle a él, eso es mucho más tiempo del que lleváis juntos.

Jadeé, sin poder creer que él hubiera conseguido acceder a mis exámenes, sin embargo, oír aquello dicho en voz alta solo hizo

que todos los pensamientos que había alejado durante el día volvieran con fuerza.

Sí. No había la más mínima posibilidad de que fuera de Bryan y solo yo sabía lo difícil que fue lidiar con esa información.

Peor que estar embarazada de un chico que no quería volver a ver nunca más, era llamarlo y oírlo acusarme de intentar destruir su familia como ya casi hice antes.

Como si la culpa por ser un canalla hijo de puta fuera mía.

—Debes de estar bromeando conmigo, Taylor. No hay la más mínima posibilidad de que sea mío, siempre usamos condón. Y, joder, si lo es, tú no quieres esto, y mucho menos yo. Las cosas se están arreglando por aquí y no quiero tener más dolores de cabeza. Pásame tu cuenta, podemos acabar con esto incluso antes de que se convierta en un problema.

Retiré mi mano del agarre de Scott, secando las lágrimas que empezaron a caer por mis mejillas.

—Yo no le voy a mentir a Bryan. Yo nunca haría eso y…

—Bueno, no es lo que le oí comentar por el vestuario. De hecho, le pareció lo más que lo hubieras tomado por tonto porque lo querías, pero ¿crees que ahora no va a unir las cosas y entender que solo necesitabas a alguien a quien arrimarte?

Fue mi turno de reír.

—Yo jamás le exigiría nada.

Sería hipocresía decir que, desde que me enteré del resultado de los exámenes, a cada momento, no le imploré a Dios que el bebé fuera del *quarterback*. Y ni siquiera era por él tener dinero o cualquier mierda de ese tipo. Era porque yo sabía lo que sentía por Bryan y conseguía ver en sus ojos lo que sentía por mí.

Él podría flipar al principio y ni lo juzgaría, yo misma estaba flipando.

Sólo que, por mucho que su historial fuera pésimo con las mujeres, algo me decía que el rubio nunca me culparía por algo que era responsabilidad de los dos. Nosotros teníamos relaciones con frecuencia y, aun tomando precauciones, podríamos no haber notado un pequeño rasguño o agujero. Era la única hipótesis que también se aplicaba a Julian.

Aferrarme a la posibilidad de que fuera de Bryan me dio un poco de esperanza, pues sabía que nosotros dos nos las arreglaríamos para que las cosas salieran bien, o al menos intentarlo.

Sin embargo, todo se torció cuando salí de la consulta con la certeza de que este bebé no era de él. En ese momento, solo conseguía pensar que todo lo que estábamos viviendo llegaría a su fin y yo ni siquiera podría juzgarlo. Si yo estaba mal por estar embarazada de otro chico mientras estaba con él, ¿qué le pasaría por la cabeza?

—Bryan está enamorado, no necesitas mucho para hacer que perjudique su futuro prometedor por culpa de una cualquiera y un bastardo.

—Lo dudo mucho. —Negué con la cabeza, envolviendo mi cuerpo con mis propios brazos. —Pero eso no quiere decir que yo no vaya a hablar con él y explicarle todo. Necesita saberlo, de cualquier manera.

Scott se rascó la nuca antes de levantar las dos manos al aire.

—Está bien. Sé egoísta y échale un peso encima que no necesita en este momento. Tendremos suerte si tiene la fortaleza mental para ganar los próximos dos partidos y llegar al Rose Bowl para mantenerse en la lista de los 257 elegidos en el *draft*, pero sea cual sea tu decisión para tu problema, solo asiente y sonríe, porque nuestro chico viene hacia aquí.

Solo entendí lo que quiso decir cuando oí mi nombre resonando por el túnel y Bryan intentando correr en mi dirección con sus tacos, riéndose cada vez que casi se resbalaba.

Scott aprovechó que Bryan ni siquiera le prestó atención a su presencia, probablemente acostumbrado a las idas y venidas del agente por el vestuario, para dejarme allí con el peso de sus palabras.

—¡Oye, te encontré! —Sus brazos me rodearon cuando se acercó lo suficiente para ello. —¡Te dije que no había huido, Mason!

El otro jugador, que venía un poco detrás de él, se rió, negando con la cabeza.

—Puede que haya corrido hacia en medio de la banda y cuando no te encontró, casi lloró. —Se burló del rubio, mirándome a mí.

—¡No tanto, Mason! —Bryan se rió, tirando de mi barbilla. —Pero sí, fui a por ti. —Él se encogió de hombros, echándose el pelo sudado hacia atrás mientras me mostraba sus hoyuelos.

—Pensé que sería increíble besar a mi chica delante de todos esos idiotas para que por fin entendieran que está muy bien acompañada, pero no pasa nada, te beso de todas formas y te mantengo solo para mí hasta esta noche, porque créeme, no hay la más mínima posibilidad de que no publiquemos una foto *collab* anunciando esto.

Antes de que respondiera, me estaba tirando del cuello y juntando nuestras bocas allí mismo delante de los otros jugadores que llegaban.

Cuando nos separamos, me tragué el llanto y solo pude pensar en lo que Scott dijo.

—Lo pensaré —bromeé, sabiendo que, en el fondo, podría no suceder. Tantas cosas habían cambiado. Tantas cosas aún cambiarían. ¿Era justo arrastrarlo a eso cuando todavía existían muchas posibilidades para al menos uno de nosotros?

—¿Todavía vas a pensarlo? Ni bromees con eso, preciosa. No hay la más mínima posibilidad de que me quites la oportunidad de terminar este año con broche de oro. Ya iba a terminar bien antes de que aparecieras, ahora, va a ser fantástico y no puedo esperar al próximo.

Suspiré, abrazándolo con fuerza y escondiendo mi cara en su pecho.

Sí, podría, si yo no lo estropeara.

CAPÍTULO 17



Ojalá
Si el timing de tu vida fuera igual al mío
En la suma de los opuestos, cuando es de verdad
Somos lo improbable que sucedió
Solo que no duró
QUASE AMOR - IVYSON

BRYAN EVANS

ACTUALMENTE

Me quedé mirando sus ojos rojos sin saber muy bien qué decir después de todo lo que me acababa de contar.

Durante todo el trayecto de Santa Mónica a San Francisco, solo paramos para coger el almuerzo que Taylor aprovechó para adelantar el pedido cuando entramos en el coche.

No intercambiamos ni una palabra más allá de lo necesario, sin embargo, cada vez que podía, me encontraba mirando por el retrovisor solo para verla, unas veces riendo bajito de algo que Bruce susurraba, otras veces mirándome fijamente con joder con esos ojos que nunca olvidé y solo con que estuvieran fijos en mí, hacían que mi corazón latiera sin compás. Qué diablos, ¿siete años no fueron suficientes?

Cuando paré el coche en mi plaza, salí con los envases de comida y esperé a que se unieran a mí, lo que tardó un poco más de lo habitual porque Bruce se enredó con el cinturón de seguridad y

Taylor volvió para ayudarlo a soltarse con toda la paciencia del mundo, ya que el niño no quería que ella lo hiciera por él, solo que lo orientara.

Me mantuve parado allí, siguiendo la interacción de los dos y cuando el niño lo consiguió, se ganó un beso en la frente y un abrazo. Lo que no pude evitar encontrar tierno, ya que muchas personas no tendrían tanta paciencia. Mi madre era una de ellas, y más lidiando conmigo, Alicia y Eric. Nosotros tres éramos terribles y casi la dejamos con todas las canas.

Subimos a nuestro piso y Taylor fue simpática al invitarme a comer con ellos, pero como aún estaba asimilando todo, preferí rechazar y le dije que la estaría esperando en mi apartamento, donde llevábamos ya casi 30 minutos, después de que ella hubiera dejado a Bruce almorzando en el suyo y hubiera quedado con Jessie para que viniera a cuidar del niño más temprano.

—Voy a por un poco de agua para ti. —Ella negó con la cabeza, bajando el rostro para secarse los ojos mientras yo me levantaba y me iba hasta la cocina, que estaba separada solo por una encimera.

Cuando volví y le entregué el vaso, me senté en el mismo sitio, no pudiendo evitar recordar todas las veces que me pregunté qué había hecho para que nuestra relación terminara con la promesa de encontrarse conmigo más tarde antes de dejarme esperando por más de dos horas en el lugar donde habíamos quedado para nuestra primera cita.

De primeras, pensé que me había retrasado demasiado y Taylor podría haber desistido de esperar, pero cuando le pregunté a uno de los recepcionistas y me dijo que nadie había hecho una reserva a nuestro nombre, volví a entrar y me senté. Los minutos se transformaron en horas, pero yo no quería creer que me dejaría tirado, al fin y al cabo, no había motivos para eso.

Intenté llamarla varias veces, pero cuando las llamadas dejaron de sonar y comenzaron a ir directo al buzón de voz, pagué el agua que bebí y me largué de allí, yendo directo a su dormitorio, no pudiendo dejar de pensar en las infinitas cosas malas que podrían haber sucedido para llegar allí y ser sorprendido por una de

las chicas que vivía en el edificio diciéndome que Taylor se había ido hacía menos de una hora con una maleta y una mochila.

Eso solo me dejó más confuso y ligeramente irritado.

Llamé a su número algunas veces más, incluso sabiendo que no conseguiría contactar.

Nada tenía sentido.

Consideré contactar a Victoria, pero, cuando me acordé de que su padre había fallecido hacía pocos días, preferí no involucrarla de inmediato.

Intenté ser paciente, al fin y al cabo, yo no sabía qué había pasado para que se fuera con tanta urgencia. En las pocas veces que hablamos sobre nuestros padres, Taylor nunca se profundizó en nada sobre los suyos, ni yo tampoco, así que ni siquiera sabía por dónde empezar a buscarla, y mucho menos a quién avisar de su desaparición.

Pasé la mano por mi cabello, volviendo a mirar fijamente a la mujer que me quitó el sueño de todas las formas posibles.

Una parte de mí quería mucho inclinarse, coger sus manos temblorosas y entrelazar nuestros dedos hasta que dejaran de temblar, sin embargo, esa otra parte dentro de mí, la que aún estaba herida y dolida, gritaba para mantenerme lo más lejos posible de ella, que no lo pensó dos veces antes de abandonarme solo porque creía que estaba haciendo lo mejor para los dos, algo en lo que yo tampoco había tenido tiempo de reflexionar.

—Al menos, ahora sé que el motivo no fui yo —susurré, cogiendo mi móvil y escribiendo un mensaje a mi agente. Que se joda que Scott estuviera jodiendo mi carrera con un marketing negativo que más me saboteaba que me ayudaba. Le enseñaría a este hijo de puta a no meterse nunca más en mi vida personal.

Necesito hablar contigo.
¿Dónde puedo encontrarte?

Volví a pasar la mano por mi cabello, levantándome para caminar hasta la puerta corredera que llevaba al balcón y la abrí, dejando que el aire fresco entrara, apartando un poco la sensación pesada que parecía asfixiarme.

Me apoyé en la barandilla sin preocuparme por la posibilidad de que alguna de las chicas o chicos, que habían hecho de la acera de fuera del condominio un punto de encuentro, me reconocieran, incluso de espaldas.

Mi cabeza estaba llena y no paraba de dar vueltas a todo lo que me había contado.

Ella se fue porque estaba embarazada.

—Lo siento mucho, Bry.

Levanté la cara, viéndola acercarse y pararse frente a mí. Fue imposible no perderme por unos segundos, y una vez más, notar lo guapa que estaba.

—Ya pasó. —Me encogí de hombros, sintiendo que mi corazón se aceleraba con nuestra cercanía. Es jodido. Por más que hubiera intentado olvidarla, solo con tenerla cerca, me sentía de nuevo como ese idiota enamorado que contaba los minutos para salir del entrenamiento solo para verla. —Solo quería que me lo hubieras contado en aquel entonces, porque a pesar de entenderlo, no sé si estoy de acuerdo en que fue la mejor decisión.

Taylor asintió, sus ojos marrones fijos en los míos. Joder. Debería estar cabreado con ella, pero mi único pensamiento era tirar de su cuello y besarla otra vez, o simplemente abrazarla.

Este pensamiento me hizo tragar saliva.

Si Julian no se había hecho cargo de Bruce, pero él dijo que tenía un padre, eso significaba...

Que se joda que la única chica que amé un día, también logró que yo fuera un hijo de puta que desea a mujeres casadas.

—Hice lo que creí que era lo mejor para nosotros en aquel entonces. —Una risa triste se escapó de sus labios. —¿Crees que no deseé, más que nada, que Bruce fuera tuyo? —Tragué saliva, sin saber cómo reaccionar a esa pregunta. Hasta enamorarme de ella, nunca consideré tener una relación, por lo que la idea de ser padre sería y aún era extraña y aterradora, solo que, por otro lado, también parecía más correcto que no tener a Taylor conmigo. —Lo quise, de verdad. Pero no era tuyo, así que la más mínima idea de que me rechazaras por eso me impidió. Al final, Scott tenía razón. No era justo que tuvieras que lidiar con un problema que no era

tuyo corriendo el riesgo de perder la concentración y no acercarte ni por asomo a todo lo que conquistaste.

Negué con la cabeza, sintiendo que mis ojos se humedecían.

—No puedo decir cuál habría sido mi reacción. Probablemente habría flipado, me habría asustado, me habría dado miedo, pero lo que puedo garantizarte es que lo que yo sentía por ti iba mucho más allá del dinero, la carrera, los títulos… —Me apreté la nariz a la altura de mis ojos, intentando contener las lágrimas que querían unirse a nuestra conversación. —En la universidad, solo me decían que abandonaste la carrera, Vick se disculpaba por no poder ayudarme. Intenté contactarte incluso por tus redes sociales, pero no pude contactar por ninguna antes de que las eliminaran. —Negué con la cabeza, consiguiendo recordar la sensación como si fuera hoy. —El día de la boda de mi prima, yo estaba tan desesperado que incluso le mentí a Eric solo para ver si él sabía algo sobre ti. —No pude evitar una risa irónica. —Dices que pensaste en mi carrera, pero ¿quieres saber algo? Solo jugué esos últimos partidos del campeonato para llegar al Rose Bowl con la esperanza de que si ganaba, tú podrías ver mi mensaje o que de alguna manera te llegara. Sí, Taylor, después de dos meses de que te fueras, yo todavía tenía esperanzas de que volvieras.

Ella suspiró, usando sus propios brazos para abrazarse.

—Yo vi tu mensaje.

Su respuesta fue como un puñetazo en el estómago.

—Y ni siquiera yo diciendo en televisión nacional que te echaba de menos fue suficiente para que me buscaras, ¿verdad?

Como ella no me respondió de inmediato, decidí hacer lo que, con el tiempo, creí que era lo mejor para mí: alejarme de ella, de todo lo que representaba o recordaba, sin embargo, antes de que lo hiciera, su mano me sujetó del antebrazo, haciéndome quedarme en el lugar.

—Lo pensé —me aseguró, atrapando su labio inferior entre sus dientes. —Durante casi todos los días desde que no aparecí en nuestra cita. Sé que nada de lo que diga va a parecer plausible, pero estaba muy insegura de cómo reaccionarías y fui cobarde. Fue fácil lidiar con Julian siendo un gilipollas y rechazando a Bruce, pero la

posibilidad de que no me quisieras por algo que ya formaba parte de mí, y yo sabía que no existía nada, ni nadie, en el mundo que me hiciera renunciar a él, me hizo elegir guardar los buenos recuerdos de lo que vivimos.

Era difícil verme siendo un idiota a tal punto de hacerla elegir entre un bebé o yo, pero de nada serviría seguir intentando descubrir qué sería diferente si lo hubiéramos enfrentado juntos, y mucho menos hoy, ya que ella había encontrado a otra persona para estar a su lado y ni siquiera si yo quisiera pasar por encima de todo mi orgullo, no existiría más la posibilidad de un nosotros.

—Como dije, nada de eso importa ya. Seguiste con tu vida, te casaste y…

—¿Qué? —Taylor me interrumpió, frunciendo el ceño. —¿Quién te dijo eso?

Toqué su mano, que estaba en mi brazo, para apartarla y me encogí de hombros.

—Bruce, pero no te preocupes, porque yo nunca te perjudicaría o algo por el estilo —le aseguré, además, aunque ella haya correspondido, fui yo quien la besó.

Sentí que mi respiración se aceleraba solo con el recuerdo de cómo nuestras bocas aún encajaban tan bien. Joder, nunca tuvo tanto sentido por qué ninguna de mis relaciones anteriores funcionó.

—No estoy casada. —Ella se frotó la frente, pareciendo tan confundida como yo.

—Él dijo que… —Me detuve, rascándome la nuca y pensando a fondo en sus palabras. —Bueno, pensándolo bien ahora, Bruce nunca aseguró que tenía un padre, solo dijo que se fue a por tabaco.

Taylor gimió bajito, cubriéndose la cara antes de negar con la cabeza.

—No sé dónde aprende esas cosas, pero somos solo nosotros dos desde que me mudé de la casa de mis padres.

Me metí las manos en los bolsillos de mis bermudas, sin saber cómo reaccionar a esa información. No estaba casada...

—Fue lo que me dijo mi amigo Joey, mamá. —Nosotros dos seguimos la voz, encontrando al niño parado en la puerta de acceso

al balcón. Taylor había sugerido dejar la puerta de mi apartamento entreabierta porque le avisó a Bruce dónde estaba. —Los niños que no tienen papá es porque se fueron a comprar tabaco. ¿Sabías que el tabaco más caro del mundo se hace en Bombay, en la India, y cuesta 160 dólares un paquete con 10 unidades? —Él saltó el pequeño escalón que daba acceso al balcón, corriendo hasta donde estábamos y poniéndose entre nuestros cuerpos, sin importarle pedirme disculpas cuando me hizo dar dos pasos hacia atrás. —Si papá fue a pie, tiene sentido que no haya vuelto aún, ya que cuando le pregunté a mi profesor de matemáticas, me dijo que si, hipopóticamente, vamos andando 30 km al día hasta la India, sin parar para comer y descansar, tardaríamos unos 1000 días solo para ir y 1000 días para volver. Como han pasado 2350 días desde que nací, esa diferencia puede ser las paradas que tuvo que hacer. —Él le sonrió a ella antes de mirarme con el ceño fruncido. —¿Sabías que en la década de los 80 no estaba bien visto que las mujeres solas estuvieran con hombres?

—Creo que quisiste decir hipotéticamente, mi amor. —Taylor puso una mano en el pecho de Bruce, pegando su espalda contra sus piernas. —Sobre esa última frase tuya, sabes que el mundo ha evolucionado mucho y ya estamos en el siglo XXI, ¿verdad? —Él negó con la cabeza, probablemente tragándose alguna opinión. —Creo que esta es nuestra excusa para irnos a casa. —Ella apretó los labios, pidiéndome disculpas con los ojos mientras intentaba no reírse. —Gracias por escucharme, Bryan, y perdón por todo.

Solo asentí, no pudiendo evitar esbozar una pequeña sonrisa, que ella me devolvió, una vez más obligándome a luchar contra las ganas de besarla. Sería difícil mantenerme cuerdo sabiendo que la chica que aún encajaba perfectamente en mis brazos estaba durmiendo en el apartamento de al lado.

Acompañé a los dos hasta la puerta, despidiéndome con un hasta luego antes de caminar hasta el sofá y tirarme en él, apoyando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos.

Al mismo tiempo que un peso enorme se había quitado de mí, me sentía completamente perdido.

¿Qué haría ahora que ella estaba de vuelta?

Lo malo de haberme sentido inseguro, humillado y haberme abierto solo con mis dos amigos de la época sobre Taylor, es que ahora no tenía a nadie para desahogarme.

Cogí mi móvil que se había quedado allí, desbloqueándolo para acceder a iMessage y enviarle un mensaje a mi hermano preguntándole si estaba ocupado o si podíamos hablar, pero no se envió.

Torcí los labios y fui al módem, apagándolo y encendiéndolo como me pidió que hiciera el agente de mi proveedor, lo que al parecer funcionó, ya que cuando se reinició, el mensaje se envió a Eric en el mismo instante en que llegaba la respuesta de Scott.

Estoy en mi apartamento. ¿Algún problema?

Apreté mis dientes con fuerza.

Pues, sí que tenía un gran problema.

Voy para allá para que hablemos.

Me levanté, guardando mi comida en el frigorífico, y fui a mi cuarto, donde me cambié las bermudas por unos vaqueros antes de salir de mi apartamento, encontrándome con Taylor y Jessie en el pasillo.

—Cualquier cosa que necesites, llámame, Jess.

—Puedes estar tranquila, Sra. Jones.

Bloqueé mi cerradura con la contraseña, caminando lo más despacio posible para que ella me alcanzara tan pronto como entrara en el ascensor.

—¿Ya te vas? —pregunté, apoyándome en el otro lado de la caja de metal.

—Mi hora de almorzar está a punto de acabarse, tendré que comer algo de camino. —Ella miró su reloj de pulsera antes de presionar el botón para el estacionamiento. —Espero que no hayamos interrumpido tu rutina.

—No, estaba libre después de haber hecho mi fisioterapia —comenté, viendo que sus ojos se deslizaron hacia mis brazos mientras sus mejillas se ponían ligeramente rojas. —Solo voy a

ocuparme de un asunto pendiente que ya debería haber resuelto antes.

Ella asintió, girándose para mirar el panel del ascensor, que indicaba que habíamos llegado al estacionamiento.

Cuando las puertas se abrieron, puse mi mano para sujetarlas e indiqué con la otra para que pasara, lo que Taylor hizo con una pequeña sonrisa.

Caminamos lado a lado hasta nuestras respectivas plazas, sin embargo, cuando nos acercamos lo suficiente, vi que había alguien ocupando el asiento del conductor del coche negro. Probablemente alguien de su trabajo, ya que ella había comentado algo sobre haber ido al estadio en taxi.

—Coche guay —murmuré, notando el alerón negro con algunos detalles en amarillo. —Creo que no podrías haber elegido un nombre mejor para tu hijo.

—Te acuerdas. —Ella se rió, volviendo a mirar el coche. —A pesar de que me encanta todo el universo geek, no llego tan lejos. Al parecer, mi hijo tiene mucho de mí y con cada buena nota, cambiamos algo en este coche que será suyo cuando cumpla 16 años.

—Chico listo. —Forcé una sonrisa y rodeé mi Audi. —Buen servicio.

—Adiós, Bryan.

Entré en mi coche, viendo que la puerta del de ella se abría y un chico alto salía de allí riendo y murmurando algo que no conseguí oír.

Torcí los labios cuando Taylor lo empujó ligeramente, asumiendo el volante y encendiendo el coche mientras su acompañante daba la vuelta y entraba en el asiento del copiloto.

Esperé a que salieran del garaje para seguirlos y, joder, para la mala suerte de Scott, estaba aún más irritado.

CAPÍTULO 18



Porque todas las pequeñas cosas que haces
Son lo que me recuerdan por qué me enamoré de ti
Y cuando estamos separados y te echo de menos
Cierro mis ojos y todo lo que veo es a ti
Y las pequeñas cosas que haces
THOSE EYES – NEW WEST

BRYAN EVANS

Apreté el botón para llamar al ascensor, abriendo y cerrando mi mano derecha sin preocuparme por el dolor que todavía se concentraba en los nudillos de mis dedos.

Hacía mucho tiempo que no repartía algunos puñetazos, así que cuando Scott abrió la puerta con una de sus sonrisas de mierda, lo primero que hice fue darle un puñetazo en la boca mientras lo veía caer al suelo con los labios hinchados y ensangrentados.

—¡Qué cojones es esto, Evans! —preguntó, intentando levantarse, pero yo fui más rápido y lo empujé de vuelta, enroscando mis dedos en el cuello de su camisa de vestir blanca.

—¿Creíste que nunca me enteraría? —Sacudí su cuerpo, esquivándome cuando su mano intentó alcanzar mi cara.

Volví a golpearlo, pero esta vez me centré en su nariz antes de sentir que alguien me tiraba de encima de él.

—¡Saca a este hijo de puta de aquí, James! ¡Que alguien llame a la policía, a emergencias, joder, este desgraciado me rompió

la nariz!

James era su chófer y tenía sentido que consiguiera tirarme de encima de Scott, ya que era tan grande como yo.

—¡Suéltame, James! —Me libré de su agarre, pero al contrario de lo que él imaginó, no me lancé sobre su jefe de nuevo, sino que me aseguré de señalar con el dedo al desgraciado.

—Si esto o cualquier cosa relacionada conmigo llega a los medios, Scott, prepara tu bolsillo porque voy a dejarte andando solo en calzoncillos por ahí, ya que es lo único que te va a quedar. —Me ajusté la camiseta, empezando a salir de su apartamento, pero volví a tiempo de verlo levantarse con la ayuda de James. —Si no ha quedado claro, estás despedido.

El sonido del ascensor abriéndose me trajo de vuelta. Esperé a que la pareja que estaba en él saliera antes de seleccionar mi piso y subir en pocos segundos.

Cuando pisé el pasillo y caminé hasta mi puerta, no dejé de notar a Bruce tumbado en el suelo junto a su puerta, con los dos brazos debajo de su cabeza, balanceando sus piernas mientras miraba al techo.

Tal vez debería avisarle a Taylor de que la niñera dejaba al niño sin ninguna supervisión.

—Oye, amiguito —lo llamé, dándome cuenta de cómo se le arrugó la nariz cuando notó mi voz. —¿Todo bien por ahí?

Él me miró por unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Puede que haya puesto la contraseña mal varias veces en la puerta y ahora estoy atrapado fuera.

Me acerqué a él, notando su boca sucia de lo que fuera que haya comido y los envases esparcidos a su alrededor.

—¿No puedes simplemente llamar a Jessie para que te abra? ¿Se ha cerrado por dentro también?

El niño suspiró, sentándose.

—Jess tuvo que ir a ver a su novio. Lo acordado era que yo no saliera de casa y ella me diera 20 dólares, igual que la semana pasada, pero mamá me llamó diciendo que me quería y que le dijera a la niñera que bajara a la conserjería a coger mis dulces que ella había mandado. —Se encogió de hombros antes de arrastrarse hasta

la puerta y apoyarse en ella, tirando de un tarro con pastel a su regazo. —Yo mismo fui, pero cuando volví, no conseguí entrar.

—Como Jessie no estaba en casa, bajaste y no quisiste pedir ayuda en la conserjería para no delatarla —concluí, viéndolo negar con la cabeza, asintiendo.

—Así es.

Yo, definitivamente, hablaría con Taylor.

—Mira, estaba pensando en almorzar y luego jugar un poco a la PlayStation —sugerí, ganándome su atención al señalar mi apartamento. —¿Por qué no vienes conmigo? Puedes quedarte en mi sofá hasta que llegue Jessie.

—Me encanta la PlayStation —suspiró antes de negar con la cabeza. —Solo que creo que es mejor no. Salió en Discovery que casi 500 millones de niños desaparecen cada año aquí en Estados Unidos.

—Creo que quisiste decir 500 mil, pero no deja de ser un número aterrador.

—Sí. Es eso mismo. —Él cortó un trozo del pastel con la cuchara de plástico y se lo llevó a la boca. —Además, mamá siempre dice que no acepte cosas de extraños.

No estaba equivocado, solo que tampoco existía la más mínima posibilidad de que yo dejara a un niño de 6 años solo en el pasillo.

Aunque nuestro condominio era seguro, aun así era un niño.

—Vale, entonces te voy a hacer compañía hasta que llegue alguna de ellas.

Y ahí estaba la naricita frunciéndose de nuevo, sin embargo, sus ojos se abrieron de par en par cuando me senté a su lado y vio mi mano derecha.

—¡Guau! Mira tus dedos, están igual que los de Trent Frederic después de pelear en el último partido. —Bruce se arrodilló para ver mejor y me miró con una pequeña sonrisa. —Para alguien que está en contra de la violencia, parece que has resuelto las cosas a puñetazos.

Fue mi turno de fruncir el ceño. Yo conocía a Trent y a pesar de su fama en la pista de hielo, fuera de ella, era un chico guay.

—Bueno, a veces, por muy mal que esté, las cosas tienen que resolverse con un puñetazo —expliqué, intentando no sonar hipócrita, pero tampoco incentivándolo a eso.

—¿Por qué le pegaste a esa persona?

Me encogí de hombros, acomodándome en el suelo duro.

—Scott le dijo cosas malas a una persona que me importa mucho.

Bruce negó con la cabeza como si estuviera evaluando mi respuesta.

—Justo. Scott se lo mereció.

Apreté mis labios, evitando no reírme.

Sentí que mi móvil vibraba en el bolsillo y aproveché que Bruce volvió a concentrarse en su pastel para ver la respuesta de mi hermano.

¿Finalmente te acordaste de que existo?

Me reí, pasando mis dedos por el teclado para escribir una respuesta.

Siento mucho haberte colgado aquel día y no haber devuelto la llamada,
las cosas están un poco ajetreadas.

Comprobé al niño, ya que no estaba acostumbrado a ellos, y Dios me libre si le pasaba algo mientras estaba a mi cargo, sin embargo, Bruce solo estaba lamiendo el tarro del pastel, ensuciándose la nariz.

Esto me hizo sonreír, pues a pesar de ser muy inteligente, todavía era un niño de 6 años.

Está bien, no te culpo. Incluso anoté para llamarte después,

pero las cosas por aquí también son un caos. Si puedes, llámame ahora.
Voy a hacer una pausa aquí y a comprar un café.

—Bruce, voy a hacer una llamada y ya vuelvo. Puedes entrar si quieres, ¿vale? Voy a dejar la puerta abierta.

—Está bien, estaré bien por aquí. Me levanté del suelo, empezando a llamar a Eric mientras entraba en mi apartamento.

—Creo que es más fácil hablar contigo yendo directamente a tu casa. Fue lo primero que él dijo cuando me contestó.

—Al menos, ahora ya no estoy en Nueva York. —Sonreí, oyendo su risa del otro lado. —¿Cómo estáis? Os echo de menos.

—Bueno, las cosas van… —él suspiró e incluso sin verlo, podría imaginármelo empujándose las gafas hacia arriba.

—¿Tú y Ash seguís con problemas? —Torcí mis labios por la situación. Habíamos hablado hacía dos semanas e incluso no siendo de quejarse de la vida personal, acabó desahogándose sobre la pequeña crisis por la que estaban pasando.

—Sí, pero lo superaremos —Eric aseguró, esperanzado. —¿Y tu hombro está mejor?

—Casi al cien por cien. —Giré el brazo, no sintiendo ningún dolor. Esto me hizo sonreír. —Gracias por escucharme. Es que… —Apreté mis labios, no sabiendo cómo sacar el tema. —¿Te acuerdas de que en la época de la universidad te enseñé el vídeo de una chica y te pregunté si la conocías?

—Me acuerdo tanto que te llamé la semana pasada para hablar de eso, pero me colgaste el teléfono en la cara.

—¿Lo sabías? —gruñí, sorprendido.

—En realidad, un amigo me mandó el anuncio de un programa en la televisión de pago que va a emitir algunos animes y dibujos antiguos, en cuanto vi a la presentadora, encontré sus redes sociales y vi que eran los vídeos de la misma forma en la que tú me lo enseñaste, solo que ahora con casi 2 millones de seguidores. En ese momento me acordé de la chica con la que estuviste una vez y no encontraste más.

¿Dos millones de seguidores? ¿Cómo es que nunca había oído hablar de ella antes?

—¿Puedes mandarme su perfil? —pedí, mirando a la puerta y comprobando si aún estábamos solos. —Sobre aquel día del ascensor… —Abrí la nevera, cogiendo una botella de agua. —No fue exactamente así como pasaron las cosas. —Quité la tapa, bebiendo un trago mientras Eric me cuestionaba con un "¿cómo que?" al otro lado de la línea. —Yo dije que solo estuvimos juntos una vez, pero después de unas tres semanas de que ella huyera de mí, empezamos a vernos a escondidas. Entonces, teniendo en cuenta el día en que la conocí hasta el que ella se fue, estuvimos juntos durante casi dos meses.

—Bueno, ahora sí que me pillaste. —Eric soltó el aire, visiblemente sorprendido. —Si lo hubiera sabido, te habría llamado antes.

—No pasa nada, nos encontramos hoy. Y, tío, ella es mi vecina.

—¿Qué probabilidad había de eso?

—Pues eso, pero solo empeora, porque tiene un hijo de casi 7 años. —Oí el sonido de algo cayendo al otro lado. —¿Eric?

—Joder, Bryan, ¡acabo de romper la televisor de mi móvil! No puedes contarme esto sin prepararme antes.

—¿Cómo que?

—¿Y cuál es el problema de contar que Taylor tiene un hijo?

—¿No es tuyo?

—No —negué, oyéndole chasquear la lengua. —Es de un tipo que ella tuvo de novio antes de que estuviéramos —expliqué, sintiendo un sabor amargo en la boca. Menudo gilipollas de mierda.

—Qué mierda, Bryan. ¿Estás bien con todo esto?

—Creo que sí. Es decir, fue de cojones verla después de tanto tiempo.

—Me lo puedo imaginar. Sabes que podrías haber hablado conmigo antes, ¿verdad? Cuando lo comentamos, yo pensé que era solo tu ego loco por un desafío, no imaginé que te gustara de verdad.

—Lo sé, pero… —El ruido en la puerta de acceso me llamó la atención, haciéndome girarme para encontrar a Bruce saludando con las manos sucias de pastel. —Un minuto, Eric.

Le hice una señal para que se acercara, analizando al chico que caminaba en mi dirección sin muchas ganas.

—Ven aquí. —Apoyé una de las sillas en el fregadero, dejando el móvil sobre la encimera para ayudarlo a subir, manteniéndome cerca por si se desequilibraba o algo así.

Abrí el grifo, viéndolo atrapar la lengua entre los labios mientras se concentraba en limpiarse las manos antes de lavarse la boca y entretenerse limpiándose la nariz.

—Te ha quedado un poquito aquí. —Toqué la zona que frunció en respuesta, dejando claro que yo me había pasado. Aproveché que Bruce volvió a lavarse para coger un poco de papel de cocina que estaba en la encimera, dándoselo cuando se deshizo de todo el dulce.

—Gracias.

Esperé a que saltara de la silla y corriera por la puerta antes de volver a hablar con Eric.

—¿Era él?

—Sí. —Me pasé la mano por el pelo. —Lo encontré en el pasillo cuando llegué de la casa de Scott. La niñera salió y lo dejó solo.

—Qué irresponsable… Espera, ¿Scott? Pensé que ya lo habías despedido.

Me reí, sujetando el móvil con la mano izquierda mientras admiraba la derecha.

—Lo despedí hoy, porque descubrí que el hijo de puta sabía que Taylor estaba embarazada cuando se fue y la impidió hablar conmigo, pero luego te cuento con más detalles cómo fue.

—¿Impidió? Joder, Bry. —Él suspiró junto conmigo. —Quizás me pase por ahí la próxima semana, tengo un workshop en la ciudad.

—Si necesitas un sitio para dormir, puedes quedarte aquí. —Sería bueno verlo. A pesar de que me vacilaba, yo quería a mi hermano. —Avísame cuando llegues.

—Te aviso, pero llego el martes y voy directo para allí. ¿A qué hora sales del entrenamiento el miércoles? El evento termina a las 11h00 y mi check-out en el hotel es a las 12h00. Dependiendo de tu agenda, podemos almorzar y pasar un rato hasta mi vuelo.

—Mi agenda siempre estará abierta para ti, hermanito. Ya nos vamos hablando.

—¿Siempre abierta para mí? Eso me está oliendo a interés…

Me reí, pasándome la mano por el pelo.

—Quizás tengo problemas en mi internet, ¿quién sabe si no me ayudas? —Él refunfuñó algo al otro lado de la línea antes de responderme. —Dale un beso a Ash de mi parte.

—¡Aprovechado! —se rió, chasqueando la lengua. —Si me deja acercarme a ella, se lo daré.

Esto me hizo reír.

—Aaaah, las bellezas del matrimonio.

Él también se rió.

—Vete a cuidar de tu hijastro.

—¡No me jodas, Eric!

Me despedí de él, tirando el aparato en la encimera antes de cruzar mi apartamento y pararme en el umbral de la puerta de entrada para encontrarlo, esta vez, haciendo el pino.

—Cuidado para no hacerte daño, amigote.

—Batman no se hace daño.

—En eso, tienes razón —Asentí, metiendo la mano en mi bolsillo y señalando con la cabeza hacia dentro de mi apartamento. —Si no me equivoco, he bajado e instalado la Liga de la Justicia en mi PlayStation.

Él bajó sus piernas casi de inmediato, sentándose para mirarme.

—¿El nuevo?

—El nuevo —repetí, notando que sus pequeños dientes mordisqueaban su labio inferior, igual que Taylor solía hacer. —Sabes que hay cámaras en el pasillo, ¿verdad? —Señalé una de ellas, haciendo que él mirara en esa dirección. —Podemos mantener la puerta abierta mientras jugamos por si tu madre o Jessie llegan.

Bruce me miró antes de mirar a la cámara una vez más y asentir, corriendo para recoger el desorden en la puerta de su casa y echarlo todo en una bolsa de plástico.

—Está bien, creo que podemos jugar un poco.

Di un paso hacia delante, abriendo espacio para que él entrara cuando se acercó.

Lo seguí hasta el sofá, parándome en el mueble para TV para coger los dos mandos.

—No podremos jugar online —le avisé, torciendo los labios cuando salió la advertencia de conexión mala o inexistente. —Mi internet está fatal durante el día, solo se estabiliza bien por la noche.

El niño esbozó una gran sonrisa, encogiéndose de hombros mientras doblaba las piernas encima del sofá.

—Qué faena, ¿verdad? Yo, en tu lugar, me mudaba, ¿te imaginas vivir sin internet?

CAPÍTULO 19



Antes de que te vayas
¿Hubo algo que pudiera haber dicho
Para hacer que tu corazón latiera mejor?
Si tan solo hubiera sabido que tenías una tormenta que enfrentar
Entonces, antes de que te vayas
¿Hubo algo que pudiera haber dicho
Para hacer que todo dejara de doler?
Me mata saber cómo tu mente puede hacerte sentir tan ***poca cosa***
BEFORE YOU GO – LEWIS CAPALDI

BRYAN EVANS

En los días que siguieron, quizás me desperté más temprano solo para oír el movimiento del apartamento de al lado y, coincidentemente, salir a trabajar a la misma hora en la que Taylor estaba llevando a Bruce a la escuela.

Claro que eso significaba que yo llegaría una hora más temprano al centro de entrenamiento, pero no era un gran problema, ya que yo aprovechaba ese tiempo extra para lanzar algunos balones por el campo.

Miré mi reloj, viendo que incluso siendo más de las 20h, yo aún podía oír música baja y risas viniendo de mis más nuevos vecinos. No era nada que molestara, pero el hecho de que yo supiera que ella estaba allí, no hacía más fácil dormir o concentrarme en la película que se pasaba en la TV.

Con la excepción de nuestros encuentros que comenzaban en el pasillo y terminaban en el aparcamiento, la última vez que de verdad me quedé más de cinco minutos en su presencia, fue cuando ella entró en mi apartamento aún en aquel lunes, preocupada y afligida después de que restringí la entrada de la niñera y conseguí su contacto en la portería para avisarle que Jessie dejó a Bruce solo, pero que ella no tenía por qué preocuparse porque estábamos jugando a la consola.

Claro que eso no fue suficiente para mantener a Taylor tranquila, pues ella aún me llamó tres veces más solo para comprobar si Bruce estaba bien y llegó puntualmente a las 6pm, como reforzó en todas las veces que llamó.

Como el chico estaba en medio de una lucha con el Guasón, aproveché para hablar con ella sobre la niñera, disculpándome por meterme en el asunto y no dejándola volver para quedarse con él.

Ahora, aquí estaba yo, tumbado en mi cama, pensando en alguna forma de por lo menos ver a mi vecina, sabiendo lo pésima que era esa idea, al fin y al cabo, nuestras vidas eran tan diferentes hoy en día, que las posibilidades de que lo hiciéramos funcionar eran casi nulas.

Empezando por el hecho de que ella tiene un chico de 6 años que, aparte de no gustarle yo, está esperando el regreso de un padre que no va a volver.

No es que Bruce sea un chico malo, ni mucho menos, nos pasamos toda la tarde jugando a la consola y él solo me soltó tres indirectas sobre mudarme, ya que por la cantidad de horas que estuvimos juntos, fácilmente podrían haber sido unas veinte.

Yo estaba seguro de que si algo fuera a pasar entre Taylor y yo, con el tiempo conseguiría acercarme a él y ser su amigo. ¿Sería una batalla ardua? Probablemente. Pero Taylor ya había dejado claro que Bruce no estuviera feliz no era una opción, tanto que ella prefirió nunca hablar de Julian solo para no dejarlo con el sentimiento de abandono.

Moví mi cabeza, rodando por la cama hasta meter el rostro en la almohada.

Para un tipo que ni siquiera había pensado en el matrimonio hasta hoy, yo solo podía estar volviéndome loco por contemplar a un hijastro que fruncía la nariz con cada palabra que salía de mi boca.

Intenté apartar esos pensamientos ridículos, pero el gritito de Taylor me hizo suspirar.

Debe de ser difícil sentir cualquier cosa por ella después de haberme hecho el tonto por humillarme buscando noticias de ella por varios meses, usando incluso mi presentación en los Giants, cuando me preguntaron si elegí el número 12 por ser fan de Brady y yo dije que a pesar de que él fuera un gran jugador, el número representaba a una persona importante para mí.

Sí, un gran pringado que se humilló en la televisión nacional, pero que enseguida entendió que si Taylor no había vuelto hasta ese momento, era porque no me quería.

Miré el techo, sintiéndome completamente confundido, porque, incluso aunque yo no quisiera haber pasado por nada de esto, sabía que tampoco me arrepentía de haber vivido esas semanas con ella.

¿Falta de amor propio? Probablemente.

Me senté en la cama, frotándome la cara antes de mirar a la bolsa que traje conmigo después de pasar por el Westfield Shopping a la vuelta del entrenamiento. Quizás sería bueno aprovechar que ellos estaban despiertos para resolver mi asunto pendiente con Bruce. Cuanto más tardara, más le caería mal.

Me puse una camiseta, me pasé un peine por el pelo antes de salir de mi apartamento, un poco ansioso, y pararme delante del de ella, accionando el timbre al lado de su puerta mientras intentaba descubrir dónde poner mi mano libre hasta que decidí sujetar la pequeña bolsa con ambas manos, lo que probablemente era ridículo, ya que sus asas eran minúsculas y casi desaparecían entre mis dedos.

Cuando pensé en rendirme y volver a sujetarla con una sola mano, acabé enredándome y tirándola al suelo.

Me agaché, dándole un rápido vistazo para ver si no había conseguido romper otro cochecito, sin embargo, estaba entero.

—¿Bryan?

Alcé mis ojos, encontrando la puerta abierta y a Taylor Jones mirándome curiosa mientras vestía lo que parecía ser nada aparte de un albornoz blanco.

Suspiré, rascándome la nuca antes de levantarme.

—Hola —murmuré, viendo una pequeña sonrisa surgir en sus labios y casi hacerme olvidar el motivo de haber ido hasta allí. —Eh, ¿está Bruce?

Ella no necesitó responder, porque el chico no tardó en aparecer, saliendo por debajo de su brazo, también usando un albornoz blanco.

—¿Yo? —preguntó, saludándome con una mueca.

—Sí, quería entregarte esto. —Le pasé la bolsa a él, que seguía mirándome con recelo, pero volví a mirar a su madre mientras él abría la bolsa y miraba dentro. —Lo siento, no quería molestarlos mientras os duchabais.

—¡Oh, no! —Ella se rió, abrazando a Bruce y encogiéndose de hombros. —Hoy es sábado, y los sábados, hacemos nuestro día de la toalla.

—Sí, pero en albornoz —el chico complementó, mirándome como si ya supiera que yo me confundiría. —¡Igual que el Día de la Toalla, dah!

—¡Bruce! —Taylor lo reprendió antes de suspirar. —Es una referencia a "La Guía del autoestopista galáctico", donde la toalla es uno de los objetos más útiles para un mochilero en su travesía, algo un poco complejo, pero que, resumiendo, junto a la fecha de estreno de Star Wars, pasó a ser llamado también como Día del Orgullo Nerd.

—Creo que ya oí a Eric comentar algo de eso.

—Yo quiero a ese Eric.

Claro que le gustaría mi hermano.

—Bueno, fue él quien me ayudó a elegir el otro regalo.

Bruce se mordió la lengua, volviendo a centrarse en la bolsa y sacando el juguete de allí con un suspiro.

—¡Un Batmóvil!

—Mira, cariño, ¡es igual que el tuyo!

El niño se encogió de hombros antes de alzar el rostro para mirarla con cara de llanto, indicando que aún no le había contado sobre cómo nos conocimos.

—Yo sin querer lo pisé el día en que os mudasteis —expliqué, creyendo que era mejor resumir todo aquel día en esa frase, pero Taylor parecía conocer bien a su hijo, ya que lo abrazó.

—Lo siento, mamá, no quería que te pusieras enfadada conmigo o triste igual que yo.

—Yo nunca me pondría enfadada contigo, mi amor —ella murmuró, acariciando su pelo antes de mirarme. —Ahora el incidente en el campo tiene un poco de sentido, aunque no lo justifique, ¿verdad, Bruce?

El niño no respondió, solo miró el cochecito idéntico al suyo, apretándolo contra el pecho.

—Como en la tienda había otras cosas, acabé cogiendo una camiseta para ti.

Bruce volvió a rebuscar en la bolsa, sacando la camiseta de Spiderman del fondo y mirando a su madre.

—¿Cómo se dice, hijo?

—Gracias, Sr. Evans —él murmuró, dejándola caer dentro de la bolsa de nuevo.

Mierda, ¿Spiderman era de Marvel o DC?

—Mamá, ¿podemos volver a jugar?

—Puedes ir entrando, cariño, ahora voy.

Bruce movió la cabeza, entrando y dejándonos a los dos a solas.

—Lo odió, ¿verdad? —pregunté, no pudiendo contener la risa cuando ella se mordió el labio, sus mejillas poniéndose rojas.

—Deberías haber imaginado que salió a su madre en los gustos —bromeó, uniéndose a mí.

—Pues sí, debería. —Me froté la nuca, sonriendo. —Bueno, me voy, solo aproveché que estaba aburrido y que estabais despiertos para entregarlo.

—¿Estamos haciendo mucho ruido? —Taylor gimió, ajustándose el lazo del albornoz en la cintura. —Lo siento, Bruce se emociona y grita mucho.

—No pasa nada, no llegó a molestar. Es más porque soy solo yo en el apartamento, entonces es bastante silencioso.

—Si aún estás aburrido, puedes unirte a nuestro momento nerd, si no es demasiado vergonzoso para ti.

—¿En serio? —No pude contener mi sorpresa. Claro que mi intención era solo hablar con ella, pero no esperaba ser invitado. —Si no es un problema… Bruce aún puede estar enfadado por el Batmóvil que su madre le dio.

Su sonrisa se desvaneció un poco y sus hombros se encogieron.

—Solo va a ser un problema si no tienes un albornoz, de lo contrario, creo que Bruce lo entenderá.

—Vale. Tengo un albornoz.

—Te voy a esperar aquí.

Volví a mi apartamento, quitándome la camiseta y sustituyendo la sudadera por unos pantalones cortos de entrenamiento ligeros.

Cuando volví, era Bruce quien me estaba esperando.

—Hola —lo saludé de nuevo.

—Hola. —Él abrió la puerta, dándome espacio para pasar. —¿No eres demasiado viejo para jugar?

—Eh, soy solo tres años mayor que tu madre, no soy tan viejo. —Sonreí, sabiendo que él estaba diciendo eso porque no me quería por allí, pero, bueno, a los niños les encanto, Bruce no sería diferente, solo necesitábamos tiempo. —Yo soy muy bueno en juegos.

—Dudo que seas mejor que yo. —Él levantó la barbilla, recordándome mucho a su madre.

—Yo soy un atleta y me gusta apostar. ¿Qué tal si hacemos una?

El niño asintió, extendiendo la mano hacia mí y yo la acepté.

—Yo voy a ser un atleta, acepto hacer una apuesta.

—Genial. —Sonreí, sintiéndome incluso mal por saber que sería más fácil que quitarle el caramelo a un niño. —Si yo gano, vas a usar la camiseta de Spiderman durante un mes para dormir, aparte de hacerte una foto con ella.

—Hecho, si yo gano… Bueno, lo decido en el momento, las posibilidades son muchas.

Sonreí ante su inocencia, sin preocuparme por la posibilidad de que él ganara.

—Combinado.

Cerré la puerta detrás de mí, viendo que había una sábana atada al ventilador de techo, cayendo alrededor de un gran sofá reclinable, creando una especie de cabañita sobre él.

—Aquí, la mesa de juegos está montada. —Bruce caminó hasta una pequeña mesa de cuatro plazas que estaba improvisada en la esquina del salón y que tenía varios juegos encima. —Puedes elegir si quieres perder contra mí en el Póker, Black Jack o… —El chico abrió un maletín, revelando un juego de cartas más. —El gran juego de la discordia: UNO.

Miré mis opciones, fingiendo pensar.

—Creo que voy a elegir el UNO.

Él se rió, moviendo la cabeza mientras se subía a la silla.

Un sonido viniendo de detrás de nosotros me hizo girar el cuello para encontrar a Taylor parada al otro lado de la encimera, alzando una copa vacía en el aire para mí.

—¿Zumo de uva para adultos? —preguntó, dándome un guiño.

—Por favor.

Bruce frunció el ceño, mirándome de reojo.

—¿Quieres un poco más de zumo para niños, cariño?

—Por favor, mamá.

Esperé a que el chico cogiera las cartas personalizadas de UNO e intentara barajarlas, pero como eran demasiadas para sus pequeñas manos, acabé cogiendo la parte del mazo que se cayó en la mesa para ayudarlo.

—¿Cuál es el juego de hoy, tesorito? —preguntó Taylor, dándome una copa y poniendo un vaso delante de Bruce.

—¡Mamá! —Sus hombros se cayeron mientras sus mejillas se ponían coloradas. —¡Hay gente aquí!

Ella se rió, llevándose la mano al corazón.

—¡Oye, oye, oye, no estoy lista para lidiar con un 'mamá' en pleno sábado, vuelve con el 'mamá'!

El chico se rió suavemente, negando con la cabeza.

—Entonces sin el mote mono cerca del vecino.

—Voy a intentar controlarme —prometió, sentándose delante de mí y quizás su pie frío chocando con el mío me hizo estremecerme.

—¿Listos? —Él se arrodilló en la silla, apretando el lazo del albornoz en la cintura antes de coger las cartas que barajé y empezar a distribuirlas en tres pequeños montones. —Pero antes, vamos con las reglas.

Intenté concentrarme en Bruce, pero la pierna de Taylor chocando una vez más con la mía desvió un poco mi atención. La miré, que sonreía al chico con un brillo en los ojos.

Quizás yo no había entendido la profundidad de lo que ella quiso decir cuando dijo que tomaría las mismas decisiones del pasado por Bruce, pero ahora, viéndola mirarlo con tanto amor y cariño, parecía un poco idiota por mi parte haberme quedado lloriqueando por ahí por haber sido dejado, mientras Taylor pasaba, sola, por un mal trago para llegar a donde llegó.

Ella puede haberme roto el corazón, pero si había una cosa que yo no podía negar es que Taylor Jones se había convertido en una madre increíble.

Miré al chico, sabiendo que si yo tuviera la más mínima intención de quedarme con Taylor, necesitaría conquistarlo antes, incluso pensando en la posibilidad de dejarle ganar la partida. Eso lo haría un poco más feliz, al fin y al cabo, si yo ganara, podría fomentar aún más sus tonterías conmigo.

Aunque yo aún estuviera confundido sobre lo que hacer con respecto a mis sentimientos, algo me decía que Bruce podría ser un pequeño desafío.

Miré a la mujer delante de mí, recibiendo una pequeña sonrisa detrás de su copa.

Bueno, por suerte, yo ya estaba acostumbrado a ser desafiado por un miembro de la familia Jones.

CAPÍTULO 20



Pues somos jóvenes e imprudentes
Vamos a cruzar los límites
Te dejará sin aliento
O con una cicatriz horrible
BLANK SPACE – TAYLOR SWIFT

TAYLOR JONES

Miré a Bruce que, a pesar de que no le había gustado mucho cuando le avisé que Bryan iba a juguetear con nosotros, ahora parecía divertirse gritando UNO mientras se reía del quarterback teniendo que coger dos cartas.

—Yo no sabía que estaba en las reglas usar el reverse para devolver el efecto de una carta a quien la lanzó, más aún si eran de colores diferentes —se quejó Bry, mirando con disgusto al montón de cartas donde su +2 azul estaba bajo el reverse verde de mi chico, mirándome a continuación. Yo solo me encogí de hombros, no queriendo meterme en esa pelea. Ellos estaban tan centrados en atacarse el uno al otro que apenas se dieron cuenta de que a mí me quedaban solo dos cartas.

—Y no existe, pero mi UNO, mis reglas.

—Yo creí que las reglas eran las que acordamos al principio. —Bryan se ajustó en la silla, incómodo. Sí, Bruce había activado su lado competitivo.

—Las de convivencia —le recordé, porque fueron exactamente esas las palabras de mi hijo. Esto casi me hizo reír de nuevo, pero cogí mi copa de vino para tomar otro trago, acordándome de las reglas absurdas que implicaban: nada de morder, nada de levantar el dedo de en medio y la más importante, no insultar a madres ajenas.

—Eso es. Y, sí, esas ahora son solo para mí.

—¡Oye! —esta vez me entrometí, moviendo el dedo para él, al fin y al cabo, aquello podría favorecerme en las próximas rondas. —Lo que es para uno, es para todos, mocoso.

Su nariz se frunció en respuesta, pero él no replicó.

—Vale, mamá —suspiró, dejando su única carta en la mesa antes de girarse hacia Bryan. —También vale el bloqueo para anular el efecto de la carta, al igual que acumular el más dos con el más cuatro, a vosotros os importa el color, a mí n…

—Cariño…

—Vale, el color no le importa a nadie.

Devolví mi copa a la mesa, viendo al jugador negar con la cabeza, su pelo desordenado y el albornoz abierto a la altura de su pectoral. Suspiré, volviendo a coger mi vino, sintiendo la garganta seca.

—Quizás sea justo que empecemos de nuevo y…

—¡Nada de eso! —Bruce se negó, dejando ver su última carta, un +2 rojo, que yo me encargué de mirar, al fin y al cabo, la familia es la familia, y los juegos, aparte.

Bryan no parecía satisfecho, pero cogió las dos cartas a regañadientes antes de lanzar un seis verde para mí.

Esto me hizo sonreír.

—¡UNO! —Tiré mi nueve verde, haciendo que los dos me miraran en shock. —¿Qué? ¿Os olvidasteis de que yo también estoy jugando? —Chasqueé mi lengua, viéndolos mirarse el uno al otro. —Yo os dejé que os atacarais para mi propio beneficio.

Me encogí de hombros, conteniendo la risa cuando Bruce miró la carta verde en la mesa y la roja en sus manos.

—Creo que la idea de empezar de nuevo es buena.

—¡Nada de eso, señores! —Levanté la barbilla. —Bruce, coge tu carta.

—Pero, mamá…

—¿Taylor? —Bry me llamó, entendiendo que yo no le daría facilidades a Bruce.

—Vale, quizás tengamos que unirnos contra ella, Bruce.

Mi chico reflexionó, pero sonrió cuando Bryan le enseñó la carta solo a él, que se rió, mirándome con burla.

—Oye, estáis haciendo trampas. —Fingí estar enfadada, haciendo que los dos se divirtieran. Yo no me acordaba cuándo fue la última vez que tuvimos compañía para jugar aparte de mis padres, pero ellos siempre hacían trampas para que Bruce ganara, yo era la única dispuesta a hacerle entender que en la vida las cosas no siempre son como queremos.

Miré a Bryan, que le guiñó un ojo a mi hijo, haciendo que mi estómago se helara.

Nosotros éramos un buen ejemplo de eso.

Suspiré, cogiendo mi copa, pero la encontré vacía.

—Nadie está haciendo trampas, cariño. —El quarterback se encogió de hombros, riéndose, ni siquiera dándose cuenta de que me había llamado de esa forma. —Creo que es tu turno de coger cartas, amigote.

Bruce, incluso tramando un complot contra mí, dejó clara su insatisfacción de tener que coger una carta y no ganar en esta ronda como lo planeado.

Sus ojos verdes se iluminaron y yo supe al instante que era alguna carta que me perjudicaría, ya que yo conocía esa carita de bribón de lejos.

—¡Parece que el juego se ha dado la vuelta! —Se mordió el labio antes de carcajearse y tirar un +4 en la mesa, ya levantando la mano en el aire para que Bryan chocara, los dos riéndose de mi supuesta derrota.

Miré a la mía, entrando en el modo actriz al golpear en la mesa, desanimada por saber cuál era la de Bryan.

—Bueno, creo que en la regla del Bruce de DC, +4 con mi +2… Ayúdame, Bruce, ¿cuántas cartas tendrá que coger tu mamá?

Mi hijo se rió, arrodillándose en la silla emocionado.

—¡ALEXA! —gritó, haciendo que la música parara. —¿CUÁNTO ES 4 + 2?

—Bruce, 4+2 es igual a 6.

Fue lo que bastó para que los dos volvieran a reír.

Yo no solía ser rencorosa, más aún con mi hijo, pero el hecho de que los dos estuvieran provocándome, hacía que las cosas fueran un poco divertidas.

—Primero… —empecé, señalando al apresuradito que cargué durante ocho meses y que se había vuelto contra mí. —Lanzaste tu carta y no dijiste UNO —le avisé, viendo su risa morir y él mirar a la mano, dándose cuenta de lo que hizo. —Segundo… —Volteé mi carta, enseñando el +4 que estaba conmigo. —Gané. Lo siento, la culpa es única y exclusivamente tuya, ya que le diste la vuelta al juego en la última ronda. Creo que tienes que coger 10, tesorito.

Se me encogió el corazón cuando Bruce volvió a mirar el montón de cartas, sus labios proyectándose en un puchero adorable.



—¡Eso no es justo! —El quarterback me dio un toque suave por debajo de la mesa donde nuestras piernas se tocaron varias veces, moviendo la cabeza en dirección a Bruce.

—No me parecía justo que vosotros confabularais contra mí —me quejé, tocando su pequeño brazo. —Además, Bruce ya entiende que de vez en cuando es normal perder, ¿verdad, mi amor?

Sus ojitos verdes encontraron los míos, poniéndose llorosos.

—Era importante que yo ganara hoy —resopló, dejando caer la carta de su mano antes de bajarse de la silla y venir a mi regazo.

—Lo siento mucho, mi amor, si mamá hubiera sabido que era tan importante para ti, te habría dejado ganar. —Lo abracé, besando su pelo cuando apoyó la cabeza en mi pecho. —No pasa nada, mamá, te lo merecías. Yo solo… —suspiró, encogiéndose de hombros. —Creo que tengo sueño.

—Entonces es hora de que me vaya. —Bryan se levantó, empezando a organizar las cartas esparcidas sobre la mesa.

—¿No quieres comer algunos trozos de pizza antes? —pregunté, acordándome de que solo le ofrecí vino y aperitivos.

—Yo…

—¡No quiere! Sería mejor que no hubiera venido.

Sentí que mis mejillas ardían con la respuesta malhumorada.

—¡Bruce Jones! —le reprendí, pero antes de que lo sujetara, él ya se había bajado de mi regazo y había empezado a correr en dirección al salón. —¡Vuelve aquí y pídele disculpas a Bryan!

—¡No voy a hacerlo!

Me levanté para buscarlo, sin embargo, Bryan se puso delante de mí, moviendo la cabeza.

—No sé si las cosas se pondrán mejor si lo fuerzas.

—La cuestión no es esa, ya habíamos hablado sobre esto después de lo que pasó en la excursión de la escuela, él no puede hablarle a la gente así.

—Lo entiendo, pero puedes hablar con él en cuanto yo me vaya, creo que eso hará que se sienta menos avergonzado.

—Sus hombros se encogieron cuando dejó las cartas organizadas sobre la mesa, empezando a caminar en dirección a la puerta conmigo justo detrás. —De alguna forma, acabé molestando un momento que era vuestro, entonces…

—No molestaste, fui yo quien te invité y nada de eso justifica que él te hable así.

Él esbozó una pequeña sonrisa, rascándose la nuca antes de mirar hacia atrás para comprobar si Bruce estaba allí, pero solo encontró la puerta de su cuarto entreabierta y la luz viniendo de ahí dentro.

—De nuevo, lo siento por eso, él no suele ser así.

—No pasa nada.

Abrí la puerta, esperando que él saliera para seguirlo y cerrarla detrás de mí.

—¿No quieres pizza de verdad?

—No, comí bastantes aperitivos. Buenas noches, Taylor.

—Buenas noches, Bry.

Sin que yo lo esperara, el jugador se inclinó, rodeando mi cintura para tirarme hacia un abrazo apretado mientras hundía el rostro en el hueco de mi cuello y aspiraba el aire contra mi piel, esparciendo una oleada de escalofríos por todo mi cuerpo.

—Fue bueno pasar un rato con vosotros —susurró, sus manos grandes subieron por mi espalda, dejando rastros de calor por donde pasaban. Antes de que yo dijera algo, se apartó, pasándose la mano por mi pelo con una sonrisa forzada. —¿Podemos culpar a tu zumo de uva para adultos por lo que acaba de pasar?

—Este zumo tiende a meternos en líos.

Bryan asintió, empezando a caminar de espaldas, con una pequeña sonrisa.

—Buenas noches, Taylor.

—Buenas noches, Bryan.

Esperé hasta que él entrara en su apartamento para hacer lo mismo, apoyándome en la puerta mientras cerraba los ojos e intentaba controlar mis latidos acelerados, aún consiguiendo sentir tanto su respiración en mi cuello como el peso de sus manos grandes por mi espalda.

Sí, el vino definitivamente podría meterme en un gran lío.

—¿Mamá? —Abrí los ojos, encontrando a Bruce parado en la puerta de su cuarto, ya con su pijama azul. —¿Te puse enfadada?

Me aparté de la puerta y fui hasta él, que de inmediato estiró los brazos y lo cogí en mi regazo con dificultad, sintiendo que sus piernecitas se agarraban alrededor de mi cintura como le había

enseñado cuando noté que pronto no conseguiría sostenerlo por mucho tiempo.

—Enfada, no. —Besé su frente, apagando la luz antes de acercarme a su cama y acostarlo en ella. —Un poco triste.

Él proyectó una vez más ese puchero que me dejaba con el corazón encogido.

—No me gusta verte triste, por eso no te conté lo del Batmóvil.

Encendí la lámpara y le eché el edredón sobre su cuerpecito justo después de acomodarme a su lado, delante de él, que me miraba con sus ojos verdes atentos.

—Incidentes como el que pasó con el Batmóvil siempre pueden pasar, cariño. —Le cepillé su pelo rubio que caía en su frente. —Lo que me pone triste es verte ser malcriado con alguien que solo nos trató bien toda la noche.

Su nariz se frunció en el instante en que sus ojos se desviaron de los míos y se fijaron en donde él estaba jugando con sus propios deditos.

—Lo sé. —Bruce apretó sus labios, encogiéndose de hombros antes de soltar el aire con fuerza. —Lo siento mucho, mamá.

—No pasa nada, pero cuando veamos a Bryan de nuevo, vas a disculparte, ¿vale?

—Vale, mamá.

—Te quiero, bebé.

—Yo también te quiero, mamá… —Él contuvo la risa cuando entrecerré los ojos y empecé a darle un toque suave en el lado de su cuerpecito, haciéndole reír. —Digo, mamá, me equivoqué.

Después de un día intenso de juegos y mucha agitación, no tardó en que mi niño se quedara dormido.

Permanecí por unos minutos más allí, manteniendo el ritmo de las caricias que a él le encantaban mientras lo veía resoplar tranquilamente, sin poder dejar de pensar en lo jodido idiota que era Julian por estar perdiéndose la oportunidad de conocer a un chico tan increíble e inteligente.

En algunos momentos, yo me encontraba pensando si no actué mal cuando opté por criarlo sola y no meter una demanda

contra el hijo de puta, exigiendo una prueba de ADN que lo obligaría a asumir sus responsabilidades de padre.

Solo que, por otro lado, algo dentro de mí no soportaría la idea de que Bruce sufriera por querer a alguien que lo trataría solo como una obligación, ya que Julian había dejado claro que ya tenía una familia y que yo arruinaría eso si tomaba la decisión de llevar nuestro problema adelante.

Esta fue la primera y última vez que hablamos sobre mi embarazo. Él nunca me buscó ni para saber si yo había acatado su estúpido pedido de aborto, lo que me hizo reforzar la idea de que un asqueroso de esos sería incapaz de darle toda la atención, amor y cariño que mi niño merecía.

Es por estas y por otras que yo nunca conseguí involucrarme con otra persona sin primero priorizarlo, pues Bruce con toda certeza se apegaría a cualquier figura paterna que despertara en él la oportunidad de tener lo que tanto quería.

No es que yo huyera de las relaciones, pero gran parte de los hombres con los que intenté algo que fuera más allá del sexo, no estaban muy inclinados a criar al hijo de otro.

Claro que también existía el hecho de que yo nunca conseguí desvincularme totalmente del jugador que, incluso después de tantos años, aún habitaba mis pensamientos.

A pesar de que no debía, siempre que conseguía, veía sus partidos con una sensación nostálgica.

Era imposible verlo dentro de su uniforme y no acordarme de las veces en que fuimos inconsecuentes, aprovechando que yo estaba en la banda para colarnos en cualquier sitio lejos de las miradas ajenas solo por un beso que solo aumentaría la expectación para cuando tuviéramos tiempo para hacer lo que de verdad queríamos.

Y quizás las cosas se pusieran aún peor de aquí en adelante. Una cosa era reprimir sentimientos sin tener contacto con la persona, otra era tenerla viviendo a una puerta de distancia, dándote abrazos intensos y mirándote como si no hubieras roto tu corazón.

Me levanté de la cama de Bruce, dejando la puerta entreabierta para que la luz que venía de fuera iluminara su cuarto, en caso de que algún monstruo se comiera su luz de nuevo.

Volví hasta la mesa, guardando los juegos y retirando los platos de aperitivos y nuestras copas de allí, llevándolo todo directo al fregadero antes de pararme en la encimera, sirviéndome con menos de dos dedos de vino y dejando que mis pensamientos divagaran en cómo Bryan estaba diferente y no era solo los músculos que parecían demasiado grandes para el albornoz. Él había madurado sin perder nada de aquello que un día solo sirvió para dejarme aún más enamorada.

Y si yo pudiera apostar, diría que su ego continuaba siendo gigantesco.

Suspiré, no consiguiendo contener una sonrisa al pensar en los malditos hoyuelos monos surgiendo en sus mejillas cada vez que él sonreía o comprimía los labios durante el partido, siempre acompañados de una mirada gentil y juguetona que conseguía afectarme, haciéndome pedir permiso una o dos veces para ir al baño para echarme agua en la cara y en la nuca.

Yo me sentía encendida y sabía que si no fuera por Bruce, las cosas habrían terminado muy diferente, conmigo teniendo la certeza de si él también había cambiado en la cama o si seguía siendo como antes.

Cerré los ojos, sabiendo que era una pésima idea, pero ya habían pasado tantos años que yo no conseguía acordarme de cómo era la sensación de que él me tocara, por eso la idea de revivirlo todo parecía tan tentadora.

—Estoy tan jodida… —gemí, bebiéndome el resto del líquido de la copa antes de mirar a la caja de pizza y abrirla, encontrándome con cinco porciones que él podría muy bien haber comido, pero que ahora acabarían en la basura.

Me mordí el labio, sabiendo que podría usarlas como pretexto para llamar a su puerta, preguntándole si de verdad no tenía hambre.

No sería la primera vez que yo estaría creando una situación para estar con él, solo que esta vez, si Bryan me rechazara, porque

él tendría muchos motivos para eso, yo podría echarle la culpa al maldito zumo de uva para adultos.

CAPÍTULO 21



Quiero que cedas, oh
Debilidad
Tensión entre nosotros
Solo quiero ceder
Y no me importa ser perdonada
En este momento, no tengo vergüenza
De estar gritando a pleno pulmón por ti
SHAMELESS – CAMILA CABELLO

BRYAN EVANS

Yo estaba terminando de secarme el pelo cuando oí el timbre sonando en el salón.

Suspiré, con la certeza de que quien estaba allí era ni más ni menos que la responsable de haberme hecho salir de la puerta de su casa directo a una ducha fría, y aun así, no conseguí alejar los pensamientos de todas las cosas que yo quería haber hecho aparte de aquel abrazo nada discreto, donde tuve que darlo todo de mí para no lamer su cuello tentador.

Me puse la misma sudadera que estaba usando antes de ir a su apartamento, colgándome una toalla en el cuello para salir del cuarto y abrir la puerta un poco sorprendido, pues, a pesar de saber que era ella, esperaba encontrarla acompañada de Bruce, no de pizza y copas de vino.

—Hola —murmuré, apresurándome a ayudarla y cogiendo las dos copas de sus manos.

—Hola de nuevo —ella suspiró cuando sus ojos hicieron un rápido viaje por mi pectoral hasta volver a mirarme. —Pensé que quizás te apetecería comer. —Taylor alzó la caja para enseñar a lo que se refería mientras sus mejillas se ponían sonrosadas. —Pizza. Comer pizza.

Suspiré, no entendiendo exactamente qué quiso decir. Era imposible que fuera algo de mi cabeza.

—Me encantaría —respondí casi en un susurro antes de darle espacio para que ella entrara.

Cerré la puerta, girándome a tiempo de verla sacar una botella de vino de uno de los bolsillos del albornoz y ponerla sobre la mesa con la pizza. Me quité la toalla mojada de la nuca, sin poder dejar de recordar que, hacía casi veinte minutos, Taylor estaba diciendo que el vino solía causar líos, y ahora estaba con medio litro de la bebida en mi salón, haciendo lo que parecía ser una invitación.

—Nosotros no comemos pizza del día anterior, entonces como sé que solo no aceptaste a causa de Bruce —ella continuó hablando sin parar, haciéndome recordar cuando decidió contarme cómo planeó llamar mi atención en el campus. Esto me hizo sonreír.

Taylor estaba tan nerviosa, aprensiva e insegura en ese día que tardó en entender que yo no estaba enfadado. En realidad, oír que ella pensaba aquello de mí me dejó un poco mal por justamente saber que no era una mentira. En el fondo, si todo no hubiera pasado como ella lo planeó, ella sería solo un polvo más y yo nunca me habría dado cuenta de la chica increíble que era, ni mucho menos habría vivido lo que vivimos.

En aquella época, yo insistía en bromear que ella era la afortunada cuando, en realidad, yo era el afortunado por vivir eso de primer amor con alguien tan especial como ella.

—… entonces pensé que quizás no tuvieras sueño y me pudieras ayudar a no desperdiciarlo.

No conseguí contener la sonrisa cuando me acerqué a ella, inclinando las dos copas.

—No pasa nada, en el fondo, yo de verdad tenía hambre y solo no quise molestar.

Ella apretó el labio entre los dientes, abriendo el vino antes de llenarlas hasta la mitad. Taylor cogió una de las copas y yo aproveché para coger algunos trozos de papel de la caja de pizza y caminar hasta el centro de mi salón, sentándome en la alfombra.

—¿Qué quieres oír? —pregunté, abriendo el Spotify en mi móvil para conectarlo al equipo de sonido.

—Lo que tú prefieras, pero ¿podemos mantenerlo bajo? —Taylor se sentó a mi lado, dejando la botella de vino al lado de la pizza y sacando del bolsillo del albornoz un walkie-talkie. —Si Bruce se despierta, él probablemente me va a llamar.

—Claro. —Sonreí, eligiendo la playlist que monté para escuchar con Alicia en el último viaje en coche que hicimos a Las Vegas. —¿Tienes algo más en ese albornoz?

—Soy mamá, puedo tener una tirita y una sudadera en algún sitio. —Taylor guiñó con picardía, dejando el aparato sobre el sofá en el que estábamos apoyados antes de doblar sus piernas y beber el líquido de su copa.

Cogí un trozo de pizza para mí y le di otro a ella.

—No esperaba menos, por lo que he visto, eres una madre increíble.

Fue mi turno de beber el vino, sintiendo que el sabor suave bajaba por mi garganta.

—Te juro que lo intento, pero es muy agotador. —Un suspiro escapó de sus labios cuando Taylor terminó su porción, apoyando el brazo en el sofá para sostener la cabeza en la palma de su mano mientras inclinaba el torso hacia mí. —Y empeora cuando elegí para él una madrina imprudente que, incluso lejos, está super presente y vive mimándolo.

Sonreí, sabiendo exactamente de quién estaba hablando.

—Mira, necesité comprobar tres veces la noticia cuando vi la foto de Victoria estampando todas las páginas de los periódicos, revistas y reportajes.

—Justo ella, que odiaba a los playboys —bromeó, chasqueando la lengua. —La vida está hecha para hacernos morder

la lengua.

—Pero ser madrina de Bruce explica el porqué ella dejó de responderme o atenderme después de que tú te fuiste.

—No es culpa de ella, fui yo quien se lo pidió —explicó, desviando la mirada. —Lo peor es que Vick tiene la misma edad mental que Bruce, entonces cuando los dos se juntan, siempre lo pasamos mal.

—Bruce es muy inteligente, debe de intentar liarte siempre. —No conseguí contener la risa, con ella uniéndose a mí.

—Sí, y créeme, lo consigue —estuvo de acuerdo, sus ojos brillando de orgullo. —Era para él estar en el primer año, pero como pasó el año pasado entero molestando en su clase solo porque estaba aburrido, ya que terminaba antes que todos y quería hablar con los amigos, con la ayuda de la escuela y de su psicóloga, conseguimos meterlo en una clase más adecuada.

—Mi madre decía que Eric era así. —Estiré mis piernas al mismo tiempo que ella, sin molestarme en moverlas a un lado cuando era mucho mejor que se rozara con la suya, que no parecía importarle el contacto o si le importaba, sabía esconderlo muy bien. —Pero era demasiado perezoso y prefería quedarse leyendo algún manga tranquilito en lugar de ir a aprender alguna cosa en cuanto terminaba.

—Nosotros también pasamos por eso, pero en el caso de Bruce, él usaba un móvil de emergencia que yo dejaba en casa para preguntarle todo a Siri. Ahora es a Alexa, que él cree que no lo sé, pero reviso el historial cada diez días. Lo que me hace recordar… — Taylor volvió a beber su vino y yo hice lo mismo, notando que sus labios se fruncían de una forma graciosa.

—¿El qué?

—Bueno, ayer lo revisé y tu nombre apareció unas tres veces.

Cogí dos servilletas y le di una, mirándola con cautela.

—¿Debería preocuparme?

—No lo creo, pero si Bruce dice o hace algo, no dejes de decírmelo, porque esta vez sí que lo castigaré.

—Uf, yo odiaba que me castigaran.

—Créeme, él también lo odia, más aún en época de NHL; una semana sin tele es sinónimo de tres o cuatro partidos perdidos.

—Eso es cruel, Jones —bromeé, cogiendo mi segundo trozo de pizza y dándole otro a ella, mientras podía visualizar la imagen del niño con los brazos cruzados y la nariz fruncida, muy insatisfecho con su madre. —Ahora estoy empezando a creer que es Bruce el que debe sufrir en tu mano, no al revés.

Se cubrió los labios con la mano, intentando no reír con la boca llena.

—Si no lo controlo, arma un caos en este edificio. —A pesar de que Taylor intentaba mantenerse seria, no tardó en reír. —En la última urbanización se presentó para presidente de la comunidad porque, al parecer, el nuestro era pésimo por no priorizar el mantenimiento de los columpios.

Casi escupo el vino que tenía en la boca al oír aquello.

—No hizo eso…

—Créeme, lo hizo. Siento que me arde la cara solo de recordarlo. —Se lamentó, pareciendo realmente avergonzada mientras estallaba en risas, contagiándome con su risa dulce y ligera que solo me hizo darme cuenta de cuánto echaba de menos esas horas que pasábamos juntos en la biblioteca, en el asiento trasero de mi coche o en la comodidad de mi cama.

Como Taylor estaba muy cerca de mí, el poco que se deslizó hacia un lado fue suficiente para que yo pasara mi brazo izquierdo alrededor de su hombro, dándole espacio para que apoyara su frente en mi pecho mientras intentaba recuperar el aliento.

Sin resistirme, doblé el brazo alrededor de ella y toqué su pelo rojo.

—Tienes un chico increíble —afirmé, porque el niño lo era, a pesar de odiarme.

Sus risas se calmaron y Taylor me miró fijamente por unos segundos antes de desviar la mirada y enderezar su cuerpo, comiendo en silencio el último trozo de su porción que había logrado mantener en equilibrio durante todo su ataque de risa.

Cuando terminó, soltó un suspiro pesado, volviendo a mirarme mientras se terminaba el resto de su vino y movía la cabeza

de lado a lado, haciéndome repasar nuestra conversación e intentar encontrar algo que hubiera dicho y que pudiera haberla incomodado, sin encontrar nada.

—¿Dije algo que no te gustó?

Ella negó, limpiándose las manos y los labios con la servilleta.

—Perdona, es que los últimos hombres con los que intenté compartir un vino mientras hablaba de Bruce cambiaron de tema y nunca más volvieron a responder mis mensajes.

—¿Y por qué haría yo eso si te pones toda emocionada cuando hablas de él? —pregunté, viendo sus ojos marrones viajar a mi boca antes de descender por mi pecho desnudo.

—Creo que es hora de que me vaya —susurró, arrodillándose para colocar su copa sobre la mesa de centro.

—Aún es temprano, no me importaría quedarme más tiempo contigo hablando de él.

—No sé si es una buena idea. —Taylor se pasó la mano por el pelo, volviendo a mirarme cuando toqué la base de su espalda, acariciando su piel lentamente. —Ya no puedo ser tan impulsiva como cuando tenía 19 años.

—Nadie está siendo impulsivo.

—Bryan, salí de mi apartamento solo en albornoz con un vino y una excusa ridícula sobre el desperdicio solo para pasar más tiempo cerca de ti; si eso no es ser impulsiva, no sé qué es.

Puse mi copa al lado de la suya, encogiendo las piernas y acercándome un poco más a ella.

—Somos adultos, Taylor. Ya no soy aquel idiota despistado que tuviste que ignorar para conquistar, de hecho, lo único en lo que he pensado estos días es en nosotros. —Llevé mi otra mano a su cadera, sin desviar mis ojos de los suyos mientras apretaba su piel sobre el tejido mullido, sin necesidad de girarla de frente a mí, porque ella misma lo hizo.

—Quería que las cosas fueran así de sencillas, te juro que quería.

—Puede ser simple si no lo complicamos, linda. —Subí mi mano a su barbilla, acariciando su mejilla.

—Está Bruce… —Sus dedos se apoyaron en mis hombros para mantener el equilibrio, pero aproveché para traerla a mi regazo. Taylor no puso resistencia y acomodó sus piernas a los lados de mi cuerpo.

—Si te refieres a hoy, oiremos si se despierta. —Rodeé con mis brazos su cintura, donde siempre encajaban tan bien. —Sobre mañana, voy a respetar cualquiera de tus decisiones, pero si aún me quieres, como yo te quiero a ti, podemos recordar los viejos tiempos hasta que te sientas lista para decírselo. Estoy seguro de que pronto le gustaré. A todos los niños les gusto.

Ella gimió bajito cuando, sin resistirme, presioné mi boca contra la piel caliente de su cuello de la forma en que quise hacerlo cuando nos despedimos en el pasillo.

—Deberías odiarme. —Sus dedos apretaron los músculos de mi bíceps a medida que sus manos subían y bajaban por mis brazos.

—No podría hacerlo ni aunque quisiera… —Aspiré ese olor a cereza con vainilla que por mucho tiempo olvidé cómo era, dejando que mis dientes rozaran la piel erizada en el mismo instante en que su cadera presionaba mi polla. —Joder, linda, cómo quiero que hagas eso en mi polla.

—Bryan…

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo que mi cuerpo se estremecía con mi nombre escapando de su boca. Era jodidamente increíble cómo eso me afectaba, cuando todo empezó con una broma suya de no querer dar su brazo a torcer y mi objetivo de hacerla gritar por mí, lo que sucedió mucho después de nuestro acuerdo en la biblioteca.

Joder, podría correrse solo con oír eso.

—Si te sientes más cómoda, podemos culpar al vino. —Estaba casi suplicando cuando empujé su albornoz un poco hacia un lado, bajando mi boca a su hombro.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, alejándome de ella para obligarme a mirarla.

—No hay por qué culpar al vino si yo también quiero esto. —Taylor sostuvo mi cara entre sus manos mientras acercaba nuestras bocas.

Entonces, nuestros labios se tocaron.

Al principio, fue solo un roce suave y lento, como si estuviéramos acostumbrados a hacerlo todos los días, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nunca nos hubiéramos separado.

Sus manos se deslizaron por mi pelo, mientras que yo no dudé en dejar que las mías recorrieran su cintura en busca del lazo que mantenía su albornoz cerrado.

Cuando lo encontré, me aparté solo lo suficiente para encontrar sus ojos y verla mover la cabeza en señal de permiso. Me mordí el labio inferior, dividiendo mi atención entre ella y el nudo que se deshacía, revelando cada pedacito de piel en el que me encantaba perderme años atrás, haciendo cada vez más real en mi cabeza que esto estaba a punto de suceder otra vez.

Sin pensarlo dos veces, tracé un camino con mis dedos por el escote del albornoz, bajando lentamente por su vientre mientras ella arqueaba la espalda en respuesta a mi toque; un gemido bajito escapó de sus labios, haciéndome levantar la cara para encontrarla con los ojos cerrados, volviendo a acercar nuestras bocas con un poco más de impaciencia y deseo, dejando que nuestras lenguas se entrelazaran en una danza sensual y llena de nostalgia.

Su respiración se aceleró y pude sentir el deseo creciendo dentro de mí cuando aproveché la abertura del albornoz para infiltrar mis manos a la altura de sus pechos, deslizándolas hacia sus hombros y llevándome el tejido con ellas.

Taylor entendió mi intención, apartando nuestras bocas para colocar los dos brazos hacia atrás, facilitando que yo la liberara de la única cosa que me impedía apreciar la obra de arte que ella era.

—Sigues siendo tan hermosa como puedo recordar —susurré, mis ojos bajando sin ningún pudor a sus pechos desnudos, firmes y perfectos, encontrando esparcidas por allí pequeñas pecas que los hacían aún más irresistibles. Los pezones ya estaban endurecidos de calentura, listos para recibir mi boca y mi lengua. —Podría quedarme mirándote todo el día.

Un gemido escapó del fondo de su garganta.

—¿Por qué en lugar de solo mirar, no me tocas?

—Lo haré, dulzura. —Me incliné, aprovechando para apretarla contra mí mientras besaba su cuello una vez más, dejando un suave mordisco en su piel, disfrutando del contacto de sus pechos cálidos siendo presionados contra mi pecho. Sus manos se movieron a mi pelo, tirándome hacia ella. Nuestros labios se encontraron en un beso tan desesperado como nuestras respiraciones, dejando que mi mano explorara cada pedazo maravilloso que conseguía alcanzar, notando cómo sus muslos se apretaban alrededor de mi cintura, intentando excluir cualquier maldito espacio que le impidiera frotar su coño contra mí. —Joder, linda, de verdad estoy intentando ser romántico aquí.

—¿Y quién dijo que necesitas ser romántico? —Taylor se rio, lamiéndose los propios labios mientras volvía a restregarse. Por propia voluntad, mis manos buscaron su culo y lo apreté con fuerza, escuchándola jadear y echar la cabeza hacia atrás. —Te puedo sentir tan duro.

—Listo para comerte, linda. —Parpadeé, sintiendo que sus uñas casi me arrancaban la piel de la espalda.

—Prefiero tu boca sucia. —Ella comenzó a reír, pero paró cuando mordí su pecho.

—Apuesto a que te encantará aún más cuando esté en ti —la provoqué, manteniendo mis ojos en los suyos mientras sacaba mi lengua y lamía el pezón del pecho derecho antes de rodear la areola castaña y chuparla con ganas, manteniendo mi mano en su culo para que su cuerpo quedara a la altura de mi boca mientras alternaba mi atención en esas dos bellezas deliciosas.

Ahogué un gruñido contra su piel cuando Taylor gimió mi nombre, haciéndome perder la cabeza y empujar todo lo que estaba sobre la mesa de centro, sin preocuparme por el sonido de las copas cayendo o la caja de pizza volcándose en la alfombra. Lo que realmente importaba en ese momento era mi hombro recuperado para levantarla mientras me arrodillaba y la ponía sentada sobre la mesa.

—Tendremos problemas si esto se rompe…

—No se va a romper —prometí, poniéndome entre sus piernas y pegando mi boca al valle de sus pechos, tirando de su

cadera hacia el borde mientras apretaba sus muslos deliciosos y continuaba bajando mis labios por su vientre hasta llegar a su coño, separando sus labios hinchados con mis dedos para finalmente sentir su sabor en mi boca, después de casi siete años.

—Esto… —ella suspiró, apoyándose en los codos al estirar una pierna y prender la otra en mi hombro, ya no pareciendo tan preocupada si la mesita se rompía.

—Estás tan mojada… —gruñí, golpeando mi lengua contra su clítoris algunas veces antes de chuparlo y volver a repetir el mismo movimiento.

Taylor se restregó contra mi boca, sus manos yendo a mi cabeza en una clara señal para que continuara lo que estaba haciendo.

Permanecí con una mano en su cadera para mantenerla quieta y usé la otra para alisar su muslo, apretando la piel suave por donde pasaba, dejándome guiar por los suspiros caprichosos que escapaban de sus labios.

Cuando pequeños temblores comenzaron a recorrer su cuerpo, solté su muslo y la penetré con dos dedos, retirándolos a continuación para llevarlos a mis labios sin desviar mis ojos de los suyos, viendo cómo sus dientes mordisqueaban sus labios mientras volvía a penetrarla, metiendo mis dedos dentro de su coño mojado, esparciendo el sonido de la fricción por la sala, lo que no me impidió pensar que pronto sería en mi polla.

—Correte para mí, dulzura —pedí, sintiendo sus paredes contraerse alrededor de mis dedos cuando estos se curvaron dentro de ella, acariciándola en el lugar correcto, ya que un pequeño gritito escapó de sus labios, haciéndome salir de su coño y frotar su clítoris. Llevé mi boca a su entrada y la penetré con mi lengua, sabiendo que ella estaba empezando a correrse, bebiendo cada gota de ella.

Cuando levanté la cara, su imagen jadeante, sudada y roja me hizo empujar mi sudadera hacia abajo para tocar y acariciar mi polla dolorida en busca de alivio, dividiendo mi atención entre su boca maravillosa, que se vería aún mejor alrededor de ella, y su coño mojado aún abierto para mí.

—¿Preservativo? —preguntó ella, sentándose para reemplazar mi mano áspera y grande por la suya delicada y suave. Esto me hizo suspirar antes de enredar mis dedos en el pelo de su nuca y atraerla para un beso desesperado mientras palpaba el lateral de la mesa de centro, abriendo el cajón que había allí y buscando el sobre laminado.

—Aquí. —Levanté el condón, llevándolo a mis labios, pero ella me lo quitó antes de que consiguiera abrirlo.

—Así no —refunfuñó ella, acercando el envoltorio a su cara para revisar la fecha de caducidad y después abrir el condón con la mano mientras yo me sentaba en el sofá, trayéndola conmigo. —Esto probablemente fue lo que me metió en problemas antes, desde entonces, nunca más he dejado que nadie abra el condón así.

No pude contener una mueca con el "nunca más he dejado que nadie abra un condón así", porque el pensamiento de otros tíos tocando lo que fue y lo que yo todavía quería que fuera mío me irritó.

Me obligué a apartar los celos idiotas cuando Taylor se hizo un moño y se arrodilló entre mis piernas, lamiendo mi polla sin desviar los ojos de los míos.

Joder con que ellos tuvieran la jodida suerte de tenerla, porque si todo salía bien, yo sería el único de ahora en adelante.

Dejé mi cuerpo relajarse en el sofá mientras veía mi polla siendo engullida por su boca suave y llevada hasta el fondo de su garganta caliente, que la acomodó sin atragantarse o hacer muecas antes de subir, chupando la cabeza sensible y bajando lentamente su lengua por todo mi largo mientras mantenía un aire sexy que solo ella tenía.

Ansioso, llevé una de mis manos a su pelo, deshaciendo el moño y juntándolo en una cola de caballo para mantener los mechones lejos de su cara, aprovechando para sostener mi polla mientras la apartaba con un leve tirón de mis bolas y la golpeaba suavemente en su mejilla, casi corriéndome cuando Taylor abrió la boca y sacó la lengua antes de volver a mamarme, solo que ahora conmigo dictando el ritmo del vaivén delicioso y mojado.

Gemí su nombre, perdido en toda la sensación que la dueña de los ojos marrones más lindos que jamás vi estaba empeñada en proporcionarme cuando comprimió los labios a mi alrededor, lo que me haría correr en el segundo siguiente si no hubiera vuelto a tirar de su pelo.

—Aún no —suspiré, cogiendo el preservativo abierto y entregándoselo, ella lo retiró del envoltorio y se lo deslizó por mi polla dura, dejando un besito en la cabeza hinchada antes de que yo me inclinara, abrazando su cintura y tirando de ella hacia arriba, dejando que sus piernas se acomodaran a los lados de las mías mientras sostenía mi miembro, encajándolo en la entrada de su coño y soltaba su cadera. —Siéntate, linda.

Sus manos buscaron apoyo en mis hombros, ajustándose antes de agarrar la base de su viejo amigo y cubriendo mis labios con los suyos a medida que me llevaba dentro de ella, jodiendo mi boca con su lengua ávida antes de empezar a hacer lo mismo en mi polla, sintiéndola hincharse aún más a medida que su coño me engullía por completo.

Y, joder, su forma de sentarse aún tenía el mismo efecto en mí, porque yo podría fácilmente olvidarme de mi nombre mientras la veía rebotar en mi polla, sus gemidos llenando el espacio, mis manos apretando su delicioso culo, marcándolo como mío con una palmada cada vez que su coño me apretaba.

Su boca capturó mi pezón, mordisqueando el lugar y distribuyendo escalofríos por todo mi cuerpo.

Pasé mi brazo alrededor de su cintura, ayudándola a mantener el ritmo sobre mi polla, que estaba siendo cada vez más apretada dentro de su coño caliente.

—Joder, linda, de esta manera me voy a correr.

Ella se rio bajito, lamiendo mi cuello.

—Esa es la idea, mi amor.

Sin resistirme, apreté su culo, dejando otra palmada sonora allí antes de deslizar mi dedo por el valle entre sus nalgas, aprovechando para mojarlo en el punto donde mi polla la jodía antes de volver con él por el mismo camino, solo que parando en su ano y estimulándolo en círculos, buscando sus ojos para ver su reacción y

encontrándola con una ceja arqueada, mirándome fijamente mientras empinaba su culo contra mi dedo, haciéndome devolver la ceja arqueada y sonreír.

—¿Todo bien? —pregunté para asegurarme. No quería que ella me viera como el tío que la estaba jodiendo por primera vez después de años y que ya quería meterle el dedo en el culo.

Taylor no me respondió, simplemente pegó su boca a la mía, llevando su mano entre nuestros cuerpos para sacar mi polla de dentro de ella. Cuando comencé a protestar, sentí su culo frotarse contra ella antes de que sus propios dedos presionaran mi polla allí, mojando su culo con nuestra calentura.

Solté su cintura, sosteniendo la base de mi polla para guiarla de nuevo dentro de su coño, retirándola a continuación y frotándola allí una vez más.

—Eres perfecta —murmuré cuando ella volvió a sentarse en mí con un poco más de fuerza esta vez. —Chupa —pedí, llevando dos dedos a su boca y retirándolos mojados de allí directamente a su culo, volviendo a presionar el culo apretado, pero que aceptó mi dedo mucho más fácil por estar lubricado.

—Joder —ella gruñó, echando la cabeza hacia atrás cuando comencé a empujar otro dedo con la ayuda del movimiento de sus caderas. —Qué bien…

—Jodidamente buena —gemí, comenzando a follar su culo con mis dedos mientras mi polla se contraía dentro de su coño solo con el pensamiento de ser ella allí.

Sentí su cuerpo curvarse hacia adelante, dejando sus pechos a la altura de mi boca y yo los chupé rápidamente, ahogando mis gemidos y gruñidos, al contrario que ella, que murmuraba mi nombre sin parar, haciendo cada vez más real mi orgasmo.

—Te eché de menos, Bry...

Esa frase jadeante susurrada en mi oído fue lo que bastó para que todo mi autocontrol se fuera a la mierda, lo que resultó en que yo abandonara sus pechos en busca de su boca, ajustándome en el borde del sofá hasta que ella estuviera pegada a mí, logrando excluir toda la distancia entre nosotros, no queriendo ya estar lejos de su cuerpo ni por un segundo más.

—Vas a tener trabajo para apartarme ahora, Taylor. —Mordisqueé su barbilla, curvando mis dedos en su culo y arrancándole suspiros.

Chupé su cuello, usando mi mano libre, que antes la ayudaba a levantar y bajar sus caderas, para auxiliarla en los movimientos hacia adelante y hacia atrás, ahora más cortos. Esto no solo la dejaba más apretada, sino que hacía que todo fuera mucho más íntimo y sensual, ya que sus pechos estaban presionados contra mi pecho, sintiendo cada pedazo posible de ella en contacto conmigo.

No tardó en que su coño me aplastara y Taylor se estremeciera en mis brazos, ronroneando en mi oreja cuando quité mis dedos de ella para abrazarla por completo, ayudando en los últimos movimientos de sus caderas antes de sentir mi polla llenando el condón.

Dejé mi cuerpo relajarse en el sofá, sintiendo su corazón latiendo fuerte contra mi pecho, sabiendo que ella también estaba sintiendo lo mismo, ya que el mío parecía que iba a explotar en cualquier segundo.

Cerré los ojos, dejando que mis manos recorrieran cada milímetro de su espalda, sintiendo un aire frío agitar mi estómago como no sentía en años, pues ella era la única capaz de dejarme así.

No parecía real que, después de tanto tiempo, estuviéramos aquí.

—Yo también te eché de menos —susurré cuando mi alma volvió a mi cuerpo y ella se apartó para mirarme con una pequeña sonrisa, soltando un gritito cuando coloqué el walkie-talkie que traje entre nosotros y me levanté con ella agarrada a mis caderas, aún con mi polla, ahora flácida, dentro de ella. —Pero eso no significa que ya haya terminado contigo, porque ahora te voy a comer en mi cama. Son siete años para ponernos al día, dulzura.



—No puedo dormir aquí —murmuró Taylor bajito, sus dedos acariciando el pelo de mi nuca.

—¿Y quién dijo que dormirías? —Quité la cara de sus pechos, sintiendo su cuerpo vibrar por su risa debajo del mío.

—Eres demasiado viejo para aguantar una tercera vez, mi amor.

Intenté fingir que estaba molesto, pero el "mi amor" no me dejó esconder la sonrisa por mucho tiempo.

—Si soy demasiado viejo para eso, no deberías maltratar tanto mi corazón anciano. —Dejé mi cuerpo caer a su lado, tirándola a mis brazos.

Taylor se inclinó para besarme con calma, pero no tardó en apartarse cuando apreté su culo.

—De verdad, tengo que irme.

—Está bien.

Salí de la cama y me puse mi sudadera antes de acercarme a ella con su albornoz.

—¿Estuviste todo el partido sin nada debajo? —pregunté, esperando a que pasara los brazos por las aberturas del albornoz.

—No, me quité mi top y mis bragas cuando decidí venir para acá.

—Siempre facilitándome las cosas. —Sonreí, recordándome de cuando hizo lo mismo la primera vez que follamos.

—Recordando los viejos tiempos. —Ella parpadeó, recogiendo su pelo ligeramente despeinado antes de meter el walkie-talkie en el bolsillo y acercarse para besarme.

—Voy… a llevarte… hasta… la puerta —murmuré contra sus labios cuando Taylor intentó apartarse.

Esto la hizo reír contra mi boca, pero como sus manos agarraron mi pelo, consideré que le gustó la idea de ir tropezando en nuestros pies. Abracé su cintura, guiándola hacia fuera de la habitación mientras mi lengua se enredaba en la suya.

Cuando llegamos a mi salón, la acorralé contra la puerta, lamiendo su cuello, que ahora tenía mi olor mezclado con el suyo y nuestra combinación era increíble.

—¿Estás segura de que no puedes quedarte un poquito más? —gemí, presionando mi polla contra su muslo.

—Dios, me encantaría, pero ya son casi las 3 de la mañana. Los domingos nos levantamos temprano para hacer magdalenas de nuevo y ver la repetición de mi programa. Sé que me iré y no podré dormir, pero necesito darme una ducha fría y al menos intentarlo.

—Está bien —suspiré, mordiendo su barbilla. —Lejos de mí causar más problemas con Bruce —bromeé, haciéndola reír. —¿Podemos hablar cuando tengas tiempo?

—Él siempre duerme la siesta después de comer.

—Entonces, después de comer. —Acaricié su mejilla, sin poder mantener ni mi boca ni mis manos lejos de ella. —Fue increíble, dulzura.

—Siempre lo es, mi amor.

Me reí, bajando mis manos a su cintura y apretando su culo con ganas.

—Vete antes de que te convenza de quedarte un poco más.

—No sería muy difícil.

—Ya lo sé.

Di un paso hacia atrás y la llevé conmigo para abrir la puerta y darle otro beso en sus labios antes de dejarla ir.

Sonreí cuando Taylor caminó de puntillas hasta su apartamento, saludándome con la mano antes de desaparecer por su puerta.

Hice lo mismo, ignorando el desorden que habíamos hecho en el salón, solo dándome otra ducha antes de caer en mi cama y dormir con su olor en mi almohada.

Y, joder, hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

CAPÍTULO 22



¿Qué hay de malo en mí?
No me llevo bien con nadie
¿Por qué me pasa esto a mí?
Despierto y aburrido y no puedo dormir
Y cada noche es la peor noche de todas
Solo soy un chico
I'M JUST A KID - SIMPLE PLAN

BRUCE JONES

Me ajusté la mochila a la espalda, esperando a que mi mami cerrara la puerta.

—¿Vamos? —preguntó ella, tendiéndome la mano mientras me dedicaba una sonrisa enorme, algo que había estado haciendo bastante desde el domingo y que a mí también me hacía sonreír a lo grande, aunque mi barriga estuviera rara de nuevo.

No es que mi mami no sonriera, ella sonreía, pero no tanto de esa forma.

—Sí, mami —respondí al aceptar su mano. —¿Crees que tienes algunas monedas para mí?

—Creo que sí, mi amor. ¿Ya se te ha acabado el dinero del bocadillo que te di?

Apreté mis labios, no me gustaba mentirle, pero, teóricamente, no era una mentira, ya que el dinero para el bocadillo

ya no existía.

—Sí, mami.

—Está bien, antes de bajarte del coche, recuérdamelo, creo que tengo algunos billetes…

Torcí mis labios una vez más.

—¿No tienes monedas? Ayuda a la tía de la cantina con el cambio.

—Creo que tengo algunas para que las uses hoy, ¿vale? Cuando vaya a buscarte para hablar con la tía Mona. —Ella sonrió, acariciando mi pelo y yo moví la cabeza. Me gustaba hablar con la tía Mona, aunque fuera una cotilla que solo quería saber de mi vida y casi nunca me respondía cuando le preguntaba por la suya. —Me encanta que siempre intentes ayudar a los demás, tesorito.

Simplemente me encogí de hombros cuando empezamos a andar.

Como todos los días de la semana pasada y ayer, cuando pasamos por la puerta del apestoso, esta se abrió instantáneamente, aumentando aún más mis sospechas de que, al igual que mami, él también tiene superpoderes.

—Buenos días —saludó Bryan, sonriendo primero a mi mami y luego a mí.

—Buenos días.

—Día.

Como mami y yo respondimos juntos, ninguno de los dos pareció notar que quité el "buenos", porque no había nada de bueno en mi día.

No había conseguido dormir bien pensando en el examen de hoy y eso me irritaba.

Odiaba enfadarme.

—Mami, mi barriga está dando vueltas de nuevo —confesé cuando entramos en el ascensor y, una vez más, el apestoso vino a nuestro lado, en lugar de quedarse lejos como hizo la semana anterior. ¿Cuál era su problema? ¿Quería hacerme vomitar con su olor?

—Ey, bebé. —Ella se agachó delante de mí y yo estaba tan incómodo con la sensación en mi barriga que no me importó que

rompiera nuestro trato de no usar "bebé" delante de otras personas. —Solo estás nervioso. —Me dio un abrazo y un beso en la mejilla que me hicieron sentir un poco mejor. —Estoy segura de que te irá bien en el examen y nosotros iremos a por un helado en el almuerzo para celebrarlo.

—¿Y si no me va bien? —pregunté, viendo que las puertas del ascensor se abrían y el feo ponía la mano para mantenerlas abiertas. —Necesito ir a la universidad, de verdad quiero ser un jugador de hockey.

Por alguna razón, ella sonrió, acariciando mi pelo.

—No es un examen lo que te va a quitar la oportunidad de ser jugador, querido. —Me dio otro beso, esta vez en la frente, y mami se levantó, tendiéndome la mano de nuevo. —Y quién sabe, a lo mejor te enamoras de algún otro deporte en el que esté prohibido pelearse.

—Así no tendría gracia, a mí me encanta el hockey.

Bryan tosió una risa y mami gimió, saliendo del ascensor.

—Lo sé, pero una madre puede soñar.

Nos paramos cerca del Batmóvil, los dos riendo.

—Bruce, tu madre tiene razón. A mí me invitaron a más de 15 universidades después de que se viralizaran algunos vídeos míos el último año jugando en el instituto. No entiendo mucho de hockey, pero debe haber cualidades que ellos observan en los jugadores.

Esta era otra de las pocas veces que había conseguido que le prestara atención a lo que decía. La primera vez fue con los dedos heridos, luego con la Liga de la Justicia y la última fue hace tres días, cuando propuso la apuesta que yo usaría para hacer que se mudara si ganaba, lo que por desgracia no sucedió.

—¿En serio? —pregunté, curioso.

—Sí, claro que tu nota cuenta mucho para mantenerte en la universidad y también para entrar en ella, pero es mucho más fácil formar parte del equipo siendo invitado a estudiar en la universidad que entrar y buscar una plaza en el equipo a través de las selecciones anuales. Hay muy pocas plazas, la mayoría ya están ocupadas por jugadores de instituto.

Moví la cabeza, entendiendo. Eso tenía sentido. Si yo fuera el mejor, me invitarían.

—Mami, tenemos que volver a entrenar. Y a filmar para subirlo a internet. Filmar es importante.

—No sé si ya estás listo para volver al hielo después de que tuve que sacarte de la pista arrastrándote por los pies. Literalmente.

—Pero, mami, yo no sabía que las peleas solo podían ocurrir en la NHL.

—Pues sí, eso significa que tienes que centrarte en la teoría sobre el deporte antes de intentar golpear a un amiguito en los primeros segundos del entrenamiento, jovencito.

Dejé que mis hombros cayeran.

—No tenías por qué gritar 'tesorito' desde el medio de la grada. —Miré al apestoso, que intentaba no reír. —Por supuesto que preferí fingir un desmayo, así todo el mundo estaría preocupado por mí y no riéndose del apodo, pero tú saliste arrastrándome por el hielo en lugar de socorrerme.

—Ya he pedido disculpas por eso. —Ella lo empujó suavemente, haciéndolo reír y tocarle la cintura para mantener el equilibrio. Puse mala cara, no me gustaba nada de eso. —Gracias por hacernos volver a este tema, Bryan.

—Estoy a tu disposición para lo que necesites, Jones. —El feo aún le guiñó un ojo, abriendo una sonrisa gigantesca en la cara.

Ella me ayudó a quitarme la mochila de la espalda antes de mirarlo y guiñarle un ojo como yo ya había visto a Jessie hacerle a Bryan y a veces mi mami también lo hacía. Pero a mí.

—Ven, amor, vamos a entrar para no llegar tarde.

—Vale, mami —respondí, entusiasmado. Estaba siendo guay no tener una niñera, porque mami me recogía, comíamos juntos y luego íbamos a su trabajo, donde yo me quedaba sentado, viéndola hablar con las cámaras, que uno de los tíos me explicó que eran los equipos mágicos responsables de llevarla dentro de la tele de los otros niños.

Aunque yo sabía que era mentira, ya que vi en el Discovery que las señales se transmitían por los satélites que enviaban señales a las antenas, preferí su versión por ser más divertida.

Fuimos hasta la puerta trasera, donde esperé a que mami la abriera para poder subir.

Como ya era casi un adulto y no necesitaba más la silla para niños, me coloqué en el asiento y me abroché el cinturón cuando ella me lo tiró, dejándome un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta y volver a la parte delantera del Batmóvil, donde el feo todavía estaba parado.

Intenté entender lo que estaban hablando, pero no era muy bueno en eso, así que solo esperé a que se sonrieran el uno al otro, el tonto dijera algo, mami se riera, el tonto le tocara el flequillo, mami moviera la cabeza en mi dirección, el tonto me mirara, moviera la cabeza y dijera algo más antes de irse a su coche.

Me crucé de brazos, ahora más irritado por recordar a Alexa diciendo que Bryan Evans era el tío con el que todas las mujeres querían salir.

Por estas y otras que debería haberme echado a correr hacia los reporteros en el campo ese día y haber dicho que intentó matarme con la pelota, así no estaría aquí ahora, preocupado porque mi mami era una mujer.

¡Qué gran caca! Necesitaba echar de allí al apestoso antes de que mi papá volviera, aunque tuviera que ser solo un hijo más de padres separados como Kennedy y Denis.



—Bruce, ¿tienes la de matemáticas? —preguntó Joshua cuando empecé a cerrar la mochila. Pensé en responder que estaba cerrando las ventas por hoy, pero Alexa dijo que el cliente siempre tiene la razón, además, las ventas de hoy no habían sido tan buenas porque me quedé hasta antes del recreo haciendo el examen que me dejó con dolor de barriga y que al final era muy fácil.

—La tengo, Joshua. —Abrí la cremallera y cogí de nuevo mi carpeta con las fotocopias de los exámenes del año pasado,

encontrando la de matemáticas y dándosela. —Es 1,50$.

—¿Qué? Kellan dijo que era 1,00$.

Tiré de la hoja de nuevo.

—Sí, lo era, hasta las 12:00, ahora ya son las 12:03 y ya llego tarde a clase, así que si no quieres…

—Está bien, ¿tienes cambio para 2,00$?

—Hoy sí.

Le entregué el examen y cogí de mi bolsillo algunas de las monedas que mami me dio más temprano.

—Gracias, Bruce. Le voy a pedir a mi padre que me dé más dinero hoy. ¿El próximo miércoles me puedes guardar el de inglés?

—¿Padre? —repetí, mirando a Joshua con alegría, pero también con un poco de envidia. —¿Tu papá ha vuelto?

Él, al igual que yo, ya no tenía padre, solo que el suyo fue diferente, porque el suyo desapareció el año pasado.

—No, de hecho, mi madre fue pedida en matrimonio por su novio. Cuando le pregunté si tendría que llamarle padrastro, me dijo que podía llamarlo hasta papá si quería.

Fruncí la nariz.

—¿Y aceptaste? ¿No crees que tu papá se pondrá triste cuando vuelva?

Joshua se encogió de hombros, mirándome triste.

—Bueno, si él me quisiera, no se habría ido a vivir con otra familia. Bones es guay, juega al fútbol conmigo, me ayuda con los deberes e incluso me arropa de vez en cuando.

—Vaya —suspiré, sonriendo cuando Joshua sonrió. —Eso es muy chulo. Yo creía que los padrastros eran malos.

—Algunos lo son, pero no todos. Las que son malas son las *MA*drastras, como la de Max, que le robó a su padre.

—¿Cómo que se lo robó?

—Él me contó que su padre se hizo amigo de su profesora de natación, ella siempre sonreía y le tocaba el brazo hasta que su mami descubrió que se mandaban mensajes el uno al otro. Parece que su papá se fue a vivir con esa profesora justo después, pero Max no pudo ir con él, porque a la madrastra no le gustaban los niños.

Abrí la boca, preocupado.

—¿Solo los papás hacen eso o las mamás también?

Joshua se encogió de hombros.

—Creo que los dos, pero yo tuve suerte, porque mi nuevo papá es genial, ¿te imaginas si él le robara a mi mami? —Él se estremeció y yo lo acompañé. —Ahora me voy, no te olvides del examen de inglés.

—Yo nunca me olvido de nada, pero lo dejaré anotado.

Guardé los dos dólares con el resto de los billetes y aproveché que la mochila estaba abierta para anotar su pedido mientras pensaba en todo lo que él me había dicho.

Al mismo tiempo que me ponía contento por saber que podíamos conseguir un papá, la idea de que alguien le robara a mi mami me preocupaba, más aún si las señales eran sonreír y tocar. Mi madre había hecho todo eso con el apestoso.

Suspiré, dejando para pensar en eso después y encontrando mi libretita de Batman. Empecé a anotar los pedidos del día, pero antes de que terminara, me la quitaron bruscamente de la mano.

—Mira, mira, si no es el bicho raro vendiendo exámenes de nuevo.

—¡No soy un bicho raro y devuélveme mi libretita! —Intenté alcanzar las manos de Lenny, pero él era un poco más alto que yo y aprovechó que yo estaba de puntillas para empujarme al suelo.

Me levanté deprisa, intentando controlar las ganas de llorar, y ni siquiera era por el dolor de culo, era por los otros niños que se acercaban y se reían de mí.

—¡Mirad, chicos, Bruce cree que Papá Noel existe! —gritó, haciendo que todo el mundo se riera de mí.

—¡Pero sí que existe! —le grité de vuelta, irritado. —Se lo pregunté a Alexa.

Eso fue suficiente para que las risas aumentaran.

—¿Cómo puedes estar en nuestra clase, dos cursos por delante de la que te tocaría, y ser tonto al mismo tiempo? —Movió la cabeza, burlándose. —¿Acaso Alexa te pidió que llamaras a Papá Noel y oíste la voz de un viejo diciendo que tenías que portarte bien? —Asentí, porque, sí, se lo había preguntado si de verdad existía y

ella prefirió redirigirme directamente a él, que dijo que estaba trabajando a toda máquina para asegurar todos los regalos, pero me avisó de que tendría que portarme bien para conseguir el mío. —¿Ves? Eres muy tonto, Alexa le dice eso a todo el mundo porque está programada para decir eso.

—¡Que no lo es, es mi amiga y los amigos no se mienten el uno al otro!

Miré alrededor, sintiendo que me ardían los ojos cuando noté que todo el mundo se reía de mí.

—Entonces, mira, al final soy más tu amigo que ella. Ahora vamos a ver qué quiere Bruce de regalo, chicos… —Lenny empezó a leer mi cartita en voz alta mientras yo intentaba alcanzar la libretita, pero él me apartaba. —Qué rollo que, aunque fuéramos de la misma clase, ellos fueran dos años mayores y mucho más grandes que yo. —¡Brooke, si no me lo devuelves ahora, voy a llamar a la directora!

—Llama, que le encantará saber que vendes exámenes solo porque estás adelantado dos años. —Me puso la mano en la cabeza, manteniéndome lejos. Mierda, eso era verdad. Estaba jodido. ¿Dónde conseguiría dinero para los cigarrillos de mi padre ahora? La idea era juntar el máximo posible, así, cuando él volviera, podría comprar los de aquí mismo o encargarlos por Amazon. —¡Oye, Lenny, parece que no se la ha enviado, sino que escribió otra! —dijo, haciéndome recordar que después de que nos mudáramos, me rendí de enviar la primera cartita a Papá Noel y escribí otra, pero que al final me olvidé de pedirle a mami que la llevara al USPS.

porque sabía que estaba muy ocupada. —Chicos, Bruce cree que no va a conseguir un padre más de regalo porque ha dicho palabrotas y le ha dado una patada a Bryan Evans.

—¿El jugador de los Niners?

—¿De dónde lo conoce Bruce?

—¡Es mi vecino! Y no es un padre, ¡es mi papá! —grité la respuesta a las preguntas que ni siquiera sabía quién estaba haciendo, porque estaba más preocupado en intentar coger mi libretita, que, de nuevo, fue lanzada a Lenny.

—Oh, mira, le ha pedido a Papá Noel que haga desaparecer a Bryan.

Claro que también había pedido eso. Si ya no tuviera más oportunidades de que mi papá volviera, aún usaría mi pedido de este año como un plan B.

—¿Qué te pasa, Jones? —Sentí la mano de Brooke tirando de mi camiseta cuando intenté correr hasta Lenny. —¡Yo soy de los Niners y no quiero que Bryan desaparezca!

—Si no crees en Papá Noel, no tienes por qué preocuparte, ¡ahora devuélveme eso, Lenny! —Me solté de él, dando un paso hacia atrás antes de correr y empujarlo, pero como eran más fuertes, Brooke no perdió el equilibrio lo suficiente como para caer.

—¡Él cree que si Evans se va, su padre volverá! —Lenny arrancó la hoja de mi libretita y la arrugó antes de tirarla al suelo y pisarla.

—Tu padre se fue porque no eres más que un bicho raro, Bruce.

Escuchar eso me dio aún más ganas de llorar.

—¡No soy un bicho raro!

—Sí que lo eres, tú y tu madre tonta que se queda jugando con cosas de niño en internet.

Pasé el brazo por mi cara, apartando las lágrimas mientras me inclinaba para coger mi mochila.

Podían decir lo que quisieran de mí, pero no dejaría que dijeran nada de mi mami.

—¡Mi mami no es tonta!

—¡Mi madre dijo que sí lo es! Si no lo fuera, habría estudiado y no necesitaría quedarse bailando disfrazada en internet.

—¡Deshaz eso ahora! —grité, irritado. —¡Y ella hace Cosplay! En ningún sitio dice que eso es solo cosa de niños.

—¡No lo deshago! Eres un bicho raro y tu madre es una T-O-N-T-A. Ni aunque Papá Noel existiera, conseguiría hacer que tu padre volviera, ¿sabes por qué? ¡Porque está de acuerdo conmigo!

—Entonces voy a tener que quitártelo de la boca a la fuerza. —Alcé mis puños al aire antes de dejar caer mi mochila al suelo, mucho más aliviado al saber que, para ser un jugador de hockey, solo necesitaba conseguir llamar la atención de los equipos y las

universidades. Como en la NHL siempre había peleas, eso debería valer para algo a la hora de ser elegido en el draft, ¿no?

—¡Quiero verte intentarlo, bicho raro!

Incluso podría no gustarme el apestoso, pero lo que dijo ese día tiene sentido y yo tampoco dejaría que nadie dijera cosas malas sobre alguien que es importante para mí.

CAPÍTULO 23



No dejaré que nadie te lastime.
No dejaré que nadie te rompa el corazón.
Y nadie te abandonará.
Solo intenta no crecer.
Nunca crecer.
NEVER GROW UP - TAYLOR SWIFT

TAYLOR JONES

—Tenemos 30 minutos… —murmuré contra sus labios mientras luchaba por desabrochar su pantalón y bajárselo hasta los muslos, dándole espacio solo para que Bryan se deshiciera de la prenda, dándole una patada para lanzarla a algún rincón de mi salón.

—Entonces vamos a tu baño, así no pierdes tiempo teniendo que ducharte después.

Sonreí, levantando los brazos para ayudarle a quitarse mi blusa. Cuando lo conseguimos, abracé su cuello, dando un pequeño impulso para saltar a su regazo y ser abrazada por él.

—Primera puerta a la izquierda —susurré contra su cuello, dejando que mis dedos se enredaran en su pelo, tirando de él despacio mientras recorría su yugular con mi lengua.

—No necesitamos esto —gimió Bryan al abrir el cierre de mi sujetador y dejar caer la prenda al suelo.

Me llevó hasta mi habitación, pero no se detuvo ahí y siguió directo al baño, sin preocuparse de cerrar la puerta, ya que estábamos solos, encontrándonos a escondidas como dos adolescentes experimentados que ya fuimos.

Suspiré, sintiendo que sus dientes arañaban mi hombro.

La última vez que estuvimos juntos fue hace tres días, el domingo, cuando dejé a Bruce durmiendo en la montaña de cojines que hicimos en el salón, poniendo su *walkie-talkie* a su lado y me llevé el mío conmigo una vez más al apartamento de Bryan.

Fue difícil dormir con tanta indecisión rondando mi cabeza.

No podía volver a actuar como una universitaria impulsiva. Ahora tenía a Bruce y solo la idea de que mi niño también saliera herido de esto me llenó de incertidumbres, por eso, a medida que me acercaba a su puerta, sabía que había tomado la decisión correcta.

Una parte de mí gritaba que meterme con Bryan era buscar sufrir de nuevo y esta vez además corría el riesgo de herir a Bruce, pero la otra, la parte cansada de haber pasado tanto tiempo mintiéndome a mí misma que lo había olvidado, quería agarrar toda y cualquier oportunidad de pasar algo de tiempo con él.

Obviamente, opté por la elección más sensata.

Bueno, eso fue hasta que Evans abrió su puerta con una gran sonrisa y me miró como si yo fuera la mujer más hermosa del mundo.

En el mismo instante, me acordé de lo que dijo sobre que éramos los únicos capaces de complicar las cosas, así que me puse de puntillas y lo besé, dejando de lado todo el discurso sobre no ser una buena idea meternos en algo que afectaría a la persona más importante para mí.

Quizás me arrepintiera de esto en el futuro, pero mientras Bryan me tiraba dentro de su apartamento y me follaba ahí mismo contra su puerta, porque la habitación parecía demasiado lejos, la única cosa que pasaba por mi cabeza es que no me culparía por, después de casi siete años, estar siendo egoísta y pensando únicamente en mí.

—Bruce no puede saberlo aún.

—No tengo prisa, puedo esperar el tiempo que sea necesario, Taylor, quien esperó años puede esperar unas semanas más, meses… —Él aseguró después de que nos vistiéramos y realmente conversáramos. —Solo no quiero tener que seguir actuando como un idiota esperando a que salgáis por la mañana o perdiendo el tiempo en el coche por la tarde solo para verte y hablar contigo.

Moví la cabeza, apartando la pequeña inseguridad de estar haciendo algo mal y empujando los recuerdos para centrarme en el hombre maravilloso que me puso sentada en la encimera, listo para bajarme el pantalón cuando lo aparté.

—Mi móvil —murmuré, poniendo la mano en su pecho y apartándolo para bajarme.

—¿El qué?

—Mi móvil está sonando.

Bryan se pasó la mano por el pelo, bajando la cara como si intentara escuchar lo que yo oía.

—¿Estás segura?

—Orejas de madre —bromeé, saliendo del baño con él detrás de mí.

Encontré mi bolso sobre la cama y lo abrí, oyendo la risa de Bryan.

—Bruce tenía razón, me dijo que tenías superpoderes.

Estaba lista para responder cuando mis ojos encontraron el nombre en la pantalla.

—Es del colegio de Bruce —murmuré, contestando la llamada. —¿Hola?

—Sra. Jones, soy Margot, la directora del San Francisco Unified School, ¿está todo bien?

—Sí —respondí, sintiéndome ligeramente nerviosa, lo que explica mi falta de educación al ni siquiera devolverle la amabilidad de preguntar si ella estaba bien. —¿Ha pasado algo con Bruce?

Bryan se acercó, sentándose en mi cama y tirando de mí para que me pusiera entre sus piernas mientras escuchaba a la directora relatar que mi niño habría comenzado una pelea con un chico de su clase que le hizo *bullying*.

—¿Bruce está bien? ¿Se ha herido? —pregunté, apoyándome en el hombro de Bryan cuando mi corazón se encogió. Si el chico era de la misma clase que él, era casi dos años mayor.

—Ambos tienen algunos moratones y rasguños, Sra. Jones. Acabo de llamar a los padres del otro niño, creo que su presencia es importante para discutir el comportamiento de ambos.

—De acuerdo, sí, también creo que es mejor. Voy para allá ahora mismo.

Terminé la llamada, encontrando los ojos atentos de Bryan en mí y sintiendo que mi cabeza palpitaba mientras me levantaba de su regazo.

—¿Está todo bien?

—Más o menos, parece que Bruce se ha metido en una pelea. Lo siento, pero necesito irme.

—No tienes que disculparte, linda. —Él se encogió de hombros, levantándose también. —Encontraremos otra oportunidad, Bruce es tu prioridad.

Como Bryan parecía estar siendo sincero y no estaba diciendo esas cosas solo para follárme, me incliné, besando su boca antes de alejarme y entrar en mi *closet*.

—¿Quizás una celebración por tu regreso al campo? —pregunté, quitándome el pantalón y poniéndome otro sujetador antes de vestirme con un vestido de flores suelto.

—Como el domingo jugamos en casa, quizás tú y Bruce podáis ir —sugirió, haciéndome reír y casi caerme mientras me calzaba mis bailarinas.

—Estar más de dos horas viendo fútbol americano sería un gran castigo para él después de hoy. —Salí del *closet*, encontrándolo en el mismo lugar, vestido con nada más que unos calzoncillos negros que no escondían mucho su erección. —Solo que dudo que consiga sacarlo de casa para eso.

—Bueno, ya lo arrastraste una vez.

—Fue mejor que cogerlo en brazos y que los dos nos cayéramos, odio patinar.

Cogí su mano, tirando de él conmigo hacia el salón, donde me apresuré a coger mi sujetador y la camiseta de tirantes del suelo mientras veía todos esos músculos contraerse mientras él se ponía el pantalón y la camiseta.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Gracias, pero no hace falta —suspiré, desviando mis ojos de su abdomen y dándome la vuelta para coger mi bolso y las llaves. —Bruce no suele buscar peleas en el colegio, la directora dijo que fue *bullying*, pero sospecho que el otro niño debe haber tocado algún tema sensible para que él perdiera el control de esa manera.

—Lo siento, si puedo hacer algo para ayudarte…

Sonreí, acercándome para besar su mejilla.

—No hay nada que puedas hacer, pero solo con no ser un imbécil y entenderlo, ya es genial para mí.

Salimos de mi apartamento y antes de que Bryan entrara en el suyo, me agarró la muñeca.

—Me voy a quedar todo el día en casa, porque Eric va a esperar el vuelo aquí, así que dependiendo de cómo esté Bruce, si no quieres llevártelo contigo al trabajo o perder el resto del día, podemos pasar la tarde jugando a videojuegos.

—Eso no suena como un castigo —bromeé, no pudiendo dejar de encontrar extraño que alguien, además de mis padres, intentara ayudarme.

—Lo siento, soy pésimo educando a niños. —El jugador sonrió, rascándose la nuca. —El castigo puede ser que tenga que quedarse toda la tarde conmigo, solo viendo a Eric y a mí jugar.

—No sé si es una buena idea —reflexioné, viendo que él se encogía de hombros. —Bruce siempre se vuelve difícil de tratar cuando pierde los estribos, no quiero molestarte.

—No sería una molestia, solo pensé que sería mejor que se quedara en tu trabajo.

Moví la cabeza, de acuerdo.

—Voy a almorzar con Bruce y lo llevaré a la cita con la psicóloga que ya estaba agendada. Sé que la producción quiere dejar varios programas grabados y hay mucha gente esperándome allí, así que dependiendo de cómo esté, hablamos, ¿vale?

—De acuerdo, ahora ya tienes mi número.

—Lo tengo, Bryan. —Volví a abrazarlo, apoyando mi cabeza en su hombro. —Y de nuevo, gracias.

—Como ya te dije, estoy siempre a tu disposición, linda.



Miré por el retrovisor y encontré a Bruce con la cabeza apoyada en la puerta, girando la caja del móvil que le había comprado esa mañana en sus manos.

No era por ser prepotente, pero sabía que le iría bien en el examen de MENSA, así que le compré un móvil sabiendo ya que, además del portátil que ya teníamos, necesitaría el dispositivo para interactuar durante una o dos horas con los otros minigenios de su franja de edad, pero eso solo pasaría cuando el programa empezara; hasta entonces, lo mantendría guardado por su mal comportamiento.

—Mami, me duele el ojo.

Suspiré, sintiendo que se me encogía el corazón con el moratón que se estaba formando alrededor de su ojo derecho. Aunque Bruce hubiera empezado la pelea y el otro chico hubiera salido peor parado, mi corazón de madre estaba encogido al saber que un bobalicón dos años mayor había herido a mi bebé y yo no podría hacer nada al respecto.

—Ya vamos a aliviarte eso de nuevo.

Aparqué el coche frente a la consulta donde Bruce tendría su cita y eché mi asiento hacia atrás, desabrochándome el cinturón.

—¿Puedes soltarte tú solo? —pregunté, viéndolo dejar la caja del móvil en el asiento de al lado y desabrocharse el cinturón. —Ven aquí, mi amor.

Bruce pasó por entre los asientos con facilidad y lo tiré a mi regazo, cepillando su flequillo y besando su frente.

—¿Qué hago contigo, eh? —pregunté al inclinarme para coger la cajita con la pomada que compramos en la farmacia frente al restaurante donde almorzamos, sacando el tubo de dentro para apretar una pequeña cantidad en mi dedo y pasarla en la hinchazón.

—Déjame pensar… ¿No castigarme y darme cariño y amor?

Él sonrió, pero enseguida apretó los labios para reprimir un gemido de dolor.

—¿Más amor y cariño? —Apretaba su barriguita, haciendo que Bruce se retorciera en mi regazo. —Sobre el castigo, ni hablar, jovencito, solo no te han expulsado porque eres muy inteligente.

—Sospechaba que el castigo se mantendría, pero el amor nunca es demasiado, mami. —Sus hombros subieron y bajaron. Él sabía cómo ablandar mi corazón, pero esta vez no caería en la trampa. —No me gusta que estés enfadada conmigo, lo siento por golpear a Lenny y por estar vendiendo exámenes y trabajos.

Esa última información me hizo gemir bajito. Si le contara a alguien que mi hijo de casi siete años estaba sacándole dinero a otros niños con la venta de exámenes que hizo el año anterior, nadie me creería, lo que yo entendía perfectamente, ya que solo lo creí cuando la directora cogió la libretita donde reconocí la letra de mi hijo. Bruce hacía anotaciones sobre las ventas y los pedidos futuros, todo bien organizado para no perderse, teniendo incluso un anexo donde incluía a los morosos.

—No estoy enfadada, estoy decepcionada.

—Eso es lo mismo. —Desvió la mirada, poniendo un puchero.

—No puedes golpear a todo el mundo que te provoque, querido. —Guardé la pomada, viendo que su nariz se fruncía. —Cuando te enseñé a defenderte, era para el caso de que alguien te diera el primer puñetazo, no para que tú lo dieras.

—Pero Bryan dijo que a veces necesitamos resolver las cosas con violencia.

—¿Cuándo dijo eso?

—Ese día que Jessie me dejó solo, el Sr. Evans llegó con la mano herida y me contó que le dio un puñetazo a un tal Scott porque dijo cosas malas de alguien que era importante para Bryan. Usted es importante para mí, mami.

Esa información me tomó por sorpresa, porque nunca fue mi intención causar ningún problema entre Bryan y su agente, pero no podía ser una coincidencia que eso pasara justo el día que le conté todo lo que me motivó a irme y justo después él saliera dando puñetazos.

—Bueno, tú eres lo más importante para mí y yo no he golpeado a Lenny por lo que hizo, y mucho menos a sus padres por llamarte maleducado durante la reunión.

Intenté mantener mi tono de voz normal, al final, Bruce no necesitaba saber que yo deseaba mucho haberlo hecho, ya es suficiente con que él haya distorsionado lo que dije cuando, hace dos años, le di instrucciones de no dejar que ningún matón lo intimidara.

Solo tenía 4 años en esa época y cualquier otro niño se habría olvidado de lo que dije, así como yo misma lo olvidé. Mi error siempre era subestimar la increíble memoria de mi chico.

Él suspiró, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad tengo que devolver el dinero?

—Cuando vuelvas de los tres días de suspensión, sí. —Limpié las lágrimas que corrían por su mejilla. —¿Quieres explicarme por qué hiciste eso también?

—Ahora no, ¿puede ser más tarde? Así te enfadas de a poco y no mucho de golpe.

Eso casi me hizo reír. ¿Cuándo se volvió tan listo mi bebé?

—Está bien, ahora tenemos que entrar a la consulta con la tía Mona, solo… —Fui interrumpida por mi móvil sonando en la consola. Cogí el aparato, no siendo la única en ver el nombre de Bryan en la pantalla, ya que Bruce frunció la nariz y los labios cuando contesté la llamada. —¿Hola, Bry?

—Oye, linda, ¿qué tal fue? ¿Bruce está bien?

Miré a mi niño, que parecía incluso haberse olvidado del dolor.

—Está bien dentro de lo posible.

—Ah, menos mal, yo ya estoy en casa con Eric, así que si necesitas a alguien para que se quede con él, estoy a tu disposición.

—Aún no he conseguido parar para llamar al estudio, pero gracias por eso —agradecí, tocando la nariz arrugada de Bruce. —

Voy a entrar con él a la psicóloga, hablamos en cuanto salga, ¿vale?

—Combinado. Hasta luego.

—Hasta luego, Bry.

—¿Por qué tiene su número? —fue lo primero que mi hijo preguntó cuando colgué la llamada.

—Bueno, Bryan debe haber guardado el contacto después de que lo cogiera en conserjería para avisarme de Jessie.

Bruce movió la cabeza.

—¿Cómo sabe que me peleé en el colegio?

Solté un suspiro pesado con el interrogatorio, odiaba tener que mentirle, pero sabía que no acabaría en esa pregunta.

—Bryan estaba cerca cuando la directora me llamó.

Mi chico volvió a mover la cabeza, ahora entrecerrando los ojos.

—¿En el pasillo?

—Cerca de ahí.

—Lo sospechaba. ¿Te has dado cuenta de que siempre está saliendo al pasillo cuando nosotros ponemos un pie fuera de casa? —Esta vez fui yo quien movió la cabeza, de acuerdo. —Creo que ya entiendo lo que está pasando…

Me ajusté en el asiento, un poco nerviosa. No había posibilidad de que lo supiera, ¿verdad? Fuimos muy cuidadosos.

—¿Qué está pasando, mi amor? —pregunté, mi voz se redujo un poco.

—Él también tiene superpoderes. Solo no sé si es el de ver a través de las paredes o el de oír muy bien.

Sonreí, tirándole de la oreja suavemente.

—Bueno, espero que no los tenga. La única que puede tener poderes aquí soy yo. No quiero que te vuelvas más fan de él que de mí y de Batman.

—Quizás… —bromeó, riéndose cuando le tiré de la oreja una vez más. —Es broma, mami, es broma… Él es más un villano que un superhéroe.

—Bryan es un buen tipo, no lo veo como un villano.

—Quizás, pero después de lo que le pasó a mi amigo Max, tenemos que tener cuidado, pero tranquila, mami, que yo lo voy a

investigar.

Me mordí el labio, pensando que, de hecho, él podría hacerlo fácilmente, pero que no era un superpoder. Miré a mi niño, que parecía entusiasmado con el tema, ya olvidándose de su dolor, y pensé que eso quizás lo ayudaría a acercarse a Bryan. Bruce era inteligente, no tardaría en entender que el jugador era una buena persona.

Abrí la puerta del coche, riéndome mientras lo ayudaba a bajar antes de hacer lo mismo yo.

—Bueno, Bruce es nombre de un gran investigador, creo que nadie mejor que tú para descubrir si Bryan es un villano o no.

—Déjamelo a mí, mami, voy a resolver esto y a asegurar que estemos a salvo juntos.

—Siempre y cuando no seas grosero con Bryan… —le advertí, viendo que su nariz se fruncía.

—¿Cuándo el Batman protege la ciudad sin tumbar a un villano u otro? —refunfuñó, moviendo la cabeza antes de resoplar. —Vale, mami, prometo que seré educado.

—Eso me hace feliz. —Cerré la puerta, agarrando su mano. —Bryan puede ser nuestro amigo.

Él gruñó algo bajito que no entendí.

—No sé, creo que puede, si no es un villano, claro.

—Sí, bebé, ese es un detalle muy importante. ¿Ahora vamos? La tía Mona ya debe estar esperándonos.

Bruce asintió, caminando a mi lado sin dejar de quejarse de cómo se puso nervioso para nada con el test de coeficiente intelectual de hoy, pero que sospechaba que le habían puesto el del primer año, porque fue tan fácil, pero tan fácil que, en su opinión, cualquiera que supiera que DC era mejor que Marvel sería capaz de hacerlo.

Intenté sonreír a mi niño mientras pensaba en la conversación que tuve con su psicóloga más temprano, cuando la llamé después de que supe que los chicos lo estaban provocando porque él le pidió a Papá Noel que trajera a su padre de vuelta.

Ambas llegamos a la conclusión de que ya era el momento de conversar sobre los motivos de la ausencia de su padre, un tema

que estaba siendo inevitable, pues todo su foco se centró en eso en los últimos meses y yo no aguantaba más huir de sus preguntas o dejarlo con la falsa esperanza de que Julian en cualquier momento pudiera tocar a nuestra puerta y le diera todo el amor que él se merece.

Yo estaba segura de que Bruce entendería que el hecho de no tener a su padre de sangre no significaba que no pudiera vivir todas las experiencias y recibir el amor de un padre de verdad.

Si dependiera de mí, él nunca tendría nada menos que la presencia de alguien que mereciera compartir conmigo el honor de ser su superhéroe favorito fuera de los cómics.

CAPÍTULO 24



Daré todo, daré todo por nosotros
Daré lo que sea, pero no me rendiré
Porque tú sabes, tú sabes, tú sabes que…
FAR AWAY – NICKELBACK

BRYAN EVANS

Cuando el timbre sonó, salté de la silla, haciendo que Eric casi escupiera su refresco mientras se reía de mí.

—Tranquilo, Bryan, ella no se va a escapar.

—¡Cállate la boca, adoptado! —gruñí antes de darme la vuelta hacia él. —Si haces alguna tontería...

Mi hermano levantó las manos al aire, riendo.

—No voy a hacer nada de lo que me arrepienta.

—Eric, hablo en serio —le avisé, volviendo a caminar hacia la entrada, pero antes de que llegara a la manilla, el timbre empezó a ser presionado sin parar.

Abrí la puerta a tiempo de ver a Taylor apartando la mano de Bruce del interruptor.

—¡Bruce! —le regañó.

—¿Qué, mami? ¡Se estaba tardando!

Pensé en sonreír, pero el ojo morado del niño me hizo agacharme y ponerme a su altura, preocupado.

—Vaya, campeón, parece que te has metido en problemas.

Bruce sonrió un poco, encogiéndose de hombros.

—Entonces el otro chico se metió en uno más gordo.

Su respuesta casi me sacó una risa, pero me bastó con mirar a Taylor para tragármela.

—Quizás deba doblar tu castigo de estar dos semanas sin ver la tele, eso te hará sentir menos orgulloso de todo lo que ha pasado.

Levantó la cara para mirarla en shock, sus ojos verdes ligeramente abiertos ante la posibilidad.

—Pero, mami… —gimoteó, volviendo su atención hacia mí, pero ahora enfadado. —¡La culpa es suya!

Me levanté, mirando a Taylor, sin entender la acusación del niño.

—¿Por qué es culpa mía?

—La culpa no es de Bryan si has optado por resolverlo con violencia porque han hablado de alguien que te gusta, Bruce.

Joder, de verdad le había dicho eso hace unos días, en el pasillo.

Uy.

¿Cómo iba yo a saber que el niño se lo iba a tomar como una lección de vida?

Puse mi mejor sonrisa de disculpa, pero Taylor arqueó una de sus cejas y movió sus labios en un silencioso "hablamos más tarde".

Si su intención era asustarme, algo había salido mal, porque en lo único que podía pensar era en lo jodidamente buena que estaba con esa expresión de enfadada.

Les di espacio para que entraran, aún sin creer que ella hubiera aceptado mi oferta de ayuda con el niño, que probablemente estaba sintiendo dolor y se enfadaría a lo largo del día por estar atrapado en un estudio.

Lo primero que hizo Bruce nada más pisar mi apartamento, fue correr a mi sofá, cogiendo ya uno de los mandos con la intención de encender la consola, pero Taylor se paró a su lado y le tendió la mano, pidiéndoselo de vuelta.

—¿Qué es lo que hablamos en el coche, jovencito?

—Has dicho que no podía ver nuestra tele, pero nunca has dicho nada sobre la del vecino.

—Entonces voy a dejarlo claro, mi amor, tienes prohibido ver todas las teles del mundo.

Él no insistió, porque probablemente solo estaba intentando ser un pillo y encontrar un resquicio en las reglas de su castigo. Eric, que estaba sentado en uno de los taburetes detrás del sofá, se levantó sin disimular su diversión ante la interacción de los dos.

—¡Tú debes ser Bruce! —Mi hermano rodeó el sofá y se acercó a donde él estaba, estirando la mano cerrada en un puño para que el chico lo saludara con un choque de puños. —Tú… Vaya… —Desvió los ojos de Bruce hacia mí antes de abrir y cerrar la boca varias veces. ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Estás bien?

Fue Bruce quien preguntó, lanzando una de sus miradas inquisitivas a mi hermano.

—Sí, es que… —Eric se agachó, sonriéndole. —Me ha impactado. ¿Sabías que tu nombre es el de un gran personaje de DC?

El niño sonrió, asintiendo.

—Sí, ¡Bruce como Batman! —Me miró de reojo y resopló. —Es tan fácil, no sé cómo alguien puede confundirse.

—¿Pero quién piensa en otro Bruce que no sea Wayne? —Eric lo imitó y el niño me señaló, haciendo que Taylor gimiera y el adoptado se riera, despeinándole el cabello, que sonrió de vuelta. Si hubiera sido yo, ya no tendría dedos. —Ah, pero tienes que tener un poco de paciencia, Bryan solo entiende de deporte y mujeres, yo me quedé con todo el talento para la cultura *geek*.

—¿Mujeres? —El niño arrugó la nariz, entrecerrando los ojos en mi dirección.

—Eric… —advertí, viendo a mi hermano pasarse los dedos por el pelo antes de rascarse la nuca, mirando de Bruce a mí y luego a Taylor. ¿En qué estaba pensando?

—Claro, ¿tú eres Taylor? —El adoptado se acercó a ella, saludándola con un beso en la mejilla y una risa nerviosa, lo que me preocupó. Siempre decía una burrada cuando estaba nervioso. La cuestión era… ¿por qué? Desde que empezó a salir con Ash, nunca más tartamudeó con otras mujeres, ahora, no le quitaba los ojos de

encima. Joder, si este imbécil está prendado de mi chica, lo reventaría y encima lo chivaría a Ashley. —Qué bien ponerle por fin cara a la chica que ayudó a Bryan a romper mi sable.

Los ojos castaños me miraron confusos y me acerqué a ella.

—No me mires así, fuiste tú quien lo robó —susurré, tapando la visión de Bruce de mi boca. —En mi defensa, necesitaba inventar una excusa lo suficientemente embarazosa para que él no siguiera tocando el tema.

—Mi madre tiene dos sables, dice que uno de ellos es más viejo que yo.

—Espera, pero dijiste que rompiste mi sable en el...

—Eric, creo que ya has hablado demasiado. —Lo interrumpí, pasándome la mano por el pelo, ligeramente avergonzado.

Hijo de la gran puta, debería haberme imaginado que intentaría, de alguna manera, devolvérmela por las veces que me metí con él delante de Ashley.

—Tengo que irme, porque de verdad llego tarde. Ha sido un placer conocerte, Eric. Y disculpa por tu sable, pero Bryan lo usó para saldar su deuda conmigo. El roto que tenías tú era el mío. —Taylor sonrió un poco sin gracia y se acercó para besar la frente de Bruce, haciendo que él repitiera que se portaría bien.

—¡Qué coño! —Eric se mordió la lengua para no soltar la palabrota cuando Taylor le dio un codazo, riéndose de su reacción y señalando a Bruce, que parecía atento a todo lo que hablábamos. —¡Bryan, me debes un sable!

—Siempre te lo he debido y nunca lo he escondido. —Me encogí de hombros. —La diferencia es que no volviste a sacar el tema. —Miré a Taylor, que volvió a entrecerrar los ojos. Era genial en eso. La maternidad era aterradora. —Gracias por esto, Jones.

—De nada, Evans.

—Te acompaño a la puerta.

Le lancé una mirada a mi hermano, pero él ya estaba sentado al lado de Bruce, comentando algo que hacía reír al niño. Como Taylor me dio un ligero tirón en la camiseta, los dejé a los dos allí y la acompañé fuera de mi apartamento.

—Me da miedo preguntar —fue lo primero que dijo cuando cerré la puerta detrás de nosotros. —¿Qué le dijiste a tu hermano?

—Lo siento, era un gran gilipollas en ese momento y puede que le dijera que rompí el sable golpeando tu trasero.

La boca de Taylor se abrió en shock y sus mejillas se sonrojaron mientras aguantaba la risa.

—¡Dios mío, Bryan! —Ella me dio un puñetazo en el brazo, lo que hizo que se me dibujara una pequeña sonrisa, aliviado de que no se sintiera ofendida.

—Tú, más que nadie, sabes lo imbécil que era al principio. —Rodeé su cintura, atrayendo su cuerpo al mío.

—Bueno, en eso tienes razón, solo que no contaba con tanta… ¿creatividad?

—Como dije, él nunca me dejaría en paz si no fuera un contexto sexual.

Taylor chasqueó la lengua, volviendo a reírse.

—Necesito ir a trabajar, pero desmiente eso a tu hermano —ordenó, dándome un codazo en el pecho. —Y, por favor, cualquier problema con Bruce…

—Te llamo —le aseguré, inclinándome para besar su boca mientras forzaba su cuerpo a caminar hacia el ascensor, solo quitando mis manos de ella para presionar el botón cuando nos acercamos a él. —Vamos a estar bien.

—Espero que sí, por alguna razón, él cree que tienes superpoderes y eres un villano.

—Gracias por el aviso, seré el tío más guay del mundo hoy. —Parpadeé, haciéndola sonreír. —¿El helado está permitido?

Taylor se detuvo a pensar y yo puse la mano en la puerta del ascensor para sujetarlo allí.

—El helado está permitido si me traes un poco a mí.

—Está bien, pero tienes que venir a buscarlo después de que Bruce se duerma.

Ella miró hacia el final del pasillo, suspirando antes de ponerse de puntillas y pegar sus labios a los míos.

—Con toda seguridad voy a ir. Tienes una bañera, ¿verdad?

—Preciosa, tengo un hidromasaje.

Taylor se alejó, mordiéndose el labio mientras empezaba a entrar en el ascensor.

—Me gusta eso, Evans. —Quité la mano de la puerta cuando ella suspiró. —Quién sabe si no rompemos un sable, me gustó esa idea.

Gemí con esa escena formándose en mi mente, y antes de que las puertas se cerraran completamente, me metí en el pequeño espacio entre ellas, haciendo que Taylor soltara un gritito.

—¡Las cámaras!

—Que se jodan las cámaras, bombón. No puedes decir algo de ese tipo y no esperar que te acompañe hasta tu coche.



—Siento la tardanza —murmuré, cerrando la puerta y encontrándome con los dos sentados en mi mesa con Bruce inclinado sobre unos cuadernos y mi hermano usando su móvil.

—Tenemos que hablar. —Eric se levantó, ajustándose las gafas mientras caminaba hasta donde yo estaba y cogía las cajas de mis manos. —A tu cuarto. Ahora.

—Mira, tío, si es por el sable…

Él se fue caminando incluso antes de que yo terminara.

—Bryan, solo ven.

—Vale. Bruce, ¿puedes quedarte exactamente donde estás mientras veo qué quiere Eric?

—Puedo.

Volví a la puerta, cerrándola con llave y guardando la llave en el bolsillo antes de seguir en la misma dirección en la que mi hermano había desaparecido. Joder, no había la más mínima posibilidad de que yo perdiera a ese niño o dejara que alguna cagada sucediera.

—Sé rápido, porque… —empecé a hablar cuando entré en el cuarto, pero Eric ya estaba frente a mí, tirando de mí lejos de la puerta y cerrándola detrás de mí. —¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —Él se rió, visiblemente nervioso mientras empezaba a caminar de un lado a otro. —Me dijiste por teléfono que no había posibilidad de que el niño fuera tu hijo, y luego llego aquí y me encuentro una copia de papá de pequeño que frunce la nariz igual que tú cuando está molesto con algo.

—¡Qué locura! —Esta vez, yo me reí. ¿Una copia de papá? —¿Cómo diablos te acuerdas de algo así?

—¡Probablemente porque tengo memoria fotográfica igual que ese niño en la sala!

—El niño es un minigenio, claro que la tiene. Si no fueras tan vago, tú también habrías usado más tu inteligencia.

—Y, aún así, ¿no consigues ver las similitudes?

—Coincidencias —corregí, sintiendo que mi estómago se revolvía. No era posible. Ella no me mentiría, ¿verdad? No tenía motivos. —Eric, hablamos, ¿sabes? Bruce sufre por no tener a su padre, Taylor no mentiría si él fuera mío y, créeme, ella no parecía tener dudas sobre eso.

Mi hermano se ajustó las gafas, frotándose la cara.

—Yo no estoy loco, Bry, yo… —él intentó argumentar, pero la notificación de su móvil lo detuvo. Tragué saliva cuando mi hermano sacó el móvil del bolsillo y lo manipuló. —Puta mierda, mira esto.

Le quité el móvil de la mano, viendo una foto antigua de un niño enviada por nuestra madre.

—Esto solo puede ser una broma —gemí, angustiado con la sensación de que el puto corazón me latía dentro de la cabeza, casi reventándome los tímpanos, sin poder creer lo que estaba viendo. —¿Es papá?

—Sí, le envié un mensaje a mamá tan pronto como vosotros dos os fuisteis. Yo sabía que no me ibas a creer, así que necesitaba mostrártelo.

Miré la foto una vez más, solo pudiendo caminar hasta mi cama antes de desplomarme sentado en ella, sin poder apartar la mirada, pues las similitudes estaban allí, incluso escondidas detrás

de algunas características específicas de mi padre, era evidente la semejanza en la forma de la cara, en la manera de sonreír e incluso en sus orejas.

—No hay manera —murmuré aquello más para intentar convencerme a mí mismo que para cualquier otra cosa. No. No había la más mínima posibilidad. —Estuvimos juntos por 8 semanas, conté. Ella dijo que descubrió el embarazo con 10, las cuentas no cuadran, Eric.

Curvé el cuerpo, llevándome las dos manos a la nuca mientras intentaba respirar con dificultad.

Joder.

—Respira, Bry. —Sentí las manos de él en mis hombros, obligándome a corregir mi postura y levantar la cara.

Mi hermano se estiró para tirar de la silla gamer que estaba en la esquina de mi cuarto, sentándose frente a mí.

—Estoy… intentando… ¿Ella… mintió?

Eric suspiró, negando con la cabeza.

—Taylor no parecía ni un poco preocupada por esconder algo.

—Estoy muy confundido —gruñí, tirándome de mi propio pelo.

—Calma, ¿vale? ¿Qué te contó ella después de que os reencontrasteis?

Apreté los ojos con fuerza, frotándome la barba que empezaba a crecerme.

Quería mucho creer que era solo una coincidencia, pero mirando la foto de mi padre, era imposible negar las similitudes y eso me hizo devolverle el móvil a mi hermano.

—¿Bry?

Suspiré, intentando centrarme en Eric.

—Ella me dijo que se fue porque descubrió el embarazo y tuvo miedo de que yo la rechazara.

—¿Hay algún detalle más?

—No lo sé, no consigo pensar ahora —confesé, sintiendo un peso enorme en mi nuca y hombros.

—Está bien. —Las manos de mi hermano se posaron sobre las mías cuando las froté contra el pantalón que llevaba, nervioso. —

Aquel día que hablamos por teléfono, dijiste que Scott impidió que Taylor hablara contigo, ¿qué fue lo que hizo exactamente?

Apreté mi mandíbula solo con acordarme del hijo de puta que no veía desde entonces y que no dudó en soltar a los medios sobre mi posible cirugía ayer, haciendo que todo el equipo médico de los Niners lo desmintiera y ya anunciara que yo volvería a jugar este sábado. A Scott se lo debió de llevar el puto diablo, pero esa había sido la última vez que me jodería.

—Le llenó la cabeza de porquerías sobre cómo un niño, que por cierto ni siquiera era mío, afectaría a mi carrera.

Mi hermano se quedó en silencio, acariciándose el lateral de su cabeza mientras murmuraba algo para sí mismo y miraba al suelo.

—Esa parte, la entendí, pero ¿cómo se enteró de que ella estaba embarazada? ¿Ella fue a hablar con él?

—Eric, todo eso es lo que Taylor me contó, no estoy entendiendo a dónde quieres llegar. ¿Qué tiene que ver Scott con esto?

Mi hermano se ajustó las gafas en su nariz, mirándome con sus ojos marrones, serio.

—Bryan, si ella no está mintiendo, entonces la otra opción que tenemos es Scott, porque no conozco a otra persona que tendría tanto interés en alejarte de ella. Sabemos que es de su naturaleza manipular a varias personas y situaciones, ya que es lo que te ha pasado en estos últimos años.

—¿Crees que él…?

Puta mierda, no era posible.

—¿Si creo que Scott, de alguna manera, movería sus hilos para adulterar una prueba? Con toda seguridad. Eras la gallina de los huevos de oro para él, Bry. En su cabeza, un niño arruinaría tu carrera y, en consecuencia, la suya. Ella era nueva, estaba asustada y frágil, todo lo que Scott necesitaba para alejarla de ti y lo consiguió.

Por muy interesado e hijo de puta que fuera Scott, la hipótesis de que hubiera saboteado incluso eso en mi vida, parecía muy surrealista.

Solo que, por otro lado, era más aceptable que él hubiera hecho cualquier cosa a que Taylor me hubiera mentido.

Ella se desdobló para criar al niño sola y siente el dolor del hijo por no tener un padre presente.

De todas sus decisiones, que en mi opinión fueron pésimas, pero que tenían sentido desde su perspectiva, mentirme nunca estuvo entre ellas.

—En esa última semana, antes de que Taylor desapareciera, yo había discutido con Scott para aceptar la propuesta de cualquier equipo de la región. Ella se encontraba mal esa semana y yo usé eso como justificación para él, porque sería jodido de cojones estar al otro lado del país preocupado por ella y sin poder hacer nada — empecé, recordando exactamente la cara de burla que mi ex agente puso. —Él intentó argumentar que eso resultaría en menos contratos de publicidad y que yo sería engullido por el olvido, siendo que yo tenía una carrera brillante por delante.

Necesitaba aclarar esta historia, pero dudaba que fuera a contestar una llamada mía, así que mi única opción era volver a su edificio. Y eso, bueno, estaba casi seguro de que no lo conseguiría después de haberle roto la nariz.

Además de que si él descubría el verdadero motivo por el cual le pegué, no lo pensaría dos veces antes de airearlo por ahí y eso afectaría tanto a Taylor como a Bruce, lo que yo no estaba dispuesto a dejar que sucediera.

Scott podía hacer lo que quisiera conmigo, pero yo le rompería todos sus dientes incluso antes de que pensara en abrir su boca inmunda para involucrarlos en eso.

Pasé la mano por mi cabello, no queriendo creer que él había sido capaz de hacer algo así, pero o era eso, o Bruce era de verdad hijo de Julian.

—Ese hijo de puta… —Eric gruñó, levantándose y empezando a caminar de un lado a otro mientras maldecía a Scott.

Yo permanecí allí, sentado por un tiempo más, sintiendo que estaba dentro de una de esas malditas telenovelas mexicanas repletas de dramas y giros surrealistas.

Padre… Eso nunca se me había pasado por la cabeza antes.

Sentí que mis ojos se aguaban solo de imaginar que un hijo de puta había privado al niño, que acaba de pegarle puñetazos a alguien porque hablaron de su padre, de convivir con uno que lo amaría más que nada.

Pero si todo esto fuera una coincidencia y Bruce no fuera mi hijo, aun así, me dedicaría al máximo a ser lo que él necesitara, al fin y al cabo, era imposible mirar al niño sonriendo y no pensar que era la misma sonrisa que me hizo enamorarme de Taylor años atrás.

Ella era tan increíble que me dolía pensar que tuvo que enfrentarse a todo aquello no solo durante los meses de gestación, sino también hasta hoy y…

—Algo todavía no tiene sentido… —susurré, haciendo que Eric dejara de murmurar solo y me mirara. —En Los Ángeles, de acuerdo, pero cuando se fue a Sacramento, los médicos de allí se habrían dado cuenta del error, ¿no?

Mi hermano se tiró de su propio pelo, tan confuso como yo.

—Tal vez… En realidad, todo en esta historia parece un poco surrealista, pero no consigo ver otra explicación, Bry. Solo necesitaba manipular los análisis, hablar con algunos médicos.

Me levanté, negando con la cabeza.

—No, no lo estás entendiendo. ¿Cómo iba a mantener esa mentira durante todo el embarazo? Ella se fue, Eric. Yo sé que Scott es un desgraciado, pero no me parece realista la idea de que se quedara sobornando a médicos en otros estados solo para mentir sobre el tiempo de gestación de Taylor.

Mi hermano se quitó las gafas, frotándose la cara, tan exasperado como yo.

—No serían médicos, Bry. El único que lleva el seguimiento del embarazo es el obstetra, así que sería solo uno. Todo lo que él dijera, ella lo aceptaría. Pensemos juntos. ¿Cómo puede Taylor haber quedado embarazada de un hijo tuyo cuando ni siquiera la conocías? Si de verdad fue Scott, lo habría llevado hasta el final, porque si no se hubiera dado un modo de ir tras ella y continuar con su plan, tan pronto como ella desconfiara, vendría a buscarte a ti. No son dos meses de diferencia, son solo dos semanas. ¿Hay alguna posibilidad de que esas pruebas den información errónea?

—No sé qué pensar ya, Eric, yo solo… —Dejé que mis hombros cayeran mientras asimilaba sus palabras y me quedaba callado.

Joder.

Dos semanas.

Dos putas semanas.

Pasé la muñeca por mis mejillas, secando las lágrimas que dejé escapar.

Dos malditas semanas siempre fueron el motivo por el cual Taylor nunca me consideró como padre de Bruce.

—Bryan, ¿está todo bien?

Sin responder, salí del cuarto, dando no más de cinco pasos para tener la vista de la mesa donde el niño debería estar sentado, aterrorizándome cuando no lo encontré allí.

—Dios mío, ¿dónde…

—Ahí. —Eric me empujó ligeramente, señalando el sofá, donde Bruce estaba tumbado con los brazos debajo del cuerpo y girado con la cabeza hacia el lado contrario de donde mi tele pasaba una repetición de un partido de hockey. —¿Los brazos debajo del cuerpo te recuerdan a alguien?

Sentí que mi corazón fallaba un latido cuando un torbellino de emociones cayó sobre mí.

Bruce estaba tumbado exactamente como yo solía dormir hasta mis 16 años, solo consiguiendo perder ese hábito cuando empecé a sentir dolores en los brazos y eso me afectó en los partidos durante el High School.

Me cago en la puta. No había la más mínima posibilidad de que ese niño no fuera mío.

—Sí, mi hermano, tienes que resolver esto y entender lo que pasó, porque, o esa prueba está equivocada, o tú te acostaste con Taylor dos semanas antes de lo que recuerdas.

—Creo que ya he entendido todo —le murmuré, caminando hasta el sofá para tocar el pelo suave de Bruce, notando, por primera vez, el remolino que, al igual que yo, él tenía en la parte de arriba de su cabeza. Vi que se le arrugaba la nariz como todas las veces que lo toqué y me fue imposible controlar las lágrimas, porque la realidad me estaba golpeando como un puñetazo en el estómago.

Bruce, el niño que vivía metiéndose conmigo, podría ser mío y de Taylor.

Me apresuré a secar las lágrimas antes de que él se diera cuenta. No existía la posibilidad de que yo dijera cualquier cosa que pudiera crear esperanzas en él y, al final, yo estuviera equivocado. Él no merecía pasar por eso.

—Oye, amiguito, creo que tu madre dijo que tenías prohibido ver la tele.

Contuve la risa mientras él fingía dormir, un pésimo actor, ya que nadie duerme con los ojos apretados de esa manera.

—No estoy viendo, Sr. Evans. Mis ojos están cerrados, así que estoy siguiendo las reglas de mamá de no ver y solo escuchando.

Suspiré, dividido entre hacer lo que era correcto u optar por lo que, más que nunca, podría hacer que le gustara.

Mierda. Esta era una decisión difícil y yo esperaba que, en el futuro, cuando Taylor entendiera todo, no me juzgara por aquello.

CAPÍTULO 25



Cuando ames a alguien, te sacrificarás
Darías todo esto que obtuviste
Y no te lo pensarás dos veces
Lo arriesgarías todo sin importar lo que pueda venir
Cuando ames a alguien
WHEN YOU LOVE SOMEONE – BRYAN ADAMS

BRUCE JONES

—Estás raro —dije, no aguantando más ver al feo mirarme de esa manera.

—¿Lo estoy? —Él se rió de una forma divertida, pasándose la mano por el pelo antes de mirar a su hermano, que también estaba raro.

—Sí que lo estás. —Me acomodé en el sofá, girando la cara rapidísimo cuando me di cuenta de que casi miraba la tele. Esto hizo que los dos se rieran.

—Te dije que si quieres verla, será nuestro secreto.

Negué con la cabeza, sabiendo muy bien lo que él quería con eso.

Si yo fuera un vilano, también intentaría delatar a mi adversario a su mamá.

Sería una buena forma de que él me doblara el castigo y me robara a mi mamá.

Miré a Eric, su hermano, que había abierto la bocaza para delatar al apestoso y confirmar mi sospecha de sus superpoderes con las mujeres, solo dándome aún más certeza de que necesitaba echarlo lo más rápido posible antes de que desapareciera con mi mamá o algo por el estilo.

Probablemente mi mamá se enfadaría, pero si lo hiciera hoy, ya aprovecharía que estaba enfadada conmigo de todas formas.

—Tío, se me está haciendo la hora.

—Creo que podemos llevar a Eric al aeropuerto y tomar un helado, ¿qué te parece, Bruce?

Me encogí de hombros. A mí me gustaba el helado.

—¿Voy a hacer pipí, puede ser?

—Claro, ¿necesitas ayuda?

Fruncí la nariz para él, no le respondí mientras saltaba del sofá y corría hasta su baño, que incluso era parecido al nuestro.

Hice mi pipí y para conseguir lavarme las manos, tuve que coger un bote grande de gel para subirme e intentar abrir el grifo, pero como solo lo abrí un poco y el agua cayó más lejos que en mi mano, fui hasta la bañera enorme, que era igual a la nuestra. Abrí las válvulas, mojándome la mano y alejándome para coger un poco de jabón antes de empezar a frotar una mano con la otra, contando de 1 a 20 porque la profesora decía que necesitábamos veinte segundos para quitarnos todos los bichitos de la mano.

Cuando terminé, busqué la toalla y la encontré un poco más alta de lo esperado.

Miré a mi alrededor hasta encontrar un escurridor de baño en la esquina de la ducha.

Corrí hasta él, volviendo al lavabo para pinchar la toalla e intentar desenroscarla, pero cuando lo conseguí, no me dio tiempo a cogerla y se cayó al suelo.

—¡Ah, qué mierda! —me quejé, devolviendo el escurridor de baño y recurriendo al papel higiénico del apestoso, pero como mi mano estaba muy mojada, necesité usar bastante porque cuanto más tiraba, más se rompía.

—¿Bruce?

Tiré un poco más y me sequé lo máximo que pude. Cuando terminé, me acerqué a la basura y apreté el pedal con el pie, sin embargo, como no se abrió, me negué a meter la mano allí y lo tiré todo dentro del váter, tirando de la cisterna antes de correr fuera del baño, tropezando con el feo.

—Oye, ¿todo bien?

Levanté mi cara, viendo al apestoso con unas gafas de sol y una gorra. ¿Quién usaba eso dentro de casa?

—Sí, claro, ¿puedo llevar mi cuaderno para dibujar?

—Puedes, claro.

Corrí al salón, metiendo todos mis cuadernos dentro de la mochila e intentando ponérmela en la espalda.

—Deja que te ayude. —El Sr. Evans la sujetó, ayudándome a meter los brazos antes de, una vez más, mirarme raro y tocar mi pelo, haciendo que algo se removiera dentro de mi barriga que casi me hizo sonreír, pero cuando me di cuenta, me esquivé, saliendo por la puerta con ellos, pero quedándome parado mientras los dos iban conversando sin mí.

Fue solo cuando llegaron al ascensor, que vieron que me había quedado atrás.

—Bruce, ¿no vienes? —preguntó el apestoso, pareciendo confundido.

—¿Nadie me va a dar la mano? —pregunté, levantándola en el aire. Los dos se miraron entre sí y el tal Eric se rió, diciendo que Bryan estaba jodido. Y sí que lo estaba, pero yo no podía andar sin darle la mano a un adulto. Queriendo o no, yo todavía era un niño y, aunque no me gustara, no era una opción.

—Lo siento mucho, amiguito.

—No te preocupes, nunca espero mucho de ti.

Esto lo hizo parar de andar.

—¿Qué?

Miré para arriba, notando su frente fruncida.

—Puedes ser bueno con las mujeres, pero no eres bueno con los niños.

Él negó con la cabeza, riendo.

—Soy genial tanto con mujeres como con niños y te lo voy a mostrar. —Fruncí la nariz, confundido, pero Bryan me apretó la puntita antes de agacharse a mi altura y pasar el brazo a mi alrededor, quitándome los pies del suelo y tirándome encima de su hombro.

La primera cosa que hice fue gritar, pero en lugar de asustarme, mi barriga se quedó helada y yo solo quería reírme mientras intentaba sujetar mi mochila al mismo tiempo que me agarraba a su espalda con miedo de caerme.

¡Era muy guay!

—Déjalo conmigo, amiguito. —Eric cogió mi mochila mientras me sonreía. —Bry, ¿sabes que si de verdad lo eres, a mamá le va a dar un ataque, ¿verdad?

—¿Un ataque como el del Joker y Harley Quinn? —pregunté, haciéndolos reír.

Miré al espejo del ascensor, viéndome colgado en el hombro de Bryan, que miraba al mismo lugar que yo, sonriendo de una forma extraña.

—No, Bruce, Eric quiso decir en el sentido de que nuestra mamá se pondrá contenta.

Me encogí de hombros, sin entender nada de lo que estaban diciendo. La única cosa que yo sabía, es que si Bry no fuera un villano queriendo robar a mi mamá, incluso podría ser un buen amigo.



—¿Por qué llevas gafas y gorra? —pregunté, curioso.

El Sr. Evans se rió, inclinándose para susurrarme al oído.

—Es mi disfraz.

Tragué saliva. ¿Disfraz?

—¿Y por qué necesitas un disfraz?

Los superhéroes necesitaban disfraces, pero los villanos también.

—Para tener privacidad. Generalmente cuando me reconocen, se acercan e invaden mi privacidad.

—Eric habló de tu superpoder con las mujeres —recordé, viendo que su boca se torcía.

—Bueno, ellas son las más afectadas. —Él se rió, pareciendo que le hacía gracia. —Pero también pasa con los hombres y los niños.

—Mmm…

Cogí la cuchara, cogiendo el resto de mi helado mientras empezaba a preocuparme. ¿Los niños también?

—¿Estás bien? Te quedaste calladito de la nada. —Bryan también terminó su helado, ajustándose la gorra en la cabeza. —Sé que empezamos mal cuando te mudaste, pero sabes que podemos ser amigos, ¿verdad?

Yo tenía pocos amigos y siempre me gustaba tener más, y más aún si me pagaban el helado, solo que, bueno, no se podía ser amigo de quien quería robarte.

—Ya lo sé, pero ¿cómo voy a ser tu amigo si quieres robarme a mi mamá? —Cogí unos papeles para limpiarme la boca.

Bryan casi escupe el resto de su helado, también cogiendo algunos antes de toser.

—¿De dónde has sacado eso, amiguito?

Me encogí de hombros.

—Os estáis sonriendo el uno al otro. También vi a mamá tocando tu brazo y tú el de ella, Joshua dijo que la profesora de natación de Max hizo eso con su padre y él se fue, dejando a Max y a su mamá solos.

El feo negó con la cabeza.

—Tu mamá y yo somos amigos. Ella te quiere mucho, ni yo ni cualquier otro chico conseguiría llevársela lejos si quisiera.

—¿De verdad lo crees?

Él volvió a asentir, sonriendo.

—Lo creo. Taylor me dijo que eres la cosa más preciosa de su vida.

Apoyé mi codo en la mesa y me quedé mirando a Bryan, intentando ver si estaba mintiendo, pero parecía estar diciendo la verdad.

A no ser, claro, que él también esté usando sus poderes en niños ahora.

Desde que salimos de nuestro edificio y dejamos a su hermano en el aeropuerto, Bryan estaba siendo muy guay y al mismo tiempo que me gustaba, me quedaba desconfiado.

—¿Tienes papá? —pregunté, cogiendo la barrita de wafer que era de él, pero que me la dio.

—Sí tengo.

—Yo también quería tener uno, parece ser muy guay —Me encogí de hombros, mordiendo el wafer, mirando alrededor y viendo a varios niños con sus mamás y sus papás. —Sé que soy travieso a veces, pero ¿será que soy tan, tan malo como para que el mío no quiera saber nada de mí?

Bryan se levantó, saliendo de su silla para sentarse a mi lado. Por alguna razón, sus ojos estaban empezando a ponerse rojos.

—No es por ser travieso o no, amiguito. —Él apoyó el codo en la mesa, dejando que su cara se pusiera a mi altura. —Yo no te puedo explicar el porqué de que tu padre no esté contigo, pero lo que te puedo garantizar, es que eres un niño increíble y darías envidia a otros muchos papás por ahí.

—¿De verdad? —pregunté, viéndolo asentir con la cabeza antes de alborotarme el pelo.

—De verdad.

—¿Está mal que, aun así, me siga sintiendo triste porque quería uno?

Sin yo entender la razón, Bryan apartó la mirada de la mía mientras negaba con la cabeza y se frotaba la cara.

—No está mal, Bruce. Es como te sientes y siempre es importante hablar de eso, principalmente con tu psicóloga.

—Me gusta la tía Mona —estuve de acuerdo, casi preguntando si quería que le soplara en sus ojos rojos cuando volvió a mirarme. Seguro que le había entrado algo allí. —Hoy me contó que hay varios tipos de familia. Algunas tienen papá y mamá,

algunas con dos papás, con dos mamás, las que solo tienen papá, otras solo mamá, como yo, pero lo que más me asustó, fue que había niños que nunca tuvieron ni padre ni madre.

—Lamentablemente es una realidad, pero tú tienes una de las mamás más increíbles que yo he conocido. No tienes que preocuparte por nada.

Apreté los labios, sabiendo que aquello no era verdad.

—Ella lo es.

Después de la conversación con la tía Mona, yo entendí que a veces los adultos tomaban decisiones para sus vidas que no siempre eran las mejores para todos los que estaban en ellas. También me dijo que tanto Joey como Lenny estaban equivocados, porque mi padre no me había cambiado por tabaco y mucho menos eso era culpa mía, pero yo aún me preguntaba si de verdad no tenía la culpa.

—¿No es porque soy un rarito?

—¿Quién te dijo eso, cariño?

Me encogí de hombros, parando de jugar con el cochecito para mirarla.

—Lenny y los otros niños que tienen papá.

La tía Mona suspiró antes de acercarse más.

—No porque ellos tengan padre, tienes que creer lo que dicen, Bruce. El problema nunca fue contigo, ¿vale? Tu padre no estaba listo para formar una familia con tu madre.

Negué con la cabeza para alejar esa conversación que me puso triste. Yo no quería que Bryan lo supiera. ¿Y si él solo me estuviera mintiendo e incluso intentara robarme a mi mamá?

—¿Quieres más helado, Bruce?

Terminé de masticar mi barrita de wafer y negué con la cabeza.

—Creo que no, nunca he comido tanto helado —murmuré, acordándome de haber cogido solo una bola y luego haber ganado dos más de Bryan. Si mi mamá se enterara de aquello, hasta él sería castigado. —Gracias.

—De nada. —Él cogió nuestros envases, metiendo uno dentro del otro. —¿Cuándo es tu cumpleaños, Bruce?

Lo miré, sin entender su pregunta.

—14 de mayo. —Lo vi usar los dedos para contar y me pareció divertido. —Yo nací casi un mes y medio antes. Mi mamá dice que siempre he sido un poco apurado.

—¡Ah, sí! —Bryan negó con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Por qué lo preguntaste?

—Solo por curiosidad.

—Pensé que querías regalarme algo. —Lo que sería triste, ya que yo necesitaba eliminarlo cuanto antes, no solo para volver a ser un buen niño, sino también para garantizar que si mi padre no cambiara de idea, yo estaría bien.

Yo no quería ser como Max, él todavía tuvo la suerte de quedarse con uno de sus papás, yo me quedaría sin los dos.

—Bueno, eres un buen niño, ¿hay algo que quieras mucho?

Fruncí el ceño. ¿Buen niño? Yo había dejado a Lenny con los dos ojos morados.

Me encogí de hombros. Si él no se acordaba, ¿quién era yo para recordárselo?

—Bueno, yo siempre he querido un Ring Neck.

—¿Un anillo de cuello?

Bryan me miró confundido. Me olvidaba de que él a veces era lento.

—Ven, te lo voy a enseñar. —Salté de la silla y lo esperé a que cogiera sus cosas antes de tenderle la mano. —¿Por qué no usas bolso? Mi mamá usa, no necesitas cargar tantas cosas en los bolsillos.

Bryan se rió, encogiéndose de hombros, sin dejar de andar conmigo por la acera. La tienda de animales no quedaba tan lejos de allí.

—Bueno, creo que no combinan mucho con mis músculos.

Él hizo una cosa divertida, haciendo que sus músculos se movieran como si estuvieran listos para reventar gusanos alienígenas.

—¡Guau, qué guay! ¿Me enseñas?

—Cuando seas mayor, puedo enseñarte.

Eso era una mierda, porque él no estaría aquí cuando yo fuera mayor.

—¡Allí! —Señalé al otro lado de la calle, donde mamá y yo siempre parábamos porque me gustaba ver a los animales.

—No sé si es una buena idea —murmuró Bryan, pero yo aproveché que el semáforo estaba cerrado y salí tirando de él en dirección a la tienda de la esquina. —No sé si tu mamá se pondrá contenta con que nosotros compremos cualquier cosa en una tienda que se llama The Animal Company.

—¿Por qué no? Ella siempre me trae aquí y la última vez dejamos acordado que a la vuelta compraríamos, pero acabamos retrasándonos en el centro comercial y lo pospusimos.

—¿De verdad?

—¡Sí! Nosotros lo investigamos todo juntos, desde el color hasta los que hablan.

Bryan se rió de una forma extraña.

—¿Hablan?

Negué con la cabeza, viéndolo mirar de la tienda a mí.

—El tío Landon nos conoce.

Una vez más, tiré de él de la mano, empujando la puerta y corriendo directo a donde estaban los pájaros.

—¡Buenas tardes, Bruce!

—¡Hola, buenas tardes, señor Landon! Hemos venido a comprar un Ring Neck azul —grité emocionado, viendo a Bryan rascarse la cabeza y saludar al dueño de la tienda.

—Tal vez deba llamar a Taylor antes solo para confirmar.

—Vale.

Bryan intentó llamar a mi mamá algunas veces, pero cuando ella no contestó, él se rascó la barbilla.

—Debe de estar ocupada. ¿Podemos comprarlo otro día?

Dejé que mis hombros cayeran, sin conseguir esconder lo enfadado que me había quedado.

—¡Pero ella dijo que lo iba a comprar la próxima vez que viniéramos aquí!

El Sr. Evans suspiró, agachándose a mi altura.

—¿Estás seguro de que ella dijo eso de verdad? No quiero tener problemas con tu mamá.

—Yo lo tengo. Nosotros no nos mentimos el uno al otro. ¿Por qué iba a mentir yo? Ya me he metido en problemas hoy.

—Entonces voy a mandarle un mensaje a ella diciendo que no era nada grave, para que no se preocupe cuando se encuentre con mis llamadas perdidas.

Tomé aire con fuerza, sin poder creerlo.

—¿De verdad podemos llevarlo?

—Podemos.

—¡Sí! —celebré, lanzando los brazos al aire y abrazando a Bry sin darme cuenta. —Lo siento.

—No pasa nada, me gustan los abrazos. —Él se rió, cerrando los brazos a mi alrededor y besando mi cabeza igual que lo hacía mi mamá. Esto hizo que algo se revolviera en mi barriga de nuevo.

—¡Gracias, Bry!

—De nada, chico, pero si esto me mete en problemas…

—No va a ser así, a la vuelta, lo íbamos a comprar, no estoy mintiendo.

—Está bien entonces.

Me solté de él y corrí hasta donde el Sr. Landon estaba riendo.

—¿Macho o hembra, Bruce? —preguntó él.

—Macho. —Iba a ser muy guay cuando yo le enseñara a hablar. Las hembras eran más bonitas, pero solo cantaban, además, después de descubrir que la Alexa me mintió, sería guay tener a otra persona con quien hablar.

—Correcto, tengo uno que vino de Brasil esta semana.

Bryan se acercó, quitándose las gafas de sol y haciendo que el tío Landon lo mirara con los ojos grandes.

—¿Bry-Bryan Evans? ¿Te importa… —Él cogió un bolígrafo y un bloc de notas, entregándoselo al Sr. Evans. —Después de que prepare toda la documentación y la anilla, ¿podemos sacarnos una foto?

—Está bien. Sin problemas. —Bryan sonrió, garabateando el bloc del tío Landon y mirando alrededor. —Vamos a necesitar una

jaula grande y lo que sea que un Ring Neck coma.

—Voy a separar todo para vosotros.

No me quedé quieto allí, aproveché que el tío Landon se alejó y tiré de Bryan hasta el escaparate con varios pájaros, explicándole que todos estaban allí porque no tenían familia y por eso mi mamá había prometido comprar uno para que viviera con nosotros.

A diferencia de algunos adultos, Bryan no solía interrumpirme, ni corregirme, solo me hacía más preguntas y eso era guay.

Y yo estaba muy inclinado a darle una oportunidad a que seamos amigos. ¿Y si mi mamá tiene razón y él es una buena persona?

Solo que todo se torció después de que llegamos al coche y Bry me ayudó a subir al asiento de atrás con mi Ring Neck.

—¿Un pico o un pellizco?

Bryan y yo nos reímos a carcajadas cuando el pájaro preguntó una vez más.

—¿Quién será la persona guay que le enseñó eso? Ahora tengo que pensar en un nombre… —reflexioné, sonriendo cuando, igual que salimos de casa, Bryan tiró de mi cinturón, pero no intentó abrocharlo, dejando que yo lo hiciera. —¿Qué te parece Bicudo?

—A mí me parece un nombre chulo. —Él puso el dedo en la jaula y el Ring Neck vino a intentar morderlo, haciéndonos reír. —No te olvides del apellido Jones, porque ahora Bicudo es oficialmente uno.

—Buenos días, cosita linda.

Los dos volvimos a reír a carcajadas cuando el cuello del pajarito giró de una forma extraña y se quedó mirándonos.

—Él también es mono, a pesar de parecer peleón. —Puse mi dedo, pero a diferencia de cómo actuó con Bry, Bicudo apoyó la cabeza allí, dejándome acariciarlo. —Parece que le gusto.

—Los peleones se entienden —bromeó antes de cerrar la puerta y sentarse en el asiento de delante, poniendo su cartera y el móvil allí en la consola.

—Creo que sí. —Me reí, viéndolo levantar las gafas solo para guiñarme un ojo.

—Vale, ahora vamos a casa a jugar un poco a los videojuegos a escondidas antes de que llegue tu mamá.

—Va a ser nuestro secreto —repetí lo que él dijo antes. —Esto es diferente a mentir, ¿verdad?

—Más o menos, mentir es cuando alguien te dice una cosa que no es verdad, un secreto es una verdad que no debemos contar. Creo. No lo sé. Me dejas confuso.

—Creo que está bien, además, mi mamá me ha dejado bajo tu responsabilidad. Si algo sale mal, la culpa es tuya.

—Sí, pero no podemos mentirnos el uno al otro, porque somos amigos, ¿vale?

Sería guay tener un amigo. Si él quisiera ser uno de verdad de la buena.

—Puede ser.

Bryan empezó a conducir y yo incluso hablé un poco con él, pero cuando paramos en el semáforo, la luz de su móvil parpadeando llamó mi atención e incluso pensé en avisarle si no fuera porque el nombre de mi mamá estaba allí en la pantalla con un corazón al lado.

Me incliné, poniendo el dedo en la pantalla y deslizando la notificación hacia abajo para conseguir leer casi todo.

Taylor <3

No pasa nada, estaba lejos del móvil.
Tan pronto como Bruce se duerma, me escapo para quedarme contigo. No te has olvidado del s…

Sentí que mis ojos se aguaban.

Me escapo para estar contigo.

Él dijo que los dos eran solo amigos… ¿Entonces me estuvo mintiendo todo este tiempo?

Apreté los dientes con fuerza, irritado.

¡Gran cabeza de caca!

¿Dónde están los amigos que no mienten? Primero, fue la Alexa, y ahora que estaba empezando a creer que Bryan podría ser

mi amigo, esto sucede.

—Bruce, creo que hay un control policial, tu cinturón está puesto, ¿verdad?

¿Control policial?

Esto me hizo sonreír mientras me secaba las lágrimas.

—Sí que está, Sr. Evans. ¿Puedes bajar un poco mi ventanilla?

—Claro.

Abrí mi mochila, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer para alejarlo para siempre de nuestras vidas: una palabra, cuatro letras y un significado que cualquiera entendería.

No me importó si quedó bonito o no, solo lo mantuve abajo hasta que llegamos a donde estaba la policía, esperando el momento en que el primero de ellos me mirara para levantar el cuaderno y poner cara de llanto.

Como me imaginé, uno le dio un codazo al otro y los dos me hicieron señas para que me callara. Señalé al feo y forcé un llanto en silencio.

Si había algo de lo que nadie dudaría en América, era de un niño pidiendo auxilio, al fin y al cabo, desaparecían 500 millones de ellos al año.

—Buenas tardes, señor. —Golpearon en la ventanilla del apestoso, haciéndolo bajarla para hablar con ellos.

—Buenas tardes, agente.

—¿Podría abrir la puerta de atrás y bajarse del coche, por favor?


HELP
COMO ASSIM SEQUESTRO?
VOCÊ ESTÁ PRESO POR SEQUESTRAR UMA CRIANÇA
HA HA HA
POLICIA
POLICIA CIVIL

CAPÍTULO 26



No tengas miedo, no existe el miedo
Cuando duermes, solo debes saber esto
Todavía estoy aquí para ti
Y aunque no pienses que estoy cerca
Aún estaré a tu lado
SLEEP WELL – D4VD

TAYLOR JONES

De todas las cosas que ya se me habían pasado por la cabeza que Bruce un día pudiera hacer, en ninguna de ellas estaba involucrada la policía.

Me pasé la mano por el pelo, encontrando sus ojos rojos e hinchados fijos en mí.

—¿Mamá? —me llamó, sus pies balanceándose en el aire. —¿No quieres sentarte aquí a mi lado?

—Estoy bien aquí, Bruce. —Crucé mis brazos, apoyándome en la pared. Estaba demasiado agitada para sentarme. En realidad, estas dos últimas semanas se me habían ido completamente de control, junta una mudanza, con un niño decidiendo salirse de los rieles, el reencuentro con el ex y muchas horas trabajadas, y obtienes como resultado una madre a punto de explotar.

—De nuevo, lo siento mucho.

En otro momento, me habría acercado a él y lo habría consolado sobre cómo estaba todo bien si él prometía no hacer nada de ese tipo de nuevo, solo que, esta vez, había conseguido extrapolar todos los límites.

—Sabes que no es a mí a quien le tienes que pedir disculpas, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, asintiendo mientras miraba a sus propias manos y empezaba a llorar de nuevo, pero yo me mantuve firme, imaginando la cagada que habría sucedido si Bryan no hubiera conseguido contactar conmigo o con su abogada tan rápido, ya que, siendo una figura pública, una situación como la que mi hijo lo metió, era una mina de oro para la prensa.

Saqué el móvil del bolsillo, buscando en las redes sociales cualquier mención a Bryan siendo arrestado en medio de un control policial porque Bruce lo acusó de secuestro. Para empeorarlo todo, el agente de policía no creyó cuando el jugador dijo quién era y no encontró su cartera, que mi hijo empujó debajo de uno de los asientos.

Guardé el aparato cuando vi a Bryan y a su abogada a través de una puerta de cristal, los dos caminando lado a lado, con él riendo y ella también.

Tragué saliva, asociando el nombre a la persona, porque cuando Paola me llamó informándome de todo, yo nunca imaginé que esa Paola era su exnovia, la modelo brasileña con la que Bryan tuvo la relación más larga durante todos estos años.

Fue imposible no compararme a la modelo que era casi de su altura y tenía un cuerpo que daría envidia a cualquiera. Cuando ellos terminaron, toda la prensa se hizo eco de eso, porque, para algunos, era seguro que se casarían.

Los esperé a que pasaran por la puerta y le hice una señal al jugador, no dejando de notar que su sonrisa desaparecía poco a poco mientras se acercaba a donde estábamos.

—Hola —murmuré, sin saber cómo actuar delante de ellos. Quiero decir, yo sabía que nosotros dos no teníamos nada serio y, al parecer, ellos tampoco, entonces, ¿por qué estaba yo tan nerviosa?

—Hola —respondió Bryan, desviando la mirada hacia el suelo.

—Hey, tú debes ser Taylor. —Paola me sonrió, saludándome con un abrazo cariñoso, algo que me pilló totalmente desprevenida.

—Sí, soy yo. ¿Tú eres Paola, verdad?

—Puedes llamarme Lola, he oído tanto sobre vosotros en las últimas semanas que ya me siento cercana —bromeó, empujando un mechón de su pelo detrás de la oreja antes de girarse hacia Bruce y luego hacia Bryan, que sonrió y asintió a algo que solo él entendió. Me moví incómoda por estar sintiendo celos por algo que ni siquiera era mío. —Pelo rubio, parece tener 7 años y, claro, el ojo morado… ¿Tú debes ser Bruce?

—Sí, señora —respondió mi niño, juntando una mano con la otra. —¿Me van a arrestar? —sorbió por la nariz, secándose las lágrimas con el antebrazo. —Solo tengo 700 dólares para pagar la fianza, pero no sé si mi mamá me va a ayudar con más porque está muy enfadada conmigo.

—¿Por qué te iban a arrestar? —Ella le tocó la mejilla, probablemente cayendo en el encanto del puchero al que yo tampoco me resistía. —Hasta donde yo sé, mi cliente no va a presentar ninguna denuncia contra ti —Paola aseguró. —Y, guau, ¿700 dólares? Eso son unos ahorros considerables.

—Yo empecé este año, sabes, para comprar tabaco y…

—¡Bruce! —gemí, cruzando el pasillo y tapándole la boca mientras sentía que mis mejillas se ponían rojas cuando noté a dos policías mirándonos. ¿Tabaco? ¿Qué haría este niño con tabaco? —Creo que es hora de irnos, chiquillo, antes de que tenga que usar tu dinero para pagar mi fianza.

—Después de esto, creo que sí que es una buena idea. —Paola se fue al lado de Bryan, que intentaba aguantarse la risa. —Tu coche se quedará porque ya se acabó la hora de retirada, ¿quieres que te lleve?

Él me miró, receloso.

—¿Te importa si voy con vosotros?

Su pregunta me pilló desprevenida.

—¿Por qué me iba a importar?

Bryan se pasó la mano por la nuca, encogiéndose de hombros.

—Dije que iba a cuidarlo y ahora nos estás buscando en una comisaría, así que no pasa nada si estás enfadada conmigo.

Aquello me hizo reírme.

—El único que tiene derecho a estar enfadado aquí eres tú, Bryan.

—No lo estoy, tal vez un poco asustado y preocupado, pero el comisario garantizó que si esto se filtra por ahí, él se va a entender con el departamento, o si pierdo el partido del sábado, al parecer, todos aquí son aficionados de los Niners. —Esto me hizo respirar un poco más aliviada. —Gracias, Lola. Taylor y yo somos vecinos, esta vez te ahorraré tener que cruzar la ciudad.

—Es obvio que metería el viaje en mis honorarios —bromeó, dándole un golpe antes de volver a mí. —Espero que podamos vernos en una situación mejor, Taylor.

Fue imposible no reírse.

—Yo también. Gracias, Paola.

—Lola —corrigió ella, extendiendo la mano para alborotarle el pelo a Bruce. —Y tú, muchachito, cuídate.

—Lo haré, tía. Gracias por no arrestarme.

—No es a mí a quien tienes que darle las gracias, guapito. Dale las gracias a Bryan, ¿vale? Ahora me voy, si no, voy a llegar tarde a mi cita.

Miré a Bryan, que se rió, abrazándola.

—Gracias, Lola, nos vemos pronto.

Tan pronto como ella se alejó, extendí la mano para Bruce, ayudándolo a bajar de la silla, avergonzado.

—Gracias, Sr. Evans, y lo siento, por favor.

—No pasa nada, pero tienes que saber que esto no estuvo bien, amiguito, podría habernos metido a los dos en un buen lío. —Bryan se agachó a la altura de él. —Yo creí que habíamos quedado en ser amigos.

—Sí, solo que tú me mentiste y ¡los amigos no mienten!

El jugador se rascó la cabeza, pareciendo confundido.

—Creo que podemos hablar de eso en casa, es tarde y mi cabeza parece que va a estallar —murmuré, tocando el hombro de

Bruce, que aprovechó para abrazar mis piernas y esconder la cara allí.

—No soy un niño malo, mamá —él empezó a llorar, haciéndome extender la llave del coche a Bryan y agacharme para cogerlo en mi regazo.

—Nadie está diciendo eso, Bruce, pero lo que hiciste hoy fue muy serio.

Le acaricié la espalda cuando oí que un sollozo se le escapaba. Bryan volvió a ponerse de pie, apoyando su mano en la parte baja de mi espalda para empezar a guiarme por el pasillo.

—¿Estás bien? —pregunté después de que él suspirara por tercera vez.

—Sí, yo solo… —Sus ojos verdes me miraron fijamente por unos segundos antes de desviarse a la puerta que nos llevaba hasta la recepción. —Creo que solo estoy cansado, fue un día de esos.

Intenté convencerme de que no había motivos para que Bryan me mintiera sobre aquello, a pesar de sentir que había algo más de lo que no quería hablar.

Paramos en la recepción para que Bryan recogiera sus pertenencias, cuando cogimos todo y estábamos listos para salir, nos llamaron.

—¡Sr. Evans, se olvidaron de su loro!

—¡No es un loro! —Bruce apartó la cara de mi hombro, sin parar de moverse hasta que lo puse en el suelo. —¡Es mi Ring Neck, Bicudo!

Me sujeté en el brazo de Bryan cuando sentí que todo me daba vueltas.

—¿Ring Neck? —repetí, sin esconder la desesperación en mi voz al girarme para ver al jugador y verlo mirándome.

—¿No lo ibas a comprar? —gimió él, frotándose el lateral de la cabeza.

—¡Llevo semanas dándole largas y tenía esperanzas de que Bruce se olvidara! —gruñí, viendo a mi hijo intentar traer la jaula él solo, pero no consiguiéndolo.

—¡Él me dijo que tú dijiste que a la vuelta lo compraríais!

—¿Tú nunca oíste eso de tu madre cuando eras pequeño? —le pregunté, viendo que sus labios se fruncían. Claramente, él no lo oyó. —Evans, creo que será mejor que cojas esa jaula antes de que se caiga, porque necesito salir de aquí ahora mismo, de lo contrario, Bruce de verdad tendrá que pagar parte de mi fianza y tú complementar con el resto.

Y fue lo que hice, dejando a los dos atrás y caminando hasta la plaza donde aparqué, entrando en mi coche y sin importarme dar un portazo antes de apoyar la cabeza en el volante.

Una pelea. una visita a la comisaría y un pájaro que habla…

Yo dudaba que mi día pudiera empeorar.

CAPÍTULO 27



Y si las paredes se caen sobre mí
Sé que estarás ahí para rescatarme de los escombros
Y si alguna vez te veo de rodillas
Te ayudaré a ponerte de pie, te sujetaré la mano
HOME – NEW WEST

TAYLOR JONES

Me equivoqué.

Y me arrepentí amargamente de haber dicho que mi día no podría empeorar cuando paré el coche en la entrada de nuestro condominio y David se puso a hablar sin parar de lo mucho que había intentado hablar con Bryan, pero que su móvil solo daba al buzón de voz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el jugador, cogiendo el aparato y verificando que estaba apagado.

—Alrededor de las 5pm, se avisó al personal de mantenimiento después de que algunos residentes avisaran del agua en el hueco del ascensor. Cuando verificaron, vieron que venía de su apartamento. Como el señor no contestó, lamentablemente tuvimos que derribar su puerta para acceder a la inundación.

—¿Inundación? —La voz de Bryan se desvaneció al final de la palabra mientras yo solo me apreté el puente de la nariz, encontrando los ojos de Bruce muy abiertos por el retrovisor, o al

menos lo que él conseguía abrir, ya que el del puñetazo ya estaba hinchado y se hinchó aún más después de que llorara.

—Bruce, dime que te acordaste de cerrar el grifo —imploré, haciendo que Bryan se girara entre los asientos, esperando la respuesta de mi niño.

—El del lavabo, creo que sí, pero el de la bañera, creo que no, mamá —contó, apretando los labios, ya asumiendo la culpa.

—¿Bañera?

Cerré los ojos, dejando que mi cabeza cayera hacia atrás.

—Sí, tu lavabo era demasiado alto. Lo siento mucho, Sr. Evans.

Sentí la mano de Bryan tocando mi rodilla y volví a abrir los ojos, sin tener el valor de mirarlo.

—Está todo bien. ¿Alguien se ha lastimado, David?

—No, Sr. Evans, solo que el ascensor todavía está fuera de servicio, así que tienen que subir por las escaleras y usar la contraseña de seguridad para abrir la puerta.

Genial, 15 pisos de enemigos.

—De acuerdo, subiremos ahora porque estamos cansados. ¿Podemos resolver todos los asuntos pendientes mañana con el administrador?

—Pueden, solo que no sé si es seguro que el señor se quede en su casa, su suelo era de algún material que se soltó del todo. Además, tuvimos que desconectar la electricidad para evitar cualquier riesgo de electrocución porque el agua estaba cerca de la altura de la rodilla.

—Está bien, ya me las arreglaré. Muchas gracias y buenas noches, David.

—Buenas noches, Sr. Evans, Sra. Jones.

En lugar de bajar al sótano, aparqué el coche en una de las plazas rotativas para evitar un tramo más de escaleras.

—Oye. —Bryan tocó mi mano cuando apagué el motor. —¿Estás bien?

—¿Si estoy bien? —Me reí, usando mi mano libre para frotarme la cara. —Si supieras lo avergonzada que estoy. Juro que te resarciré de todo, incluso lo que gastaste con tu abogada y…

—Taylor, sinceramente no me preocupa eso ahora mismo. —Su pulgar acarició mi piel, haciendo que mi corazón se calmara. —¿Fue un día ajetreado? Sí, pero todo salió bien en la comisaría y nadie se lastimó por aquí. No hay forma de cambiar lo que pasó y en este momento solo quiero saber si estás bien.

—Estaré bien después de darme una ducha y beber algunas copas de zumo para adultos.

—No te juzgaría si dijeras botellas —bromeó él.

—¿Un pico o un pellizco?

La voz inconfundible del pájaro nos hizo acordarnos de que no estábamos solos y la mano de Bryan se soltó rápidamente de la mía.

Me quité el cinturón, bajándome del coche, y fui a la puerta de atrás con Bryan haciendo lo mismo para coger el pájaro que aún repetía un pico o un pellizco.

Como Bruce estaba somnoliento, yo misma le quité el cinturón y lo cogí en mi regazo, siguiendo en dirección a las escaleras al lado de Bryan.

—¿Qué te parece si cambiamos? —preguntó él, dejando la jaula en el suelo y abriendo el brazo para recibir a Bruce.

—Está todo bien, creo que puedo sola.

—Deja de ser cabezota y deja que te ayude, Taylor.

Suspiré, pasando a Bruce a sus brazos. Mi niño fue sin ninguna protesta y yo no sabía si era porque estaba demasiado cansado o si él entendía que no estaba en posición de quejarse hoy.

—Hola, cosita linda, linda, linda, linda.

Bryan y Bruce ahogaron una risa tan pronto como el pájaro empezó a meterse conmigo mientras subíamos las escaleras, parando solo cuando su atención cambiaba a los dos chicos, preguntando si querían un pico o un pellizco.

Estaba tan jodida.

—Vamos a ver la magnitud del desastre —murmuré en cuanto salimos por la puerta de emergencia y pisamos la alfombra mojada del pasillo. Como su apartamento era uno de los primeros, el agua había llegado hasta la puerta del mío, pero probablemente no había entrado, ya que, al igual que el suyo, todos los de la planta tenían el

mismo burlete en la parte de abajo para evitar la entrada de cualquier bicho. Debió de ser precisamente por eso que su apartamento solo empezó a inundar el pasillo después de llenarse de agua.

—Mi amigo Riley se va a poner contento cuando se entere de que el suelo que odiaba tendrá que ser cambiado —se rio Bryan, empujando la puerta e iluminando el salón con la linterna del móvil para evaluar el desastre de las baldosas sueltas—. Me dio la brasa diciendo que era una porquería.

—El Paviflex no es de las mejores opciones —asentí con una pequeña sonrisa, a pesar de las ganas de llorar. Al menos, las baldosas serían baratas; para lo que sí tendría que tirar de ahorros sería para algunos muebles, como el sofá, que tenía un cerco de humedad en los asientos.

—Al menos, el personal de limpieza ya ha quitado y secado el agua. ¿Quieres ir a revisar tu apartamento y dejar a Bicudo en algún sitio? Voy a coger solo una muda de ropa para pasar la noche y ya te encuentro allí.

—¿No quieres dejarlo conmigo?

Bryan incluso lo intentó, pero Bruce se negó.

—Voy a ayudar al Sr. Evans a limpiar el desorden que hice.

—Fue un accidente, amiguito. Yo no voy a limpiar nada hoy, solo voy a coger un pijama y mi neceser antes de encontrar un sitio donde quedarme hasta que esto se arregle.

Bruce se encogió de hombros, mirándolo a él y a mí.

—Creo que puedes quedarte en mi cama. Yo duermo con mamá. ¿Puede ser?

Negué con la cabeza, asintiendo.

—Creo que es justo. Estás sin coche. No es justo tener que irte a esta hora de la noche —argumenté, viéndolo rascarse la nuca. —Pero entenderemos si quieres un poco de distancia de nosotros después de lo de hoy.

Esta vez, él se rió, negando con la cabeza.

—Creo que ya me estoy acostumbrando. —Bryan se encogió de hombros, guiñándome un ojo. —Yo acepto tu sofá por esta noche si no es ninguna molestia.

—No va a serlo. Es lo mínimo que podemos hacer después de todo.

—Está bien. ¿Puedes prestarle la linterna de tu móvil a Bruce para que me ayude?

Dejé a él y a Bruce en su apartamento y llevé la jaula hasta el mío, abriendo la puerta, aliviada al ver que solo una parte de mi alfombra tenía un poco de agua, pero nada muy preocupante.

—Te quedas aquí —le murmuré a Bicudo, poniendo su jaula en la zona de servicios, aprovechando para picar algunas frutas y ponerlas al lado de un poco de agua para él.

—Hola, cosita linda, linda, linda, linda.

Acaricié su cabecita mientras él comía, sabiendo que no era una opción devolverlo, ya que Bryan había sido engañado por Bruce para comprarlo. Ahora solo tenía que aceptarlo.

—Mañana probaremos cómo te quedas suelto dentro de casa, pero hoy vas a tener que dormir ahí, ¿vale?

—¿Vale? ¿Un puñetazo o un zumo?

Sonreí, dándole otra raspadita en él antes de volver al salón y encontrar a Bryan cruzando la puerta con Bruce echado sobre su hombro, riendo. La escena de él cargando a mi niño por las escaleras ya me había ablandado el corazón, pero esa, bueno, esa solo me hizo querer cruzar el salón y besar su boca.

Era extraño, pero era demasiado sexy verlo interactuando con mi hijo.

—Ya llegamos.

Me acerqué a ellos, no consiguiendo apartar los ojos de su boca mientras atraía a mi niño a mis brazos.

—Voy a meter a Bruce en la ducha, puedes ponerte cómodo y usar mi baño, que es más grande.

—Está bien, pero voy a pedir algo para que comamos antes. ¿Os gusta el italiano?

—Nos gusta —respondió Bruce, frotándose el ojo izquierdo. —Tengo hambre.

—Vale, voy a pedir en un sitio que la entrega suele ser rápida, cuando salgas, ya estará aquí.

—Gracias. —Sonreí, recibiendo un guiño antes de seguir para el cuarto de Bruce.

Como él sabía que yo aún estaba enfadada por todo lo que pasó, intentó sacar conversación mientras se duchaba, pero yo mantuve la postura firme, porque además de tener dolor de cabeza, estaba segura de que, si actuaba como si todo estuviera bien, Bruce volvería a hacer algo de ese tipo.

Yo nunca había entrado en una comisaría y jamás imaginé que fuera a hacer eso porque mi hijo fue lo suficientemente convincente para convencer a los agentes del control policial de que estaba siendo secuestrado contra su voluntad.

Claro que buena parte de su arrepentimiento era porque el jefe del departamento explicó que lo que él hizo estuvo mal y que la policía no puede perder tiempo o recursos con mentiras cuando hay mucha gente necesitando ayuda de verdad.

Como Bryan dijo, tan pronto como salimos del cuarto, él estaba entrando en mi apartamento con nuestra comida, sorprendido porque Bruce había elegido la camiseta de Spiderman para dormir.

Nosotros comimos sin mucha conversación y en menos de veinte minutos, yo ya estaba acostada con Bruce, lista para hacerlo dormir.

—¿Mamá? —me llamó tan pronto como tiré del edredón sobre nosotros.

—¿Sí?

Oí su suspiro, sabiendo que era una señal de que empezaría a llorar pronto.

—Casi no me llamaste tesorito hoy. ¿Ya no soy tu tesorito?

—Ah, mi amor, siempre vas a ser mi tesorito. —Acaricié su pelo, notando sus ojos llenos de lágrimas y ya sintiendo los míos de la misma forma. —Solo que hoy no fue un buen día, ¿sabes? Entonces no tuve muchos momentos para usar ese apodo. Primero, la pelea en el colegio, y ahora, ¿intentar arrestar a Bryan? Yo no te miento, así que tienes que saber que estoy muy decepcionada.

—Lo siento. Yo solo tuve… miedo.

—¿Miedo? —repetí, confundida.

—Sí, a que te fueras con Bryan igual que el papá de Max se fue con su profesora de natación. —Sentí que se me rompía el corazón cuando su voz desapareció entre los sollozos. —Yo ya no tengo papá, no quiero quedarme sin mamá como los niños que la tía Mona dijo.

Envolví su cuerpo con mis brazos y lo cogí en mi regazo mientras me sentaba en la cama, apretándolo con fuerza contra mí y besando su pelo.

—¡Dios mío, cariño! Yo nunca te abandonaría, ¿de dónde has sacado eso?

Sentí que su tronco se balanceaba, pero no sabía si era por el llanto o si se estaba encogiendo de hombros.

—Nosotros dos quedamos en ser amigos, ¿sabes? Él me pagó un helado, compró a Bicudo y dijo que nunca te robaría, pero cuando entramos en el coche, la señora mandó un mensaje diciendo que se iba a escapar para su apartamento.

Gemí, sintiendo como si una barra de 200 kg hubiera sido puesta en mi espalda, sin poder evitar sentirme culpable por todo lo que estaba pasando.

—Ay, mi amor, entendiste todo mal. Yo nunca me escaparía con él.

—Pero tú lo escribiste.

Levanté su cara, apartando las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Lo sé, pero no fue eso lo que quise decir. —Besé su frente, pensando en cómo le explicaría aquello. —Hoy te conté que tu padre y yo hicimos elecciones equivocadas y acabamos rompiendo nuestra relación antes de que supiéramos que existías, ¿no fue así? —pregunté, esperando a que asintiera. —El caso es que no te conté que después de eso, Bryan y yo nos acercamos durante la universidad.

—¿Os acercasteis?

—Sí. —Empujé su flequillo hacia atrás, viendo sus ojos curiosos en mí. —Nosotros salimos por algunas semanas, pero cuando yo descubrí lo de ti, la primera cosa que hice fue hablar con

tu padre, solo que él… —Apreté mis labios, sin saber cómo decir aquello.

—¿Tomó decisiones equivocadas?

—Eso —susurré mientras él ponía un pequeño puchero. —Y yo también, porque me dio vergüenza hablarle a Bryan de ti y me fui a casa del abuelo y de la abuela.

Él negó con la cabeza, apoyándola en mi pecho mientras parecía asimilar todo aquello.

—Siento mucho que hayas pensado que yo te abandonaría. —Acaricié su espalda, sintiéndome la peor madre del mundo. —Te quiero más que a nada en este mundo y haría cualquier cosa para hacerte feliz, solo que todavía eres muy pequeño y hay algunas cosas que no sé si es el momento de contarte, ¿entiendes? —Bruce asintió, enroscando sus deditos en mi camiseta. —Todo esto es para protegerte de estar pensando en cosas que no existen —repetí lo que su psicóloga me instruyó a decir, deseando que Bruce negara. —Es una elección tuya, así que si quieres saber más de él, puedo contártelo.

Él pensó por algunos segundos antes de negar con la cabeza.

—No sé si quiero más, mamá. Al menos, por ahora. —Se apartó para mirarme. —Pero Lenny tiene razón, ¿verdad? Mi papá no me quiso.

—Yo nunca te he mentido y no va a ser esta vez, solo que no es como Lenny dijo, ¿sabes? A pesar de que, sí, fue una elección de tu padre, no fue por nuestra culpa, ¿entiendes? —pregunté, ayudándolo a limpiarse los ojos y la nariz. —Si yo pudiera cambiar mi superpoder de cambiar el color del pelo por un viaje en el tiempo, con toda seguridad lo cambiaría y aún elegiría al mejor padre del mundo para ti.

—Siento que mi corazón está raro —murmuró, tocándose encima del corazón.

—Estás triste, y era la última cosa que yo quería que pasara, pero también necesito que entiendas que, de toda esta situación, tú eres el único que no tiene la culpa de nada de esto.

—Sé que no, yo aún no había nacido y él nunca me conoció.

Su respuesta me hizo reír entre las lágrimas.

—A veces me olvido de lo inteligente que eres, tesorito. —El apodo le sacó una sonrisa y mi niño me limpió las lágrimas con sus deditos. —Si yo hubiera intentado contártelo antes, nada de esto habría pasado.

—Viéndolo por ese lado, sí —estuvo de acuerdo, rascándose la barbilla. —Creo que es justo que yo no reciba ningún tipo de castigo.

—¡Oye, eso no cambia el hecho de que hicieras elecciones equivocadas! —Lo tiré en la cama, atacando su barriga con cosquillas, aliviada de que ya no estuviera llorando y, poco a poco, desviando el enfoque del tema que regresaría pronto, pero que ya me había agotado por ahora.

Cuando nos detuvimos, Bruce se acomodó en la cama y yo volví a tumbarme a su lado, tirando del edredón sobre nosotros.

—Te gusta mucho Bryan, ¿verdad?

—No tanto como me gustas tú porque nada en el mundo se compara a eso, pero, sí, me gusta Bryan.

Bruce suspiró, frunciendo la nariz.

—¿Vas a ser su novia?

—Si me lo pide y no es un problema para ti…

Él se encogió de hombros, mirando al techo.

—Yo creo que tú también le gustas.

—Puede que sea así, pero para que yo le guste de verdad, también tiene que gustarle tú. Nosotros somos dos en uno, ¿te acuerdas?

—¡O los dos, o nada! —Bruce asintió, acurrucándose en mí. —Ojalá no lo haya estropeado todo. Él te hace sonreír y me gusta verte sonriendo, mamá.

—Sí que lo hace, pero tú lo haces mucho más —le aseguré, viendo que sus labios se abrían en una sonrisa. —No estropeaste nada, mi amor. Le voy a explicar a Bryan lo que pasó y él lo va a entender, a pesar de que tiene todo el derecho a estar enfadado. De verdad que podrías habernos metido en grandes problemas.

—Yo quería que se fuera lejos de nosotros, primero, por si mi papá volvía, después de que entendí que no iba a volver, solo quise mandarlo lejos para no quedarme sin la señora.

Le acaricié la mejilla, sin saber si reírme o si llorar.

—Eso nunca va a pasar. ¿La próxima vez, podemos, por favor, hablarlo? Ante todo, somos amigos. Y acuérdate de que nosotros somos dos en uno.

—Está bien, mamá.

Bruce se quedó en silencio por un tiempo, y cuando creí que se había dormido, se apoyó en uno de los codos para mirarme.

—Te amo, mamá.

—Yo también te amo, tesorito.

CAPÍTULO 28



Me acuerdo de reír, mirando tu cara
La forma en que giras los ojos, tu sabor
Haces que me sea difícil respirar
TWO IS BETTER THAN ONE – BOYS LIKE GIRLS

BRYAN EVANS

Yo ya estaba tumbado en el sofá de Taylor cuando oí la puerta de su cuarto chirriando, indicando que alguien estaba pasando por ella.

Me senté, viéndola acercarse con los ojos rojos y ligeramente hinchados.

—¿Está todo bien? —pregunté, sabiendo la respuesta, ya que ella había dejado la puerta abierta y me fue imposible no oír la conversación de los dos.

—Creo que sí. —Taylor esbozó una pequeña sonrisa, caminando hasta la encimera y volviendo de allí con dos copas y una botella de vino. —Por favor, no rompamos estas porque son las últimas que tengo.

Sonreí, quitándole la botella y las copas de la mano.

—A mí me gusta romper copas —bromeé, poniéndolo todo en su mesa de centro antes de estirar una de mis piernas sobre el sofá,

tirando de ella para que se sentara entre ellas. —Puedo comprarte nuevas. Muchas de ellas.

Taylor gimió bajito, dejando que su cuerpo se apoyara en el mío.

—No quiero abusar de tu buena voluntad. En realidad, ni siquiera sé cómo no cogiste tus cosas y saliste corriendo lejos de nosotros.

—Vais a necesitar mucho más que eso para asustarme. —Besé su pelo, envolviéndola con mis brazos.

—¿Vosotros acordasteis? —Ella se acurrucó más a mí y tocó mi camiseta de Spiderman.

—Él lo sugirió. —Sonreí, acordándome de cuando entramos en mi apartamento y él se aseguró de disculparse cada tres segundos, explicando que, a pesar de que el control policial había sido idea suya, la inundación fue un accidente.

—Después de hoy, dudo que Bruce vuelva a hacer algo de ese tipo. Deberías estar mucho más enfadado.

Tal vez, pero era difícil, principalmente sabiendo que, en nuestra historia, tal vez yo era el culpable de la mayor metedura de pata de todas.

—Como dije, todo salió bien, no hay por qué enfadarse por algo que no pasó.

¿Cómo va a reaccionar cuando se lo cuente?

Esa fue la pregunta que rondó mi cabeza durante todo el día y me dejó inseguro a tal punto de comentárselo a Paola después de que salimos de la sala del comisario, con miedo de lo que podría pasar si esto se filtrara a los medios, principalmente si llegaba a Scott, que conocía nuestra historia y podría aprovecharse de eso para vengarse del despido/nariz roto.

Lola pidió que la esperara a que encontrara un laboratorio de confianza para que nos hiciéramos una prueba de ADN que no filtrara la información. Era una mierda cómo esos hijos de puta viven buscando una oportunidad para vender noticias y ganar dinero a costa de algo tan serio, porque dependiendo del resultado y de cómo se hiciera eco, Bruce sería el más afectado.

Yo dudaba que Scott firmara la rescisión que le enviamos o que eso le impidiera hacer lo que quisiera, por eso Paola también me aconsejó que hablara con Taylor para que en caso de que algo pasara, no la pillara por sorpresa, lo que acepté inmediatamente, sin embargo bastó encontrarla en el pasillo para perder todo mi valor.

¿Y si me odiara al descubrir que pasó por todo sola solo porque el destino hizo que nuestros caminos se cruzaran hace siete años?

—… y él tenía miedo.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza, apartando esos pensamientos y volviendo a centrarme en ella.

—Bruce, él dijo que vio el mensaje que te envié y le dio miedo que yo lo abandonara —explicó, girando el torso para ponerse de frente a mí, con su pierna izquierda doblada sobre la mía, que todavía estaba fuera del sofá.

—Vi tu mensaje solo cuando fui a pedir nuestra cena —suspiré, pasándome la mano por el pelo. —Esto explica por qué me acusó de mentir. —Empujé un mechón detrás de su oreja, acariciando su mejilla. —Debe de haber sido la parte en la que mencionas que te escapas para mi apartamento.

Besé su nariz, aprovechando que mi mano estaba alrededor de ella para acariciar su espalda.

—Y yo creyendo fielmente que estábamos consiguiendo mantener todo entre nosotros mientras él se daba cuenta de nuestros intercambios de sonrisas y mis manos tocándote de vez en cuando. —Ella se rió, apoyando su nariz en mi cuello e inhalando allí.

—No me enorgullece, pero puede que lo haya oído hablando de que tú también estabas sonriendo más.

Su risa fue ahogada por su boca en mi cuello antes de que ella suspirara, alejándose para mirarme.

—Lo siento mucho, Bry. En serio, ni siquiera sé cómo disculparme por todo lo que ha pasado desde que te cruzaste con Bruce.

—Él es un Jones, claro que me haría la vida difícil —bromeé, ganándome un puñetazo de ella. —Es en serio. —Me levanté del

sofá, caminando hasta su mochila y sacando un pequeño bloc de notas de Batman antes de volver a ella, abriéndolo en la última página. —El comisario me entregó la mochila con esto. Mira, no eres la única que hace planes.

Taylor cogió el bloc de mi mano, moviendo los labios mientras leía silenciosamente cada check que Bruce había escrito, sus ojos abriéndose de par en par a medida que pasaba por las posibles artimañas descritas por Bruce.

—¡Dios mío, tu internet!

—Debería haberme imaginado que era raro que mi internet se colgara durante todo el día mientras había un aglomerado de gente en la acera usando los móviles, volviendo, casualmente, a funcionar bien solo cuando ellos se iban.

Taylor apretó los ojos, sus mejillas se pusieron rojas.

—¿Cómo descubrió tu contraseña en primer lugar?

Me rasqué la nuca, riendo.

—Creo que el día en que nos conocimos le dije a Alicia que era 123456789 cerca de él.

Ella intentó contener la risa, pero no lo consiguió.

—¡Qué contraseña más horrible! —se burló, volviendo a mirar el bloc. —¿Difamarte para la TMZ? ¿Cómo sabe eso también? Ese canal está bloqueado en nuestra tele.

—Debió de ser con Jessie. —Me encogí de hombros, inclinándome para señalar la última. —Pero, si nada de eso funcionaba, el plan de él era hablar con mi mamá.

—¿Cómo esperaba Bruce conseguir contactar con tu madre? —Taylor echó la cabeza hacia atrás, riéndose mientras se tapaba la boca para no despertarlo. —¡Dios mío, ¿será que me ve como una tirana?

Negué con la cabeza, besando su barbilla.

—No, yo creo que él ve a las mamás como las únicas capaces de resolver lo que una prisión no resuelve. —Señalé de nuevo, mostrando que PRISIÓN todavía era una opción antes de que él recurriera a la Sra. Elizabeth. Y, joder, amaría a ese niño aunque

fuera mío o no. —Él planeó todo esto desde el primer día que me conoció. —Subí al subtítulo que parecía reescrito varias veces.

—Mira, hay un papel arrugado. —Taylor sacó la hoja de entre las páginas. —Le pidió a Papá Noel que hiciera una excepción y te hiciera desaparecer porque hiciste que él fuera un niño malo.

Se lo quité de la mano, viendo que su petición terminaba con una PS5.

—De verdad que es un Jones —bromeé, viendo a Taylor apretar los labios.

—Gracias a Dios por eso. Julian no merece tener nada de él.

Aquello hizo que me revolviera en el sofá incómodamente mientras sentía que mi corazón se aceleraba.

—¿Se parecen? —intenté preguntar, pero mi garganta se había quedado tan seca que apenas pude completar la frase.

—Julian tiene el mismo tono de verde de los ojos, pero quitando eso y el pelo rubio con remolino, Bruce salió más a la familia de mi padre.

Apreté mis labios, incómodo. Ni de coña que ese hijo de puta se parecía a mí.

—¿Rubio de ojos verdes y un remolino en la cabeza? Parece que tenías un tipo, bombón —provoqué, analizando su reacción, que fue nada más que encogerse de hombros. Joder, en la cabeza de Taylor, aquello era algo tan seguro. ¿Me perdonaría si Julian no fuera el padre?

—Un tipo genérico y sin todos esos músculos… —Sus manos se arrastraron por mis brazos, haciéndome estremecer. —Tenía muchas ganas de tomarme un helado en ti, mi amor.

Ella conseguía hacerme olvidarme de todo, porque no había nada que yo quisiera más que besarla ahora y fue lo que hice cuando agarré su nuca y tiré de ella para pegar su boca a la mía, dejando que nuestras lenguas se encontraran.

—¿Bruce… —fui yo quien susurré, haciendo que ella separara nuestros labios y mirara hacia el cuarto. —¿Crees que se va a despertar?

—No, a pesar de todo, parecía muy agotado, y más aún después de descubrir que su padre no va a volver.

—Lo siento mucho por eso —me disculpé, besando su hombro. —Lo siento mucho de verdad.

—Yo también lo siento, pero no hay nada que podamos hacer ahora —Taylor suspiró, mirando su vino antes de morderse el labio y lanzarme una de esas miradas que me harían hacer cualquier cosa por ella. —Tal vez podamos coger el walkie-talkie, algunas velas y seguir con nuestros planes, aunque sea sin el helado.

—¿Tienes velas? —gruñí, apretando sus muslos.

—No, pero tengo dos sables de luz.

—¡Benditos sean los sables de luz! —Me levanté del sofá con ella aún en mi regazo, solo para dejarla de pie. —Voy yo delante con el vino y las copas.

—Está bien, voy justo detrás.

Tal vez me caí tropezando de su apartamento, yendo con cuidado por donde pisaba mientras cruzaba mi salón y llegaba a mi baño, usando la linterna de mi móvil para iluminar los desagües y cerrarlos antes de empezar a manipular las llaves de paso, abriendo y regulando el agua hasta que estuviera tibia.

Mientras llenaba las dos copas y la esperaba, volví a mi debate interno de qué hacer.

Cuanto más me tardara en plantear la posibilidad de que Bruce fuera mío, más Taylor podría odiarme en un futuro próximo, solo que cuando ella cruzó la puerta iluminando todo el baño, mis ojos fueron inmediatamente atraídos por el albornoz de seda oscuro que la escondía de mí.

Me relamí, optando por ser un cobarde egoísta y caminar hasta ella, cogiéndole los sables de las manos y entrelazando nuestros dedos mientras tiraba de ella cerca de la bañera.

—Aunque sepa la respuesta, ¿podemos romper alguno de estos?

—Tengo apego emocional a estos. Uno es de cuando te conocí y el otro es de cuando Bruce cumplió cinco años.

—Entonces voy a conseguir algo sin valor sentimental para divertirnos.

Ella chasqueó la lengua, poniéndose de puntillas para besarme.

Taylor se rió cuando bromeé con el sable antes de alejarme para colocar el primero en la esquina de la habitación y dejar el otro allí cerca, viéndola poner el walkie-talkie al lado de las copas.

—Bueno, compramos los dos.

Volví a ella, rodeándola con mis brazos y agachándome para besar su cuello mientras deshacía el nudo de su albornoz.

—Me encanta cómo siempre estás un paso por delante —suspiré, levantando su barbilla y besando su boca.

Sus manos no tardaron en buscar mi pelo.

—¿Entramos antes de que el agua se enfríe? —susurré, cogiendo mi ropa del suelo para dejarla sobre el lavabo al lado de donde Taylor ponía su albornoz, hurgando en sus bolsillos y sonriéndome cuando encontró lo que quería.

—No es un sable, pero es un comienzo para ver cómo te comportas. ¿Qué te parece? —preguntó ella, levantando lo que, debido a la falta de luz, yo creía que era un pequeño objeto redondo.

—Eres perfecta. —Sonreí, extendiéndole mi mano para que pusiera el pequeño objeto allí. —¿Es a prueba de agua?

—En el paquete dice que sí, pero es la primera vez que lo voy a probar en el agua y con otra persona.

Aquello me hizo sonreír aún más.

—¿Tenemos un nombre para él?

Taylor se rió, cogiéndolo de mi mano y dándole un beso.

—Nunca pensé en uno, pero en las últimas semanas, se autodenominaría Bryan, ya que es lo que más ha oído.

Ahogué mis gruñidos contra su boca mientras la besaba con hambre.

—¿Me vas a dejar ver eso?

—Si te lo mereces —murmuró, escondiendo una sonrisa.

—Me lo merezco, por favor. —No tuve vergüenza de implorar, cogiendo el objeto para dejarlo al lado de la copa antes de

entrelazar nuestros dedos y ayudarla a mantener el equilibrio mientras entraba en la bañera.

Taylor se mantuvo de pie, aprovechando para recogerse el pelo hasta que yo entré y me senté en la esquina, abriendo las piernas para que ella se sentara de espaldas a mí.

Respiré hondo, estirando un brazo para coger la copa con el vino y ponérsela delante, que aceptó inmediatamente, bebiéndose buena parte del contenido.

—Guapa de cojones… —murmuré, besando su hombro derecho, dejando que mis manos le acariciaran los brazos y sintiendo que se le ponían de punta a medida que mis dedos se deslizaban por su piel.

—Estas caricias son tan buenas. —La espalda de Taylor se pegó a mi pecho y aproveché para quitarle la copa de la mano, devolviéndola al borde para que no existiera el riesgo de que se rompiera y estropeara nuestro momento.

—Vamos a hacerlo mejor —le aseguré, acariciando sus pechos, masajeándolos sin dejar de lamer su cuello tan atractivo, sintiendo sus caderas moverse aún más contra mí.

—Por favor, Bry… —Sentí que su cuerpo se ablandaba en mis brazos sin dejar de notar que flexionó las piernas y ahora bajaba sus propias manos hasta su centro.

—Alguien tiene prisa hoy.

—Estoy muy tensa, necesito relajarme. —Su espalda se curvó mientras aumentaba el ritmo de sus manos. —Y siempre existe la posibilidad de que Bruce se despierte.

—Es verdad —murmuré sin poder apartar la mirada de donde jugaba su mano. Gire un poco mi torso para buscar el succionador y, cuando lo encontré detrás de la botella de vino, solté uno de sus pechos para cogerlo.

Ella no dudó en aceptarlo, encendiéndolo con mucha facilidad y girando el rostro para mirarme con cara de pícara mientras se inclinaba para besar mi boca, llena de deseo.

Cuando su cuerpo empezó a moverse contra mí y mi nombre salió de sus labios, me aparté para ver el espectáculo que era Taylor Jones masturbándose con el pequeño succionador que, sin duda

alguna, era tan eficiente como yo. No es que me importara. Era increíble ver a mi chica murmurando cosas sin sentido entre los gemidos que hacía por mí.

—El sábado, antes de que aparecieras en mi puerta solo con una bata, vine aquí después de que nos despidiéramos en el pasillo... —Abracé su cuerpo, levantándolo lo suficiente para que mi polla dura quedara entre sus piernas. —Me toqué mientras intentaba recordar la sensación de follarte —gruñí cuando su mano izquierda subió a mi nuca, tirando de mi pelo con fuerza.

Agarré la base de mi polla, frotando la punta por su coño hinchado. Dios, me la quería follar ahora.

—Joder, Bryan... Tú... —murmuró, continuando con la presión del succionador en su punto de placer.

—Sí, me corrí pensando en ti, mi amor. —Mordí su hombro, sintiendo su cuerpo estremecerse. —Luego llegaste y me diste recuerdos para repetir otras veces. —Lami su piel, moviendo mis labios hasta su cuello mientras la mantenía abrazada para que su cuerpo no se moviera y empezaba a tocarme, subiendo y bajando mi mano por mi polla, frotándola contra su coño caliente cuando sus piernas empezaron a temblar.

—Fóllame —Taylor pidió, soltando mi pelo y apartando el succionador para poner su mano sobre la mía, guiándome hacia su entrada.

—Condón —suspiré, apretando los ojos con fuerza por la tentación de empujarme dentro de ella y descubrir cómo sería la sensación de sentirla sin nada.

—¡Mierda! —gimió, pero no se apartó, al contrario, movió sus caderas contra mí, presionando la punta de mi polla en su coño. —Yo tomo anticonceptivos y no tengo ninguna enfermedad, así que si tú también estás limpio y confías...

Apreté mis dientes, controlándome para no correrme antes incluso de follármela. Solo la idea de llenarla de mi semen después de sentir su coño me enloquecía.

—Todos mis exámenes están al día. Y nunca he follado sin condón —confesé, sin poder mantener mi boca lejos de la suya,

moviendo mis caderas hacia arriba para empezar a penetrarla —, pero confiaría en ti con los ojos cerrados, mi amor.

Tiré de su barbilla, volviendo a pegar nuestras bocas y dejando que nuestras lenguas se enredaran mientras la acomodaba sobre mí, entrando y saliendo de ella despacio para disfrutar de la sensación de mi polla siendo tragada por su coño caliente que, por la posición, la hacía aún más apretada.

Cuando nuestros labios se separaron, Taylor apoyó la cabeza en mi hombro, buscando apoyo en los bordes para moverse con dificultad sobre mí, ya que me negaba a separar su cuerpo del mío, queriendo sentirla por completo, aunque mi espalda ya protestaba por la posición incómoda, pero que dejaba a Taylor completamente al alcance de mis manos.

—Tal vez no dure mucho, linda —murmuré en su oído, quitando mi mano de su pecho y llevándola a la de ella, que aún sostenía el succionador. —Úsalo mientras te follo despacito.

Ella lo encendió de nuevo, encajando esa cosita preciosa en su clítoris a la par que yo cubría su mano con la mía, moviendo mi cadera en sincronía con la de ella, fascinado por el movimiento de nuestros cuerpos bajo la luz azul que hacía todo más sexy.

Cuando sus gemidos empezaron a ser más fuertes y entendí que estaba a punto de correrse, llevé mis dedos a sus labios, ahogándolos e impidiendo cualquier posibilidad de que Bruce se despertara, ya que la habitación de Taylor estaba en la misma pared que la mía y ambos olvidamos cerrar la puerta del baño.

—Bryan...

—Correte en mi polla, mi amor.

Y ella lo hizo, dejando que su cuerpo descansara sobre el mío mientras luchaba por tomar aire.

Dejé que mi chica se recuperara, volviendo a acariciar sus pechos sin sacar mi polla de ella.

—Tal vez lo traiga más veces. —Ella se rio bajito, besándome.

—Me gusta la idea. —Mordí su labio inferior, apretando su cintura. —Pero ahora, ¿qué te parece inclinarte hacia delante y dejar que te folle mientras ese culo rico choca contra mí? —Me contoneé, recordándole que aún estaba duro dentro de ella.

—También me gusta tu idea. —Taylor sonrió, apartándose y haciendo lo que le pedí al arrodillarse frente a mí y apoyarse en el borde.

—Eres una putita, Jones, por supuesto que te gusta. —Me masturbé la polla, inclinándome lo máximo que pude y apartando sus piernas para chupar su coño con ganas antes de rodear su culo con mi lengua. —Por mucho que me encante que gimas como una putita, necesito que te controles porque no quiero que me interrumpan mientras te follo con fuerza hasta soltar toda mi polla dentro de ti, linda. —Subí los besos por su espalda, colocándome detrás de su cuerpo y encajando mi polla en su entrada.

Ella solo asintió, entendiendo lo que le decía, ya que apoyó el rostro en sus brazos, mordiéndose la propia mano cuando me incliné ligeramente sobre ella y le quité la pinza del pelo, enredándolo entre mis dedos mientras tiraba suavemente y empezaba a empujar mi cadera contra la suya con fuerza, sin poder apartar la mirada de donde mi polla desaparecía dentro de ella.

Apreté su culo, maldiciéndome por no poder ver cómo se ponía rojo, pero eso no me impidió dejarle algunas nalgadas allí, demasiado excitado con el sonido de nuestros cuerpos chocando, con el agua moviéndose contra nuestros muslos y los gemidos ahogados de Taylor.

La posición era maravillosa y, como la bañera era estrecha, sus piernas apenas abiertas hacían que su coño me apretara de forma deliciosa.

—Mía... completamente mía —murmuré cuando sentí que ella estaba cerca de correrse de nuevo. Dejé que mi cuerpo presionara el suyo contra el borde, llevando mi mano a su clítoris mientras la otra se deslizaba por su cuello y lo apretaba despacio, obligándola a girar el rostro hacia mí y besar mi boca.

—Tuya, mi amor... solo tuya —susurró entre gemidos, causándome un sentimiento de pertenencia que nunca había sentido antes.

Aumenté el ritmo de mis caderas, gimiendo cada vez que ella se apretaba a mi alrededor, haciéndome correr unas cuantas

embestidas después, sintiendo mi polla caliente llenarla antes de escurrirse por mis muslos. ¡Qué sensación de mierda!

Salí de su coño mojado, dándome la certeza de que sería difícil volver a usar cualquier cosa entre nosotros después de haberla sentido sin nada por primera vez, lo que, para mí, era perfecto, ya que no tenía la intención de ir a ningún lado, mucho menos follarme cualquier coño que no fuera el de ella por el resto de mi vida.

CAPÍTULO 29



La felicidad estaba afuera de mi ventana
Pensé que entraría a 80 millas por hora
Pero la felicidad es más del tipo de llamar a la puerta
Simplemente la dejas entrar
HAPPINESS – THE FRAY

BRYAN EVANS

Me desperté a la mañana siguiente con la sensación de que alguien me miraba.

Abrí los ojos despacio y encontré a Bruce de pie con Pico en el hombro, picoteando su pelo mientras el chico intentaba apartarlo, lo que no habría sido un problema si no estuviera sosteniendo un vaso de leche tan cerca de mí.

—¿Pero qué…? —Me senté rápidamente cuando sentí el líquido helado esparciéndose por mi pecho desnudo.

—¡Mira lo que me has hecho hacer, Pico! —La voz llorosa de Bruce me hizo mirarlo, encontrando sus ojos llorosos. —No fue a propósito, Sr. Evans. ¡Discúlpeme, por favor! Era para que usted bebiera y se hiciera más fuerte para el partido.

—Está bien, sucede. —Tiré de la sábana que Taylor me dejó antes de irse a dormir, usándola para secar mi pecho empapado de

leche. —De todos modos, gracias por la leche, no sé cómo lo adivinaste, pero es mi suplemento secreto para ponerme fuerte.

Levanté mi brazo, flexionando mi músculo, haciendo que él sonriera impresionado.

—¡Guau! ¡Voy a tomar mucha leche!

Miré a mi alrededor buscando a Taylor.

—¿Qué hora es?

—La aguja pequeña está en el ocho y la grande está en el tres. —Señaló el reloj de la pared, haciéndome saltar del sofá.

—Joder, voy a llegar tarde.

Bruce asintió, de acuerdo.

—Mamá también, pero ella suele estar un poco enfadada cuando se despierta. Así que no sé si la despierto o no. Después de lo de ayer, debe estar aún más enfadada, así que si puedes hacerlo tú, nos repartimos su cabreo.

Intenté no reírme de su genuina lógica, pero era demasiado divertido cómo podía ser tan inteligente para algunas cosas y, al segundo siguiente, actuar como un niño de su edad.

—Está bien, me pondré delante de la bala por ti —bromeé mientras enrollaba la sábana sucia, viendo la confusión en su cara.

—¿Bala? ¿Por qué mi mamá nos dispararía?

—Era solo una metáfora para referirme a recibir el sufrimiento por ti. —Me rasqué la cara, empezando a irritarme con mi barba. —Voy a despertarla y vuelvo enseguida, ¿vale?

—¡Espera! —dijo, extendiéndome un donut. —No era solo la leche. Ten, esto es para ti. —Me tendió la bandejita de poliestireno con un donut de chocolate. —Espero que te guste, es mi favorito.

—Gracias —suspiré, sintiéndome conmovido por su gesto. —¿Tú no vas a comer?

—No, este es el último. —Bruce se encogió de hombros, empujando al pájaro que ahora intentaba picotearle la oreja. —¡Pico, me estás irritando!

Puse la bandeja en el sofá y quité el *Ring Neck* de su hombro, soltándolo en el suelo.

—Creo que podemos compartir, ¿qué te parece? —Le revolví el pelo, señalando el dulce.

—Pero tú eres grande, tienes que comer más.

—Vuelvo a jugar el domingo, así que necesito comer poco dulce.

—Tiene sentido.

Cogí el vaso de leche vacío, la sábana sucia y el dulce, dirigiéndome a la cocina de Taylor después de dejar el paño en su lavadora, lavándome las manos y cortando el donut en dos.

—Aquí tienes tu parte. —Le entregué la mitad del donut y un vaso de leche a Bruce, que estaba sentado en el sofá mirando la tele apagada. —Voy a despertarla ahora porque ya vamos muy tarde, ¿vale?

—Vale.

Lo dejé allí, poniéndome mi camiseta de Spiderman y guiñándole un ojo, él miró su propia camiseta antes de tener que apartar a Pico, que voló directamente al sofá, yendo hacia su donut.

Empujé con cuidado la puerta de la habitación de Taylor y la encontré desparramada en su cama.

—¿Tay? —la llamé, sentándome en el colchón y tocando su brazo suavemente. Ella refunfuñó, hundiendo la cabeza en la almohada, pero no tardó en despertar cuando insistí una segunda vez, entendiendo por qué Bruce no quiso despertarla por la mala cara que me puso.

—¿Qué? —refunfuñó, malhumorada, frotándose los ojos.

—Quizás debería reclamar tu apodo de 'mi amorcito' —bromeé, inclinándome para besar su hombro.

—Lo siento, estoy agotada.

—Lo sé. —Le guiñé un ojo, provocando una pequeña sonrisa en ella. Estaba jodidamente guapa, incluso con la cara de recién levantada. —Solo que llegamos tarde, ya son más de las 7.

—¡Joder! —Se sentó, pasándose la mano por el pelo mientras miraba a su alrededor. —¿Dónde está Bruce?

—En el salón —respondí, deslizando mis dedos por su mejilla antes de llegar a su nuca y tirar de ella para pegar nuestros labios, pero Taylor giró la cara, empujándome un poco.

—Estoy asquerosa.

—¿Asquerosa? Sigues estando preciosa cuando te despiertas. —Besé su cuello, respetando su espacio. —Si Bruce no estuviera en el salón, te lo demostraría.

—¿Como ayer? —provocó, sonriendo.

—Peor que ayer. —Le guiñé un ojo, apretando su muslo bajo la sábana, oyendo un gemido escapar de ella. —Nos vamos a retrasar, mi amor.

Taylor asintió, recogiéndose el pelo con una goma que estaba en el cabecero.

—Voy a darme una ducha y te llevo a Santa Clara antes de que Bruce y yo vayamos al estudio.

—No hace falta, vas a llegar todavía más tarde. —Forcé una sonrisa, sin querer que se diera cuenta de que estaba tenso. —Además, ayer me puse de acuerdo con Paola para que me llevara a buscar mi coche.

Si conseguí esconder mi tensión, no lo sé, pero Taylor no lograba disimular su insatisfacción, arrugando la nariz del mismo modo que lo hacía Bruce.

—De acuerdo.

Me reí, besando la punta de su nariz.

—Lola es solo mi amiga —dije, aunque no hubiera expresado su visible insatisfacción. —Créeme, me encantaría pasar más tiempo con vosotros, pero no sé si es el momento de que nos vean en público.

—¿Hay algún problema con eso? —Taylor se movió en la cama, incómoda.

Yo no quería mentirle, pero si fuera a ser totalmente transparente, tendría que contarlo todo, lo que todavía no me sentía con la confianza para hacer, al menos, no hasta que pudiera resolver esa duda lo antes posible.

—Digamos que despedí a Scott y estoy casi seguro de que va a querer vengarse.

—¿Lo despediste o le pegaste? —preguntó, cogiéndome por sorpresa. —Bruce me lo contó.

Asentí con la cabeza, recordando el día que llegué a casa y él vio mi mano.

—Las dos cosas. Y no quiero que os meta a los dos en medio de esto para afectarme, ¿vale? —Y no estaba mintiendo. Si el hijo de puta viera a Taylor y a Bruce allí, incluso si yo no fuera su padre, mi exagente se las arreglaría para montar un espectáculo sobre ello. Solo necesitaba mantenerlo lejos hasta que hubiera hablado con los dos.

—¿Por qué haría algo así?

—¿Aparte del dinero? Scott no está muy satisfecho desde que salí de los Giants y vine a un contrato menor.

—Tal y como comentaste en la universidad —se acordó, suspirando. —Está bien, tienes razón. No quiero a Bruce expuesto a esto.

—Es solo por unas semanas más. Lola está arreglando un finiquito para que, si algo sale en los medios relacionado conmigo, le afecte económicamente de manera significativa.

—Está bien, es bueno que Bruce pueda adaptarse a esto antes. —Ella señaló entre los dos, haciéndome inclinarme e intentar robarle otro beso en vano, ya que me apartó de nuevo.

—Después de que te cepilles los dientes, no vas a poder huir de mí. —Me alejé, levantándome de la cama mientras ella se desperezaba. —¿Puedo usar el baño de invitados? Necesito afeitarme.

—Si prefieres, puedes usar el de Bruce, allí el espejo es más grande.

—Haré eso.

Cuando estaba saliendo de la habitación, Bruce entró, empujando la puerta y mirándome de arriba abajo antes de correr hacia Taylor, que lo sentó en su regazo.

—Buenos días, mi tesoro.

—Buenos días, mamá. Qué bueno que no le pegaste un tiro a Bryan, ya me basta con haberle derramado leche encima.

Taylor me miró y yo pasé por la puerta antes de que me preguntara qué quería decir con eso. Joder, tenía que controlarme con lo que decía cerca del niño o acabaría jodido.

Paré en el salón para coger mi neceser y fui a la habitación de Bruce, que era tan desordenada como la de cualquier otro niño de

su edad, solo que decorada con elementos tanto de hockey como de Batman.

Al lado de su cama, había una foto de él con Taylor. Él de Batman y ella de Wonder Woman. Fue imposible no sonreír y no pillarme pensando que, independientemente de si él era mío o de Julian, me gustaría estar allí también.

Fui a su baño, cepillándome los dientes y lavándome la cara para luego empezar a esparcir la espuma de afeitar alrededor de mi boca.

—¿Te estás duchando en mi lavabo?

Miré en el espejo, encontrando a Bruce parado en el umbral de la puerta que dejé abierta.

—No. —Me reí, alzando la cuchilla de afeitar para que la viera. —Voy a afeitarme.

Él asintió, pero no se movió, mirándome con curiosidad.

—Mi mamá no se pone toda esa espuma cuando se rasura el bigote.

Tosí una carcajada y me giré, listo para advertirle que hablara bajo cuando escuchamos el grito de Taylor pidiéndole que guardara esa información y me dejara en paz.

—¿Qué hice mal? —Bruce me miró sin entender.

—Las chicas son sensibles, no debemos decir que tienen bigote —expliqué, volviendo a mirarme en el espejo y a concentrarme en lo que estaba haciendo, notando que él todavía me observaba con curiosidad, dejando claro que nunca había visto a alguien afeitarse antes. —Deberías afeitarte tú también.

—¿Debería? Pero si yo no tengo bigote.

Me acerqué a él, fingiendo mirar su cara.

—La verdad es que no tienes. ¿Qué te parece si practicas para cuando lo tengas?

—¿Puedo?

—Puedes, vamos.

—Espera. —Corrió hasta la esquina del baño, volviendo con un taburete de plástico en la mano. Lo ayudé a subirse, manteniéndome justo detrás por si se desequilibraba.

—Mójate un poco la cara y dame la mano. —Bruce hizo lo que le pedí, extendiendo la palma y sonriendo cuando le eché un poco de espuma. —Ahora, frota en todos los sitios donde un día tendrás barba.

El chico asintió, pero como se quedó mirándome por el espejo, eché más loción en mi mano y me la froté en la cara hasta que él volvió a asentir y empezó a imitarme.

—¿Tener un papá es así, Bry?

—No siempre, igual que hay varios tipos de familia, también hay varios tipos de papá —suspiré, apretándole la nariz con la mano limpia mientras luchaba contra la sensación sofocante que crecía en mi pecho. —Pero mira, no hace falta que sea exactamente padre e hijo para enseñar y aprender cosas.

Pareció satisfecho con mi respuesta, porque volvió a frotarse la barbilla durante unos segundos más antes de arrugar la nariz.

—¿Vas a ser el novio de mi mamá?

Me rasqué la nuca, sin saber qué responder, porque cualquier cosa que dijera, él no lo olvidaría o incluso podría distorsionarlo.

—Me gustaría mucho, pero solo si a ti te parece bien —confesé, analizando su reacción.

Sus hombros se encogieron de hombros.

—Creo que esa es una decisión de mi mamá —replicó, haciéndome apretar los labios. —A mí me parecería bien, creo.

—¿Crees?

—Sí, mi mamá nunca tuvo novio, así que no sé —Bruce suspiró, comprobando los lugares donde aún faltaba espuma en su cara.

—Entonces vamos a descubrir cómo será, porque yo tampoco tuve nunca novia con un hijo.

Nos volvimos a concentrar en el espejo y le eché un poco más de loción en la mano a Bruce, que escupió un poco cuando se frotó sin querer en la boca, riéndose exageradamente y haciéndome reír con él.

—Bruce, ¿qué…?

Ambos nos dimos la vuelta para encontrar a Taylor parada donde Bruce estaba hacía unos minutos.

—Bryan dijo que puedo practicar para cuando tenga barba —explicó o intentó echarme la culpa a mí, no lo sabía a ciencia cierta, ya que ni yo lograba entender si su madre estaba de acuerdo con eso o no.

—No es un problema, ¿verdad? —pregunté, un poco ansioso. No quería disgustarla y necesitaba controlarme sobre cómo comportarme cerca de Bruce sin estropear el trabajo perfecto que ella hacía.

—No lo es, solo... —Se encogió de hombros, acercándose a nosotros y besando la cabeza del chico, que parecía demasiado concentrado para darse cuenta de los ojos llorosos de su madre.

—Gracias por esto —Taylor susurró en mi oído, su mano acariciando mi espalda. —Bruce solo tenía a mi padre como referencia masculina, pero después de que nos mudamos y entró en la fase de la curiosidad, lo pillé intentando ponerse mi sujetador un par de veces. —Ella se rio, secándose algunas lágrimas del rabillo de los ojos.

—Eso explica por qué me preguntó por qué no usaba un bolso como el tuyo.

—Las preguntas solo empeoran, más aún cuando encuentra un OB o algo así perdido entre mis cosas.

Me reí, mirando al chico que empezaba a frotarse la frente.

—Oye, ahí no nos afeitamos —le advertí, viendo a Taylor coger la toalla de cara y limpiar la frente de él, que se rio.

—¿Puedo tener uno de estos? —Bruce señaló la cuchilla de afeitar en mi mano y yo negué.

—Aún no, solo cuando seas más grande y mamá te deje —fue su madre quien respondió, con la voz firme, haciendo que el niño asintiera con la cabeza.

—Está bien —asintió, empezando a limpiarse la cara con la toalla para quitarse la espuma mientras me acompañaba a deslizar la cuchilla por mi cara, sonriendo. —Bry, ¿vas a hacer esto de nuevo mañana?

—No, quizás la próxima semana.

—Mamá, ¿Bryan puede dormir aquí la semana que viene para que nos afeitemos de nuevo?

Taylor se rio, cogiéndolo en su regazo.

—Tendremos que verlo con él. Ahora, vamos a dejarle que tenga privacidad. Vine a buscarte porque tu pájaro ha ensuciado el suelo del salón.

Bruce bufó, cruzando los brazos.

—Pensé que sería guay tener un *Ring Neck*. ¿Podemos devolverlo?

Contuve la risa, mirando por el espejo, a Taylor negando con la cabeza mientras empezaba a alejarse con él agarrado de su cintura, explicando que no era justo para Pico darle una familia y quitársela después, por eso, ahora todos los cuidados del animal eran responsabilidad de Bruce, que no se puso nada contento con eso, pero yo dudaba que su madre fuera a dar su brazo a torcer.



CAPÍTULO 30



Pero te prometo que
Siempre cuidaré de ti
Eso es lo que haré
Mi corazón es tuyo
A ti es a quien me aferro
Eso es lo que hago
SPARKS – COLDPLAY

BRYAN EVANS

—Hasta que eres bueno, Bry.

Contuve la risa mientras me pasaba la mano por el pelo mojado de sudor, viendo, en la pantalla del móvil, a Bruce con una camiseta de los San Francisco 49ers y con mi número delante.

Desde ayer, cuando Taylor tuvo que darle el móvil antes de tiempo, Bruce me había llamado unas nueve veces, lo que no me molestaba en absoluto.

—Créeme, antes era mejor, ahora estoy un poco oxidado. —Hice una mueca, viéndolo asentir. —Me alegra que me estés viendo, Bruce. ¿Cómo lograste saltarte el castigo?

—No me lo salté, mamá me dejó porque es tu segundo partido y tenemos que animar a la gente que nos gusta —explicó, y no pude evitar sonreír, porque al mismo tiempo que me golpeaba con su mano izquierda, me acariciaba con la derecha.

—Apenas la punta de su nariz quedó visible mientras yo veía el techo moverse hasta que él caminó y se recostó sobre Taylor, que también llevaba una camiseta con mi número. Fue imposible no imaginarla usando nada más que eso para mí.

—Bruce, ¿qué estás haciendo? —preguntó ella, estirándose para quitarle el móvil de la mano.

—Estoy hablando con Bryan.

Taylor refunfuñó algo que no entendí, lanzándome otra de esas disculpas silenciosas que ya me estaba acostumbrando a recibir todos los días.

—No tienes que atenderlo hasta durante el descanso, Bryan —lo regañó y oí a Bruce gritando un "sí que tiene que hacerlo" de fondo. —No, no hace falta —Taylor volvió a hablar, solo que ahora mirando al niño, que no tardó en subirse al sofá y aparecer a su lado.

—Pero necesitamos saber si va a llegar a tiempo para jugar con nosotros, mamá. ¡Es el día de la bata, Bry!

Fruncí el ceño, cogiendo una botella de agua y bebiendo un poco.

—Pero hoy es domingo, ¿eso no fue ayer?

—Como viajaste ayer, pedí que lo cambiáramos.

Como casi todos los días que estuve con él la semana pasada, sentí que mi pecho se llenaba de una sensación a la que todavía no me había acostumbrado. A pesar de que ya sentía un cierto cariño por él, incluso cuando se empeñaba en mostrar su descontento por mí, tener su amistad era inexplicable, porque la misma fuerza de voluntad que tenía para alejarme, ahora la usaba para acercarnos.

—Si es una invitación, haré todo lo posible por llegar a tiempo —prometí, viendo cómo su sonrisa crecía. —Mi vuelo está programado para dentro de tres horas, como de Los Ángeles a San Francisco se tarda más de una hora, debo llegar cerca de las 19:00.

—Evans, ¿crees que todavía estás en la universidad? —gritó el entrenador desde el otro lado del vestuario, haciendo que los chicos del equipo se rieran, al igual que Bruce, que ahora me miraba con curiosidad. —Mueve ese culo para acá. Lo que sea que estés viendo, puedes verlo al final del partido.

—¿Quién es? —Bruce preguntó, riendo.

—El tirano de nuestro entrenador —refunfuñé, encogiéndome de hombros. —Hablamos después, campeón.

—Vale, voy a preguntarle a Alexa qué es un tirano. ¡Chao, Bry! A ver si lanzas bien la pelota a las manos de los tíos, así van a cogerla y marcar un punto —gritó antes de desaparecer de la cámara, dejando solo a Taylor en la videollamada.

—Ya estoy cansada de pedir perdón. —Ella se rio.

—No te disculpes, linda. Dije que él podría llamarme cuando lo necesitara. —El entrenador gritó de nuevo y yo gemí. —¿Nos vemos más tarde?

—Que tengas una buena segunda parte, mi amor.

—La tendré —afirmé, guiñando un ojo mientras suspiraba. —Quizás puedas usar solo esa camiseta para mí esta noche y…

—¡Es el día de la bata! —Bruce apareció de nuevo, haciendo que Taylor apretara los labios cuando yo gemí, totalmente avergonzado. —¿Por qué iba a quedarse solo con la camiseta?

—Bruce, tengo que colgar ahora, fue bueno hablar con vosotros.

—Pero…

Colgué la llamada, solo entonces noté que todo el mundo había dejado de hacer lo que estaba haciendo para prestar atención a mi conversación.

El entrenador me amenazó, diciendo que si perdía la concentración, me pondría en el banquillo y dejaría que Purdy asumiera mi posición durante el resto del partido.

En el fondo, yo sabía que era solo para mantener la postura, ya que, después de tres partidos seguidos perdiendo, finalmente estábamos ganando dos consecutivos y él nunca me reemplazaría.

Concentré toda mi atención en lo que el entrenador Wilson decía, pero, en el fondo, nada de lo que dijera sería capaz de dejarme más motivado para entrar y terminar de hundir a los Raiders. Bruce ya lo había hecho cuando soltó un “hasta que eres bueno” y un “a ver si lanzas bien las pelotas”.



Eu estaba en mi cuarto, terminando de atarme el albornoz en la cintura cuando mi pobre timbre fue machacado.

—Siento mucho mi retraso —murmuré tan pronto como abrí la puerta, encontrando a Bruce allí.

—Está bien, mamá dijo que los vuelos se retrasan.

Sonreí, viendo que su nariz se arrugaba, sabiendo que no estaba todo bien, ya que tenía casi ocho llamadas perdidas en mi móvil cuando lo encendí.

—Vale, ven a ayudarme, cogí algunas cosas de camino. —Fui hasta la encimera, cogiendo la pizza y entregándosela mientras cogía el vino que traje de Las Vegas con el juego de copas nuevas.

—Prefiero el otro suelo —comentó, intentando deslizarse con los calcetines por el nuevo, que era un poco más áspero.

—Yo también —confesé, riendo. —¿Vamos?

—¡Vamos!

Salimos de mi apartamento con Bruce corriendo y chocando con Taylor de camino, yendo el niño y la pizza al suelo.

—¡Mamá! —se quejó, levantándose y corriendo hacia la caja, que a pesar de haber perdido la tapa, no cayó boca abajo. —Uf.

—Bruce, ¿qué te he dicho? —Ella se puso la mano en la cintura, haciendo que el niño mirara al suelo y se encogiera de hombros.

—¿Para no ir a molestar a Bryan? —Bruce respondió, girándose para mirarme cuando ella asintió. —Yo no tengo la culpa de que haya tardado tanto.

—Está bien, yo ya me iba —intenté defenderlo, recibiendo su ceja arqueada por ello. —Estoy hambriento y un poco dolorido. —Puse mi brazo alrededor de sus hombros, besando su mejilla y oyendo un "puaj" mientras Bruce salía corriendo por delante.

Aunque él sabía que existía algo entre nosotros, evitábamos mostrar cualquier tipo de afecto que no fueran abrazos cerca de él. En la última consulta con su psicóloga, Mona nos advirtió sobre cómo Bruce se había tomado demasiado bien la idea de nuestra relación y nos aconsejó que fuéramos despacio, porque estaba demasiado emocionado y, a pesar de que todavía no nos había dicho nada a Taylor y a mí, le dijo a ella que un padrastro también estaría bien.

Aunque esto era bueno, puso en alerta sobre lo apegado que se estaba volviendo Bruce a mí, principalmente cuando nuestra rutina se salía y yo pasaba más tiempo de lo normal sin verlo, recibiendo mensajes y llamadas como "¿Bryan, vas a volver, verdad?".

Todo esto solo dio más tiempo a Lola, que prefirió buscar una clínica en Los Ángeles en lugar de aquí, ya que incluso sin ella revelar mi nombre y teniendo el mínimo de ética posible, ninguna de las que consultó por aquí se comprometió a firmar un contrato de confidencialidad con una multa absurda en caso de que se filtrara algo y comprobáramos que fue desde allí. Pero afortunadamente encontró un laboratorio y me iba a confirmar mañana.

Ahora, solo necesitaba hablar con Taylor sobre lo que venía posponiendo, pero lo haría a finales de esta semana porque, además de la búsqueda de un nuevo agente, tenía algunos compromisos fuera de la ciudad durante la semana y no quería estar lejos de ellos, independientemente de su reacción.

Eric me había llamado un par de veces para saber noticias y otra para invitarnos a su cumpleaños, que sería el próximo viernes, alegando que nuestros padres estarían allí, así como Alicia, y sería un buen momento para contarles a todos sobre Bruce.

Le expliqué que todavía no se lo había contado a Taylor y le pedí que no se lo comentara a nadie, al fin y al cabo, no quería que la madre de mi posible hijo fuera la última en saberlo, pero en caso de que fuéramos a Los Ángeles, le avisé que intentara disimular y no actuara de forma extraña a su alrededor.

Hasta el momento, solo Eric y Lola lo sabían, ella para ayudarme legalmente si lo necesitábamos y él por haberme abierto

los ojos.

No quería que Taylor se sintiera traicionada incluso por esto, ya que a pesar de que no parecía preocuparse tanto por mi ex, haber elegido a Paola para ser mi abogada no pareció una buena idea, ya que bastaba con que yo fuera a su oficina, ella viniera a mi apartamento o nos reuniéramos en cualquier cafetería para que las revistas del corazón difundieran una posible reconciliación por ahí.

Claro que lo desmentimos públicamente e incluso Taylor me aseguró que estaba bien con eso, porque confiaba en mí, sentía que en cualquier momento esto acabaría mal.

—¿A qué vamos a jugar? —pregunté tan pronto como entré, viendo a Bruce ya sentado en la mesa con el *Ring Neck* saltando sobre ella. Tardó unos días, pero ahora estaba de nuevo emocionado por tener un pájaro, principalmente después de haberle enseñado frases nuevas a Pico.

—Uno *reverse*. —Levantó la baraja. —Mamá lo compró hoy y le enseñé a Pico a comprar las cartas por nosotros.

Dejé el vino sobre la encimera que separaba su cocina de la sala y fui hacia Bruce, sacando el móvil del bolsillo de mi albornoz, dejándolo sobre la mesa y sentándome frente a él después de, una vez más, verificar si tenía algún mensaje de Paola o no.

—Vale. Como ya me estoy adaptando a las noches de juegos, exijo saber las reglas de antemano.

Su nariz se arrugó, pero acabó asintiendo.

—¿Apostamos algo después de haber perdido contra tu madre dos veces seguidas?

Bruce negó con la cabeza.

—No, creo que solo podemos jugar, no vaya a ser que gane de nuevo, sería un *hat-trick* de partidas de uno.

Jugamos dos partidas mientras compartíamos la pizza y Pico se daba un festín con un trozo de papaya después de intentar, varias veces, arriesgarse a robar un trozo de la de Bruce.

Esta vez, Taylor fue más suave, dejando que Bruce ganara dos veces y claro que lo celebró, pero también se quejó por haber perdido la oportunidad de apostar un viaje a Disney porque descubrió, por Alexa, que el equipo que ganaba la Super Bowl tenía

algunos jugadores elegidos para desfilar en Disneyland al día siguiente, como si hubiera la más mínima posibilidad de que yo fuera y no los llevara a los dos conmigo.

—¿Algún problema? —Aparté la mirada del móvil cuando Taylor preguntó. —Quiero decir, no quiero invadir tu intimidad, pero ya has mirado el móvil unas seis veces.

Fruncí los labios, apenas notando que lo había hecho tanto.

—No es nada. —Toqué su mano sobre la mesa, acariciando sus dedos. —Solo estoy esperando un mensaje importante.

Ella asintió, todavía mirándome con recelo mientras se servía más vino.

—Te entiendo —se entrometió Bruce, señalando su móvil, que solo ahora me di cuenta de que estaba sobre la mesa. —Bella ya debería haberme dado las buenas noches, ya que en Canadá son tres horas más tarde, pero creo que está enfadada conmigo porque le dije que el mundo es demasiado perfecto para que Dios no exista.

—¡Espera! ¿Quién es Bella? —Taylor preguntó, llevándose la copa a la boca.

—Mi novia.

Solo pude cerrar los ojos, antes de sentir el vino ser escupido en mi cara.

—¿Q-qué? —Taylor tosió, sin siquiera preocuparse de pedirme perdón, ya que sus ojos estaban fijos en Bruce, que me tendió una servilleta.

—Pues sí, yo también me quedé sorprendido, mamá. ¿Cómo puede alguien no creer en papá del cielo?

Aproveché que mi mano estaba sobre la suya para acariciar sus dedos otra vez. Taylor suspiró, pasándose la mano libre por el pelo.

—Bruce, ¿dónde conociste a esta Bella?

—En MENSA, mamá. Ella es un año mayor y se va a mudar a Estados Unidos con su papá, porque va a dar clases de deporte en alguna universidad de aquí.

Taylor se llevó las manos a la cabeza, acariciando los lados.

—Mi amor, ¿cuánto tiempo llevas en este programa? ¿Una semana? Además de que eres muy joven, necesitas conocer mejor a

la persona con la que quieres salir.

Bruce se encogió de hombros, juntando las cartas esparcidas con una sonrisa tonta.

—Ella es… increíble. Quitándole la parte de que no cree en Dios y odia los deportes, nos gustan las mismas cosas. Esto es bueno, ¿verdad?

Antes de que Taylor respondiera, mi móvil empezó a sonar, atrayendo su atención hacia el nombre en la pantalla.

—Es la llamada que estaba esperando —dije, cogiendo el aparato y respondiendo que ya devolvía la llamada a Paola. —¿Está bien si la atiendo en tu habitación?

—Puedes quedarte tranquilo —respondió, dividiendo su mirada entre Bruce y yo antes de beberse el resto de su vino y levantarse, yendo hasta donde dejamos la botella abierta.

—¿Está enfadada conmigo?

Miré hacia donde Taylor había ido antes de girarme hacia Bruce.

—No, creo que puede ser conmigo.

—Sería guay que fuera con los dos, así compartimos su cabreo.

Moví la cabeza para estar de acuerdo con él sin contener la sonrisa.

—Voy a hablar con ella un momentito.

—Vale.

Cogí la caja de pizza vacía de la mesa y la encontré parada al lado del fregadero, mirando por la ventana. Dejé la caja sobre la encimera y me acerqué, abrazándola por detrás.

—Tus chicos te están volviendo loca, ¿verdad? —bromeé, ganándome una pequeña sonrisa de ella.

—Solo estoy un poco cansada. La semana ha sido agitada y las cosas todavía no están tan bien en el trabajo.

Aparté su pelo a un lado, besando su cuello.

—Sabes que no hay la más mínima posibilidad de que pase algo entre Lola y yo, ¿verdad?

Taylor giró en mis brazos, apoyándose en el fregadero y quedando de frente a mí.

—¿De verdad crees que estoy celosa? —Se rio bajito, negando con la cabeza. —Quizás la primera vez que la encontré, pero creo que te conozco lo suficientemente bien como para saber que nunca harías algo así conmigo. —Toqué su mejilla, levantando su barbilla para besar su boca. —Solo que sé que algo está pasando y no quieres contármelo.

Pegué mi frente a la suya, mirando sus ojos marrones muy de cerca.—Sí, hay algo.

—Y todavía no me lo puedes contar, ¿verdad?

Asentí, sin el coraje de mentir.

—Incluso puedo, pero quería que todo estuviera en orden antes.

Taylor me miró durante unos segundos antes de apoyar la cabeza en mi pecho.

—Está bien, sea lo que sea, sé que debes estar intentando protegernos. Pero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

Abracé su cuerpo con fuerza, besando su boca una vez más.

Esperaba que ella se acordara de eso.

CAPÍTULO 31



No voy a rendirme contigo esta vez
Pero, querida, solo bésame despacio
Tu corazón es todo lo que tengo
Y en tus ojos, tú estás sujetando el mío
PERFECT – ED SHEERAN

BRYAN EVANS

Supe que algo no estaba bien cuando, después de casi ocho horas de vuelo de Pittsburgh a San Francisco, encendí mi móvil y, por tener solo un 10% de batería, se bloqueó debido a la cantidad de notificaciones de llamadas y mensajes perdidos.

Lo jodido de mentirle a las personas que amas es que, en situaciones como esta, lo primero que se te pasa por la cabeza es: la he cagado.

Yo ya estaba con el corazón acelerado y las manos temblando intentando reiniciar mi móvil mientras repasaba los momentos increíbles que habíamos tenido en los últimos días, solo lograba culparme por no haberle dicho nada a Taylor cuando tuve la oportunidad, proyectando ya que, a estas alturas, ella debería estar odiándome, o peor, que hubiera desaparecido con Bruce de nuevo.

Dejé mi equipaje de mano girando en la cinta hasta que pude encender el aparato y busqué cualquier lugar para sentarme cuando entendí lo que estaba pasando.

Como no había sillas por allí, me apoyé en una pared, ajustándome la gorra en la cabeza mientras me dejaba caer al suelo, sin saber si maldecir a Bruce o respirar aliviado por no haber habido ningún problema.

—Voy a ponerle fin a esto hoy —refunfuñé, volviendo a coger mi móvil para entender el motivo de que el chico me inundara de mensajes, pero no tardé mucho en que mi corazón volviera a encogerse.

Bruce: Bry, ¿ya te has ido?

Llamada perdida de Bruce Jones

Bruce: Bry, necesito hablar contigo.

Bruce: ¿Bry?

Llamada perdida de Bruce Jones

Bruce: ¿Bryyyyyyyy?

Bruce: ????

Bruce: ¿No quieres hablar conmigo?

Bruce: Bry, por favor.

Llamada perdida de Bruce Jones

Bruce: Alexa dijo que en el avión no hay internet, ¿cómo voy a hablar contigo?

Bruce: ¿Bryan?

Bruce: ???

Llamada perdida de Bruce Jones

Llamada perdida de Bruce Jones

Llamada perdida de Bruce Jones

Llamada perdida de Bruce Jones

Llamada perdida de Bruce Jones

Bruce: ?????

Bruce: Ya deberías estar en San Francisco.

Bruce: Respóndemeeeeeeeeeeeeeeeee.

Bruce: Bry…

Todas las 300 notificaciones eran básicamente de él enviando signos de interrogación o avisos de llamadas perdidas. Lo más sorprendente es que todo fue enviado hace menos de treinta minutos.

Intenté llamar a Taylor, pero su número solo sonó, cayendo en el buzón de voz a continuación.

Intenté el de Bruce, que estaba en la misma situación.

Volví a la cinta y encontré mi maleta, yendo al aparcamiento del aeropuerto. Todavía intenté algún contacto con él hasta que entré en mi coche, conduciendo rápidamente hacia nuestro complejo de apartamentos y sin siquiera parar en el mío, yendo directo al de ellos, pensando incluso que había llamado a la puerta equivocada cuando se abrió y me encontré de cara con un señor.

—Hola —saludé, intentando mirar por detrás de él en busca de Bruce o Taylor.

—¿En qué puedo ayudarle, muchacho? —Me quité las gafas de sol, notando que sus ojos se agrandaban un poco antes de que él diera un paso a un lado y me hiciera espacio para pasar. —Tú eres Bryan Evans, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Está Taylor?

Pasé a su lado, cerrando la puerta detrás de mí.

—Ella tuvo que ir a un compromiso que le surgió a última hora y me llamó pidiéndome que cuidara de Bruce. Quiero decir, que se quedara solo, ya que se encerró en su cuarto y no quiere hablar conmigo. —Él se rascó la nuca, sonriendo. —Soy Joseph, el padre de Taylor.

—¡Señor Jones! —Le tendí la mano de inmediato, maldiciéndome por dentro por no recordar la reunión que ella tendría. —¡Un placer conocerlo!

—Puedes llamarme Joseph, chico. El placer es mío, créeme, he oído hablar de ti todo el día. —Señaló la puerta del cuarto de Bruce.

—¿Está todo bien? Me llamó varias veces, pero yo estaba en el avión y no pude atenderlo.

—Lo estaba hasta que Taylor se fue, entonces él cogió a Alexa, la bolsa de la escuela y corrió a su cuarto. Yo pensé que todo

estaba bien, porque mi hija le dijo que hiciera los deberes, así que acabé distrayéndome con la repetición de tu partido en la tele y cuando fui a llamarlo, me dijo que no quería ser molestado. —Se encogió de hombros.

—¿Le importa si yo…?

—No, estás en tu casa.

Atravesé el salón, solo parándome cuando llegué a la puerta de Bruce.

—¿Campeón? —lo llamé, oyendo la música dentro parar y los pies de él golpeando contra el suelo antes de que el pomo girara.

—¡Bryan! —Abrió la puerta, agarrándome las piernas y casi me derriba. —¡Pensé que tu avión se había caído!

Acaricié su pelo, agachándome a su altura.

—No, chaval, el vuelo se retrasó de nuevo. —Aparté al chico, levantando su barbilla para mirarlo. —¿Quieres decirme qué ha pasado?

Sus labios se proyectaron en un puchero.

—¡Mamá se fue a una cita! —Gimoteó, cogiendo mi mano y tirando de mí hacia su cama, donde estaba el mismo cuadernillo de Batman, solo que esta vez escrito: "MOTIVOS PARA QUE NOS QUEDEMOS CON BRY". —¡No quiero a otra persona con nosotros, te quiero a ti de padrastro!

Me senté en la cama, cogiéndolo en mi regazo para que habláramos. Aunque estaba bastante claro, nunca me había dicho nada sobre ser su padrastro directamente a mí, a pesar de saber, a través de Taylor, que eso ya era algo que estaba siendo discutido entre él y Mona.

—¿Dónde has oído eso? —Empecé, acomodando su pelo desordenado. —Tu mamá fue a una cena de trabajo.

Bruce frunció la nariz, en desacuerdo.

—¡Era una cita! —afirmó, pareciendo enfadado. —Además de estar guapísima, yo salí al pasillo y vi cuando él la tocó aquí. —Se tocó el propio brazo, visiblemente indignado. —Me gustas tú, Bry, él no me gusta.

—Tú también me gustas, campeón. —Besé su frente, viéndolo suspirar. —¿Qué te dijo tu mamá cuando se fue?

—Que iba a resolver cosas de trabajo.

—Entonces tenemos que creerle, ella nunca nos miente, ¿recuerdas?

Bruce negó con la cabeza, cogiendo el cuadernillo y pasando la página.

—O podemos empezar a pensar en cómo alejarlo si es una cita.

Intenté no reírme, porque como el chico parecía muy enfadado, acabaría poniéndose triste conmigo.

Me pasé la mano por el pelo, intentando pensar en qué hacer. No quería sonar insensible y dejar que Bruce sufriera por algo que no existía.

—Tengo una idea. —Lo puse en el suelo antes de levantarme e ir a su armario. —¿Por qué no cenamos fuera nosotros también? —Moví mis cejas de forma sugerente, esperando que él entendiera.

—No sé, no estoy de muy buen humor.

—¿Ni siquiera si vamos a cenar, coincidentemente, en el mismo restaurante que tu mamá?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—"Coincidentemente". —Hizo las comillas en el aire, riendo. —¡Vamos a ello, Bry!

—Pero con una condición. —Lo agarré antes de que empezara a correr.

—¿Cuál?

—Solo vamos para que veas que no es una cita, nos mantendremos lejos, comeremos y volveremos sin tocar el tema en caso de que ella vuelva antes que nosotros.

—¿Por qué?

—Porque no sé si a tu mamá le va a hacer gracia que espiemos una cena de trabajo.

—¡Cita! —él insistió. —Pero está bien, cuando lo veas, me creerás.

Negué con la cabeza, riendo.

Yo no tenía motivos para desconfiar de Taylor, pero como Bruce parecía muy alterado, la mejor opción era demostrarle que no había la más mínima posibilidad de que ella me dejara.

—Ponte ropa negra y coge tu gorra. Me voy a cambiar y vuelvo a buscarte, ¿vale?

—Vale, Bry. —Empecé a salir del cuarto, pero antes de que lo consiguiera, gritó mi nombre, abrazándose a mis piernas. —Te eché de menos.

—Yo también, campeón. —Lo cogí en mi regazo, abrazándolo.

Hoy. Mi conversación con Taylor no pasaría de hoy.



Me pasé la mano por la nuca, girándome cuando, una vez más, la sensación de estar siendo vigilado me golpeó, sin embargo, al igual que cuando entramos y estábamos esperando por nuestra mesa, no encontré ningún rostro conocido, intentando convencerme de que era solo cansancio después de casi ocho horas de vuelo.

—¿Ya la has visto? —pregunté, escondiendo el rostro detrás del menú mientras me ajustaba la gorra en la cabeza.

—¡Sí! —Bruce susurró, empujando sus gafas de sol hacia arriba antes de inclinar la cabeza hacia el norte. —Quinientos metros al norte, Bry.

Contuve la risa. ¿500 metros? Este chico era una comedia.

—Creo que la he visto —suspiré, encontrando a Taylor sentada dos mesas delante de nosotros. Como dijo Bruce, ella estaba realmente guapísima con su pelo ligeramente rizado en las puntas, solo que con el tono castaño de vuelta. —Volvió con su pelo natural.

—Es su superpoder —Bruce comentó, pareciendo muy orgulloso. Yo lo entendía. Mi chica era realmente increíble y fue ese pensamiento lo que me hizo volver a mirar a la mesa donde ella se reía con el tipo de enfrente. —¿Ves? Creo que la tocó en el brazo de nuevo.

Fue mi turno de fruncir la nariz, luchando contra el impulso de darle la razón. No era porque el hijo de puta pareciera sonreírle demasiado que Taylor estaba cayendo en sus encantos.

Joder. Al menos podría ser más feo...

Torcí los labios, pensando en lo idiota que era y en que todavía no la había llevado a una cita decente, queriendo mucho estar en el lugar de ese gilipollas ahora.

Quizás fue una pésima idea que viniéramos.

—¿Están listos para pedir, señores?

Bruce se rio, pareciéndole gracioso.

—Señores —repitió, poniendo la voz un poco grave, lo que nos hizo reír. —Quiero un Big Mac.

—No tenemos Big Mac, señor, pero si me permite opinar, le recomiendo nuestra opción *kids*, viene con puré, carne asada y una patata muy parecida a la de ellos.

—Tengo dudas con la carne, porque mi novia es vegetariana, necesito acostumbrarme para cuando nos casemos. —Bruce se golpeó la barbilla con la mano, haciéndome mirar en dirección a Taylor con miedo de que su instinto de mamá sobreprotectora gritara que su chico ya estaba pensando en casarse. —Está bien, solo por hoy no pasa nada. Quiero eso, señor. —Bruce contuvo la risa, haciéndome acompañarlo. Por suerte, el camarero era simpático y no se sentía ofendido porque al niño le pareciera gracioso que le llamaran señor.

—¿Y para usted, señor?

—Yo quiero el ravioli de champiñones —pedí, viendo que la nariz de Bruce se arrugaba con mi elección. —Para beber, quiero agua. ¿Y tú, Bruce?

—Coca-Cola.

—A vuestro servicio, señores.

Bruce volvió a reír, contagiando no solo a mí, sino a algunas personas a nuestro alrededor. Esto me puso en alerta.

—¿Has visto a tu mamá? —pregunté, mirando a mi alrededor, sin encontrarla a ella ni al guaperas de mierda.

—No. ¿Activamos el plan B?

Asentí, empezando a sentirme nervioso. Estaría jodido si…

Antes de que terminara de pensar, sentí el perfume de Taylor y una mano en mi hombro, presionándolo con un poco más de fuerza de lo ideal.

—¿Puedo saber qué es tan gracioso que he podido oíros reír desde la entrada? —gemí, girando la cara para encontrarla entre nosotros, mirando de uno a otro.

—Bryan contó un chiste.

—¿En serio? ¿Qué chiste, mi tesoro?

Bruce se rascó la cabeza, pidiéndome ayuda con la mirada.

—Era... eh... ¡En realidad, una pregunta! —Sonrió, guiñándome un ojo. —¿Usted sabe cuál es la parte del cuerpo de una mujer que huele a bacalao?

La mano de Taylor, que me usaba de apoyo, resbaló y, si no fuera porque fui rápido para cogerla y sentarla en mi regazo, se habría caído encima de la mesa.

—¡Bruce! —ella gruñó hacia él y me pellizcó.

—¡Ay!

—¿Qué, mamá? Es la nariz. —El chico miró confundido. —¿Qué hay de malo en eso? Si alguien va a oler el pescado, usará la nariz.

Taylor escondió el rostro en mi cuello, ahogando su risa, lo que la hacía temblar en mi regazo, pero que, en ese momento, no era una buena idea. No cuando olía tan de maravilla y estaba jodidamente buena.

Sin resistirme, toqué su cintura, acariciándola sobre el vestido mientras comprobaba si nadie estaba mirando nuestra mesa, que estaba un poco más apartada.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Comiendo.

—Sí, mamá. Tenía mucha hambre.

Sí, el plan B era echarle la culpa al niño.

Ella entrecerró los ojos, mirando de uno a otro.

—Está bien, os creo. Sé que Bruce no me mentiría.

Golpe bajo.

Miré al chico, que hizo un pequeño puchero.

—Pensé que estabas en una cita y que ibas a cambiar a Bryan por ese apestoso, así que lo llamé un montón de veces para que no dejáramos que eso pasara, porque ahora lo quiero a él de padrastro, no a otro. —Tomó aire después de decirlo todo de una vez.

—¿Qué hago con vosotros, eh? Yo estaba en una reunión de negocios y estos dos guapos espiándome. —Taylor nos miró fijamente, tirando de la oreja de Bruce suavemente y haciendo lo mismo con la mía.

—No sé qué harías con Bruce —susurré, besando su cuello perfumado. —Pero a mí me encantaría invitarte a una cena así conmigo.

Sus dedos se enredaron en mi pelo.

—¿Una cita? —Ella sonrió, sabiendo exactamente a qué me refería.

—Quizás te sorprendas y elija un lugar que tenga música, así que prepárate para bailar pegaditos. —Repetí lo mismo que dije siete años atrás. —Comeremos poco para que nadie tenga indigestión para la última parte de la noche.

—La última vez todo salió mal. —Taylor desvió la mirada para mirar a Bruce, que nos miraba atento. —Podemos empezar con la cena ahora, ¿qué os parece? Mi compañía anterior era tan aburrida que solo pedí el entrante para no alargar demasiado la reunión, yo también tengo hambre.

—Me gusta eso. —Besé su mejilla antes de ayudarla a levantarse mientras me llevaba con ella mi gorra y la de Bruce, murmurando que era de mala educación usarlas en la mesa.

—¿Ves? Te dije que no era una cita. —Le guiñé un ojo a Bruce, que me guiñó el ojo de vuelta.

—Ahora sí lo es, pero con la persona adecuada. —Él se rio cuando extendí el brazo con el puño cerrado para que él chocara, lo que Bruce hizo sin dudar. —Voy a llamar al camarero para mamá.

Por primera vez, nos divertimos en un lugar que no fuera en nuestros respectivos apartamentos. Bruce se rio, hizo amistad con todos los camareros, además de, por supuesto, haber hecho que Taylor quisiera meterse debajo de la mesa una o dos veces.

—Tenemos que hacer esto más a menudo. —Acomodé la cabeza de un Bruce desmayado de sueño en mi hombro derecho, esperando que Taylor se acercara para pasar mi brazo alrededor de su cintura y guiarla hasta la salida.

—A mí también me encantó. Al final, fue una cita perfecta de tres.

Me reí, bajando los escalones que nos llevaban al jardín, donde la mayoría de las mesas ya estaban vacías, pero el sonido estaba un poco más alto.

—Espera, ¡faltó el baile! —Tiré de Taylor hacia el lado izquierdo de mi cuerpo, manteniéndola pegada a mí mientras Bruce seguía dormido en el otro.

—¿Aquí? —Ella miró a su alrededor, riendo, un poco nerviosa.

—Quizás más para acá para que no obstaculicemos la salida. —Di dos pasos a un lado, rodeando su cintura mientras empezaba a balancearnos suavemente.

Taylor suspiró, abrazando a Bruce y a mí, sus ojos marrones chocolate haciendo que mi corazón se acelerara igual que siete años atrás.

—Estás preciosa —murmuré, sin poder controlar la necesidad de tocar su pelo.

—Gracias, mi amor.

—No hace falta que des las gracias, mi amorcito. —Sonreí, acariciando su espalda sin dejar que su cuerpo se apartara mucho del mío. —Nunca te lo dije —empecé, sintiendo que mi garganta se secaba y mis manos sudaban. —Pero eres lo mejor que me podría haber pasado, tanto en la universidad como ahora. —Acaricié su espalda, aprovechando para intentar eliminar todo el espacio entre nosotros. —Sé que a veces la cago, como coger al chico y venir a mostrarle que su madre es nuestra, pero es porque, al igual que tú, él ya es importante para mí.

—¿Estás intentando hacerme llorar, Bryan Evans? ¡Porque lo estás consiguiendo!

Besé su nariz, negando.

—No, mi amorcito. Lo que estoy intentando decir es que amo lo que tenemos. —Acaricié su mejilla, sintiendo como si tuviera mariposas en el estómago.

—¿Estás diciendo que nos amas? —Su voz casi no salió cuando sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo no amarlos? —Sentí mi voz embargada, pero respiré hondo, quitando mi mano de su cintura para rodear su hombro. —Tú, Bruce y yo. Parece que siempre fue así.

Ella sonrió, secando las lágrimas de su rostro mientras se ponía de puntillas para pegar su boca a la mía.

—Yo también te amo —susurró antes de succionar mis labios, dejando que nuestras lenguas se encontraran en un beso apasionado, pero no tardamos mucho en empezar a reír con el refunfuño de Bruce.

—¿Ya pararon de besarse en la boca? Yo también quiero decir que los amo.

—Paramos, mi tesoro.

Se quitó la cara de recién levantado de mi hombro, abriendo una pequeña sonrisa mientras rodeaba nuestros cuellos y nos apretaba contra él.

—Yo también los amo.

Bruce nos dio un beso ruidoso en las mejillas.

—No es por nada, pero yo ya lo sabía desde que me pateaste en el pasillo —bromeé, viendo que sus ojos se agrandaban. —Sabes, mi superpoder es predecir las cosas buenas. ¿Y sabes lo que estoy prediciendo ahora? —Él negó con la cabeza, curioso. —Que nos vamos, cogemos ese bote de helado que estaba en mi nevera y vemos una película hasta que nos durmamos juntos en el suelo del salón. ¿Qué te parece?

—¿Podemos, mamá?

—Podemos, mi amor, pero no hasta tarde, porque mañana tienes clase.

—¡Sí! —Bruce lo celebró, abrazándonos de nuevo. —Yo sabía que tenías superpoderes, Bryan.

—Shhhh, pero es nuestro secreto.

—Está bien, está bien. —Se rio, emocionado.

Seguimos hasta la calle, donde solicité mi coche al aparcacoches. No tardaron mucho en traerlo, pero fue suficiente para que Bruce volviera a quedarse adormilado de nuevo.

Taylor estaba lista para entrar por la puerta trasera cuando, de nuevo, sentí esa misma sensación que al llegar.

—¿Estás bien?

Me preguntó, pero antes de que respondiera, una voz conocida sonó detrás de nosotros.

—Mira, mira, si no es mi ex chico de oro.

Apreté la mandíbula y me giré, notando que sus ojos se movían entre nosotros tres.

—Scott, no puedo decir que me alegre verte.

Él se rio, tocándose la nariz torcida.

—Ni yo, Evans. —Sus ojos se fijaron en Bruce, que se encogió en mis brazos. —Bonita familia la que estás formando desde hace... ¿Qué? ¿Unas tres semanas? Eso explica tu arrebato.

—Ya no tenemos nada de qué hablar, Scott. ¡Buenas noches! —Volví a darle la espalda, encontrando el rostro de Taylor lleno de asco mientras miraba fijamente a mi ex-agente. —Linda, ¿puedes entrar y coger a Bruce?

Ella asintió, haciendo lo que le pedí y coloqué a Bruce a su lado, cerrando la puerta antes de intentar ir hacia la puerta del conductor, pero siendo impedido por la mano de Scott en mi brazo.

—Eres un ingrato y lo vas a pagar caro.

Sin pensarlo dos veces, me zafé de su agarre y me giré con el puño cerrado directo a su cara. Que se joda que tuviera casi el doble de mi edad. Nadie me amenazaría.

Algunas personas se acercaron para ayudarlo a levantarse y yo entré en el coche, encontrando los ojos de Taylor en el retrovisor, solo logrando decir aquello que me ahogaba desde el día en que descubrí que Bruce podría ser mío:

—Perdóname.

—¿Por qué? —Su frente se arrugó, confusa.

Me pasé la mano por la cara, encendiendo el coche y mirándola por última vez.

—Cuando lleguemos, necesito contarte algo.


E ENTÃO, O QUE ACHA?
NEM PARECE A GENTE!
VOCÊ JÁ VIU ELA?
SIM, 500 METROS AO NORTE!
MENU
500 METROS?! VOCÊ É UMA COMÉDIA GAROTO!
HAHA
DO QUE ESTAMOS RINDO...?

CAPÍTULO 32



Vine a encontrarte, a decir que lo siento
No sabes lo adorable que eres
Tenía que encontrarte, a decir que te necesito
Y a decir que te elegí
THE SCIENTIST – COLDPLAY

BRYAN EVANS

Esperé a que Taylor abriera la puerta del cuarto y entré con Bruce dormido en mis brazos, agarrado a mi cuello.

Con cuidado, solté sus brazos de mí y lo puse en su cama, empezando a alejarme cuando sus ojos se abrieron, somnolientos.

—¿Bry?

—Hola, campeón.

—Te amo.

Acaricié su pelo, inclinándome para besar su frente.

—Yo también te amo.

Se rio, sus ojitos se cerraron.

—Me gustó decir y escuchar eso, Bry.

—A mí también. Podemos quedar en decirlo siempre, ¿qué te parece?

Bruce asintió, solo que esta vez, cuando sus ojos se cerraron, se volvió a dormir.

Esperé a que Taylor ajustara la lámpara de noche de él antes de que saliéramos.

—¿Cariño? —Joseph nos esperaba en el salón. —¿Estás segura de que no quieres que te busque una habitación de hotel? Todavía es temprano, no me parece justo que me cedas tu cama.

—No, papá, voy a llevarme el walkie-talkie al apartamento de al lado. —Ella me miró, curiosa. —Bryan dijo que necesitamos hablar. Si Bruce se despierta, lo sabré, así que no te preocupes, cuando vuelva, puedo quedarme en el sofá, mi espalda sigue estando un poco mejor que la tuya.

Pensé en pedirle que durmiera conmigo, pero además de no saber cómo reaccionaría Taylor, todavía tenía el agravante de estar diciéndoselo a su padre.

—Está bien, cariño. Me retiraré entonces. —Él se acercó, extendiéndome la mano. —Ha sido un placer, Bryan.

—El placer ha sido mío, Joseph.

Por alguna razón, Taylor se rió cuando se alejó con él para coger su almohada y el walkie-talkie en su cuarto, dejando lo primero sobre el sofá antes de entrelazar sus dedos con los míos para que saliéramos de su apartamento y camináramos juntos hasta el mío.

—Mi papá quería pedirte un autógrafo, pero le dio vergüenza. —Taylor se rió y yo incluso me habría unido a ella si no estuviera tan tenso.

—Puedo hacerlo. —Forcé una sonrisa, abriendo la puerta de mi apartamento y dándole espacio para que entrara.

—Te quedaste callado durante todo el camino hasta aquí después de darle un puñetazo a Scott sin que te importara si fue delante de varias personas. —Sus ojos marrones me miraron fijamente, inseguros. —¿Qué tan malo es esto que quieres contarme?

Pasé el brazo alrededor de su cintura y apoyé mi frente en su hombro, cerrando los ojos mientras sentía tu perfume.

—Tal vez me odies o tal vez lo entiendas. —Tomé aire con fuerza, sintiendo que mis latidos empezaban a acelerarse. —Pero

quiero que lo sepas por mí antes de que Scott o cualquier otra persona use esto de manera distorsionada.

—Ahora estoy empezando a preocuparme, Bryan.

Besé la piel de su hombro.

—Antes de empezar, tienes que saber que si yo hubiera sabido que todo iba a terminar así, nunca me habría ido y te habría dejado allí.

Taylor me empujó despacio, mirándome aún más confusa.

—¿Y cuándo te fuiste tú? Que yo recuerde, fui yo quien lo hizo.

Me senté en el sofá, atrayéndola para que se sentara a mi lado.

—Dos semanas, Taylor —susurré, mirando nuestros dedos entrelazados. —Pasamos la noche juntos dos semanas antes de que tropezaras conmigo en el campus. —Me pasé la mano por el pelo y miré sus ojos, levemente enrojecidos, indicando que probablemente ya había entendido a lo que me refería. —Voy a contarte todo porque creo que existe la posibilidad de que Bruce sea mi hijo.

CAPÍTULO 33



No alto ou no fundo,
Cuando estás demasiado enamorado para olvidar,
Pero si nunca lo intentas, nunca lo sabrás,
Cuánto vales.
FIX YOU – COLDPLAY

BRYAN EVANS

Vi de nuevo el papel pintado, sintiendo cómo se me revolvía el estómago mientras las palabras de Taylor aún resonaban en mi cabeza.

Tenía razón en sentir asco por un tipo que se la había follado y ni siquiera la esperó a que se despertara.

—¿No tienes fobia a los murciélagos ni nada por el estilo, verdad? —bromeó ella, tan tensa como yo.

—¿Qué? ¡No! Yo solo... Es bastante impresionante, el tamaño y todo eso. —Le dediqué mi mejor sonrisa, soltando un suspiro de alivio cuando logré cerrar la cremallera de su maldito bolso—. Aunque prefiero a Spiderman.

—Mala elección.

Taylor me besó en la mejilla, haciéndome suspirar. Joder, estaba tan cautivado.

—¡Oye, Spiderman es el amigo y vecino! Batman es solo un tipo rico, traumatizado y malhumorado.

—Antes él que Tony Stark. —Fingió que se le ponía la piel de gallina y eso me hizo reír—. Tiene un ego insoportable.

Me senté en su cama, agarrando su maravilloso culo antes de tirar de ella para que se pusiera entre mis piernas.

—Yo tengo un ego insoportable —repliqué, levantando su camiseta para besarle el vientre—. Y a ti parezco gustarte. Además, sin los trajes, me parezco bastante a él. Rico, graciosillo, guapo... Podríamos conseguir algunas fotos mías para que las cuelgues por tu habitación también.

Ella gimió suavemente cuando saqué la lengua, deslizándola alrededor de su ombligo, casi olvidándolo todo cuando mi nombre se escapó de su boca.

—Eres la excepción, porque tu boca compensa todos tus defectos cuando está entre mis piernas.

Eso me hizo reír a carcajadas.

—Si no estuvieras enferma, te tiraría a esta cama y te follaría hasta que cambiaras de opinión, preciosa. —La sola mención de follármela me hizo mirar de nuevo a su pared antes de volver a mirarla a ella—. Lo siento, yo...

—No pasa nada, solo te sorprendiste, no fue para tanto. No había forma de que te imaginaras que mi habitación fuera tan masculina. —Me apretó las mejillas—. Ahora voy a coger el resto de las cosas para que nos vayamos.

Como se alejó, aproveché para levantarme.

—Vale, yo... Ok, voy a beber un poco de agua.

Oí su risa mientras salía corriendo de la maldita habitación directamente a su fregadero, donde llené un vaso de agua y me lo

bebí, sintiendo cómo el líquido bajaba por mi garganta, sin poder dejar de pensar en lo que había dicho minutos antes.

—Pero, aun así, me parece muy asqueroso, ¿sabes? Yo estaba borracha y muy probablemente él también, ya que apenas pudo mear dentro del retrete. Si vino a mi apartamento, estoy segura de que consentí, ¿pero entiendes la problemática de eso? No le costaba esperar o despertarme antes de irse. Creo que ni tú, el Rey de los Imbéciles, harías algo así.

Apoyé las manos en el fregadero, mirando fijamente el vaso vacío mientras recordaba que el asqueroso en cuestión había sido yo.

VARIAS SEMANAS ANTES…

Abrí los ojos despacio, ya dándome cuenta de que había hecho una estupidez la noche anterior cuando mi cabeza palpitó en respuesta a la claridad que entraba en la habitación, sin embargo, esa no fue la única señal, porque allí, justo delante de mí, había un póster enorme de Batman mirándome con su típica cara de odio.

El papel pintado era blanco y todos los dibujos en él eran en blanco y negro con varios personajes de esos estúpidos dibujos animados japoneses que conocía contra mi voluntad, ya que Eric, mi hermano menor, básicamente respiraba esa mierda.

Esto me confundió aún más, pero cuando me preparé para salir de la cama, sentí una respiración caliente en mi espalda al mismo tiempo que un peso se colocaba sobre mi cintura.

Joder.

Maldita sea.

Una alarma se encendió de inmediato dentro de mí.

¿Por qué cojones había dormido allí?

Respiré hondo, tratando de calmarme.

Yo nunca... Nunca había compartido la cama con una chica antes. Era mucho más fácil follar e irme justo después, sin tener que lidiar con los empalagos, o peor, todo ese drama del día siguiente, donde me acusaban de ser insensible y toda esa mierda, a pesar de que yo no las engañaba, siempre dejaba claro que era solo un polvo sin compromiso.

Raramente repetía, ya que había un vasto e inmenso mundo lleno de tías buenas listas para divertirse, por eso, lo último que necesitaba era quedarme atrapado con una sola chica y privarme de toda la diversión.

—Ay, coño —mascullé, cerrando los ojos con fuerza.

Era una chica, ¿verdad?

A pesar de que encontraba a algunos chicos guapos y ya había recibido invitaciones para salir con algunos de ellos, nunca sentí la atracción suficiente para lanzarme a nuevas experiencias, sin embargo, si hubiera hecho algo, quería al menos recordar si me folla... o si yo folla...

Contraje el culo en busca de evidencias, pero no parecía diferente, ni mucho menos dolorido, pero este pensamiento fue rápidamente descartado cuando un ruido extraño sonó detrás de mí.

Joder, eso era... ¿un ronquido?

Con un suspiro, llevé la mano hasta el brazo que aún estaba en mi cintura, acariciándolo despacio.

Era delgado y suave como el de una chica, solo que como hoy en día existía la depilación y todas esas mierdas, continué el camino por su antebrazo hasta encontrar una mano pequeña y delicada.

Para asegurarme, empujé el edredón que nos cubría, viendo sus delgados dedos presionados en mi abdomen.

Hm, tenía las uñas bonitas, afiladas y pintadas de negro.

Respiré un poco aliviado antes de empujar la mano y sentarme, buscando por el suelo de la habitación hasta encontrar mi ropa amontonada junto a una falda, blusa y botas, todas de color negro.

Joder, ¿había hecho una obra de caridad y me había follado a una gótica?

Me levanté despacio de la cama y caminé hasta mis calzoncillos para ponérmelos.

Mierda, yo nunca, nunca me había quedado dormido después del sexo. La noche de anoche debe haber sido muy buena para haberme hecho desmayar en la escena del crimen.

Empecé a ponerme el resto de mi ropa, aún sin la valentía de girarme.

Cuando terminé de vestirme, reflexioné sobre qué hacer por unos minutos.

Podría irme de allí y fingir que todo eso nunca había sucedido.

O, incluso con mi cabeza doliendo un montón y pidiendo a gritos un analgésico, podría girarme, dar algunos pasos y saber el tamaño de mi aventura, porque, a pesar de la preocupación de haber hecho cualquier cosa que pudiera filtrarse en la prensa antes de la premiación del Heisman, la curiosidad también me estaba carcomiendo.

Decidido, di algunos pasos hacia la cama, intentando vislumbrar a la persona que tuvo la suerte de dormir conmigo, sin embargo, cuando me acerqué lo suficiente, ella se giró en la cama,

llevándose el edredón consigo mientras escondía el rostro bajo el mismo, solo dejando visible los cabellos negros.

Genial, además de gótica, la chica también podría ser fea.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —murmuré, teniendo un pequeño vislumbre de parte de su culo que, definitivamente, era bonito y apetitoso.

¿Habré sido yo el que se ha zampado el culo? Incluso borracho, me habría dado cuenta fácilmente de esa preciosidad.

Fui hasta la puerta, empujándola lentamente para confirmar si no había ninguna testigo en la habitación común que ella compartía con su compañera de dormitorio.

Cuando no encontré a nadie, crucé el espacio sin preocuparme en mirar a mi alrededor, porque no cambiaba mucho de los otros que visité.

Ya en el pasillo, me giré solo para verificar la puerta por la que salí para ubicarme, encontrando el número 12 grabado en ella y entendiendo de inmediato que estaba en la primera planta. Por eso, busqué la primera escalera que vi y bajé, llegando al vestíbulo del edificio que no era tan grande.

Sin querer ser visto, salí de allí y solo me detuve en el jardín para sacar el móvil del bolsillo y llamar a un Uber después de haber comprobado que mi "bebé" no estaba aparcado por allí.

Mientras esperaba al conductor, me encontré reflexionando sobre cómo había terminado allí si la fiesta a la que fui era en una fraternidad que estaba a dos calles de aquí.

Quitando el hecho de haber exagerado con la bebida y haber dormido con alguien, el sexo con una desconocida de la que ni siquiera me importaba recordar el nombre era algo común desde mi último año en el instituto. Lo que cambiaba ahora, era que si hacía

una gran metedura de pata, mi nombre sería noticia en ESPN. Lo que no cambiaría, era mi madre jodiéndome la vida por eso.

Durante el resto de la semana, evitaría las fiestas para estar preparado para el partido del sábado, pero después de que ganara el encuentro, otra chica tendría la oportunidad de divertirse conmigo por unas horas.

Solo necesitaba evitar el alcohol. Era una gran estupidez pensar que estaba bien beber después de meses centrado en mantener mi nivel dentro del campo. Cualquier estúpido que saliera a celebrar sabría que no podría mantenerse en pie después de una borrachera de vodka.

Además, lo último que necesitaba era despertarme en casa de alguna chica otra vez, eso podría crear expectativas de algo que no buscaba en ese momento.

CAPÍTULO 34



Morí cada día esperándote,
Cariño, no tengas miedo, te he amado
Por mil años.
Te amaré por mil más.
A THOUSAND YEARS – CHRISTINA PERRI

TAYLOR JONES

ACTUALMENTE

—Esto tiene que ser una broma —susurré, sintiendo las lágrimas deslizarse por mis mejillas mientras esperaba que Bryan se echara a reír y dijera que todo era una broma de mal gusto.

—No lo es, Taylor. Cuando Eric planteó la posibilidad, lo primero que pensamos fue que Scott podría haber pagado a alguien para adulterar tu prueba para que ni siquiera me consideraras como el padre de Bruce. Y hasta tenía un poco de sentido, ya que él era un gilipollas y no quería que me quedara por aquí durante la selección del draft, pero cuando me paré a analizar todo lo que me dijiste desde que te reencontré, principalmente las fechas... Solo había dos semanas de diferencia. Por mucho que no quisiera que aquel día hubiera sucedido de esa forma, sucedió.

Abrí la boca para responder, pero no sabía qué decir, así que me levanté, pasándome la mano por el pelo mientras caminaba de un lado a otro.

Tomé aire con dificultad, intentando pensar.

No había, nunca, considerado que Bruce pudiera ser de otra persona que no fuera de Julian y ahora mi cabeza parecía querer explotar con toda esa información.

—Nosotros usamos condón. Lo encontré en el suelo de mi baño cuando me desperté.

—Entonces, ¿es más aceptable que haya reventado o se haya roto con el hijo de puta de tu ex que con nosotros? —Él también se levantó, agitado.

—¡No es eso! —Sacudí la cabeza, sintiéndome perdida. —Yo solo... Siempre ha sido así, ¿entiendes?

—¿Y si no lo fue? ¿Y si follamos más de una vez? ¿Y si estábamos tan borrachos que rompimos el condón sin querer? Taylor, no podemos estar seguros de nada sobre aquella noche.

Al mismo tiempo que lo que me decía parecía tener sentido, la posibilidad de que nuestras vidas hubieran seguido separadas por algo que podríamos haber resuelto hace años, lo hacía todo peor, porque vi a mi pequeño crecer y notar la ausencia de su padre.

Si Julian al menos se hubiera preocupado por saber si Bruce era suyo o no, me pondría aún más nerviosa, porque la única persona con la que me acosté entre la ruptura con él y mi primera vez con Bryan, había sido un desconocido al que ni siquiera le vi la cara.

—¡Por Dios, Bryan! Si me hubieras dicho eso en aquella habitación, cuando te acordaste, nos habríamos librado de estas dudas hace siete años, ¡Bryan! ¡Siete años! ¿Imaginas si Julian llega de repente queriendo ser un padre para Bruce y el resultado sale negativo?

Sentí ganas de vomitar solo de imaginarlo.

—¡No estoy diciendo que no tengas razón, Taylor! Pero no servirá de nada remover el pasado ahora, ¿entiendes?

—¡No puedes esperar que sea fácil lidiar con esto, porque no lo es, Bryan, no lo es! —Negué con la cabeza, empezando a irritarme. ¿Remover el pasado? ¿De verdad pensaba que estaba removiendo el pasado? —Bruce podría haber crecido con un padre presente, ¿entiendes que no somos los únicos afectados por todo

esto? ¡Tuvimos que contar con la suerte del destino para que nuestros caminos se cruzaran de nuevo para descubrir esto!

—Créeme, sé todo eso, ¡no he dormido bien en casi dos semanas porque esto no se me quita de la cabeza! —Intentó acercarse, pero levanté la mano, pidiéndole que se detuviera.

—¿Casi dos semanas? —Intenté controlar mi voz para que Bruce ni mi padre nos oyeran. —¿Sabías esto hace dos malditas semanas y no me lo dijiste antes?

Bryan se llevó las dos manos a la cara, frotándoselas de manera exasperada.

—Al principio, tenía miedo de tu reacción, porque solo podía recordar todo lo que me dijiste cuando nos reencontramos, lo difícil que fue criar a Bruce sola —suspiró, desordenándose el pelo—. El caso es que quería suavizar cualquier impacto que esto pudiera tener, sobre todo evitar que se filtrara algo a los medios. ¿Tenía miedo de que me odiaras? Sí, joder, siempre te he amado y ya amo a ese chico como si fuera mío. —Dejó caer sus hombros antes de intentar acercarse de nuevo, con un paso atrás, dejando claro que quería espacio.

—No, Bryan, por favor, me siento asfixiada.

—Lo siento mucho, puedo pedirte disculpas por lo que hice en el pasado y aún así no será suficiente, pero no me disculparé por intentar hacer lo correcto esta vez, protegiéndoos a los dos, cuando me arriesgué a conseguir un lugar seguro para hacer la prueba de ADN antes de hablar contigo.

Sin poder mantenerme en pie, me arrastré hasta el sofá y me senté, sintiéndome agotada.

Era como si no hubiera dormido en días.

—¿Fue por eso que Lola te llamó el domingo?

—Sí. Pude haberlo aclarado todo ese día, pero como viajaba el lunes y volvía solo hoy, no quería que estuviéramos lejos con esa duda flotando sobre nosotros.

Apoyé los codos en los muslos para esconder el rostro entre las manos, sintiéndome como si estuviera en una montaña rusa con tantos sentimientos conflictivos gritando dentro de mí mientras repasaba la última semana en mi cabeza. En cómo Bruce se había

encariñado con él, en cómo nos habíamos acercado y cómo amé cada minuto de eso, pero ahora no sabía si era peso en su conciencia, intentando redimirse, o peor, ya creyendo que Bruce era su hijo.

¿Seguiría todo igual si no lo fuera?

—¿Y si no es tuyo, Bryan? Él ya te ama.

No necesité levantar la cara para saber que se estaba arrodillando frente a mí.

—Hablaba en serio cuando dije que os amo, Taylor. No lo dije por decir. —Sentí sus manos en las mías y, por mucho que no quisiera mirarlo en ese momento, no luché cuando me obligó a encararlo—. Sabes que has criado a este niño de una manera increíble y cualquier persona que quiera y consiga acercarse a él, no recibirá nada más que amor y cariño. Si Bruce no es mi hijo, no cambiará nada de lo que estoy dispuesto a ser en su vida, ¿entiendes? Ahora, si lo es, me dolerá un montón. —Sus dedos se entrelazaron en los míos, dejándome confusa con sus últimas palabras—. No puede no doler sabiendo que dejé de vivir tantas cosas maravillosas con vosotros en estos últimos 7 años.

A pesar de estar irritada, me eché contra él, abrazándolo con fuerza solo por saber que sus palabras eran sinceras. Yo sabía exactamente lo que Bryan estaba queriendo decir.

De todo esto, Bruce probablemente sería el único en ver el lado positivo de la situación.

Cerré los ojos, sintiendo sus brazos estrecharse alrededor de mi cintura, tirándome más hacia él antes de besarme el cuello y acariciarme la espalda, recordándome que no fueron solo siete años perdidos de la vida de Bruce.

Fueron siete años perdidos de nosotros. Siete jodidos años perdidos de todo lo que sentíamos el uno por el otro.

—¿Cuándo podemos hacer la prueba? —pregunté, apartando mi cara para mirar sus ojos verdes, ahora tan asustados y rojos como los míos.

—El día que quieras, solo necesitamos dejar las muestras en Los Ángeles. —Su mano acarició mi mejilla—. Pero tengo que decir que estoy preocupado. Scott quiere joderme y no dudo nada que

use esto para intentar arruinar mi imagen y terminar afectándoos. —Su mandíbula se contrajo, dejando su rostro aún más tenso—. Sin embargo, dependiendo de cómo esto se haga público, Bruce se quedará perdido y confuso con tantas versiones y mentiras que dirán los medios e incluso los chicos de la escuela. Nosotros no tenemos control sobre eso.

Apoyé mi cabeza en su hombro, asintiendo, después de todo, hace unos días, yo misma le había explicado que su padre tomó la decisión de no vivir con nosotros, ahora, todo cambiaría y necesitaríamos encontrar una manera de protegerlo, además de explicar nuestra versión, que era la única que importaba.

—Eso es, nuestra versión —susurré, alejándome de Bryan.

—¿Qué? —Me miró confundido, algunas lágrimas aún resbalando por su mejilla.

—En lugar de dejarlos que suelten la noticia como quieran, nosotros podemos contar la versión verdadera de nuestra historia.

Bryan sonrió, rascándose la nuca.

—Quizás solo pensé en cómo lidiar con esto si se decía de forma equivocada.

—¿Por qué no le pediste ayuda a quien se encarga de tus Relaciones Públicas?

Él se encogió de hombros, secándose la cara.

—Con que Eric y Lola lo supieran era suficiente, no quería que tú fueras la última o te quedaras con este sentimiento. Lo siento, solo pude pensar que ya me odiarías lo suficiente, no quería que eso aumentara.

Sacudí la cabeza, ahora un poco más tranquila.

—No te odio, Bry. —Me encogí de hombros, apoyando mi frente en la suya—. Estoy segura de que si no hubiera sido tan cobarde ese día, si hubiera aparecido en nuestra cita y te hubiera contado de mi embarazo, no esconderías que te acostaste conmigo semanas antes. Entonces, si hay algún culpable en todo esto, somos nosotros dos.

—Lo siento, era tan idiota —suspiró, frustrado—. ¿Te acuerdas de algo?

—No, solo de haberme despertado sola.

Él sacudió la cabeza, torciendo los labios.

—Yo te noté antes.

Intenté empujarlo cuando vi que esbozaba una pequeña sonrisa.

—Borracho —resalté, haciendo que su sonrisa se hiciera más grande.

—Pero te noté.

Puse los ojos en blanco, intentando mantenerme firme, pero no tardé en ceder y sonreír también.

—Si pudiera apostar, apostaría a que fui yo quien se chocó contigo.

—Lo dudo, seguro que te vi de lejos y me acerqué a seducirte. —Esta vez me reí, apoyando mi cabeza en su hombro mientras él me acompañaba—. Solo para confirmar, estamos riendo para no seguir llorando, ¿verdad?

Sí, Bry, sí. —Cerré los ojos y me quedé allí hasta que nuestras risas disminuyeron, pero no me alejé cuando eso sucedió, continué abrazada a él, sintiendo su respiración en mi cuello—. Perdón si fui borde.

—Fuiste un amor comparado con lo que mis pensamientos intrusivos me llevaron a creer que sería este momento —confesó, poniéndome la piel de gallina con el contacto de sus labios en mi cuello—. Pero en mi cabeza terminaba de una manera diferente.

—¿En serio pensaste que te culparía por todo? —Me aparté, viéndolo sonreír.

—Al principio, sí, me darías una bofetada o dos, me insultarías con varios nombres diferentes, saldrías por esa puerta diciendo que no querías verme más, pero pronto volverías arrancándome la ropa.

—No esperaba menos de ti, Evans. —Me reí, empujándolo para alejarlo cuando intentó besarme—. No sé cómo no volví con el sable en la mano en tu 'fanfic'.

—Mierda, mi mente estaba un poco demasiado preocupada como para recordar ese detalle. ¿Aún hay tiempo para añadirlo?

Sacudí la cabeza, riendo con él antes de respirar hondo.

—Parece cosa de película de lo surrealista que es.

—Lo sé, pero todo indica que es nuestra película. Mira, Eric consiguió convencerme con esto. —Bryan sacó el móvil del bolsillo, entrando en su galería, que ya tenía algunas fotos de él con Bruce, lo que me hizo empezar a llorar de nuevo—. Este es mi padre cuando tenía 7 años. —Tomé el móvil, encontrando un niño que se parecía mucho al mío—. ¿Sabes la forma en que duerme con los brazos encima? Yo hacía lo mismo hasta que empecé a tener dolores. Solo que no es solo eso, tiene el color de los ojos, la forma en que frunce la nariz y el pelo. —Bryan bajó la cabeza, mostrando el remolino que tenía allí—. Si da positivo, nos las arreglaremos para hablar con él. Si no, bueno, que a Julian le den por culo porque Bruce será mío.

Esto me hizo querer llorar de nuevo.

—De acuerdo —suspiré, sintiendo mis ojos doloridos—. No me gusta mentirle, pero como es un tema demasiado delicado, necesitamos que Mona hable con él antes y nos dé su opinión sobre si Bruce está listo o no para recibir una información así.

—Tienes razón —asintió él—. ¿Qué te parece si quedamos con ella mañana temprano? Después cogemos un vuelo a Los Ángeles, hacemos la prueba, pasamos la noche allí para celebrar el cumpleaños de mi hermano y aprovecho para presentaros a mis padres. El resultado no tardará mucho en salir.

—De acuerdo, pero tenemos que mantenerlo lejos de los periódicos, la televisión y, sobre todo, de internet, porque si da negativo, todo lo que sabrá es lo que le contemos: que nos reencontramos después de años, así que solo tendremos que explicar por qué teníamos curiosidad por saber si él podría ser tu hijo o no. Podemos ver una forma con Mona para lidiar con las dudas que surgirán.

—Va a dar positivo, Taylor. Lo siento. —Bryan acarició mis dedos que aún estaban entre los suyos—. Y espero, desde el fondo de mi corazón, que no se enfade por toda la confusión que hemos creado.

Acaricié su rostro, besando su barbilla.

—Bryan, Bruce ya te ama, puede ser que, más adelante, se pregunte qué sucedió, pero no puedo pensar en él enfadado o triste

por estar ganando un padre. Sería todo diferente si hubiera conocido a Julian o convivido con él, pero nada de eso sucedió.

—Espero que tengas razón, preciosa. —Bryan se levantó, extendiendo la mano para ayudarme a levantarme también—. ¿Te importa si llamo al personal de Relaciones Públicas?

—¿No quieres dejar eso para mañana? Es muy tarde ahora.

—No, necesitamos publicar nuestra nota antes que Scott. Créeme, siempre es más difícil desmentir algo después de que ha tomado alguna proporción. Así que es mejor adelantarnos. Si él aún gana algún dinero vendiendo información mía, ya no valdrá tanto, y a quien publique cualquier cosa difamándonos, tenemos a Lola.

Asentí, cogiendo mi móvil.

—No puedes demandar a todo el mundo.

—Dinero para eso tengo, así que puedes estar segura de que lo haré.

¿Estaba mal que me pusiera cachonda con eso? Porque verlo hablando de esa manera me estaba moviendo mucho.

—De acuerdo —suspiré, desviando los ojos de su boca—. Entonces creo que yo también necesito avisar al personal del programa.

—Y a Mona. Voy a llamar a Alicia y a mi madre, porque si se enteran por la televisión, especialmente la última, me van a matar.

Él se encogió cuando lo dijo, haciéndome reír.

—¿Miedo a mami, Evans?

—Ella es tan increíble como tú, así que, sí, estoy jodido cuando doña Elizabeth descubra que fui un idiota —masculló, rascándose la cabeza antes de detenerse y abrir los ojos de par en par—. Joder, tu padre...

—Mi padre es bastante tranquilo, hablaré con él por la mañana.

Besé su boca, abrazándolo una última vez antes de alejarme para empezar lo que habíamos acordado, solo deteniéndome una buena media hora después, cuando ya habíamos hecho todas las llamadas necesarias y oímos un ruido en el walkie-talkie.

—¿Cariño? —pregunté, sabiendo que era lo que él hacía cuando quería que yo hablara con él.

—Hola, mami. ¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría, mi amor?

—¿Sabes ese sonido de tractor que siempre oíamos en el abuelo? Ha vuelto y está en tu habitación.

Contuve la risa, pero Bryan no pudo hacer lo mismo.

—¿Está Bry contigo?

—Estoy aquí en su apartamento.

—¿Puedo ir también? No puedo dormir con este ruido.

Antes de que yo respondiera, el jugador ya se estaba levantando y yendo hacia la salida.

—Bry va a por ti, ¿vale? Trae tu almohada.

—¿Voy a dormir toda la noche ahí? —Él parecía demasiado animado con la idea y eso me rompió por dentro, recordando cómo su tema favorito ahora se había vuelto Bryan y el fútbol americano.

—¿Quieres?

—¡Mucho!

—Bueno, el dueño del apartamento debe estar llegando, creo que puedes hablar con él.

—De acuerdo, mami. Bry ha llegado. Cambio y corto.

—Cambio y corto, tesoro.

Aproveché que estaba sola para ir a la habitación de Bryan y lavarme la cara en su baño. Cuando salí, los dos estaban pasando por la puerta, con Bruce sentado en los hombros del jugador. Era una escena común en las últimas semanas, pero que hoy parecía conmoverme aún más.

Si ya estaba convenciéndome de que Bryan era el tipo de hombre en el que me encantaría que Bruce se inspirara, ahora, parada en la puerta del baño, viendo a los dos riendo mientras mi hijo era lanzado en el medio de la cama y se reía a carcajadas antes de levantarse y correr hacia el jugador de nuevo, pidiendo que lo repitiera, tuve la certeza de que no sería un resultado de ADN lo que cambiaría la maravillosa relación que estaban construyendo entre ellos.

CAPÍTULO 35



Es tan particular mi encuentro cuando es contigo,
Mi sonrisa cuando tiene la tuya para acompañar,
Mis historias cuando te paras a escuchar.
SINGULAR – ANA VITÓRIA

BRUCE JONES

—¿Cómo te sientes hoy, Bruce?

Le sonrío a la tía Mona, encogiéndome de hombros.

—Muy feliz.

Y lo estaba de verdad, a pesar de que mamá me había dicho que no puedo usar mi móvil porque molesté a Bry ayer. Al menos, me había dejado enviarle un mensaje a Bellinha para avisarle.

—¿Ah sí? Has estado muy feliz en las últimas sesiones. —Ella me devolvió la sonrisa—. Déjame adivinar: ¿la razón de eso es cierto jugador de fútbol americano?

Asentí, sintiendo ya esas extrañas cosquillas en mi pecho.

—Bry es el tipo más guay del mundo —suspiré, mirando la hoja que la tía Mona me dio cuando llegué y las ceras de colores, pensando si no debería hacerle un dibujo—. ¿Y te puedo contar un secreto?

—Siempre puedes contarme tus secretos, Bruce.

Solté el muñeco de Batman en el suelo y me puse de pie, acercándome a su oído, porque incluso sentada en el suelo, justo a

mi lado, ella era más alta.

—Le voy a preguntar a Bry si puedo llamarlo papá.

—¡Wow! —Tía Mona abrió la boca y los ojos de una manera graciosa. Todo parecía gracioso desde que Bry se había convertido en mi mejor amigo—. ¡Creo que eso es muy guay!

—Yo también. Ayer me dijo que me amaba, tía Mona, no hay por qué no dejarme, ¿verdad?

—¿Después de todo lo que me has contado de él? Creo que Bryan te dejará, porque es realmente muy guay. —Ella sacó uno de los taburetes y me pidió que me sentara—. ¿Qué te parece si jugamos?

—¡Me gusta jugar! —dije emocionado, acomodándome en el taburete—. ¿A qué?

—Hace algunas semanas, me dijiste que DC tiene varias Tierras, ¿no?

—¡Sí! La principal es Tierra-1, pero hay muchas otras, casi cincuenta y dos —expliqué, viéndola asentir—. Anota para no olvidarlo de nuevo, porque es una información importante de DC. —Señalé su cuaderno.

—Ah, sí, claro, lo siento. —Ella apretó los labios, anotando en el cuaderno—. Y si he anotado bien aquí... —Tía Mona hojeó el cuaderno azul hasta encontrar lo que buscaba—. ¿Las Tierras son como si fueran universos paralelos?

—¡Eso es! Son el mismo mundo, pero con la historia de los héroes diferente.

—Muy interesante.

—Sí, anota de nuevo para no tener que buscar muy lejos.

—Buena idea. Gracias. —Tía Mona hizo lo que le dije, anotando en las primeras páginas—. ¿Alguna vez has pensado cómo sería la vida de Bruce en Tierra-2?

Me mordí el labio, negando con la cabeza.

—No, pero como no tengo papá aquí, probablemente allí, lo tendría.

—¿Y si él fuera Bryan? ¿Cómo te sentirías al respecto?

Me rasqué la cabeza, pensando.

Nunca había tenido un papá y estaba feliz por tener un padrastro, pero no podía mentir que sería mucho, mucho mejor si Bryan se hubiera quedado con nosotros desde siempre.

—Habríamos sido mejores amigos desde siempre —respondí, encogiéndome de hombros—. Bry no parece tomar decisiones equivocadas, se quedó con nosotros incluso después de que lo encerrara.

Tía Mona asintió, anotando algo más en su cuadernito.

—¿Y si tú fueras de Tierra-2 y el Bryan de aquí fuera para allá, pero no para ser tu papá, cómo te sentirías?

—Si fuera a desaparecer, me pondría triste, ahora si fuera para ser mi padrastro, está bien, sería igual que aquí.

Ella sonrió, tocando mi cabello con una caricia.

—Eres realmente un niño increíble, Bruce.

—Lo sé, tía Mona. ¿Puedo hacer un dibujo para Bry? Quiero contarle que en Tierra-2, probablemente sea mi papá.

—Adelante, Bruce.

BRYAN EVANS

—¡Habéis venido! —Ashley abrió la puerta, tirándome de un abrazo y haciendo lo mismo con Taylor, dándonos las gracias por estar allí antes de agacharse a la altura de Bruce—. Tú debes ser Bruce.

—¡Sí, señora! —El niño se bajó la máscara de Batman que le animamos a usar, ya que las últimas 24 horas se habían resumido en conseguir fotos nuestras juntos, pero principalmente de Bruce, siendo que Taylor siempre preservó su privacidad y nunca publicó nada en lo que se viera su carita.

—Puedes llamarme Ash, o tía Ash, cariño.

—Me gusta tía Ash.

Ella le revolvió el pelo.

—Ahora, ¿por qué no entras a conocer a Yoda, nuestro perro?

La cabeza de Bruce se disparó en nuestra dirección, esperando autorización para eso mientras empezaba a saltar en el

mismo lugar.

—¿Puedo?

—Por mí, está bien, hijo.

Bruce siguió mirándome, saltando un poco más rápido.

Taylor me dio un codazo, recordándome que ahora él siempre quería mi opinión también.

—Puedes, lleva esto para Eric. —Le entregué el regalo en sus manos—. Pero sin correr.

—Vale, Bry.

Él soltó una risita antes de pasar por Ashley, que nos miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Bruce es un amor! —Ella pasó el brazo alrededor de Taylor, invitándonos a entrar—. Debes tener las manos llenas con estos dos.

—Confieso que no es fácil.

—¡Oye! Es el encanto de los Evans —bromeé, pasando por la puerta y encontrando a mis padres sentados en el sofá, ambos visiblemente emocionados, mirando a Bruce que, al igual que Yoda, rodeaba a Eric, esperando ver cuál era su regalo.

Felizmente, ellos habían recibido muy bien la noticia cuando los llamé anteayer, dando un rápido resumen del porqué, después de 7 años, estábamos aumentando la familia.

Claro que mi madre se volvió loca por al menos unos cinco minutos, solo que cuando ella entendió todo el caos que se había instaurado, desistió de la idea de coger el primer vuelo a San Francisco.

Nosotros estábamos saliendo de la psicóloga de Bruce cuando Lola me llamó, preguntando si podría seguir con las notificaciones extrajudiciales para todas las revistas que me estaban difamando porque Scott consiguió una forma de pintarme como el jugador gilipollas que abandonó a su exnovia embarazada. Ese hijo de puta se arrepentiría amargamente de eso, porque aunque yo dejara a Lola millonaria con sus honorarios, nos joderíamos su vida, ya que Taylor me había prohibido romperle todos los dientes de la boca.

Felizmente, esas mentiras solo se difundieron algunas horas después de que mi asesoría hubiera publicado una nota y enviado

algunas declaraciones mías y de Taylor a grandes periódicos, dándonos al menos alguna ventaja.

El problema es que muchas personas preferían creer que yo realmente era un cabrón, exponiendo sus opiniones de mierda en internet e incluso cuestionando cómo Taylor podría someterse a estar conmigo de nuevo después de todo.

Nosotros sabíamos que en algún momento la cosa se calmaría, solo que, hasta entonces, la lista de personas que yo demandaría por calumnia, difamación e incluso algunas amenazas, solo aumentaría.

Una cosa era que esos hijos de puta hablaran de mi carrera, otra era que crearan historias que podrían herir a Bruce y a Taylor, especialmente al niño que aún era pequeño y no sabría diferenciar lo que oyó sobre las decisiones de Julian y me asociaría con el tipo que lo abandonó.

Era jodido cómo la gente pensaba que tenía el derecho de controlar nuestras vidas y especular sobre lo que nos había separado cuando ya habíamos contado superficialmente lo que sucedió, ya que los detalles eran solo para nosotros tres.

—Tío, creo que fue un error —avisó Bruce cuando sus ojos se fijaron en el sable de luz que Eric sacó del envoltorio, intentando quitárselo de las manos a mi hermano, que retrocedió.

—No fue un error, cariño —intervino Taylor, sonriendo—. Le debíamos uno de estos a Eric.

—Pero, mamá, este es más guay que el nuestro, ¿por qué no cambiamos?

Taylor gimió, poniéndose aún más roja porque todas las atenciones se volcaron hacia nosotros.

—No, cariño, es un regalo.

Él frunció los labios, pero no replicó. Eric sonrió, encendiendo el sable y haciendo que Yoda saltara a su alrededor, animado, casi derribando a Bruce, que se reía.

—Mamá, ¿podemos tener uno, por favor?

—Ya tenemos a Pico, mi amor. No sé si se acostumbrará a otro animalito ahora.

—Es verdad, ¿pero después podemos?

—Hablaremos sobre eso.

—De acuerdo, mamá.

Él volvió a girarse hacia el labrador de Eric, acariciando al perro.

Mi hermano se acercó, agradeciendo el regalo y abrazándonos mientras lo felicitábamos, no tardó en volver con Bruce. Tal vez animado por tener un niño con el que jugar o solo por el miedo de que le robara su nuevo sable y su perro.

—Papá, mamá. —Me acerqué a ellos, tirando de una nerviosa Taylor conmigo.

—Cariño, ¿cómo estás? —Mamá me abrazó, aprovechando para pellizcarme el brazo, haciendo reír a Bruce cuando gemí de dolor.

—¡Ay, mamá!

—¡Ay, digo yo! Te mudaste para estar más cerca de nosotros, pero nos vienes a ver menos que cuando estabas en Nueva York.

—La vida está ajetreada, mamá —me defendí, mirando a mi padre, que solo se reía mientras me abrazaba.

—Es bueno tener a alguien con quien compartir estos pellizcos.

—Sí, sí, yo también te quiero, papá. —Me alejé de él, viendo a mi madre besar la mejilla de Taylor antes de acogerla en un abrazo, lo que me hizo sonreír precisamente por saber que su inseguridad por conocer a mis padres era infundada.

—¿Nos los podéis presentar? —fue lo que me pidió mi madre después de que mi padre saludara a mi chica.

—Claro. —Taylor se giró para llamar a Bruce, pero antes de que lo hiciera, él ya estaba entre nosotros, curioso—. Mi amor, estos son los padres de Bryan, la señora Elizabeth Evans y el señor William Evans.

—Hola, soy Bruce Jones. —Él levantó la mano para saludar a mi padre, que aceptó su mano, agitándola en el aire.

—¡Guau!, menos mal que me lo has avisado, o pensaría que eras Batman.

Él se rió, quitándose la máscara para hacer que mi madre casi llorara.

—No, señor. Yo solo soy Bruce.

Bruce se giró para saludar a mi madre, pero en lugar de que ella aceptara su mano, se agachó a su altura, abriendo los brazos para pedirle un abrazo que él no rechazó.

—Es un placer conocerte, Bruce.

Sus ojos verdes buscaron los míos.

—¿Son tus padres, Bry?

—Lo son, Bruce.

Él asintió, soltándose de mi madre y rascándose la cabeza mientras se acercaba a Taylor y a mí, llamándome con la mano. En lugar de agacharme, lo cogí en brazos, acercando su boquita a mi oído.

—Cuando te cases con mi mamá y te conviertas en mi padrastro, ¿qué serán ellos para mí?

—Elizabeth será tu abuela y William, tu abuelo.

Bruce frunció el ceño, girándose para mirar a Taylor.

—Pero yo ya tengo un abuelo y una abuela que viven en el cielo. ¿Puedo tener más?

—Puedes. En el caso del abuelo, si él encuentra una nueva esposa, ella también puede ser tu abuela, así que puedes tener aún más. —Ella se rió, apretándole la nariz antes de señalar a Eric y Ashley—. Al igual que tíos, tías, primos y primas.

Él asintió, pareciendo entender.

—¿Y si uno de ellos no hubiera ido al cielo, también se puede? Porque entonces podríamos conseguir otra mamá entonces, porque mientras una juega conmigo, la otra juega contigo, Bry.

—¡Bruce!

Él se giró hacia Taylor, que empezaba a ponerse roja mientras se encogía a mi lado.

—¿Qué, mamá? ¿Prefieres que sea otro papá? También puede ser y... —El niño frunció la nariz cuando su madre le cubrió la boca.

—En tu caso, solo somos Bryan y yo, ¿vale?

El niño frunció la nariz, haciendo que mis padres contuvieran la risa.

—Vale, pero no me parece justo.

Lo puse en el suelo, y corrió de nuevo hacia mi hermano, que fue golpeado con una bofetada por Ashley. La rubia ponía los ojos en blanco por algo estúpido que él probablemente dijo.

—Lo siento mucho —comenzó Taylor, pero mi madre solo levantó la mano hacia ella, riéndose.

—Cariño, yo crié a tres niños casi de la misma edad. Bryan y Eric eran los peores. Uno hablaba sin pensar y el otro hablaba todo lo que pensaba.

—Aún lo hace. —King se acercó con una copa de vino que mi chica aceptó rápidamente—. Bryan, ¿quieres una cerveza?

—No, gracias, estoy conduciendo.

Nos sentamos al lado de mis padres, frente a Eric y Ashley, que no parecían querer separarse, haciéndome feliz porque ya no estaban tan distantes como mi hermano había comentado. No tardó en llegar Alicia para que nuestra familia estuviera completa.

A diferencia de mi madre, mi hermana agarró a Bruce y lo giró en el aire, ganándose su corazón al instante, ya que al niño le encantaba ese tipo de juego, además de convertirse en la tía favorita después de abrir la bolsa que trajo y sacar de allí un Batmóvil teledirigido.

Nos quedamos conversando por más tiempo, con Bruce, de vez en cuando, convirtiéndose en el protagonista. Para mí, no había dudas, había mucho de mí en ese niño que ahora estaba sentado entre Elizabeth y William, metiéndole un rollo a mi padre, que terminó dejando escapar algo sobre un partido de hockey que vio. Desde entonces, él estaba escuchando lo genial que eran los Boston Bruins, pero que ahora quizás tendría que optar por Montreal si Bellinha quisiera vivir allí. De un tiempo para acá, su nombre casi nunca salía de su boca.

—Bueno, no os hemos llamado aquí solo para pasar la fecha de hoy conmigo. —Eric aprovechó que Ashley había vuelto del baño para levantarse y abrazarla por detrás, tocando su vientre. Esto hizo que Alicia, mi madre y Taylor suspiraran—. ¡Estamos embarazados!

Nuestra madre fue la primera en abrazar a los dos a la vez, llorando.

—¡Un bebé! ¡Puaj! —Bruce murmuró demasiado alto, haciendo que todos lo miraran—. ¿Qué? Es asqueroso. —Taylor se cubrió el rostro a mi lado, murmurando algo que no entendí, pero para su tristeza, él no se detuvo allí—. Los bebés vienen del coito, ¿no?

Era increíble cómo él tenía la habilidad de avergonzarla con tanta facilidad.

CAPÍTULO 36



Te amo por haberme dado tus ojos,
Por haberte quedado en la retaguardia y haberme visto brillar,
Y no sabía si lo sabías,
Por eso, estoy aprovechando esta oportunidad para decir
Que hoy tuve el mejor día contigo.
THE BEST DAY – TAYLOR SWIFT

BRYAN EVANS

Desperté sintiendo que me masajeaban el lóbulo de la oreja y ni siquiera necesité abrir los ojos para saber que Bruce se había despertado más temprano y había corrido a acostarse conmigo otra vez.

—Buenos días, amiguete —murmuré, abriendo un ojo y viéndolo sonriéndome.

—Buenos días, Bry, has dormido un montón.

Sonreí, rascándome la barba que ya empezaba a crecer de nuevo.

—El partido de ayer fue intenso. Además de haber terminado cansado y dolorido, no pude dormir bien.

—Mamá me dijo que no te despertara, así que si pregunta, ¿puedes decir que no fui yo?

Pasé el brazo alrededor de él, asintiendo.

—Sobre todo porque me he despertado solo. —Le guiñé un ojo, escuchando su risa ahogada contra mi pecho.

Él se quedó allí por unos segundos antes de levantar la cara, curioso.

—¿Por qué no pudiste dormir? ¿Es por ser otra casa?

Negué con la cabeza, acariciando su pelo desordenado.

—Estoy bien quedándome en esta casa. —Señalé la habitación del nuevo apartamento que Taylor y yo alquilamos juntos hasta que pudiéramos volver a los nuestros.

—Yo también. Me gusta que estemos más cerca.

Sonreí, entendiendo lo que él quería decir, porque a mí también me gustaba tener a Taylor y a él para mí en todo momento.

Nos quedamos en Los Ángeles hasta el sábado por la noche, solo volviendo a San Francisco porque yo no podía dejar el equipo tirado, más aún cuando estábamos entrando en el mes de diciembre y cualquier derrota ahora significaba perder la división y, consecuentemente, enterrar el sueño de jugar el Super Bowl.

Durante todos esos días, sin televisión ni móvil, en Los Ángeles, Bruce, Taylor y yo nos quedamos en el apartamento que mis padres compraron en la época en que entramos en la UCLA, gastando nuestro tiempo jugando a algo que habíamos traído o solo viendo alguna película juntos.

Al niño le encantó quedarse en la antigua habitación de Eric porque las paredes aún estaban decoradas con personajes que conocía, pero ni eso lo hizo desistir de la idea de dormir todas las noches entre nosotros.

Y no puedo mentir, incluso siendo la cama pequeña para nosotros tres, me había encantado tenerlo durmiendo y despertando con nosotros.

Las únicas veces que salimos fue para dejar nuestras muestras de ADN en el laboratorio y después seguir hacia la casa de mi hermano, lo que se volvió un caos a la salida y nos desanimó de hacer cualquier otra cosa, ya que Bruce se asustó cuando algunos fotógrafos decidieron rodear el coche después de que alguien filtrara que estábamos en el edificio de Eric.

Al día siguiente, por la mañana, conseguimos una consulta en línea con Mona y ellos hablaron por casi una hora, donde recibimos la opinión de que aquello lo había asustado de verdad y que, quizás, en ese momento, necesitábamos decidir qué hacer para que eso no se extendiera por mucho tiempo.

Fue después de mucha conversación que decidimos publicar, en conjunto, en nuestras redes sociales la foto que Alicia tomó la noche anterior, donde Taylor y yo besábamos la mejilla de Bruce, que sonreía levantando el pulgar para la cámara, acabando con el sueño de cualquier fotógrafo que estaba queriendo ganar dinero a costa de su primera foto.

Como la prueba solo estaría lista hoy, tan pronto como aterrizamos en San Francisco, Lola nos avisó que había alquilado un apartamento a su nombre para que nadie molestara a Taylor o a Bruce en nuestro condominio mientras yo jugaba.

Esto me dejó más tranquilo, porque nuestras cabezas estaban tan llenas que no pensamos en esa posibilidad.

—¿Qué te hizo dormir mal entonces?

—Hoy vamos a recibir una carta importante. Tanto a tu mamá como a mí nos puso ansiosos y por eso no pudimos dormir bien.

—¿Quién escribe cartas hoy en día si tenemos internet?

Me reí, encogiéndome de hombros ante su pregunta.

—Como es muy importante, tiene que ser entregada sellada.

Él asintió con la cabeza, pero antes de que continuara con sus preguntas, la puerta se abrió y Taylor pasó por ella, toda linda dentro del baby doll que le arranqué tan pronto como llegué y Bruce estaba durmiendo.

Sí, yo no había sido tan sincero con Bruce en cuanto al motivo de mi cansancio, pero desde aquella noche que le conté sobre la posibilidad de ser su padre, no tuvimos ninguna oportunidad de estar solo nosotros dos.

No es que eso significara que estábamos distantes, al contrario, yo nunca me sentí tan conectado con Taylor como en los momentos en que Bruce estaba con nosotros, solo que todo había sido un poco diferente esta noche. Yo necesitaba estar con ella en mis brazos para espantar todos esos malditos miedos e

inseguridades con el resultado de la prueba mientras me perdía en el cuerpo de la mujer que amaba, haciendo el favor de murmurar, en cada momento, que sentí la necesidad de estar con ella, fuera solo abrazados, fuera mientras me corría dentro de ella.

—Bruce, ¿no habíamos acordado dejar a Bryan dormir? —ella preguntó, deteniéndose al lado de la cama para verlo escondido contra mi pecho.

—Yo ya me estaba despertando. —Me senté, trayendo a Bruce conmigo—. Buenos días, linda.

—Buenas tardes. —Taylor se rió, arrodillándose en el colchón para besar nuestras mejillas.

—¿Paola ya vino aquí? —La pregunta salió casi como un susurro.

—Sí, acaba de irse.

Involuntariamente, apreté a Bruce en mis brazos.

—¿La abriste?

—Estaba esperando a que te despertaras para que la abriéramos juntos.

Esto hizo que el niño nos mirara con curiosidad.

—¿Abrir qué?

Miré a los ojos de Taylor, que negó con la cabeza, pidiéndome que no respondiera.

—El bote de mantequilla de cacahuete —mentí, volviendo a acostar a Bruce en la cama, que miraba a su madre, riéndose.

—Esa es la principal ventaja de tener un novio ahora. Nunca más nos quedaremos sin mantequilla de cacahuete, tesoro. —Taylor le guiñó un ojo, y él asintió.

—No lo había puesto en mi lista de razones para que nos quedemos con Bry, pero tiene sentido.

Dejé que mis dedos le hicieran cosquillas en el vientre, haciéndolo retorcerse en la cama, pidiendo ayuda a Taylor.

—Por suerte para ti, necesito abrir esto ahora —bromeé, empujándole el pelo que le había crecido y ahora ya empezaba a caerle en los ojos—. ¿Puedes quedarte acostadito aquí manteniendo la cama calentita para mí?

—Puedo.

—De acuerdo entonces, ya volvemos.

Esperé a que Taylor le besara la frente antes de hacer lo mismo y bajar de la cama, ayudándola.

—Nada de salir de ahí y dejar mi lugar enfriarse, ¿eh, amiguete?

—No lo haré, Bry.

Cogí una camiseta de tirantes y salí de la habitación detrás de Taylor, sentándome en el sofá y vistiéndome.

—Aquí. —Ella cogió la prueba que estaba sobre el aparador, acercándose a donde yo estaba—. Parece que pesa una tonelada.

Tiré de Taylor a mi regazo, encajando mi cara en el hueco de su cuello y aspirando con fuerza para intentar calmar mi respiración, que había empezado a acelerarse.

—Estoy nervioso —confesé, sintiendo que mi garganta empezaba a cerrarse mientras luchaba contra las ganas de llorar.

—Lo sé. Si quieres, podemos hacer esto más tarde.

Negué con la cabeza, cerrando los ojos para contener las lágrimas, pero no pude retenerlas por mucho tiempo.

No tardó en que Taylor se uniera a mí, abrazándome con cariño y acariciando mi cabello mientras mojaba mi hombro con sus lágrimas.

—No sé si quiero saber el resultado. —Tomé la carpeta de su mano, alejando nuestros cuerpos para encontrar el reflejo de mis incertidumbres en sus ojos—. Yo ya me siento padre de Bruce, no es una palabra en una hoja lo que va a cambiar eso.

BRUCE JONES

Como Bryan estaba tardando, corrí al armario de mamá cuatro veces para conseguir cuatro edredones, dejando todos ellos donde necesitaba que se mantuviera calentito antes de ir a la puerta, pasando por la rendija sin necesidad de empujar más porque estaba medio abierta y yo era pequeño.

Pensé en gritar por ellos, pero me detuve cuando encontré a Bry y a mamá sentados en el sofá, ella en su regazo y mi amigote

llorando.

Eso me hizo doler el corazón.

Empecé a acercarme, pero me detuve cuando vi a mamá extendiéndole una gran carpeta blanca con letras rojas.

Como yo estaba cerca, solo necesité girar la cabeza para ver las letras de mi nombre justo debajo de una "P" bien grande, justo al lado de una escalera azul y roja defectuosa, toda torcida y llena de bolitas.

Abrí la boca, reconociendo al instante lo que era aquello.

La letra P bien grande...

La escalera azul y roja tan como la Navidad representaba.

Solo podía ser.

No había forma de que no lo fuera.

La P era de Papá Noel y la escalera era la que él debía usar para entrar por la chimenea y por ser rechoncho, terminó doblándose un poco.

Y para rematar, acabábamos de entrar en el mes de Navidad.

—Yo ya me siento padre de Bruce, no es una palabra en una hoja lo que va a cambiar eso.

Entendí lo que él quería decir.

Bry era el papá que yo quería tener.

Miré su mano, curioso.

Pero no había problema en que yo descubriera la respuesta de Papá Noel, ¿verdad?

Por eso, corrí hacia ellos y extendí la mano, tirando del gran sobre de las manos de Bryan, que me miró asustado.

—¿Esto es para mí?

—Bruce, cariño, devuélvemelo, tesoro. —Mi mamá intentó alcanzarme, pero como ella estaba en el regazo de Bry, solo necesité dar unos pasos hacia atrás.

—Amigote, obedece a tu mamá, ¿vale?

Negué con la cabeza, señalando mi nombre.

—Tiene mi nombre. —Empecé a caminar de espaldas cuando mamá se levantó—. ¡Mira! Es la P de Papá Noel y la escalera torcida que él usa para entregar los regalos.

—Mi amor, eso no es...

Antes de que ella dijera algo más, corrí hacia el baño que estaba allí al lado, entré y enseguida giré la llave.

Yo había dicho menos palabrotas y había sido un niño bastante bueno hasta octubre, así que era mi derecho saber lo que Papá Noel quería decirme.

—¡Bruce Jones, abre esa puerta ahora!

—Yo, como ciudadano de los Estados Unidos de América, ¡sé mis derechos, mamá! —me quejé, sintiendo los golpes vibrar contra mi espalda, apresurándome a abrir mi carta y viendo que no era exactamente una carta, sino un bloque y empecé a hojearlo, sin entender por qué Papá Noel me había enviado una respuesta llena de tablas y, peor aún, en formato de trabajo escolar—. Qué cosa más confusa. —Me rasqué la cabeza, intentando entender lo que estaba escrito.

—¿Quizás deberíamos forzar la puerta?

—¿Pero y si él está detrás? Eso lo lastimará.

Solo en la penúltima hoja del bloque encontré la palabra **CONCLUSIÓN**. Eso me llamó la atención, porque yo sabía que sería un resumen de todo lo que estaba allí con la opinión de alguien, en este caso, del viejecito bondadoso, por eso, empecé a leer.

—Examen de... ¡JODER! —Dejé caer el bloque por el susto—. ADN. ¡Un examen de ADN! MAMÁ, PAPÁ NOEL ME HA MANDADO UN EXAMEN DE ADN.

—*Bruce, por favor, necesitamos hablar, amigote.* —Era Bryan ahora, pero mi corazón estaba acelerado, porque allí, entre un montón de cosas que no entendí, estaba otro nombre también.

CONLUSIÓN

Teniendo como verdad las informaciones de identificación de los involucrados y el material genético (ADN) extraído de muestras biológicas de los examinados, con base en la transmisión de los alelos en **15 (quince) *loci independientes* analizados**, se evidencia que…

BRYAN EVANS

—Lo siento, es mi culpa, debería haber sujetado la carpeta con más fuerza, yo...

—Bryan. —Taylor me tocó el hombro, sacudiendo la cabeza—. No es tu culpa. Ni yo imaginé que Bruce fuera a hacer algo así. —Ella se pasó las manos por el cabello, tan angustiada como yo—. Quizás nosotros...

Antes de que terminara de hablar, oímos que la puerta se destrancaba y un Bruce pálido con los ojitos llenos de lágrimas salía de allí.

—¿Amigote? —llamé con la voz quebrada, sintiéndome ligeramente desesperado por no saber el motivo de su llanto. Miré a Taylor, que parecía tan sin reacción como yo.

Bruce era inteligente, estos exámenes no eran difíciles de interpretar y siempre tenían en algún lugar una respuesta clara del resultado.

—Cariño, ¿qué leíste ahí? —ella preguntó, acercándose despacio para quitarle la prueba de las manos.

Él se pasó el brazo por la cara, intentando secarse las lágrimas.

—Era Papá Noel —respondió Bruce, levantando la barbilla para mirarme—. ¡Bryan, no soy un niño maleducado! ¡No lo soy! —gritó antes de lanzarse contra mis piernas y empezar a llorar más fuerte. Me agaché, cogiéndolo en brazos para abrazarlo mientras esperaba a que Taylor hojeara las páginas, entendiendo que el resultado había sido positivo cuando, incluso empezando a llorar, sus ojos nos sonrieron a los dos.

—¡Gracias a Dios! —gemí, recorriendo la hoja con la mirada cuando ella me la mostró.

CONLUSIÓN

Teniendo como verdad las informaciones de identificación de los involucrados y el material genético (ADN) extraído de muestras biológicas de los examinados, con base en la transmisión de los alelos en ***15 (quince) loci independientes analizados****, se evidencia que el supuesto padre* ***Bryan Evans ES PADRE BIOLÓGICO*** *del hijo(a)* ***Bruce Jones.***

*El índice acumulativo de paternidad es de **26.571.962.***
*La probabilidad de paternidad es de **99,999996%.***

Cerré los ojos, besando el cabello de Bruce, que apartó su cabeza de mi hombro para abrazarme por el cuello.

—¡Lo sabía, Bry! —Él se rió entre los sollozos y las lágrimas, agarrándose con aún más fuerza a mí—. Papá Noel sí que mandó mi regalo, solo que no me di cuenta en el momento porque nunca imaginé que vendrías de Tierra-2. ¿Por qué no me lo dijiste antes? La tía Mona ya lo sabía, ¿verdad?

Sentí los brazos de Taylor abrazándonos y dándonos un beso a cada uno.

—También fue una sorpresa para nosotros, cariño —respondió ella, haciéndome abrir los ojos para mirarlos a los dos.

—Iba a pedirle a Bry que fuera mi papá y ni siquiera tuve que hacerlo, mamá. —Bruce volvió a sonreír, con los ojos minúsculos, de lo grande que era su sonrisa—. ¡Tengo un papá, mamá! ¡Tengo un papá ahora!

—Lo tienes, hijo —respondí con la voz quebrada, apretándolos a los dos en mis brazos antes de darle un piquito a mi chica.

Como fue la primera vez que usé la palabra, él respiró hondo antes de besarme la mejilla.

—No sé si es posible, Bry, pero ya te quería mucho, ahora te quiero aún más.

CAPÍTULO 37



Tanto por hacer, tanto por ver,
Así que, ¿qué hay de malo en tomar los caminos secundarios?
Nunca lo sabrás si no vas.
Nunca brillarás si no resplandeces.
ALL STAR – SMASH MOUNT

BRYAN EVANS

—... mi papá ya ganó el Super Bowl antes, lo va a ganar de nuevo y ¡vamos a ir a Disney!

Taylor se rió suavemente a mi lado cuando nos detuvimos a unos metros de distancia de donde Bruce estaba en el centro de un círculo de niños de su edad.

—¡Qué guay, Bruce! ¿Crees que me puede dar un autógrafo?

—Nada que cinco dólares de cada uno no resuelva.

La risa de mi chica dio lugar a un gemido, pidiéndome ayuda con la mirada.

Quizás un día aún extrañe cuando solo eran miradas de disculpa, pero mientras ese momento no llegara, solo le guiñé un ojo, poniendo la mano en la base de su espalda y volviendo a acercarnos a él.

—¡Se lo voy a pedir a mi papá!

—Vale, un autógrafo para Noah.

—Yo también.

—Uno para Jonas.

—¡No te olvides de mí, tío!

A este último, él frunció la nariz de la misma forma que siempre hacía cuando estaba listo para soltar algún comentario peligroso.

—Mira, Lenny...

—¡Oye, Bruce! —me apresuré a llamarlo, haciendo que su cara se girara en nuestra dirección con una gran sonrisa.

—¡Mirad, chicos, es mi papá! —Señaló, atrayendo la atención de sus amigos hacia nosotros.

—Me ha parecido que mi nuevo superpoder es ser invisible —bromeó Taylor, dándome un codazo.

—Lo siento, dulzura, pero ya tuviste todo eso solo para ti durante siete años, ahora, déjame estropear el plan de tráfico de autógrafos de nuestro hijo. —Besé su mejilla, acercándome al grupo de niños—. ¿He oído autógrafos?

Fue gracioso verlos luchar para quitarse las mochilas de la espalda y abrirlas en busca de papel y un bolígrafo.

—¡Papá, tenemos que ir a la cita! —se quejó Bruce, no gustándole ver que su negocio era interrumpido—. Hacemos así: tú autografías en casa y yo se los traigo.

—Creo que no hay problema en que tu papá autografíe para tus amigos, cariño.

Asentí con la cabeza, aceptando el primer cuaderno mientras le daba un abrazo al niño, le preguntaba su nombre y dedicaba un autógrafo en la página en blanco.

Como solo eran cinco niños, no tardamos mucho en salir del patio de su escuela después de avisar a uno de los porteros responsables de dejar salir a los alumnos solo a personas autorizadas.

Felizmente, como ya había pasado un mes desde que todo sobre Bruce, Taylor y yo explotó, ahora todos los focos estaban dirigidos a alguna celebridad que tuvo la mala suerte de que se expusiera algo sobre ella o simplemente había hecho alguna estupidez, ya que era lo que les quedaba a las personas públicas.

Claro que, en nuestro caso, gran parte de la gente se dio cuenta de que todo fue para perjudicarme cuando Lola, de alguna forma, consiguió descubrir cuál de esos desocupados dueños de perfiles de chismes era siempre el primero en difundir las mentiras de Scott, y cuando la factura por ello llegó, no tardó en entregar al responsable de las mentiras.

En cuanto a Scott, bueno, muchas otras personas ya tenían dificultades para lidiar con él por su temperamento y su forma controladora, pero la cosa era más seria, al parecer, él no solo saboteaba mi carrera para hacerse útil justo después, trayendo contratos o propuestas que eran de su interés y de terceros.

Por estas y otras razones, además de abrirse una investigación sobre un supuesto esquema de corrupción de él en el medio deportivo, mi ex agente comenzó a perder sus contratos con atletas que le permitían gestionar sus carreras.

Yo aún prefería la opción de darle puñetazos hasta romperle todos los dientes, pero ahora necesitaba ser un ejemplo para el pequeño que sostenía mi mano y murmuraba algo sin siquiera hacer pausas para respirar.

—¿Adónde vamos, papá?

Esa sensación maravillosa que se esparcía por todo mi cuerpo no tardó en aparecer. Era increíble cómo una sola palabra podía hacerme andar por las nubes.

—Primero, vamos a almorzar mientras decido si voy a dejar que Bryan te lleve o no.

Bruce me miró buscando ayuda, pero yo solo me acomodé la gorra, agradeciendo mentalmente por llevar gafas de sol.

—Pero, mamá, ¿qué hice?

—¡Querías vender autógrafos, Bruce! Creía que habíamos acordado no hacer nada de ese tipo dentro de la escuela.

Todavía era difícil no ceder a todo lo que él quería, más aún cuando ponía ese puchero tan mono.

—Pero yo no estaba dentro de la escuela, ya estaba en el patio. —Él se rascó la cabeza, confundido—. ¿Cuál es el problema de empezar a trabajar desde temprano? Yo solo quería comprar

nuestros regalos de Navidad, porque Papá Noel nos trajo a Bry, seguro que no traerá otro regalo tan pronto.

Muchas cosas aún eran novedad para mí, principalmente en el aspecto de padre, donde cada día aprendía algo diferente con Bruce y digo con toda la certeza del mundo: era y seguiría siendo uno de los mayores desafíos de mi vida.

Era por estas y otras razones que, al principio, mientras aún me adaptaba y entendía que, incluso sintiéndome culpable por los años de ausencia en su vida, nada justificaba ser demasiado permisivo o ir en contra de lo que su madre establecía.

—Puedes pedirnos dinero cuando sea así, te lo prestamos y luego lo descontamos de tu paga.

Él frunció la nariz antes de resoplar.

—Está bien, papá, lo siento.

Miré a Taylor, que no parecía totalmente convencida de los argumentos de nuestro hijo, y menos mal que no me entrometí sobre sus intenciones siendo buenas, porque no lo eran y solo vendríamos a entender eso algunos meses después, en lo que sería mi primer casi-infarto.

Cuando entramos en el coche, Bruce inmediatamente entendió lo que sucedería cuando vio los patines detrás del asiento de Taylor.

—¿VAMOS A JUGAR AL HOCKEY?

—Después de que hagamos la digestión, vamos a visitar la pista de los Sabercats —avisé, ya sabiendo que él comería a la velocidad de la luz—. Resulta que tengo un amigo que está en la ciudad, creo que te gustará conocerlo.

Él me miró con una gran sonrisa y, bueno, no había nada en el mundo más satisfactorio que eso.



—¿Amigote?

Llamé, viendo, por primera vez en la vida, a mi niño sin palabras.

—Tú... tú eres...

Él tragó saliva, ajustándose el casco en la cabeza. Si existía una cosa más tierna que Bruce vistiendo un uniforme de hockey con el número 12 estampado en la camiseta, yo la desconocía.

—Owen Von Hunt.

—¿El jugador de los Montreal Beavers, verdad?

—Ese mismo. ¿Y tú eres?

Bruce se rió, extendiendo la mano mientras me miraba.

—Me llamo Bruce Jones Evans —respondió, haciendo que mi jodido corazón casi explotara de tanto orgullo. A él le encantaba cuando le preguntaban su nombre y Owen solo había hecho eso, porque vio un video que se hizo viral en internet después de que llamaran a Bruce 'Jones' y él corrigiera, diciendo que ahora también tenía el 'Evans'—. ¿Cómo es Montreal? Mi novia es de allí, quizás hable con mi agente para negociar con ellos cuando llegue el draft.

Miré a mi alrededor, notando que Taylor estaba saliendo del baño y suspiré. Por mucho que ella no lo dijera, sabía de los celos que tenía de la novia virtual de Bruce, lo cual me parecía una tontería, ya que la última vez que revisamos el historial de conversaciones y búsquedas de su móvil, siendo la mitad de estas, intercambios de mensajes sobre curiosidades 'nerd' y las otras infantiles, principalmente él animando a Bellinha a conseguir una madrastra, porque, en sus palabras, era muy guay tener dos personas para acostarte a dormir.

—¿No querías ir a los Boston Bruins? —pregunté, viendo sus pequeños hombros subir y bajar.

—Quería, pero iré a donde Bellinha quiera ir.

Como Taylor ya se estaba acercando, decidí carraspear y señalar el 'ring' vacío.

—Creo que es hora de jugar un poco, amigote.

Felizmente, Owen conocía a alguien que consiguió reservar un horario para divertirse un poco con Bruce antes de que los otros niños que entrenaban por allí aparecieran para conocerlo también.

—Vale, ¿me ayudas a ponerme los patines?

—Claro.

Lo ayudé a sentarse, con Taylor uniéndose a nosotros enseguida y extendiendo los guantes a Bruce, que se los puso.

—Ten cuidado allí, tesoro.

—No te preocupes, mamá, Bry estará conmigo y... —Se detuvo, riéndose—. Uy, papá estará conmigo, no hay peligro.

—Está bien, os voy a mirar desde aquí. Divertíos.

Owen ya estaba en el 'ring', deslizándose por el hielo mientras controlaba el disco con el palo.

—¡Guau, es demasiado rápido!

—Es verdad. Ahora, ¿vamos? —Caminé hacia la abertura que daba paso a la pista, empezando a patinar en dirección a Owen, pero deteniéndome cuando me di cuenta de que Bruce no estaba conmigo—. ¿Amigote? —llamé, viéndolo parado en el mismo lugar, pero con Taylor ahora a su lado—. ¿No vienes, hijo?

Como él no respondió, volví a donde estaban, confundido.

—¿Algún problema? —pregunté.

Bruce suspiró, extendiendo la mano.

—No sé patinar.

—¿Cómo que no? —Taylor ahogó la risa cuando la miré, pero ella solo se encogió de hombros.

—Solo dio cinco minutos de clase y fue tiempo suficiente para que el entrenador lo llevara a conocer la pista y lo dejara con los otros chicos en medio de la cancha antes de que él pensara que podría pelearse —explicó, con el niño moviendo la cabeza, como si fuera una información obvia.

—Creí que lo sabías, papá. —Apreté los labios, controlándome para no reír.

—Eso explica por qué tu mamá tuvo que sacarte a rastras.

—Siempre dije que quería ser jugador de hockey, no que sabía jugar hockey. —Su mano volvió a agitarse en el aire para recordarme que aún estaba esperando mi ayuda. Sonreí, aceptando su mano y ayudando a Bruce a pisar el hielo—. Los chicos dicen que es tarde para aprender, papá, ¿eso me va a perjudicar para entrar en la universidad?

—Eres un Jones-Evans. —Le di un pequeño golpe en el casco para apartar su mirada aprensiva, lo que funcionó de maravilla, ya que Bruce se estaba riendo al segundo siguiente—. Puedes ser lo que quieras.

—Pues entonces, ¡seré un gran jugador de hockey!

CAPÍTULO 38



Y si olvidas el camino a seguir,
Y te pierdes de donde viniste,
Si nadie está a tu lado,
Continúa, y que sepas que estoy.
BE STILL – THE FRAY

BRYAN EVANS

Un mes después

Estaba al borde del campo, enérgico para poder volver al campo lo antes posible.

—Vas a tener que hacer un milagro, Bryan —Kelce Travis respondió a la provocación que intercambiamos durante todo el partido tan pronto como dejó de bailar y decidió salir del campo con una gran sonrisa arrogante en la cara.

Yo también lo estaría si fuera él, el hijo de puta había hecho su tercera recepción dentro de mi 'endzone', completando más de 82 yardas para dejar a los Chiefs con 5 puntos de ventaja sobre nosotros.

Miré a la pantalla gigante del estadio para comprobar que retomaríamos la última posesión de la pelota con casi dos minutos. El equipo de especialistas solo necesitaba coger ese 'punt' y llevar la pelota lo más lejos posible para que hiciéramos nuestras últimas

bajadas. Dos malditos minutos para que mi equipo y yo nos convirtiéramos en campeones del Super Bowl.

—Lo siento mucho —murmuré, viéndolo mirarme confundido.

—¿Por qué exactamente? ¿Por ganarte?

Abrí mi mejor sonrisa e indiqué con la barbilla en dirección a los palcos.

—Porque tu chica ha cruzado el mundo en su jet privado solo para verte perder el Super Bowl en los últimos dos minutos de partido. Solo una Taylor va a salir de aquí hoy con un anillo garantizado, y puedes estar seguro de que no es la tuya.

Él se echó a reír, pero su risa fue ahogada por el grito de nuestra afición cuando Jason Hunter recibió el saque fuera de nuestra zona de anotación y comenzó a correr a toda velocidad hacia el lado opuesto, siendo cubierto por los otros chicos que se lanzaban contra la defensa de los Chiefs y les impedían acercarse a mi 'wide receiver'.

Todo el humor que Kelce había llevado durante los cuatro cuartos desapareció de su rostro cuando derribaron a Hunter en la línea de 30 yardas. Pero no en la línea de 30 yardas de nuestro campo, sino, en el campo de ellos.

El hijo de puta había corrido casi 70 yardas y yo le besaría la boca si estuviera aquí.

—No necesito un milagro cuando tenemos buenos jugadores. —Le di un puñetazo suave en el brazo, poniéndome mi casco y dejando a Travis parado al borde del campo mientras corría hacia Wilson, que parecía estar teniendo un ataque al corazón.

—¡Dos minutos, Evans! Lanza la primera bajada sin ser interceptado, pide tiempo, pide un 'full house' y entra en la puta 'endzone'.

—¿Yo? —pregunté, sorprendido. Desde que había vuelto al campo, los únicos 'touchdowns' en los que participé fueron de pases lanzados, ya que todo el equipo decidió que yo había estado demasiado tiempo fuera del campo y hasta que recuperara el ritmo, era lo más seguro.

—No se lo esperan —respondió como si fuera obvio—. Y no me hagas arrepentirme de esto, si te van a derribar, que sea dentro

de la 'endzone' y protege nuestro hombro.

Nuestro hombro.

Sonreí, asintiendo con él antes de girarme y correr hacia el campo, gritando a mis compañeros palabras inconexas que solo ellos entenderían cuál sería, no solo esta jugada, sino también la siguiente, para que supieran que si completábamos las yardas, yo necesitaba que algunos jugadores salieran del campo y dieran paso a otros específicos.

No podíamos cometer el error básico de tener más jugadores en el campo y arriesgarnos a perder yardas además de la primera de las cuatro bajadas.

Me coloqué detrás del 'center' para recibir nuestra primera bajada.

Estaba nervioso. Sabía que toda la campaña que hicimos después de volver al campo había sido surrealista y nadie nos culparía si perdíamos allí, pero ya había vencido tanto en esa temporada en todos los otros ámbitos de mi vida.

Entonces, yo necesitaba cerrar la vida profesional también con broche de oro.

Cuando todos se posicionaron, le pedí a Liam que soltara la pelota, sintiéndola golpear en mis manos mientras me alejaba y buscaba a alguno de mis chicos en sus rutas.

Nuestra defensa estaba de puta madre hoy, por eso tuve tiempo suficiente para esperar a que Hunter se librara de su marcación para lanzar, sintiendo un cuerpo golpeando contra el mío y llevándome al suelo, solo sabiendo que el pase había sido un 'first down' por la conquista de 25 yardas por los gritos de la afición y el video en la pantalla gigante de Jason tirando la pelota al suelo en celebración.

Ahora solo faltaban 5 yardas, pero como la ventaja de los Chiefs era de cinco puntos, ni siquiera un 'field goal' nos daría la victoria. Nosotros necesitábamos llegar a la 'endzone'.

Cuando estábamos reiniciando el cronómetro de salida para el juego, pedí el último tiempo que tenía, viendo a mis tres 'tight ends' y dos 'running backs' cambiar sus posiciones antes de mirar una vez más a la pantalla gigante y ahora encontrar a Bruce allí.

Él estaba con los ojos cerrados y con las manitas pegadas cerca de su barbilla, como si estuviera orando.

Era el primer partido que él estaba viendo en persona. No había la más mínima posibilidad de decepcionar a mi chico.

—Si alguno de vosotros falla y ese niño llora, ¡os voy a patear el culo! —amenacé, rotando mi hombro después de volver detrás de Liam para el final del tiempo muerto—. ¡Cincuenta segundos para que seamos campeones, joder!

Cuando mi 'center' me pasó la pelota, me giré de espaldas a la defensa de los Chiefs en el mismo instante en que dos de mis compañeros pasaron corriendo por mí, uno siguiendo hacia la lateral izquierda y el otro hacia la muralla de jugadores en la línea de la 'endzone', ambos arrastrando casi toda la marcación de la defensa mientras yo corría libre por el lado derecho solo con el 'defensive end' intentando alcanzarme, pero era demasiado tarde, porque tan pronto como el cronómetro marcó cinco segundos, yo ya estaba dentro de la zona, marcando mi primer 'touchdown' de la temporada, consiguiendo solo apuntar en la dirección donde Taylor, Bruce, Joseph y mi familia deberían estar antes de ser derribado por los chicos del equipo en la celebración.



La primera cosa que hice cuando salí de en medio de aquella muchedumbre, fue intentar encontrar a Taylor y a Bruce entre los varios reporteros y familiares que invadieron el campo para participar en nuestra celebración.

Abracé a mis compañeros, principalmente al chico Purdy, que dio lo mejor de sí para el equipo antes de volver al banquillo. Aún no era su hora, pero cuando lo fuera, él sería muy relevante para el equipo.

—¿Alguien ha visto a Bruce y a Taylor? —grité antes de que me abrazaran las piernas.

—¡Aquí, papá, estoy aquí! ¡Tú ganaste! —Lo cogí en brazos, encontrando a Taylor justo detrás de él y la tiré para darle un beso.

—¡Ganamos, amigote! —Lo levanté, sentándolo en mis hombros—. ¿Vienes conmigo a coger el MVP?

—¿Tú también ganaste? —Taylor me besó la mejilla y me encogí de hombros.

—Después de este partido, solo pueden estar locos si no me lo dan, querida. —Le guiñé un ojo, viendo a mi chica poner los ojos en blanco antes de reírse—. ¿Venís conmigo?

—Yo voy, papá.

—Prefiero esperar desde aquí, ¿puede ser?

—De acuerdo, amor, pero no te vayas. Bruce y yo necesitamos hablar contigo dentro de un rato.

Besé su boca una vez más antes de seguir hacia el escenario que montaron para recibirnos. Bruce saludaba a todo el mundo, haciendo que las cámaras se enfocaran en él, que adoraba la atención que recibía.

Todos los chicos del equipo saludaron a mi niño cuando nos unimos a ellos allí arriba, apenas pudiendo desviar los ojos de mi chica que, a pesar de no haber subido con nosotros, nos estaba viendo allí desde el césped al lado de mis padres.

Sentí que mi estómago se revolvía, sintiéndome nervioso por primera vez en la noche.

Sí, era jodidamente irónico cómo me sentía tranquilo ganando el partido en los segundos finales, pero no conseguía controlar la ansiedad de saber lo que ella respondería cuando yo propusiera.

Es decir, yo creía que la respuesta era un poco obvia, ya que, desde que empezamos a compartir el mismo apartamento, lo que iba a ser solo unos días, estaba a punto de cumplir dos meses y medio, así que no había motivos para que ella no aceptara hacerlo oficial.

Esperé impaciente a que el entrenador hiciera su discurso, al igual que el dueño del club. Cuando fue mi turno, no necesité mucho tiempo para dejar claro cómo me sentía.

—Es un honor poder finalmente traer este título a casa —grité, sujetando una de las piernas de Bruce con una mano mientras

usaba la otra para alzar el trofeo en el aire con su ayuda. —Debería haber sido el año pasado, pero creedme, si hay algo que puedo garantizar, es que la espera no siempre es mala y mi familia es la prueba más bonita de ello —dije en el micrófono, esperando a que los gritos en el estadio disminuyeran antes de entregarle el trofeo a Jason y señalar a Taylor. —Tardé siete años en reencontrar a la mujer de mi vida y a mi hijo. —Le guiñé un ojo, y ella fue abrazada por mi madre. —¿Y la verdad? Ellos hacen que me sienta campeón todos los días. ¡Acostumbraos, Niners, porque el año que viene volveremos a serlo!

Recibí los abrazos de los directores del club antes de bajar al césped y abrazar a mis padres.

—¿Te gustó mi discurso? —le pregunté a Taylor, abrazándola para conseguir un beso, pero su boca buscó mi oído.

—Tú y tu boca nunca me decepcionan, cariño.

Gemí, alejándome para quitarme a Bruce del hombro y ponerlo en el suelo.

—Bueno, espero que estés lista para convivir con ella por mucho tiempo, guapa. —Sus ojos se abrieron de par en par cuando me arrodillé a sus pies. —Taylor Jones, ¿aceptas pasar el resto de tu vida conmigo?

Gracias a Dios, mi chica era decidida y asintió con la cabeza, manteniendo mi corazón sano solo por no verla pensar o hacer una pausa dramática.

—¡Sí, Bry. ¡Sí! —respondió con la voz quebrada, sus ojos castaños brillando por las lágrimas acumuladas allí. —Te amo.

—¡Yo también te amo, guapa! —Me levanté, rodeándola con mis brazos antes de estampar mis labios contra los suyos en un beso lleno de promesas. —¡Maldición, el anillo! —Me reí, rascándome la cabeza antes de alejarme. —¡Bruce, tu mamá ha dicho que sí, campeón!

—¡Síííí! ¡Lo sabía! —Él saltó, celebrando y chocando su mano con la mía.

—Pásame el anillo, por favor —le pedí, sintiendo que mi corazón fallaba un latido cuando arrugó la nariz.

—¿Anillo? —repitió.

—Sí, hijo. —Me reí, ligeramente nervioso—. El que te dejé durante el descanso.

Sus ojos se abrieron de par en par, reconociéndolo.

—¡Hala! ¡El anillo!

Sentí que mis hombros caían cuando lo vi palpar sus bolsillos tan desesperado como yo.

—Creo que lo perdí, papá.

—No, no, no... —lloriqueé, arrodillándome en el campo para palpar el césped. No era algo pequeño, era grande, reluciente y caro.

Oí risas detrás de mí, girándome para encontrar a Bruce sosteniendo el anillo en el aire.

—¿Será esto lo que estás buscando?

Me pasé la mano por la cara, no sabiendo si reír o llorar, optando por reír, ya que conociendo a ese niño, esta no sería la última vez que casi me mataría del corazón.

—¡Niño! —Lo derribé en el césped, haciéndole cosquillas en el vientre. A estas alturas, todas las atenciones ya se habían vuelto hacia nosotros—. ¿Por casualidad, te has olvidado de que ahora soy tu papá y puedo castigarte?

—No, no me olvidé. —Él negó con la cabeza, retorciéndose de un lado a otro antes de entregarme el anillo, todo rojo y sin aliento —. ¿Cómo iba a olvidar que tengo al mejor papá del mundo?

Lo sostuve en mis brazos, besando su frente mientras tiraba de Taylor para un abrazo triple.

—Prometo que haré todo lo posible para intentar ser ese papá siempre.

—Ya lo eres, Bry.

—Os quiero, mis chicos.

—Nosotros también te queremos, dulzura.

Cerré los ojos, agradeciendo a Dios por que las dos mayores conquistas de mi vida cupieran entre mis brazos.

—¡Evans! —oí que alguien me llamaba, encontrando reporteros y cámaras apuntando hacia nosotros—. ¡Enhorabuena por el Super Bowl y por la boda, pero ahora, ¿qué pretende hacer la familia?

Bruce me miró y yo asentí. Habíamos ensayado mucho eso en el espejo durante la semana.

—¡Vamos a Disneyland!

EPILOGO



Te voy a despertar con el desayuno en la cama,
Te llevaré café con un beso en la cabeza,
Y llevaré a los niños a la escuela, me despediré de ellos,
Y agradeceré a mi estrella de la suerte por aquella noche.
SAY YOU WON'T LET GO - JAMES ARTHUR

BRYAN EVANS

AÑOS DESPUÉS…

—¿Listo? —le pregunté a Bruce, ajustando el cuello de su camisa de botones, sin poder contener la sonrisa cuando sus ojos verdes me miraron emocionados.

—Sí, ¿y tú? ¿Nervioso, papá?

Suspiré, sacudiendo la cabeza.

—Todo lo que involucra a tu mamá me pone nervioso. —Me reí, cogiendo el peine y arreglando su peinado idéntico al mío, haciéndome sentir un poco nostálgico, ya que ese niño que conocí hace casi tres años, estaba enorme y cumpliría nueve años el próximo mes.

—No te preocupes, ella nos ama. Dudo que se escape como hacen algunas novias en las películas.

Solo de pensar en esa posibilidad, mi estómago se revolvió.

Era algo muy idiota, más aún cuando habíamos planeado este día no solo una vez, sino dos, ya que cuando descubrimos lo de

Hannah, decidimos posponer nuestra boda para que ella pudiera estar en nuestros brazos en todas las fotos.

—¿Listo? —le pregunté a Bruce, ajustando el cuello de su camisa de botones, sin poder contener la sonrisa cuando sus ojos verdes me miraron emocionados.

—Sí, ¿y tú? ¿Nervioso, papá?

Suspiré, sacudiendo la cabeza.

—Todo lo que involucra a tu mamá me pone nervioso. —Me reí, cogiendo el peine y arreglando su peinado idéntico al mío, haciéndome sentir un poco nostálgico, ya que ese niño que conocí hace casi tres años, estaba enorme y cumpliría nueve años el próximo mes.

—No te preocupes, ella nos ama. Dudo que se escape como hacen algunas novias en las películas.

Solo de pensar en esa posibilidad, mi estómago se revolvió.

Era algo muy idiota, más aún cuando habíamos planeado este día no solo una vez, sino dos, ya que cuando descubrimos lo de Hannah, decidimos posponer nuestra boda para que ella pudiera estar en nuestros brazos en todas las fotos.

—¿Vamos? —Cogí mi blazer del mismo tono que mi pantalón azul, empezando a vestirlo.

—Vamos, papá.

Echaba de menos los doscientos papás que oía al día hasta el año pasado, pero entendía que estaba en esa fase de querer ser adulto y yo estaba esperando ansiosamente el día en que entendiera que no era tonto llamar a los padres 'papá' y 'mamá'.

Salí de la habitación donde Bruce y yo pasamos la mañana jugando a videojuegos hasta la hora de cambiarnos, siguiendo hacia la parte trasera del hotel que reservamos para nuestra boda, allí mismo en San Francisco.

—Voy a coger algo para beber y a encontrar a Hannah para que no nos retrasemos —avisó Bruce, corriendo en dirección al bar que montamos en el exterior.

El sol de la tarde ya se preparaba para ponerse, reflejando sobre el mar el tono anaranjado que sería el escenario perfecto para finalmente casarme con la mujer de mi vida.

Caminé por la pasarela hecha de paja que comenzaba de las últimas sillas de madera con tapizado blanco y seguía hasta el altar compuesto por una pequeña mesa tan rústica como el arco que estaría sobre nosotros, siendo decorado con varias hojas y flores.

Un poco más hacia un lado, estaban las mesas adornadas con manteles blancos y flores coloridas, creando un ambiente tropical muy acogedor. Como estaba cerca del atardecer, varios tendederos con bombillas fueron estratégicamente posicionados sobre las mesas para dar un toque mágico y romántico a ese final de tarde e inicio de noche.

Mientras pasaba por el pasillo, saludé a nuestros familiares, compañeros de equipo y algunos amigos que vinieron de lejos, como Josh, Mason, Victoria y su marido estirado, solo para celebrar con nosotros.

Claro que le solté una broma en el oído cuando la abracé y me gané un puñetazo en las costillas en pleno evento de mi boda. Saludé a su marido y a Henry, el hijo de los dos, echando de menos a mi pequeña princesita que tenía prácticamente la misma edad que él.

Cuando llegué al lado del juez de paz y me posicioné donde Taylor me encontraría, volví a sentirme ansioso y ni siquiera los acordes suaves que sonaban del violín me calmaron.

Intenté respirar hondo, sabiendo que no existían motivos para estar tan nervioso, pero fue solo cerca de cinco minutos después, cuando A Thousand Years comenzó a sonar y vi a Bruce al lado de Hannah comenzando a caminar en mi dirección, que mi corazón consiguió calmarse.

Mi princesita de casi dos años estaba linda con un vestidito blanco y de la mano de su hermano, por el cual estaba enamorada.

Bruce cruzó toda la pasarela con mucha paciencia mientras su hermanita, de vez en cuando, se distraía con alguien sonriéndole o incluso con los propios pétalos que tiraba al suelo.

—¡Gracias, amigote! —susurré, besando la frente de los dos cuando me alcanzaron, entregándole a Hannah a Eric y a Ashley, viendo a mi pequeña sentarse al lado de su primito Luke.

Volví a mi lugar, no pudiendo contener las lágrimas cuando los acordes cambiaron a Say You Won't Let Go y mis ojos se posaron sobre Taylor, sintiendo que mi corazón latía más fuerte.

Mi chica estaba linda en un vestido liso y blanco que le cubría los pies y se arrastraba por la pasarela conforme caminaba en mi dirección.

Su cabello castaño estaba recogido en lo alto de su cabeza con un peinado que dejaba algunos mechones sueltos y sus hombros al descubierto.

Taylor estaba radiante, haciéndome sentir un poco imbécil por permitir que cualquier sentimiento, que no fuera la ansiedad de verla allí a mi lado, me hubiera invadido.

Cuando finalmente estuvo lo suficientemente cerca, extendí mi mano para que ella posara la suya allí.

Besé su mano antes de entrelazar nuestros dedos y girarme de frente al juez, intentando prestar atención a lo que él decía, pero fallando miserablemente cuando no pude desviar los ojos de quien sería mi esposa en pocos minutos.

Suspiré, feliz por conseguir posponer nuestro sábado de bata para el día siguiente, porque esa mujer estaba prohibida de tener cualquier cosa que no fueran mis manos y boca en su cuerpo.

—Estás preciosa, amor. ¿Lista para casarte conmigo, dulzura? —pregunté, no pudiendo contener el suspiro enamorado cuando Taylor se mordió los labios, mirándome con sus ojos castaños reflejando el resto del brillo del sol que ya comenzaba a desaparecer detrás de nosotros, listo para dar espacio a la única estrella de mi noche.

—Estoy lista para cualquier cosa contigo, mi amor.


BATMAN
MAMÁ

BONUS

Me pregunto si todavía me amas,
Pero tus amigos no lo saben.
Si me quisieras, solo lo dirías.
Y si yo fuera tú, nunca me dejaría ir.
I HATE U, I LOVE U – GNASH ft. OLIVIA O'BRIEN

TAYLOR EVANS

AÑOS DESPUÉS…

Esperé a que mis chicos entraran con las maletas y mochilas que cargaban para apoyarme en el quicio de la puerta, abrazando a Hannah, que rápidamente apoyó la cabeza en mi vientre, aún sin desviar los ojos de su hermano.

—¿Entonces? —Bryan preguntó mientras miraba el dormitorio donde nuestro chico viviría durante los próximos cuatro años—. Pensé que por ser Harvard, la habitación sería más grande. —Mi marido se pasó la mano por el pelo antes de meterla en uno de los bolsillos del pantalón, intentando actuar con naturalidad, nada comparable al hombre que apenas pudo dormir durante toda la semana que precedió a la mudanza de Bruce—. Quizás deberíamos mudarnos de Nueva York para acá, conseguir una casa grande por los alrededores, así podemos seguir viviendo todos juntos.

Nuestro chico me lanzó una mirada que decía que necesitaba ayuda.

Bruce y yo habíamos hablado sobre cómo hoy sería, sí, un día difícil para toda la familia, pero principalmente para Bryan, que quizás se detuvo demasiado tarde para pensar que un día ese pequeño niño que vivía molestándolo, se convertiría en un hombre y seguiría su propio camino.

—No sé si Hannah estaría feliz teniendo que cambiar de escuela. —Bruce dejó caer las dos mochilas sobre la cama—. Me parece un buen tamaño, si fuera más grande, tendría más espacio para desordenar, ¿no crees, mamá?

—Me gustaría que fuera más grande solo porque ahora tienes que limpiar solo —bromeé, pero solo Hannah y Bruce se rieron. Eso hizo que mi chico suspirara y caminara hasta la ventana. Solté a mi niña, acercándome a mi marido para apretarle ligeramente el brazo, moviendo mi cabeza en dirección a Bruce—. Es una habitación más grande que la mía en la época de la UCLA, ¿no crees, amor?

—Sí, creo que sí —él suspiró, rascándose la nuca y susurrando un lo siento antes de ir hasta donde nuestro niño estaba, parándose a su lado y poniendo un brazo sobre su hombro—. Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

Volví hasta Hannah, notando que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Ella tardaría en acostumbrarse a la ausencia de su hermano mayor.

—¿En serio, papá? Porque pensé que solo te hubiera gustado si hubiera elegido la NYU.

Bry negó con la cabeza, tirando de Bruce para un abrazo.

—No, amigote, es solo que va a ser difícil no tenerte con nosotros todos los días. Yo nunca te pediría que renunciaras a tus sueños, quizás solo que los vivieras en la misma casa que nosotros.

—Lo sé, papá, pero quiero vivir esta experiencia, por lo menos, intentarlo, porque sé que va a ser malo estar lejos de vosotros tres, pero creo que puedo. Un día alguien muy increíble me dijo que yo podría ser lo que quisiera.

Bryan suspiró, secándose el rabillo de los ojos.

—Tienes razón, estoy siendo egoísta.

—Está bien, solo no quiero verte triste.

—No voy a estarlo. Podemos visitarte siempre, no está tan lejos de Nueva York.

Mi niño frunció la nariz antes de reírse.

—Podéis, pero siempre es bueno llamar antes para avisar.

Fue mi turno de torcer la nariz cuando entendí el motivo de los dos estar sonriéndose.

—¡Bryan! —me quejé, viéndolo encoger los hombros.

—Linda, ¿qué puedo hacer si tiene mucho de mí?

Levanté mi dedo hacia Bruce, que suspiró.

—Sé sensato.

—Siempre lo soy, mamá.

—Creo que es hora de irnos. Hannah, princesita, ¿no te vas a despedir de Bruce? —Bryan le preguntó a nuestra niña, que aún estaba apoyada en el quicio de la puerta, encogida. Volví hasta ella, besándole la frente.

—Te voy a echar de menos, B.

Él abrió los brazos, llamando a la niña, que corrió, abrazándolo con fuerza.

—¡Yo también te voy a echar de menos, Hannah Montana! —Bruce se rio, molestando a su hermana—. Espero que me mandes mensajes todos los días.

—Voy a hacerlo, Bruce.

—Ahora necesitamos irnos antes de que se haga tarde, ya que son 4 horas hasta Nueva York.

Nosotros nos habíamos mudado cuando Bruce tenía casi 14 años y fue invitado a estudiar en una renombrada escuela de allí, lo que motivó a Bryan a volver al primer equipo en el que jugó, actuando algunos años más como 'quarterback' hasta que se jubiló.

Hoy él dividía su tiempo entre la familia y ser el entrenador principal de la Universidad de NYU, porque a pesar de haber pasado algunos meses descansando y disfrutando de Hannah después de que decidió parar, no tardó en que él echara de menos el deporte que tanto amaba. Mientras yo continuaba trabajando también, pero ahora participando principalmente en doblaje de películas animadas.

Salimos del edificio de Bruce y nos despedimos una vez más allí en la acera.

—Sabes que puedes llamarme a cualquier hora, ¿verdad? —pregunté, abrazando a mi niño.

—Lo sé, mamá.

—Te quiero, tesoro.

Él se rió, intentando no llorar.

—Yo también te quiero.

Entramos en el coche y Bryan suspiró, mirándome con una pequeña sonrisa.

—Quizás lo llame todos los días.

—Sé que lo vas a llamar. —Acaricié su cabello, mirando hacia atrás para comprobar a Hannah en su asiento de coche, encontrando sobre el banco el disco del primer partido de la NHL que Bryan llevó a Bruce—. El disco de la suerte.

Él miró hacia atrás, soltando el cinturón antes de gritar por Bruce, que detuvo el camino que hacía hacia dentro de su edificio y nos miró desde las escaleras.

—Olvidaste tu disco de la suerte.

—Puedes tirarlo, quiero ver si ese tu brazo viejo aún lanza algo.

Eso hizo que Hannah y yo nos riéramos, viendo a Bruce bajar los escalones mientras Bryan lanzaba el disco al aire.

—¡Bruce, la chica! —mi niña intentó avisar, pero era demasiado tarde y mi hijo ya se estaba enredando con la chica que pasaba por la acera con auriculares mientras escribía algo en el móvil y no se dio cuenta de Bruce yendo en su dirección.

Bajé del coche, yendo hasta donde estaban, pero antes de que llegara, Bryan me sujetó, mirando a la chica.

—Necesitamos ver si se lastimaron —dije, intentando seguir adelante, pero siendo abrazada por la cintura.

—Esa chica no me es extraña. —Señaló, haciéndome mirar con más atención a la niña que se estaba sentando para mirar a Bruce, irritada.

—Eres un idiota, ¿cuál es la dificultad de mi...

La frase de ella murió cuando mi niño, que cayó de bruces, levantó la cara para mirarla, sorprendido.

—¿Bellinha?

FIM?!

¡Eh, tú!

¡Hola, mi amor! ¡Me gustaría agradecerte por leer hasta aquí! Si es posible, ¿podrías dejar tu opinión sobre el libro? ¡Espero que te hayas enamorado de Bry, Taylor y Bruce tanto como yo! Ah, sí... ya me estaba olvidando... ¡Pasa a la siguiente página y conoce a Bruce y Bellinha adultos! Para más información sobre ellos y todo el Camiverso, sígueme en Instagram: @camilacocenza_autora.

Odeio amar você

BELLINHA & BRUCE



Lee también

¿Te gustó el libro y quieres conocer la historia de Eric Evans? ¡El enlace está aquí abajo!
FRIKI

AGRADECIMIENTOS

En mis últimos lanzamientos he terminado justo sobre la fecha de publicación, y apenas consigo agradecer a todos los que me ayudaron y apoyaron.

Así que mi primer agradecimiento es para ti, que eres mi lector y tuviste que esperar 6 meses por este libro. Espero de todo corazón que haya valido la pena. Me encantó escribirlos y espero que a ustedes también les haya encantado.

Desafortunadamente, este es mi ritmo, y he aprendido que no puedo forzar a mi cuerpo a nada, porque no tarda en pasar factura.

Tengo mucho que agradecer a Dios por siempre estar bendiciéndome y dándome fuerzas para enfrentar esta maldita enfermedad que a veces me hace querer rendirme.

Je, mamá, muchísimas gracias por el apoyo y por ser mis mayores fans <3 las amo.

Tati Biasi, madrina de Bruce, gracias por compartir la misma neurona que yo jajajajaja me divierto trayendo ideas absurdas y tú te sumas a la onda y las dejas aún más hilarantes. Te quiero, amiga.

Jess, mi amor, gracias por todo el apoyo y por el tirón de orejas cada vez que pienso en rendirme, <3 soy pésima no solo con las escenas donde necesito demostrar sentimientos, como ya sabes, pero no tengo dificultad en decir que te quiero mucho y estoy muy orgullosa de ti.

Mona, no hay forma de dejarte fuera después de lo mucho que te molesté para que al final Bruce decidiera robar la prueba y echar a perder todo el cuidado que tuvimos para prepararlo para la noticia jajajajaja gracias por la atención, amiga. ¡Te estaré eternamente agradecida!

Tan, mi amorcito, gracias por esta amistad increíble. Me encantan nuestros momentos de locura. Me encanta cómo somos amantes del fanfic y nos enviamos reels con ideas jajajaja te deseo todo el éxito del mundo en esta tu nueva trayectoria. No me abandones nunca <3

Yas, espero no haberte vuelto loca con este lanzamiento jajajajaja ¡gracias por ser mi apoyo! ¡Haces tanto por mí! Espero algún día poder devolverte el favor.

Fer y Thalia, creo que no se puede hablar de una sin mencionar a la otra, ya que son como uña y carne. ¡Gracias por sumarse a esta locura conmigo! Son increíbles y espero que no se rindan con la locura que soy jajajajaja las amo.

Bru Lima, Evy, Raquel, Tan, Vanessa, Fernanda, Thalia, Yas, Karine, Lobitchan, Úrsula. ¡Son las mejores! Muchísimas gracias por todo el cariño no solo con el libro, sino también conmigo. Trabajar con ustedes es fantástico.

Y por supuesto, mis animadas y queridas compañeras que se sumaron a esta locura que siempre es mi lanzamiento. Sin ustedes y sin todas las personas anteriores, este libro no sería lo mismo: aqueestalendo, bem_ali_leitura, bibliotecamagicaa, bookauzier, booksmende.s, booksuniverse_byduda, brandaobook, buenoleituras, em.cada.ponto.um.conto, empil_handomundoos, estantedardin, forksreadz, leituras.da.ro, leiturasdananee, leiturasdaraafa, leiturasdayas_, iteraturamente_falando, lidosdamarina, livros_cafe_e_musica, louca_porromance, lyaindica, may_bookgram, ny.bookss, o_mundo_secretodabella, outerbooks_, pontoseinterrogacoes, rafa.reading, readbybelaa, readingdiaries_, s.saori.i, saamyisreading, serenareader_, tracadelivros2023, vaidebooks, vishileitora__.